



El séptimo círculo

Liza Cody

Engaño



se

Una joven actriz muere en un accidente automovilístico. No hay rastros de violencia, pero en el auto queda flotando un extraño olor. Anna Lee, exagente de policía, se encarga de la investigación. Reconstruye los pasos de la víctima que, atraída por una deslumbrante carrera cinematográfica, había penetrado en la vida marginal del mundo del cine. Anna descubre que el engaño, el fracaso y la violencia trazaron el camino hacia una oscura muerte. Liza Cody maneja con singular maestría la trama de la novela y la compleja psicología de los personajes.

OceanofPDF.com



Liza Cody

Engaño

El séptimo círculo - 365

ePub r1.0

Titivillus 18.07.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Dupe*

Liza Cody, 1980

Traducción: Guillermo Galacher

Foto de cubierta: Margaret Murray

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Para Angus

OceanofPDF.com

CAPÍTULO I

LA TORMENTA se había ido aplacando durante la noche, dejando un cielo pálido y lavado. Los tejados brillaban y Anna, mirando hacia abajo podía ver parte del jardín. Sostenía en su mano un jarro de café fuerte y ferozmente caliente. El césped estaba descuidado, aquí y allá se veían hojas caídas del plátano que se hallaba junto al muro del fondo.

Era una casa londinense común, al norte de la Avenida Holland Park.

Luego de unos minutos, tomó el tapado y la cartera del gancho de la puerta y dejó el departamento.

Abajo vio que Bea Brice también salía para el trabajo, y mientras Selwyn sacaba un húmedo ejemplar del *Guardian* del buzón, se inclinó para recoger dos empapadas botellas de leche del umbral.

—Hola —dijo Anna. Selwyn se volvió y la vio esperando que despejaran la puerta.

—Otra que sale a cortar leña y sacar el agua —dijo Selwyn. Bea le pasó las dos botellas, que dejaron húmedas manchas en su cardigan al apretarlas contra el pecho. Aún tenía puestos sus pijamas. A veces se echaba encima una vieja chaqueta de trabajo; pero generalmente, como aquel día, usaba una prenda tejida y oscuramente desprolija.

—Bueno, no dejes que te detenga —dijo él, trastabillando al retroceder, cuando la punta de su calcetín izquierdo quedó bajo el talón del pie derecho. Selwyn frecuentemente tenía problemas de coordinación antes del desayuno.

—Y lo que es más —agregó enojado consigo mismo— quiero hablarte sobre tu condenado gato.

—No es mi condenado gato —replicó Anna. Bea estaba aún en el umbral de la puerta. No había vía libre hacia la calle.

—Bueno, tú lo amparas. Lo alimentas.

—A veces sí y a veces no —admitió ella.

—Más sí que no —resopló Selwyn—. Si me dejo guiar por los maullidos que lanzó ayer junto a mi puerta.

—Oh, Selwyn —suspiró su esposa—, ¡cómo molestas!

Bea podría haber salido de una casa completamente distinta, tan primorosa lucía dentro de su claro traje sastre.

—Bueno, es verdad, —rezongó Selwyn—. ¿No puedes impedir que entre?

—Sabes que no puedo —continuó Anna—, pero ¿por qué no hablas con Chaterjee sobre la claraboya? Si la reparara...

—Ahora estás siendo cruel —interrumpió Selwyn—. Solo te pongo sobre aviso que uno de estos días encontrarás a ese animalito clavado por el cuello contra la puerta de tu departamento.

—Eso sería horrible, ¿no te parece? —dijo Bea cariñosamente—. Adiós, querido. No trabajes demasiado. Comenzó por fin a bajar las escaleras hacia la calle.

—No hay peligro —murmuró Anna, siguiéndola.

—Escuché lo que dijiste —rugió Selwyn—, no vayas a creer que no.

—Esa fue mi intención y no creas lo contrario —le respondió Anna. Selwyn con un malhumor que lo predisponía para una pelea, se fue dando un portazo.

Las dos mujeres caminaron juntas hasta el extremo de la calle.

—En realidad no fue su intención decir todo eso —dijo Bea plácidamente.

—Es su temperamento artístico, por supuesto —continuó diciendo con cierto orgullo. Después de siete años de un matrimonio poco corriente, todavía parecía sorprenderse de las reacciones de su marido.

—Por supuesto —exclamó Anna automáticamente, entristecida al comprobar que trataba a Bea como si perteneciera a la generación de su madre, a pesar de que era solamente media docena de años mayor que ella.

Pero la brecha era demasiado ancha para salvar, especialmente en aquel helado lunes por la mañana.

En la avenida Holland Park se separaron, y Anna la atravesó en dirección a Kensington High. Las ardillas cruzaban el camino como saetas, en corridas abruptas y furtivas sobre las hojas húmedas.

La agencia de seguridad Brierly estaba ubicada en una oficina desconocida para la mayoría de la gente, sobre las opacas tiendas de Kensington High. Una pequeña placa, negra y blanca, junto a una de las puertas de entrada, decía simplemente «MARTIN BRIERLY». Al final de las escaleras, en el tercer piso, había una pequeña habitación con un mostrador sobre el cual se encontraba un cartel que anunciaba «Recepción» y más detrás, un taburete y un pequeño conmutador. Ese era el cubil de Beryl. Más tarde, después del café matutino y entre las numerosas incursiones para prepararse té, podía vérsela generalmente pintándose las uñas de las manos.

Martin Brierly era patológicamente reservado, pero dentro de su hermetismo era confiado y confiaba sobre todo en Beryl. Era ella quien llevaba los registros de tareas, enviaba los mensajes y distribuía las listas de gastos. Un estrecho corredor unía su oficina con la de Brierly y solo ellos dos tenían la llave de la puerta de entrada.

La oficina se encontraba vacía en aquel momento, de manera que Anna se dirigió directamente a la recepción, sacándose el tapado y temblando de frío. John Crocker era el único empleado que había llegado.

La tetera estaba al fuego y un calefactor de una barra luchaba una perdida batalla contra las corrientes de aire.

—Buenos días, Johnny. —Colgó su tapado y echó aliento sobre sus nudillos, sentándose frente a un ejemplar del *Daily Mail*, aún cerrado.

—¿Dónde están todos? ¿O he llegado temprano?

—Creo que eso jamás sucederá —Johnny Crocker le daba la espalda, depositando cuidadosamente café en polvo dentro de cinco jarros—. No, Bernie debe hacer una declaración hoy, así que no vendrá esta mañana. No sé nada de los otros.

Anna leyó los titulares del periódico. La tetera ya hervía y John llenó dos vasos volviendo a colocar la tetera sobre el fuego lento del gas. El jarro

de Anna tenía el dibujo de un gallo enflaquecido, balanceándose precariamente sobre una pelota de fútbol. Lo estudió atentamente y luego agregó dos terrones de azúcar y un chorro de leche.

—Mira, ¿por qué no me das las páginas del medio? —dijo John. El diario era suyo—. Tú lees solo la parte de afuera de todas maneras. Crimen y escándalo adelante, deportes atrás. Deberías dejar las noticias serias para los adultos.

—Perdón —dijo ella, entregándole lo que le pedía.

La única lamparita eléctrica que iluminaba la habitación brillaba sobre sus cabezas inclinadas y la pequeña ventana no resultaba más eficaz para admitir la luz de afuera que para excluir el frío.

Tim Baker y Phillip Maitland llegaron juntos. Pusieron otros dos jarros sobre la mesa y dos diarios más. Eran las 08:45.

Beryl entró ruidosamente cinco minutos más tarde, envuelta en perfume Miss Dior y piel de conejo. La atmósfera se tornó inmediatamente más frívola y agitada.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó Tim. Phillip, que se encontraba más próximo, giró el cuello y dijo—: Oh, mierda, tú y yo debemos ir a Earls Court Road, para atrapar rateros. Johnny, imbécil, irás a parar al Royal Ken. Tú, joven Anna, tienes una cita con el viejo a las 10:00.

—¿Para qué? —preguntó Anna—. No será otro menor desaparecido, espero. Eso es todo lo que me dan: chicos perdidos y vigilancia de perfumerías.

—Bueno, no eres lo suficientemente grande para Bancos —le dijo Johnny tomándole el pelo—. Tampoco suficientemente linda para que te manden a los clubes y quizá demasiado atractiva para ir a tabernas.

—Oh, no empiecen de nuevo. Me aburren. Uno diría que esta es una sociedad para caballeros victorianos.

—Está bien, está bien —Johnny se había levantado e introducía sus anchos hombros dentro del pesado sobretodo de pelo de camello—. Solo que deberías aprender a maldecir más expresivamente si deseas que la Junta de Igualdad de Oportunidades te considere seriamente para entrar en este mundo de hombres.

—Pórtense bien, muchachos. —Beryl era una mujer que se sentía más cómoda en compañía de hombres. Su actitud hacia Anna era, por lo tanto, algo rencorosa. De manera que Anna se vio obligada a preguntar nuevamente.

—¿No sabes qué quieren de mí hoy?

—No tengo la menor idea —dijo Beryl dando un respingo. Pero Anna, que había aprendido algo durante el pasado año, se levantó y le preparó café, agregándole leche y un terrón de azúcar. Beryl, llevándolo de vuelta a su oficina, se detuvo un momento.

—Se trata de un cliente nuevo, eso puedo decir, enviado generosamente por los amiguitos del «club del comandante». —El «club» era la policía metropolitana—. Y ya que no tienes nada que hacer hasta las 10:00, —Beryl se transformó nuevamente en el prefecto mayor— puedes revisar las listas de gastos de la semana pasada. Tus cifras no concuerdan, y no puedo entender tu letra. Oh, y haz algo con tu cabello, ¿quieres? El «comandante» dice que pareces una estudiante de la politécnica.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO II

BERYL SIEMPRE llamaba el «comandante» a Martin Brierly. Era la única que lo hacía, y aunque parecía improbable que mereciera el título, Beryl insistía con eso. Era un hombre corpulento, de aspecto blando, con una cabeza casi perfectamente esférica y facciones redondas, pequeñas.

—Tome asiento, señorita Lee —dijo mientras miraba a través de la ventana de vidrios dobles hacia High Street. Su escritorio estaba desnudo con excepción de un papel secante y un anticuado tintero de plata. Sacó una larga cadena del bolsillo de su chaleco y, eligiendo una de las llaves, abrió un cajón y extrajo una carpeta marrón. Luego volvió a cerrar el cajón y retornó a su posición frente a la ventana. Sin referirse al contenido de la carpeta, dijo—: Thomas y Susan Jackson, de Wiltshire. No diremos de alta sociedad, definitivamente no, pero... ¿Cómo puedo decirle? Abundancia de «efectivo».

Inesperadamente se rio, echando su cabeza hacia atrás y haciendo pequeños chasquidos con la mandíbula.

—Automóviles, —continuó, reponiéndose—, nuevos y usados, vehículos utilitarios, compra y venta, por lo tanto no me extrañaría que posean una gran mansión de estilo barroco suburbano con piscina y sauna. Algunas personas no saben que esto es Inglaterra. Siempre la misma historia, por supuesto. El padre que viene de abajo, los hijos que no saben de dónde provienen. Siempre lo mismo, con dinero nuevo. ¿Me sigue hasta ahora?

—¿Un menor desaparecido? —preguntó Anna resignadamente.

—No se anticipe, joven. —El tono de Brierly era de reprobación—. No, a decir verdad no hay un menor. La hija en cuestión tenía veintidós años y no ha desaparecido, sino que ha muerto. Hace un mes. A la noche, conduciendo por Crawford Lane, cerca del aeropuerto. Se salió del camino y chocó contra un poste de concreto.

—¿Algo inusual?

—La policía sostiene que no. Pero el señor Jackson está inquieto. Insistió en una autopsia. Por supuesto no encontraron nada. Pero el hombre se puso tan molesto que la policía le dijo que utilizara una agencia privada. Me lo pasaron a mí.

—¿Y?

—Y lo escucharemos. Seguiremos la rutina. Hacer averiguaciones por aquí y por allá. No sé más de lo que le dije, de manera que tendremos que esperar y ver.

Luego del discurso, continuó mirando a través de la ventana, dejando que Anna sacara el mejor partido posible de una dura silla y de tres láminas de caza, que eran la única decoración en su oficina notablemente austera.

—Por supuesto conduciré la entrevista inicial personalmente. —Cada reunión a la cual Anna había asistido, sin excepción, había sido precedida por una declaración de privilegio exclusivo de una clase u otra—. A los clientes les gusta confiar en que sus problemas serán manejados con discreción y experiencia. El tacto, señorita Lee, es una virtud que se adquiere con los años. Se vive y se aprende, señorita Lee. Viva y aprenda.

Anna no se atrevía a asegurar que el tacto de Brierly tuviera éxito con sus clientes, pero pensaba que el trato que daba a los empleados era muy perfeccionable.

Él no se había fijado en ella ni una vez desde que había entrado en la habitación, dirigiendo todas sus observaciones al extremo superior de las cortinas. «No me extrañaría que fuera un poco ligero de cascos el hombre», pensó.

La voz de Brierly rebotaba nuevamente desde los cristales dobles.

—Parece que este señor no quedó demasiado satisfecho con nuestros amigos de la policía metropolitana. Y, por supuesto, es difícil imaginar cómo alguien puede hacer honestamente hoy en día la cantidad de dinero

que parece tener. Hay miles de vericuetos oscuros en los negocios para un hombre hábil. He oído incluso que es propietario a medias de un caballo de carrera. —El desprecio en su voz era inequívoco. Sin saberlo, el señor Jackson personificaba más de uno de los prejuicios de Martin Brierly. Esto no era difícil. Anna nunca lo había escuchado aprobar sin reservas a nadie, con excepción, quizá, de Erwin Rommel.

Beryl golpeó la puerta y asomó la cabeza.

—El matrimonio Jackson, —anunció en su mejor tono de secretaria confidencial.

—Ah, gracias señorita Doyle. —Brierly se levantó y pasó por delante de su escritorio, condescendiendo a presentarse cara a cara a un cliente.

Los dos hombres se dieron la mano. Brierly era apenas más alto, pero Jackson daba una impresión de mayor fortaleza. Sus músculos parecían abultados y tensos bajo el saco, y Brierly retiró su mano con alivio, luego del saludo. Ninguna de las mujeres fue presentada.

—Traiga un poco de té, por favor —pidió Brierly mientras Beryl cerraba la puerta.

—Ha sido muy gentil de su parte al venir hasta aquí, —comenzó a decir Brierly cuando todos estuvieron sentados— Anna, algo inclinada, asintió como una colegiala.

—Pues bien. —Jackson se encontraba sentado en el borde de su silla, su cabeza echada agresivamente hacia adelante.

—Espero que su viaje no haya sido demasiado incómodo. —A Brierly no le agradaba ver interrumpido su educado discurso introductorio—. La niebla puede ser muy molesta en esta época del año, ¿no cree usted?

—Mi señora y yo pasamos la noche en la ciudad. —Dijo abruptamente el señor Jackson.

—Queríamos tener la mente bien despejada esta mañana. —Dijo la señora Jackson. Su acento del oeste estaba fuertemente disimulado por lecciones de dicción. Era una mujer en su temprana madurez. Sin el exceso de maquillaje y el característico cabello rojizo hubiera parecido ordinaria. Pero vestía costosamente y se mantenía elegantemente erguida en su silla.

—Así es —suspiró Brierly, mirando casi furtivamente su reloj.

—Bien, estoy seguro que a todos nos viene bien tener despejadas nuestras cabezas.

—Mi señora y yo queremos solucionar este asunto más bien personalmente, —comenzó de nuevo Jackson—. Queremos una reparación y, si no podemos obtenerla de la policía, estamos dispuestos a pagar. Pero esperamos una reparación.

—Así es —repitió Brierly—. Sin dejar piedra por remover. Para eso estamos aquí.

La mandíbula de Jackson se tensó aún más.

—Vea, mi hija está muerta, y no fuimos a la policía para ser tratados como campesinos ignorantes que no saben diferenciar entre una manzana y Adán. Yo he andado bastante, sépalo. Conozco algo de lo que pasa en el mundo.

—¡Ah, el té! —exclamó Brierly—. Señorita Doyle, ¿podría servirlo? Y después no quiero que nos interrumpen.

El té fue servido y Beryl se retiró, con discreción. El señor Jackson pareció advertir a Anna por primera vez.

—¿Y quién es esta persona? —preguntó—. Usted me aseguró por teléfono que trataríamos este asunto de manera confidencial.

—¿Galletitas? —ofreció Brierly—. ¿No? Ah, sí, permíteme. Señor Jackson, señora, esta es la señorita Lee. Permítame asegurarle nuevamente que nuestro asunto será tratado en forma estrictamente confidencial. Todos mis empleados son cuidadosamente seleccionados. Y estoy seguro de que ustedes comprenderán que una organización de este tamaño no puede funcionar con un solo hombre. De manera que... el trabajo de calle puede ser llevado a cabo por un investigador de mi selección. Permítame asegurarle que supervisaré y controlaré personalmente este caso.

—Eso podría ser. —Jackson sonó implacable—. Pero es solo una chiquilla. Y no me parece que usted esté tomando esto demasiado seriamente, señor Brierly.

—Tomamos todos nuestros casos con la mayor seriedad —aseguró Brierly gravemente—. La señorita Lee perteneció durante cinco años a la policía antes de ser empleada aquí, y luego ha aprobado el curso especial de

entrenamiento que exigen los requerimientos tan particulares de esta organización.

—Bueno, pues, me sigue pareciendo joven —dijo Jackson, poco dispuesto a dejar de lado su objeción.

—Creo, —dijo Brierly—, que usted estará de acuerdo en que este detalle es una ventaja. Pero, por favor, no ponga en duda su habilidad. De todos modos puede estar seguro que vigilaré cada paso de esta investigación.

—Estoy segura de que servirá. —La señora Jackson puso su enguantada mano sobre el brazo de su marido para aplacarlo.

Anna, que no había dicho nada durante este intercambio de palabras, reconoció a regañadientes que mientras Brierly parecía defenderla a ella, de hecho vindicaba a la agencia. Íntimamente sabía que la opinión que él tenía sobre su habilidad no difería en mucho de la de Jackson.

—Bien, ya que estamos todos de acuerdo; —Brierly confiaba en haber sofocado la oposición— quizá quiera usted decirnos todo lo que sepa sobre su hija.

Jackson comenzó. Su hija Deirdre había sido la mayor de sus tres hijos. Tenía dos hermanos menores. Como primera y única hija mujer, admitió él, pudo haber sido malcriada.

—Por mucho tiempo —agregó su mujer— pensamos que sería la única. De manera que Tom hizo todo lo posible para que no le faltara nada. Chocheaba por ella.

El señor Jackson no estuvo en desacuerdo, Deirdre había sido la luz de sus ojos. La habían enviado a colegios privados. Tuvo lecciones de música y clases de danza, todo lo mejor que el dinero pudo comprar. Y, todos los años durante las vacaciones, había acompañado a su padre a todas partes. Incluso realizó varios viajes al exterior.

—Una perfecta princesita, —resumió la señora Jackson.

Cuando la joven Deirdre tenía quince años, nació uno de los dos hijos de Jackson. Al principio, no hubo diferencia alguna. Pero luego vino el segundo hijo, y Jerry, el mayor, evidenció ser un niño excepcionalmente brillante.

—Deirdre nunca fue tan inteligente. —Dijo la señora Jackson—. Al menos, académicamente. Y siendo el pequeño Jerry tan adelantado y todo eso, bueno, Tom comenzó a prestarle mayor atención.

—Nunca le faltó atención a ella, —protestó Jackson.

—No, —asintió la señora Jackson—, pero Deirdre ya no fue la preferida. Y se transformó, señor Brierly, usted no me creería cuánto.

Deirdre dejó el colegio después de una disputa con sus padres. Los Jackson le pidieron que continuara sus estudios. En realidad nunca tuvieron la esperanza de que concurriera a la universidad, pero habían deseado que recibiera la educación que ellos nunca pudieron tener.

—Contabilidad o administración, —dijo Jackson gravemente—, siempre fue buena para los números. Pudo haber sido una gran ayuda para mí, pero simplemente no quería estudiar. Se había vuelto taciturna y discutidora; trasnochaba, y se levantaba tarde por las mañanas.

»La única cosa por la que mostraba interés, —dijo Jackson— era por las películas de cine. El estrellato la deslumbró y creo que eso fue lo que desató los problemas, como si hasta entonces hubieran sido pocos. Un buen día quiso venir a Londres para ser actriz. Yo no acepté tal cosa, por supuesto. Uno no gasta buen dinero para enseñarle a una muchacha a actuar. No hay futuro en ello. Era el típico deslumbramiento de una joven, solo eso.

Se hizo un repentino silencio en la habitación. Afuera había comenzado a llover.

—Ahora desearía haber dejado que lo hiciera —dijo la señora Jackson, haciéndose eco de los pensamientos de Anna—. De todos modos, no hubiera habido mucho futuro para ella. Un poco de ilusión le hubiera hecho mucho bien.

El señor Jackson se apresuró a agregar:

—Bien; entonces decidió que quería ir a una escuela de cine, a estudiar dirección. Tuvimos peleas por ello puedo decirle. Al final, llegamos a un acuerdo y comenzó un curso de fotografía en una de las escuelas técnicas locales. Parecía que le iba bien allí al comienzo. Le compré una buena cámara fotográfica y volvió con algunas lindas instantáneas, según pensé. Pero luego se dejó envolver por uno de los profesores de departamento

audiovisual, y él fomentó sus tonterías. De manera que todo comenzó de nuevo.

Anna pensó que lo que decía Jackson respondía a una descripción considerablemente normal de lo que sucedía en las series de televisión. Pero, observando a los Jackson allí sentados, tan seguros, y sin embargo tan desconcertados, se dio cuenta de que como familia, habían estado divididos por algo más que la diferencia generacional. Habían criado una hija según sus propios deseos de clase media, con fantasías de clase media, que no podía entender la vida como una simple cuestión de buscar lo mejor de las cosas y traer las vituallas al hogar. Ni siquiera podría haber participado en los sueños de dinero y progreso que tenían ellos, puesto que aquello había sido obtenido probablemente antes que ella naciera. ¿Qué podía haber hecho Deirdre salvo tomar el dinero y escapar?

—Cuando hubo pasado unos meses en Londres —continuó diciendo la señora Jackson— fui a visitarla. Le llevé algunas toallas nuevas y otras cosas. Pero no le agradó nada verme. Parecía algo avergonzada. En aquel momento se alojaba en una pensión. Teníamos algunos amigos en Peckham que la hubieran recibido con gusto. Ella tenía la dirección, pero no fue a visitarlos. Ni siquiera me ofreció una taza de té. Quise llevarla de compras y a comer, pero dijo que tenía un compromiso.

—Después de eso —intervino Jackson—, le dije a mi mujer que no volviera. Pude comprobar lo herida que había quedado. Y así fue que, en los últimos tres años, la vimos contadas veces. ¿Tres? No, más. Parecía estar bien, siempre muy elegante y con dinero de sobra. Pero no sabíamos a qué se dedicaba. Nunca hubo tiempo para conversar adecuadamente con ella. Y si consideraba que estábamos entrometiéndonos demasiado, se cerraba como una ostra. Ni siquiera teníamos su dirección.

Se detuvo humillado, a pesar de su duro aspecto.

—De manera, que... —dijo Brierly llenando el vacío— no tiene idea alguna sobre lo que hizo en aquellos últimos años. ¿Cómo ganaba el dinero? ¿Quiénes eran sus amigos?

El señor Jackson sacudió la cabeza.

—Decía que trabajaba en uno de los grandes estudios: Pinewood, ¿no era así?, como asistente de personal de un director. Incluso nos dijo los

títulos de dos de sus películas. Fuimos a ver una de ellas, pero resultó ser un montón de pavadas. Y su nombre no figuraba en el reparto, aunque nos quedamos hasta el final.

—¿Usted cree que puede haber estado, ehm... en un embrollo?

—No lo sé. Simplemente no lo sé. —El hombre, repentinamente despojado de su orgullo, parecía estar realmente dolido—. En una época estuvimos muy cerca uno del otro, pero ahora es como hablar de un extraño.

—¿Y el accidente? —preguntó Brierly llevándolo de vuelta al terreno sólido, y dándole la oportunidad para reponerse—. ¿Qué le hace pensar que tiene algo de extraño?

—No —bufó él nuevamente, encorvando los hombros como un toro—. No fue un accidente. Ni siquiera la policía pudo encontrar el motivo o la razón. Yo mismo le enseñé a conducir a esta muchacha cuando tenía quince años. En caminos privados, por supuesto. Pero mi negocio son los autos y ella llegó a conducir para la firma en una o dos competencias. ¡Era tan buena como para hacerlo! Usted sabe, a veces una agencia como la mía presenta un auto para eventos de *Cross country*, con velocidades fijadas por etapas. Nada importante, por supuesto, pero no la hubiera dejado conducir de no ser realmente buena. Y lo era.

—¿Y qué me dice del auto? —Brierly tenía tanta aptitud mecánica como una torta de Navidad.

—Lo examiné yo mismo. No tenía ningún desperfecto, salvo que la parte de atrás estaba hundida. Dirección, frenos, sistema de electricidad. Todo a punto. Su conocimiento sobre automóviles no se limitaba a saber cuál es el número de teléfono del taller mecánico más cercano.

—¿Y la parte hidráulica? —preguntó Anna.

—Eso lo comprobé también. —Jackson apenas hizo caso de la pregunta—. Hasta los caños de los frenos traseros. El impacto vino de atrás, así que uno debía revisarlos, pero se encontraban intactos. ¿No les digo que no había desperfectos serios?

—Y su hija —preguntó Brierly tentativamente— ¿podría haber asistido a una fiesta aquella noche?

—Tenía demasiado sentido común como para conducir luego de haber bebido —el ánimo de Jackson recuperó su completa seguridad.

—Naturalmente se hizo la autopsia y no encontraron rastros de bebidas o drogas. —Resopló y repitió—. No era tonta. Y caratularlo «Aberración mental», —citó salvajemente—. Eso fue lo que dijeron: «Vértigo causado por fatiga». Nunca escuché algo tan endeble. ¿Y qué hubo del olor en el automóvil?

—¿Qué olor era ese? —Brierly daba golpecitos al secante con la punta de los dedos.

—Bueno, la primera persona en llegar al lugar del choque dijo que sintió olor a alcohol y a algún otro producto químico. Pensó que podía haber estado ebria.

—De manera que hubo un testigo —Brierly paró de golpear.

—No, no vio nada. Era un viejo que paseaba un perro por el parque cercano a su casa cuando oyó el choque. Pero también dijo que pudo haber habido otro auto en el lugar, que no se detuvo.

—¿Estaba seguro?

—No. Dijo que no podía jurarlo.

—¿Así que eso es todo? —Brierly entrecruzó sus dedos sobre su chaleco y se echó hacia atrás en su silla con aire circunspecto—. Un olor extraño y posiblemente un segundo auto.

—No había ningún motivo. No es suficiente —Jackson casi gritaba. Parecía un toro a punto de atacar—. Espero que no me haga perder el tiempo como esos condenados policías. No querían escuchar, no levantaron ni un dedo.

—No, no —interrumpió precipitadamente Brierly. Se sabía que jamás había desalentado a un cliente y no lo haría ahora.

—De pequeños comienzos como estos obtenemos los resultados más interesantes.

—¿Qué cree usted que ocurrió? —preguntó Anna con tranquilidad.

—Deseo contratarlos justamente para averiguar —dijo Jackson—. Pero no me importa decírselo; hubo alguien más en el auto, alguien que había estado bebiendo. Y no me negaría a apostar que ese alguien era quien conducía.

—Pero Deirdre fue encontrada detrás del volante, ¿no es así? —intervino Brierly.

—Eso no significa nada. Pero tuvo que ser algo más que un camino resbaladizo lo que causó la muerte de mi hija, aunque hubiera bebido, cosa que no sucedió. O que estuviera cansada; en contra de lo cual apostarí­a hasta el último céntimo. Se lo he dicho; yo mismo le enseñé a conducir. Sentía una gran atracción por los automóviles. —Jackson fijó su penetrante mirada en Brierly, como desafiándolo a encontrar fallas en la capacidad de su hija—. Y les diré algo más. Alguien robó el dinero de una muchacha muerta.

—¿Está usted seguro? —preguntó Brierly—. La policía no mencionó nada de eso.

—Bueno, no iba a hacerlo, ¿no cree? Posiblemente pensaron que yo insinuaría que fue uno de ellos, o los hombres de la ambulancia. Pero cuando me devolvieron sus cosas solo había ochenta y tres centavos en su billetera.

—Pues —dijo Brierly—, quizá eso no tenga mucho significado.

—No por sí mismo —dijo Jackson en tono furtivo—. Pero yo le di esta billetera especial, ¿ve usted?, con este bolsillo disimulado para esconder cosas, y cuatro billetes de veinte para poner adentro. Ella enseguida se percató de su utilidad. La llamaba su billetera para emergencias.

—¿Y fue la misma que la policía le devolvió vacía?

Jackson asintió.

—Usted me ha preguntado qué es lo que pienso y yo le contesto. Ella levantó a alguien que conocía. No lo hubiera hecho con un extraño. Y por supuesto esa persona sabía lo de la billetera. Después la robó y la mató. Una joven así no es la más indicada para juzgar a las personas, pero ustedes darán con el individuo cuando entrevisten a todos quienes la conocieron. Siempre hay una manzana podrida en alguna parte.

—Vean, tengo una sensación rara. —La señora Jackson no había hablado por un rato—. Esto no huele bien. Yo solo querría saber, eso es todo.

El anticlímax fue tal que nadie le preguntó qué era lo que quería saber, y la habitación se sumió en el silencio por un momento.

—Eso es, queremos saber quién fue el responsable de esto —Anna sintió que el señor Jackson no hablaba de la misma cosa que su esposa. Pero

la señora Jackson no lo corrigió. Anna vio que la señora Jackson miraba a su marido con una expresión de incrédula compasión, que de alguna manera reflejaba sus propios sentimientos.

Brierly no mostraba expresión alguna. Dijo:

—Bueno, yo creo que debemos realizar algunas investigaciones discretas, hablar con sus amigos, con sus empleadores, esa clase de cosas. Tantear un poco el asunto.

—No podemos ayudarlo mucho, —dijo la señora Jackson—. Todo lo que tenemos es su dirección. Pasamos por allí a buscar sus cosas. Compartía un departamento en Islington. Había una chica allí, pero solo se quedó para dejarnos entrar. Creo que se sintió molesta. —Tomó un papel de su cartera y se lo alcanzó a Brierly.

—¿Alguna otra cosa? —Brierly se dirigió a Anna.

—Sí, una —dijo ella—. ¿Tiene alguna fotografía de su hija?

La señora Jackson en forma mecánica abrió su cartera nuevamente. El señor Jackson la interrumpió con un gesto.

—Un momento, —dijo—, ¿para qué quiere usted su fotografía?

Después de todo lo que había pasado, parecía una absurda reticencia. Si no había logrado proteger a su hija, ¿acaso pretendía ahora hacerlo con su imagen?

—No tiene usted que encontrarla, ¿sabe? Nosotros sabemos donde está. Solo desearía que no tuviera que ser así.

Anna explicó pacientemente:

—Sería de gran ayuda conocer qué aspecto tenía. ¿No desearía usted que me presentase como amiga de la familia, o algo así? Podría ser conveniente para que me reciban con simpatía y se muestren dispuestos a conversar conmigo. La gente se resiste a que extraños anden metiendo las narices en sus asuntos.

—Parece razonable —murmuró Brierly, como si las ideas razonables fueran solo prerrogativas suyas.

—Bien, supongo que no hay objeción —refunfuñó Jackson, soltando el brazo de su esposa.

—No podría decir que fuera una belleza —murmuró la señora Jackson en tono de disculpa, mientras extraía un portafotografías plástico, como si la

belleza pudiera haber sido una virtud para su salvación, un factor decisivo que Deirdre no había poseído.

—Agradable, sin embargo —dijo Jackson con voz fuerte—. Presentable, podría decirse. —Y tomando el sobre de manos de su esposa examinó las fotografías y extrajo cuatro. No se las entregó a Anna sino que las dejó sobre el escritorio frente a Brierly. Las dio vuelta con cuidado para que Brierly, quien no las había pedido, pudiera verlas, y Anna quien sí lo había hecho, tuvo que estirar el cuello para verlas al revés. Se volvió nuevamente al señor Jackson.

—También nos ahorraría tiempo tener la libreta de direcciones de Deirdre, si es que usted sabe donde está.

La señora Jackson pensó por un momento. Luego dijo lentamente.

—No hay ninguna. No estoy segura. No había una libreta de direcciones entre las cosas que nos dio la policía, o entre lo que recogimos en el departamento. Eso parece raro.

—No necesariamente —Brierly se irguió—. Estas cosas pueden extraviarse con facilidad. Pero lo verificaré personalmente en la comisaría, y la señorita Lee puede solicitarla cuando vaya al departamento. Ya que estamos, ¿han tenido tiempo de revisar los papeles de su hija? Cuentas, recibos, saldos bancarios ¿y cosas así?

—Aún no —dijo Jackson—. Pero debería ser fácil hacerlo. Solo había un fichero en una caja de cartón. Era bastante ordenada con sus papeles.

—Hay muchas historias reflejadas en una libreta de cheques bien llevada. —Brierly no era ningún idiota cuando se trataba del dinero de otra gente.

—Bien, estaremos de regreso en casa mañana —le informó Jackson—, de manera que revisaré todo entonces. Lo llamaré el miércoles por la mañana si encuentro algo. —Parecía inmensamente animado por la perspectiva de acción.

CAPÍTULO 3

ANNA SE PREPARÓ un solitario almuerzo en su casa, rodeada de silencio, hasta la tartamuda máquina de escribir de Selwyn en la habitación contigua estaba callada. Solo oía el deglutir del gato entre las plumas de las palomas en el rellano de la escalera, debajo de la rota claraboya, que era testigo del repugnante desayuno. Desparramó las fotografías sobre la mesa y masticó sin alegría un sándwich de queso y tomate mientras las estudiaba. Un grupo de familia primero; papá y mamá, cada uno sosteniendo un niño y la hija mayor, bizqueando frente al sol; enmarcados en el porche de una casa que imitaba el estilo Tudor. No era mucha ayuda, pero podía ver que Deirdre era algo así como siete centímetros más alta que la madre y un poco más baja que el padre. De esa manera resultaba tener alrededor de un metro setenta de estatura; tez pálida y cabello rojizo, malhumorada, indócil y poco dada a sonreír, estaba ligeramente separada del grupo.

Las otras tres fotografías eran retratos, probablemente obtenidos con diferencia de un año entre sí. Comenzaba mostrando una chica rolliza, sonriente, de unos catorce años y terminaban con una muchacha de diecisiete, descontenta, de boca apretada, que no se había tomado la molestia de mirar hacia la cámara. El colorido lo había heredado de la madre, y la estructura del rostro, del padre. Tenía la mandíbula prominente y cuadrada, pómulos altos y una frente estrecha. Ciertamente no era bonita, pero su rostro tenía personalidad. Se la podría distinguir con facilidad en un gentío. La dura boca era ancha, y en las fotografías más tempranas mostraba una sonrisa suave, que desarmaba. Tenía lindos ojos también, grandes y con largas pestañas, pero la expresión sincera y directa de la

primera foto había cambiado, volviéndose agresiva y helada. El rostro reflejaba su temperamento, al menos, y fuerte determinación. Anna pensó en aquellos tres dolorosos años, entre los catorce y los diecisiete, nunca fáciles, aun en las mejores circunstancias, y se preguntó cómo habría sido el último retrato si Deirdre hubiera continuado siendo la amada hija única.

Suspiró y se sirvió una taza de té fuerte, antes de buscar la guía de *A a Z* para ubicar Canonbury Terrace. Aún llovía cuando salió, y el Triumph arrancó recién a la tercera tentativa. Mientras aguardaba que el alternador ejerciera su débil influencia, Anna copió los últimos tres números del cuentakilómetros en un formulario verde y anotó su destino en el casillero correspondiente. Los empleados de la agencia de seguridad Brierly recibían siete centavos por kilómetro si usaban sus propios autos, una suma lo suficientemente mezquina como para irritar a los agentes de poca experiencia e incitarlos a exagerar las distancias. Pero el conocimiento de Londres de Beryl y Martin Brierly era solo igualado por un taxista, y no se sabía de nadie que jamás hubiera tenido éxito en engañarlos.

Canonbury Terrace, que corría inconspicuamente entre dos calles comerciales, era una polvorienta callejuela de casas descascaradas al sur de Highbury y de la estación de Islington.

El 23-A no contestaba. Anna tuvo tiempo de hacer las compras que necesitaba para la semana, leer dos periódicos vespertinos y la tercera parte de un libro, antes de que apareciera una muchacha muy gorda, con una casaca de cuero rojo, que abría la puerta del subsuelo, encendiendo la luz.

—¿Sí? —La muchacha aunque enorme, tenía muñecas y tobillos finos. Su cabello era de un color rubio rosado, torturado con un peinado al viento, estilo Marilyn Monroe. Contra toda lógica era extremadamente atractiva.

—Siento molestarte, pero he venido por Deirdre Jackson.

—Ella ha muerto, ¿no lo sabías? —La voz, traicionando su apariencia, era chata y dura, con un indisimulado acento londinense—. Hace alrededor de un mes, en un accidente de tránsito.

—Sí, lo sabía —dijo Anna—, pero me enviaron sus padres...

—Ellos mismos juntaron todo. —La muchacha giró la cabeza al oír un silbido que provenía del departamento—. Será mejor que entres un momento. Tengo puesta la tetera.

La cocina estaba revestida de plástico blanco y amarillo, y mostraba las inequívocas señales de desorden y dejadez que tienen a menudo los lugares compartidos. Un tazón sobre la mesa mostraba los restos de comida endurecidos en sus bordes. Había una taza a medio llenar con café frío. La muchacha gorda tiró todo con impaciencia dentro de la pileta, pero no fue más allá. Las tazas no eran de ella y por lo tanto no las lavaría.

—¿Por qué no te sientas? —le propuso—. ¿Te gustaría una taza de té? Ese maldito subterráneo es agotador. Como vagones para ganado. No produce alegría de vivir, ¿no es así? Quiero decir, cuando uno piensa en todas esa muchedumbre apretujada viajando por debajo de Londres...

Repentinamente Anna se rio.

—No es chiste —aseguró la muchacha gorda, riéndose también—. Probablemente nos mataríamos entre nosotros si tuviéramos espacio para movernos. Pero aun teniendo lugar no lo haríamos, ¿no es cierto? No puede decirse que la Compañía de Transporte de Londres no haya pensado en todo, ¿no?

Puso dos tazas sobre la mesa y se desplomó en una silla que crujió ruidosamente, quitándose al mismo tiempo sus zapatos de tacos absurdamente altos. Sus piernas, pensó Anna, mirándolas con disimulo, parecían dos botellas de Chianti puestas cabeza abajo. Bostezó.

—De paso, mi nombre es Tina, ¿el tuyo?

—Anna.

—¿Tu té está bueno?

—Muy bueno, gracias. Escucha, —comenzó a decir Anna— lamento meterme así. Pero la señora Jackson me pidió que viniera.

—Ella no dejó nada. Yo no estaba cuando vino, pero revisé personalmente la habitación de Dee. Teníamos que alquilarla nuevamente, ¿te das cuenta? No pretendo faltarle el respeto, quiero decir, pero un alquiler es un alquiler, ¿no?

Falta de respeto, no, pensó Anna. Ni buen gusto.

—¿No encontraste una libreta de direcciones?

—Nada —repitió Tina—. Se llevaron lo que quedaba. Ellos, no yo. No es que no fuera prolija ni nada de eso, era más bien minuciosa, lo pensé

siempre, pero no me hubiera parecido correcto revisar sus cosas. ¿Eres de su familia?

—Solo una amiga —alegó Anna con cuidado—. No se trata solamente de la libreta, es más, bueno, tú sabes que Deirdre había perdido por completo el contacto con los suyos.

—Cortó los vínculos —me dijo—. La gente rica y los deportes sanguinarios le daban alergia.

—¿Qué?

—Fue lo que dijo. Que se había hartado de la vida de campo, de las reuniones de *bridge* de mamá y del esnobismo de papá. Querían casarla con algún petrimetre de sangre azul y mandíbula huidiza, con chaqueta de *sport* y tos seca, para tener un montón de hijitos, todos también vestidos de *sport*. Diablos. Yo podré ser más ordinaria que la basura, pero sé lo que digo. Ella puede haber tenido dinero en su árbol genealógico, pero eso era todo. ¿Tengo razón?

—Bueno, no estás muy equivocada.

—Mira, lo siento. No he querido hablar mal o algo así. —No parecía lamentarlo demasiado y Anna tuvo la pasajera sensación de una peculiar astucia, de una habilidad para tantear mediante la provocación. Le pareció una técnica inteligente.

—Está bien —dijo Anna—. Como lo has dicho, se había separado de su mundo hacía ya algunos años. No soy yo quien está herida por ello.

—¿Su mamá y su papá entonces? Supongo que hubieran querido amigarse y ahora es demasiado tarde.

—Creo que diste en el clavo. —Anna utilizó un poco de cauta adulación.

—¿Y esa libreta de direcciones? ¿Quieren averiguar quiénes eran sus amigos, y si su única hija fue feliz a pesar de todo?

—Bueno, no lo dijeron de esa manera, pero si me lo preguntas, eso es lo que realmente buscan.

Tina se sirvió un poco más de té. Anna no quiso.

—Es una vergüenza. —Los labios escarlatas de Tina se fruncieron alrededor del borde de la taza—. Yo veo a mamá todas las semanas. Es maquilladora en Thames. Somos todas mujeres de trabajo en mi familia.

Hasta mi abuela. Pero si algo le ocurriera a alguna de nosotras, nadie tendría que golpear la puerta de un extraño para saber qué pudo ocurrir de malo.

Anna esperó.

—Lo que es una pena es que solo me lo puedan preguntar a mí. Dee estuvo aquí solo unos nueve meses, y como dije, nos llevamos mal de entrada. Bueno, también estaba Joyce, pero hoy trabaja hasta tarde, y no la conocía a Dee mejor que yo. Era excesivamente reservada. Nunca decía adónde iba, o lo que hacía, o a quién veía. Un poco la mujer misteriosa, ¿me explico? Ella solo decía lo que deseaba que una supiera, y aun así tan falsa como un billete de tres libras. ¿Quieres tostadas?

—No, gracias. ¿Me quieres decir que ella vivió aquí nueve meses y que tú no sabías en qué trabajaba, con quién salía, o nada parecido?

La tostadora olió a quemado al encender el gas. Otro elemento del equipo comunal que nadie quería limpiar, pensó Anna.

—Parece ridículo, ¿no es cierto? Podría contarte lo que ella me decía, pero de todas maneras nunca le creí ni la mitad. —Tina dio vuelta la rebanada de pan—. Como que ella corría carreras de automóviles y jugaba al polo y cenaba con Jack Nicholson cuando él estaba en Londres, y que era la mano derecha de Cecil B. De Mille. ¿Qué más?

—¿Entonces no tenía trabajo?

Tina mezcló un enorme pedazo de manteca con una cucharada de miel sobre la tostada y se sentó nuevamente.

—Bueno, tenía y no tenía. Algunos días ni siquiera salía. Otras veces, especialmente los fines de semana, lo hacía. Pero sea lo que fuere, nunca se iba antes del almuerzo. Decía que estaba trabajando en una importante producción de Elstree, pero eran macanas.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, para empezar, los horarios. Pregúntale a mamá. Ella ha estado en el negocio no sé cuánto tiempo, y no se hacen películas desde las 15:00 hasta las 22:30. No con los sindicatos que tienen. Ellos pueden lograr sin esfuerzo que un trabajo de 09:00 a 17:00 parezca un turno de horas extras, así que, ¿para qué empezar con un horario así? Yo trabajo en vestuarios de

teatro y hacemos algo de cine de tanto en tanto y puedo decirte que son más estrictos con sus horarios que la maldita municipalidad.

—Pero tenía dinero, ¿no es así? Quiero decir, tenía un automóvil, se vestía bien y todo eso.

—Tú no eres de la oficina de impuestos, ¿no?

Los ojos de porcelana azul de Tina, brillaron sinceros, mientras esperaba una respuesta. Anna pensó que esperaba recibir algo a cambio de la información. Tendría que existir un intercambio favorable. Deirdre, con su talento para eludir temas espinosos debía de haber sido una continua frustración para la franqueza y la curiosidad de Tina.

—Me hace gracia que digas eso. Trabajo para un estudio contable de Kensington —improvisó Anna—. Y, cosa extraña, puedes averiguar más sobre la gente si sabes cómo gasta su dinero que de cualquier otra manera.

—Ya me parecía —Tina parecía contenta consigo misma—. Supongo que todo eso se debe al entrenamiento que uno tiene. Mírame a mí. Yo juzgo a la gente por su ropa, y tú tratas de evaluar el resultado por sus ingresos.

—O a la inversa. —Eran amigas de nuevo. Tina actuando y Anna aplaudiendo.

—No quiero decir que Dee no retribuía. Pagaba su alquiler puntualmente y compraba su parte de papel higiénico y todo eso. A decir verdad, era un poco irritante en esas cosas. Llevaba un registro de nuestros gastos en un libro con una columna para cada una de nosotras y sumaba todo cada semana, para asegurarse de que nadie trampeaba. Fue idea suya instalar el teléfono con pago previo. Era muy honrada, te adelanto, pero no muy amigable. Con ella todo se reducía a cuotas y reglamentos. Podría haber vivido por su cuenta, realmente. Una siempre sentía su resentimiento por tener que compartir.

—¿No te sientes tú así, a veces?

—Yo no, amiga mía. Me gusta la compañía, tener siempre con quien hablar. Pero Dee no era así. Nunca se tomó la molestia de saber cómo éramos Joyce o yo y, como digo, era condenadamente difícil de llegar a conocerla. ¿Quieres un bizcocho?

Tina abrió una de las alacenas que había debajo de la piletta, revelando por un instante varias cajas amontonadas torpemente detrás de pastillas de jabón. Se sentó nuevamente y abrió una caja de flanes de crema.

—Oh, Tina, eres perversa.

Al oír ese comentario Anna se dio vuelta y tuvo la impresión de quedar atrapada entre dos budines. La muchacha parada en el umbral no era tan gorda como Tina, pero poco le faltaba para alcanzarla.

—Me habías prometido...— gimoteó, fijando su mirada en los flanes con poco disimulo.

—¿Quién te arrastró hasta aquí? —El resentimiento afiló la voz de Tina. Luego trató de ocultar la risa—. Se suponía que no llegarías hasta las 18:00. Esta es Joyce, nuestro mejor ejemplar. Está haciendo régimen.

—¡Oh, Tina! —Joyce le reprochó suavemente.

—Bueno, solo para hacerte compañía. Mira, esta es... ehm... Anna, ¿no es así? Hemos hablado acerca de Dee. Tú sabes, siempre siento hambre cuando estoy intranquila —añadió virtuosamente.

Joyce se persignó al escuchar el nombre de Deirdre y se sentó con solemnidad. Con expresión triste, tomó un bizcocho.

—Sé lo que quieres decir —dijo tristemente—. Pobrecita Dee.

Estuvieron calladas durante un minuto, en un silencio casi ritual. Anna paseó su mirada de una a la otra, mientras las muchachas, como dos rumiantes sentadas a cada lado de la mesa, masticaban con descuido.

—No éramos muy amigas, ¿no es cierto, Tina?

Podrían haber sido hermanas, Joyce parecía una versión desteñida y menos vital de Tina. Su cabello era castaño y lacio, en vez de rubio y ondulado y la ropa y el maquillaje, menos restallantes. Hasta su voz era más suave y sus ojos no tenían la agudeza de los de Tina. Anna comprendió la influencia mutua que ejercían entre ellas, y se dijo que probablemente habían sido amigas durante largo tiempo.

—¿Quién tenía intimidad con ella entonces? —Anna comenzaba a sentir una ligera claustrofobia.

—El maldito Omar Sharif, si uno le hubiera creído —dijo Tina—, Dee nunca mencionaba un nombre a menos que fuera conocido.

—Oh, Tina, por favor continúa. Realmente puede hacerlo. No le contaste lo de... cómo se llamaba. ¿Te dijo algo del muchacho simpático que vino aquí?

—A eso iba —dijo Tina con un gesto malhumorado—. Siempre alteras mi ritmo, Joyce. Pero allí está la prueba, ¿no es así? Cuando finalmente la vino a buscar un tipo solitario, no resultó ser el hermoso ejemplar de ojos negros tipo Burt Reynolds que esperábamos. Fue una gran desilusión.

—Sin embargo, era simpático, ¿no es cierto, Tina?

—Dulce. Tenía modales exquisitos, lo que yo llamaría un chico bien educado. Pero ella estaba muy avergonzada, ¿te acuerdas, Joyce? Ella no lo esperaba, y cuando entró, él ya llevaba charlando aquí con Joyce y conmigo por lo menos diez minutos. Se lo llevó tan rápidamente que sus pies apenas tocaron el suelo. Habrá pensado que estábamos dándole información sobre sus intimidades.

—Odiaba que la gente hablara a sus espaldas —continuó Joyce—. Era una chica rara, sabes. Cuando regresó quiso convencernos de que el chico era un cadete de oficina que le había traído un mensaje urgente del estudio. Pero él dijo que habían quedado en ir a la asociación de cine y que se había cansado de esperarla en una esquina.

—¿Dio él algún nombre?

—Ella es contadora —le comentó Tina a Joyce, señalando a Anna—. Le encanta llegar enseguida al fondo de las cosas.

—Entonces no debes de haber tenido mucha suerte con nuestra Tina. Le gustan las historias largas. Supongo que te habrás dado cuenta de ello.

Anna sonrió.

—Bueno, son historias interesantes, de manera que no me molesta.

—Su nombre era Simon —dijo Tina, recompensándola—. Simon Lester. Ahora recuerdo. Yo tenía un gato con un nombre parecido cuando era pequeña.

—No es verdad —dijo Joyce.

—Sí lo es. Simon no. Leicester. Mi tía me lo trajo, Vivíamos en esa ciudad en un departamentucho, y la gata de la dueña de casa tuvo cría. De modo que a uno de los gatos lo llamamos Leicester. Era muy lindo, hasta

que fue lo suficientemente grande como para comenzar con amoríos.
Entonces empezó a oler mal.

—Oh, Dios —dijo Anna.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 4

LA LLUVIA se había transformado en aguanieve cuando Anna llegó a su casa. Estaba por la mitad de las escaleras cuando la puerta de los Price se abrió con fuerza. Al golpear contra la pared del vestíbulo, el picaporte arrancó unos pedacitos más de la pintura. Una bicicleta apoyada contra la pared se estremeció, adoptando una inclinación más dramática.

—¿Es la joven Anna? —vociferó Selwyn—. Anna Leo. Anna el León. No puedo verte, ¿por qué diablos no enciendes la luz?

—No tengo manos, mamá —Anna subió fatigosamente dos escalones más. La luz del vestíbulo se encendió.

—Allí estás. ¿Qué significa esto, entrando como si fueras un ladrón en la noche?

—Lo siento, amorosa, no puedo detenerme. Debo recargar esta batería y pesa una tonelada.

—Espera un momento. Yo te abriré. —Selwyn subió a los saltos, pasando junto a ella.

—¿Llaves?

Anna movió ligeramente el meñique de su mano derecha, la que al igual que su izquierda, sostenía la batería del Triumph. Selwyn tomó el llavero, terminó de subir las escaleras con ruidosos pasos y abrió la puerta del departamento.

—¿Dónde?

—Cocina.

Selwyn abrió la puerta de la cocina y encendió la luz. Anna depositó con alivio la batería sobre la mesada.

—Gracias —le dijo, conectando los bornes del cargador a los terminales de la batería. La aguja del marcador osciló cuando ella bajó la palanca del contacto.

—Algunas chicas preferirían una tostadora —Selwyn observó con desaprobación el cargador, que tenía su lugar permanente cerca de la estufa y junto al enchufe.

—Algunas chicas, —agregó Anna, mientras se lavaba las manos— preferirían astronómicas facturas de taller. Hace frío aquí, ¿no es cierto?

—Baja a tomar una taza de té y a entrar en calor, querida Leo. Te has empapado la melena. Así podrás darme una conferencia sobre los beneficios de la mecánica casera, estando cómodamente sentada.

Ella pasó al *living* y encendió la calefacción.

—Se estará bien aquí dentro de un minuto.

Anna, al mudarse, había quitado una puerta, ampliando la separación entre el dormitorio y el *living*. El resultado era una mayor entrada de aire y luz en la habitación, pero el ambiente era más difícil de calentar en invierno.

—Quien te necesita realmente es Bea —dijo Selwyn a espaldas de Anna—. Tiene problemas con unos enchufes.

—Okey —Anna retornó a la cocina y después de buscar un pequeño destornillador en la bandeja de herramientas, bajó nuevamente las escaleras.

—Compré un nuevo secador de cabello en una liquidación —dijo Bea—, y un molinillo de café. Siempre quise uno.

Anna se sentó en el piso delante del fuego con las piernas cruzadas y comenzó a componer los enchufes. Tenía la sospecha de que Bea era tan capaz como ella para hacer el trabajo, pero se negaba a admitirlo por una cuestión de principios, nada más.

—Gastando mi dinero en porquerías eléctricas —resopló Selwyn

—¿El dinero de quién? —preguntó Bea con tono de advertencia.

Selwyn tenía unos cincuenta años, aproximadamente quince más que Bea. Pero indudablemente era el niño del matrimonio. Había sido un anarquista sin inhibiciones y un bohemio en la década del cincuenta, condición de la que aún no se había recuperado. Escribía poesía, actuaba un poco —si los papeles eran lo suficientemente secundarios y suficientes

personas los habían rechazado— y era modelo para quien necesitara un hombre de mediana edad, corpulento, para anunciar sus productos.

Ganaba lo suficiente como para que el lobo no entrara dentro de su casa, pero era el salario de Bea lo que los mantenía en el regazo de esa clase media que él despreciaba.

—Hay un pastel de carne en el horno —dijo Bea—. Y ensalada de puerros, si quieres.

—¡Claro que quiere! —replicó Selwyn, sirviendo una copa de vino blanco—. Necesita algo que se le pegue a esas costillas. Mira qué delgada se ha puesto desde Navidad, sin tu crema de coliflor.

—Anna no es la que necesita cuidados aquí —dijo Bea con ironía—. Mira quién dejó que se secara en el horno un excelente pastel de carne y riñones a la hora del almuerzo.

—Me olvidé, mujer. Estaba trabajando.

—Con un jarro de cerveza en la mano, me imagino.

—¿Ves cómo me trata? Anna, necesito noticias. ¿Qué es lo viejo, lo nuevo, qué ha sido prestado y quién está triste? Eso es lo que necesito, chapotear en el sórdido charco. Una rápida zambullida en el mar de la vida; naturalmente alguien tendría que hacerlo por mí... no puedo mojarme. ¿A quién pescaste hoy por el cuello?

—No la molestes —dijo Bea con calma desde la cocina, sirviendo tres platos de comida, a pesar de no haber recibido respuesta de Anna.

Anna se quedó, comió y contó algo de los eventos del día.

—Tina te hubiera gustado —le dijo a Selwyn al terminar la cena—. Tiene una forma especial de manejar las palabras. Algo enervante, pero muy personal.

—Suená precioso. Me gusta. Dos muchachas gordas comiendo frituras y bizcochos y tomándose dos horas para decirte lo que se puede decir en dos minutos. Y cuando encuentras el número de este tipo, es porque está en la maldita pared junto al teléfono.

—Oh, no sé, —dijo Anna—. Las opiniones que tiene Tina sobre Deirdre son como huellas en un transitado barrial. Será mejor escucharlas. Además en el transcurso de la conversación se mencionaron toda clase de

cosas. Hay al acecho una asociación de cine para principiantes. No debería ser difícil de localizar. Todo puede servir.

—Pero, según la descripción de Tina, ¿hay algún motivo que haga a Dee candidata a ser asesinada?

—No más que cualquier otra persona. Fue triste, sin embargo. En ninguno de los exagerados cuentos de Deirdre hay ni siquiera mención de los hermanitos menores que están en su hogar. Ella siguió siendo la princesita de papá, aunque hubiera cambiado su casa de falso Tudor por una gran mansión.

—Es algo que hace todo el mundo, ¿no? —Selwyn bostezó, desperezándose como una estrella de mar. Como siempre, le faltaba el botón de la cintura de sus pantalones y su abultado vientre sobresalía con comodidad, a pesar de los esfuerzos de Bea para que fuera menos desaliñado.

—Representar, lo llamo. Yo he sido de todo, desde el hijo de un minero de Rhondda hasta el hijo ilegítimo de un sacerdote de la Patagonia.

—Yo no —dijo Bea, trayendo el café.

—Eres diferente. Tú has sido y eres feliz con tu identidad. Sin ilusiones, recta y honesta, pero gracias a Dios, sin ser mezquina. —Le hizo lugar en el sofá—. Eras una buena chica. Buenas notas en el colegio, miembro del coro, vendedora de dulces detrás del mostrador los fines de semana.

—Lo haces aparecer tan aburrido, pero me gusta.

—Siempre te gustó lograr la aprobación de la gente. Si todo el mundo aprobaba lo que hacías, tú pensabas que te gustaba también. Nunca fracasaste, ¿lo ves?

—Por supuesto que fracasé. Muchas veces. Pero no veo que fracasar sea una excusa para mentir.

—Esa es mi chica. Dueña de una hermosa sensatez. —Puso su brazo alrededor de Bea y la apretó contra sí—. ¿Qué crees tú, Leo?

—Quizá sea la libertad —dijo ella—. Cuando tu pasado parece una cárcel, pero sabes que no estás clavada con él...

Podía recordar claramente la casa de Dulwich. Las habitaciones pequeñas. Las puertas siempre cerradas. El piano que nadie tocaba. La colección de porcelanas chinas. Romper cualquier cosa hubiera sido una

ofensa, pero romper alguna de las porcelanas era un verdadero pecado. Aquello simbolizaba las restricciones y represiones de aquella casa. La sensación de caminar a través de habitaciones con demasiados muebles, los codos apretados contra las costillas. Cualquier exceso de energía o movimiento descuidado podía significar un destrozo.

—Algunas personas inventan sus pasados —continuó diciendo ella—. Algunas inventan sus futuros y otras hacen las dos cosas.

—Pero no tienes que mentir acerca de ello, —insistió Bea.

—No, no tienes que hacerlo, pero para algunas es una manera de rechazar lo inaceptable, si no están equipadas para inventar una nueva vida para sí mismas.

—No se puede inventar una vida —dijo Bea.

—Sí puedes hacerlo —dijo Anna.

—Cuidado, mi querida. —Selwyn besó la mejilla de Bea cariñosamente—. Estás difamando todas mis profesiones temporarias.

—Es diferente con las personas creativas. Ustedes inventan cosas por dinero.

—¡Ajá! ¿Quieres decir que está bien inventar una vida para obtener unas monedas? De acuerdo. Si pones todo por escrito y lo conviertes en una obra de teatro, todo deja de ser una mentira.

—¡Oh, tú deformas todo! —Bea se quitó su brazo de encima y sirvió más café en las tazas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO V

A LAS 10:00 Anna siempre salía a correr por Holland Park. Corría hasta que sentía la sangre en sus oídos como el susurro de la hojarasca. Luego caminaba hasta su casa. Era otro día frío, con el suelo endurecido por la helada. Hasta los pavos reales parecían abatidos.

La primera llamada telefónica a la oficina había sido de rutina y obligatoria: apellido del sujeto, lugar de encuentro y hora estimada de llegada. Fue más interesante ponerse en contacto con Simon Lester. El teléfono correspondía a Dalton, un laboratorio de procesamiento de películas cerca de Charlotte Street.

—¿Simon Lester? No he oído hablar de él... ¿Un empleado? ¿No es de administración? No acostumbramos a pasar llamadas personales para las personas que trabajan en el laboratorio... ¿Una emergencia?... Manténgase en línea un minuto... veré lo que puedo hacer... Ahora le comunico.

Cuando Simon Lester apareció en la línea, por su voz pareció ansioso y confundido, pero estaba dispuesto a ayudar como pudiera. Tenía una hora libre para almorzar y quedó en encontrarla en la esquina de Percy Street y Charlotte Street a las 12:30.

Como no tenía nada que hacer durante la mañana, Anna limpió las bujías del Triumph, puso a punto los platinos y volvió a colocar la batería. El automóvil arrancó a la primera tentativa. «Húmedo y frío», pensó Anna, y deseó por enésima vez tener un garaje donde guardarlo.

Simon Lester tenía el cabello corto y ondulado, ojos azules y tez pálida. Su expresión era la de un estudiante serio, inteligente y ansioso, pero un

poco cansado. Su ajado aspecto parecía deberse más a un exceso de trabajo que a la mala salud.

—Supuse que serías mayor —dijo él mientras caminaban hacia el *pub* donde por lo general almorzaba—. Creí que serías algo así como una tía vieja. —Parecía aliviado.

—Soy tía —dijo Anna. El hecho todavía la sorprendía.

—Pero no de Dee. ¿Verdad que no?

—¡Oh, no! —Recordó a su sobrino de tres años.

—Pensándolo bien, yo soy tío desde hace algunos meses.

—No te disculpes —dijo Anna— puede ocurrirle a cualquiera.

Se abrieron paso hacia el mostrador de la gente que había llegado temprano para almorzar. Él pidió cerveza negra y dos sándwiches de salchicha. Ella, una limonada amarga. Después de leer el menú, había decidido comer más tarde.

—Bien —dijo él—. ¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. La familia prácticamente no ha tenido noticias en estos últimos cuatro años. Eso es lo que más angustia a sus padres.

—Me imagino. Deben sentirse muy mal.

A ella le agradó su compasión.

—Hubiera ido al funeral, pero me enteré demasiado tarde de lo ocurrido. Y además, no hubiera sido el momento más oportuno para presentarme.

—¿No lo supiste cuando ocurrió?

—No, hasta una semana después. Fue horrible, porque debíamos habernos encontrado la noche en que murió. Pero no vino a la cita. Dijo que tenía una cita muy importante y que me telefonaría durante la semana.

—¿Y no te pusiste en contacto con ella?

—No. —Él trataba de encontrar las palabras, levemente avergonzado—. Si ella decía que iba a llamar era inútil que yo lo hiciera. Se hubiera sentido presionada. La relación estaba basada en las condiciones que ella imponía.

Obviamente no se encontraba cómodo. Ella comenzó nuevamente, cambiando de rumbo.

—¿Cuánto hacía que se conocían?

Alrededor de un año, le dijo. Él acababa de terminar un curso de tres años en una escuela de cine y, como no tenía trabajo, ayudaba a unos amigos a realizar un cortometraje. «Cosas de aficionados», dijo, riéndose tanto de sí mismo como del proyecto. Deirdre trabajaba en un negocio que vendía rollos de películas a entusiastas empobrecidos como él. Se llamaba el Sótano de Celuloide. Conversaron sobre el proyecto y ella fue un sábado a verlos trabajar.

—Sin embargo, no duró mucho en ese trabajo. —Simon calló y terminó su cerveza y el sándwich.

—¿Por qué no? —lo urgió Anna.

—Por un lado, le pagaban una miseria. Por el otro, creo que sintió que no llegaba a conocer a quienes le interesaban. Ella quería estar junto a los profesionales, ¿me comprendes?, y no perdiendo el tiempo con ilusos aficionados como yo.

—Y esa es una puerta dura de abrir, ¿no es así?

El local se había ido llenando y el ambiente era sofocante. Simon se sacó la chaqueta. Debajo tenía puesto un viejo *pullover* gris, y Anna percibió un curioso olor metálico.

—¿Qué eso? —dijo arrugando la nariz.

Él olió su manga y rio.

—Apenas lo siento ahora, Pero hablando de abrir puertas, ese es uno de los caminos. La industria opera con un sistema de pesadilla en lo que se refiere a la recepción y despido, ¿me comprendes? Si deseas trabajo debes pertenecer al sindicato. Pero, para ello, debes tener trabajo. El perfecto círculo vicioso, ¿eh?

—Y tú, ¿qué es lo que haces?

—Estoy tratando de obtener mi tarjeta. Hay algunos trabajos en los que, si puedes soportar, al final del año obtienes una tarjeta sin restricciones. Uno de ellos es trabajar en las piletas, aunque huele muy mal.

—¿Piletas?

—Bueno, es como revelar fotografías, pero en una escala mucho mayor. Necesitamos enormes piletas para el revelado, fijado y lavado. Primero para los negativos y después para las copias. Hay unos pobres infelices que deben mantener limpias las piletas y cuidar que las películas sigan pasando

por los baños. Esa es la razón por la cual a menudo huelo como un compuesto químico.

—¿Por cuánto tiempo más?

—Oh, ya he llegado casi a la mitad. No es agradable. Uno se desilusiona, pero aprende mucho. Y a decir verdad siempre me ha interesado más el aspecto técnico de las cosas.

—¿Y Deirdre? —Anna trató de regresar al punto de partida—. ¿También trabajaba para obtener su tarjeta?

—No de la misma manera que yo —replicó Simon—. Creo que esperaba conocer a alguien que le abriera las puertas.

—Pero nada de eso ocurrió, ¿no es así?

—No, pero esa fue la razón por la cual terminaba cayendo en trabajos que no tenían futuro. Siempre había alguien con conexiones brillantes, prometiéndole grandes cosas. Por ejemplo, el tipo del Sótano de Celuloide le hizo tragar que muchas personas famosas iban a su negocio. Slinger constantemente se jactaba de que sería millonario antes de cumplir los cuarenta y cinco, y le decía que todo lo que ella debía hacer era seguirlo. Es muy triste, ¿sabes? Ella perdió mucho tiempo de esa manera.

—¿Quién es Slinger?

—Frederick Slinger. Fue culpa mía, en realidad. Dee quería ingresar a una asociación de cine a la cual yo voy a veces. Así fue que la llevé a una fiesta de socios. Él estaba allí. Era mucho mayor que el resto. El único de corbata, si me entiendes. De todas maneras, Dee puso su expresión de mujer dinámica y, hacia el final de la velada, él le ofreció un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Operadora de cine. Él tenía un servicio de proyección de películas. Eso era todo. Tan absurdo. —Se pasó la mano por el pelo. Sus dedos estaban manchados por los compuestos químicos.

—¿Qué pasó?

Nuevamente hubo una pausa, acompañada por una mirada ansiosa.

—Bueno, cuando supo cuál era su negocio ella le contó un cuento sobre cómo había viajado por algunas aldeas de Portugal con películas de Charles Chaplin, llevando un cargamento de sillas plegadizas y un generador para el proyector. Acababa de ver un film llamado *Mary la Sucia* donde aparece un

operador viajante de cine. El tema la había atraído. Pero tuve que pasar el fin de semana siguiente enseñándole a manejar un proyector. No tenía la menor idea. ¡Cristo! —explotó súbitamente—. No puedo creer que esté muerta. Ni siquiera ahora. Era tanto más vital que la mayoría. Tenía tantas ideas y fantasías. Nunca conocí a nadie que se le pareciera. Me daba la impresión de ser una princesa disfrazada.

Anna lo observó. Parecía más enojado que apenado.

—Todo echado a perder. Siento que... debería haber sabido. Ella murió y no lo supe hasta una semana más tarde. Cuando un ser querido muere, uno debería saberlo inmediatamente.

Anna repentinamente decidió ser más directa.

—¿Ustedes eran amantes?

La pregunta pareció coincidir tanto con los pensamientos íntimos de Simon que apenas se dio cuenta que Anna había hablado.

—En realidad, no. Todo era extraño entre Dee y yo, ¿comprendes? Podría haber tomado un rumbo u otro. Quizá si yo hubiera sido mayor... o más atractivo, o si hubiera tenido más confianza en mí mismo... Pero en realidad ella no confiaba en nadie. Pudimos habernos conocido mejor o separarnos. Era muy pronto para afirmar algo. Por eso me encuentro tan perdido. Es como si me hubieran quitado la alfombra de abajo de los pies.

Se sentó con la espalda curvada hacia adelante, la mano en el mentón, mirando los vasos.

—Uno piensa que dispone de todo el tiempo del mundo —murmuró. Anna sintió que él se escapaba. En cuestión de minutos estaría avergonzado de haber confesado esas cosas.

—¿Te sorprendió? —preguntó ella—. La manera en que murió, quiero decir. —Al menos debía intentar si las sospechas de Tom Jackson tenían asidero.

—No lo sé —dijo lentamente. Luego se enderezó y sus ojos se iluminaron visiblemente. Ciertamente prefería hablar de cosas que no tocaran su intimidad.

»Sí, me sorprende, si pienso en ello. Era hábil y eficiente con los automóviles. Es curioso cómo uno puede equivocarse. Poco tiempo después de conocernos me dijo que había manejado autos de carrera de Fórmula 2, y

que sabía de mecánica. Y yo creí que era una más de sus invenciones. Pero ocurrieron una o dos cosas que me hicieron pensar que quizá hubiera algo de cierto en ello. Era una muchacha extraña, sabes. Muy competente en algunos terrenos. Nadie diría que tuviera necesidad de fabricar cuentos.

—¿Qué ocurrió?

—No fue gran cosa. Solo la manera en que salía de una patinada en un camino helado. Y otra vez, bueno, fue simplemente un reventón. Podría haber sido bastante feo, pero no tuvo ningún problema. Y cambió la rueda en cinco minutos. Sin complicaciones. Podría decirse que se encontraba a gusto con los autos.

—Así es. Manejaba desde los quince años, y corrió algunas carreras.

—Anna se sintió contenta de poder inspirarle alguna confianza en sus recuerdos.

—Bueno, allí lo tienes —dijo triunfalmente en voz baja—. Nunca hablé mucho con nadie de ella. Mis amigos no la comprendían. Todos pensaban que yo perdía el tiempo.

Quizá fuera así, pensó ella, pero dijo:

—¿Por qué no se llevaba bien con ellos?

—No lo sé. Pero el éxito la impresionaba. La mayor parte de las personas que conozco son estudiantes o becarios, ¿comprendes? Ninguno ha hecho carrera todavía, ni ha encontrado un cofre con oro, de manera que ella hacía que se sintieran inferiores. Podía hacerte sentir a la altura de un gusano sin quererlo. Posiblemente se debía a su educación.

Habían regresado nuevamente al punto de partida. Anna sacó una pequeña libreta de su bolsillo.

—¿Puedes darme la dirección o los números de teléfono de Frederick Slinger y de la asociación de cine?

—Tengo su dirección en alguna parte, pero no la llevo conmigo. La asociación de cine se llama «Las Siete Hermanas». Pero no te servirá de mucho. Se reúnen solamente los viernes. Durante el día funciona allí un grupo de teatro estudiantil.

De todos modos, le dio la dirección y la miró mientras ella tomaba nota.

—¿Qué es exactamente lo que quieres hacer?

—Trato de armar los últimos cuatro años de su vida, en especial el último par de meses. —Se alegraba de no tener que mentirle. Le pareció que no lo merecía.

—¿Para sus padres?

—Sí.

Él quedó pensativo un rato.

—Pues te será un poco difícil, ¿sabes? —dijo finalmente—. A Dee le gustaba vivir su vida en compartimientos estancos. Mira, me gustaría ayudar, si puedo.

—Ya lo has hecho.

—No, quiero decir realmente ayudar. Hablar con gente, hacer preguntas y cosas así. Me vendrían bien algunas respuestas.

Estaba dispuesto, ansioso y era muy vulnerable. El mero hecho de pensar en una misión hizo aparecer una mancha rosada en su pálido rostro.

—No, —dijo Anna rápidamente—. No sería una buena idea, estás demasiado comprometido.

—Tú también.

—No tanto —dijo con sinceridad—. No te haría ningún bien. Hasta podría causarte daño. Yo hago esto por su familia, pero aun así puede ser que me esté tomando una excesiva libertad.

—Entiendo lo que quieres decir. —Obviamente era fácil apelar a su decencia. De cualquier manera, estaba contrariado pero todavía dispuesto a ayudar— ¿aún quieres saber todo lo que yo pueda averiguar sobre Slinger?

Así era, ciertamente. Él anotó el número de teléfono de su casa en la libreta de Anna.

—Lláname alrededor de las 18:00. Estaré de regreso a esa hora. Ahora debo volver al taller.

Se levantaron juntos. Él suspiró.

—Lo siento. Me parece que hablé más de mí que de ella. Quizá se deba a tus ojos amarillos.

—Castaños —corrigió ella, ofendida—, a menos que mi pasaporte mienta. Y me has ayudado mucho, no te preocupes.

Salieron a la calle por el costado del salón.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo él de pronto, mientras se acercaban a Charlotte Street—. Tengo un par de entradas para la función de esta noche en el NFT. ¿No querías ir? No creas que estoy tirándome un lance —dijo torpemente.

—No creo que lo estés haciendo —dijo ella con franqueza.

—Tiene un bar arriba, y podré darte hasta la genealogía de Fred.

—Bueno, ¿por qué no? —Ella se alegraba tanto de verlo contento nuevamente que se sorprendió—. Mientras no sea ese maldito *Acorazado Potemkin* que ustedes, los fanáticos del cine tanto adoran.

Él se rio.

—O no. Hoy dan *One eyed Jacks*, si puedes soportarla. ¿A las 19:00, entonces, en el NFT?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6

ANNA CAMINO hacia el norte en dirección a Euston Road. En la Biblioteca de la Universidad de Londres, con la inusual ayuda de un bibliotecario, descubrió un insignificante volumen titulado *Manual y registro de la federación británica de asociaciones de películas*. El secretario de «Las Siete Hermanas» era Leonard Margolin, domiciliado en 38 Hobbs Avenue N° 4.

En King's Cross, telefoneó de mala gana a la oficina, indicando hacia donde se dirigía. Siempre le había molestado cumplir ese trámite.

—¿Vuelves luego? —Beryl tenía un hilo de voz. Parecía que comenzaba a resfriarse.

—¿Me necesitan?

El sentido del deber de Beryl era tal que se arrastraba a la oficina a pesar de sus dolencias. Anna se había contagiado demasiados de sus resfríos como para sentirse a gusto en la oficina cuando Beryl estaba constipada.

—El comandante quiere decirte unas palabras.

Era eso. Suspiró y tomó un tren a Finsbury Park.

A lo largo de Hobbs Avenue corría una doble hilera de casas. Todo tenía un aire de desesperada respetabilidad, característico en los grupitos de propietarios u ocupantes empobrecidos, Anna tuvo que dar un rodeo para evitar un agresivo gato amarillento que la observaba fijamente, y llegar a la puerta de entrada.

Le abrió una niña de vestido escocés, con medias de color rojo brillante, que acentuaban la delgadez de sus piernas. El gato amarillo pasó

junto a ellas y entró a la casa, lanzando un áspero maullido que sorprendentemente sobresaltó a Anna.

—¿Tu padre es el señor Leonard Margolin? —preguntó a la niña que la observaba a través de la rendija de la puerta, muda y con los ojos muy abiertos.

—Mandy, ¿tú dejaste entrar al gato? —La voz de la madre tenía algo en común con la del gato. Su figura apareció detrás de la niña con el animal aferrado a su brazo, como si fuera una estola de piel.

—Quiere hablar con papito —dijo la pequeña.

—Mi marido no ha regresado aún —dijo la señora Margolin mirando con vaguedad sobre el hombro de Anna, como si esperara que él apareciera en cualquier momento para rescatarla de las visitas imprevistas. Era una mujer delgada. Su cutis, finamente delineado alrededor de los ojos y boca, se estiraba a través de los pómulos. Su cabello parecía una gorra de baño puesta sobre la cabeza.

—¿Aún es el secretario de la asociación de cine?

—Fundador, presidente y operador de proyección —respondió ella secamente—. Yo soy la secretaria, o sea, hago de todo. Será mejor que entre un rato. Hace frío aquí en el umbral.

Casi con el mismo movimiento arrojó el gato afuera y se apartó para permitirle la entrada a Anna.

—Por lo general la gente le envía antes unas líneas si quiere verlo —dijo mientras conducía a Anna al *living*. Se dirigió hacia la repisa de la chimenea y tomó un vaso medio lleno de un líquido claro, que yacía detrás de una fotografía de Mandy. Evidentemente no era la clase de señora a quien le importara que la sorprendieran bebiendo sola en la tarde. A decir verdad, parecía hacer gala de ello. Anna sintió que estaba a punto de estallar.

—Es un hombre muy ocupado. La gente le exige demasiado para el poco tiempo libre que dispone. —Obviamente se había designado a sí misma guardiana de los horarios del señor Margolin, distribuyendo con tacañería sus minutos disponibles, como si él administrara con excesiva libertad algo que en realidad le pertenecía a ella.

—¿Para qué desea verlo?

—Bueno, solo estoy haciendo averiguaciones acerca de uno de los socios.

—¿De cuál?

—Quería hacerle unas preguntas sobre Deirdre Jackson. —Anna estaba por iniciar su explicación de rutina cuando fue interrumpida con brusquedad por la señora Margolin.

—¡Esa vaquillona! ¿Quién se cree que es? ¿No ha causado ya suficientes problemas? —Sus pendientes se agitaron contra su cuello como hojas bajo la brisa.

—¿Acaso ella cree que yo nací ayer? Citando a Len en las esquinas, murmurando a mis espaldas. Debe pensar que soy ciega o estúpida. Yo no cuento para nada. Y no cuento porque la señorita «Lolita» Dee Jackson quiere tener amoríos con mi marido. Ustedes son todas iguales. Creen que ser jóvenes les da licencia para matar. ¿No es así? Supongo que piensa empezar en donde ella dejó. Bueno, lo que le dije a ella se lo digo a usted: si la encuentro tratando de molestar a mi marido nuevamente, la usaré como trapo para limpiar el piso.

—Deténgase un momento —pidió Anna aturdida—. Por favor señora Margolin, cálmese. No hay nada de eso.

—¡Calmarme! —explotó de nuevo—. ¡Su gran calma! ¿Acaso proteger a mi matrimonio es perder la calma? Haberme casado ha sido perder la calma, supongo. ¡Calmarme! Es una excusa para la moral de pigmeos que usted apenas puede tener.

—¡Por favor, señora Margolin! —Anna casi gritaba—. Nadie trata de robarle el marido, y Deirdre está muerta.

Eso la detuvo. Pero había llegado demasiado lejos para retroceder.

—Se lo merecía —dijo, pero en voz baja.

Leonard Margolin eligió aquel poco auspicioso momento para hacer su entrada. Miró desde la puerta cautelosamente, como si tuviera miedo de lo que pudiera encontrar del otro lado.

Detrás de los gruesos cristales, sus ojos castaños echaron una mirada rápida a las dos mujeres. Tenía puesta una chaqueta deportiva de color claro, ligeramente arrugada, sobre un *pullover* de cuello alto. Su esposa, al verlo, en lugar de tranquilizarse pareció irritarse más aún.

—Pasa, Len, a menos que quieras quedarte escuchando afuera, con la oreja en la cerradura. Preséntate a esta joven, que ni siquiera se ha molestado en darme su nombre. Solo ha traído la feliz noticia de la muerte de Deirdre Jackson.

La primera impresión que tuvo Anna fue que ya lo sabía, pero él entró y se sentó mostrando pesar, diciendo:

—Es terrible. Qué cosa terrible. ¿Cómo ocurrió?

—No te molestes. —La señora Margolin se sirvió otro trago—. La joven estaba por irse.

Sin darles tiempo para responder, salió de la habitación dando un portazo. Ambos se miraron por encima de los escasos muebles; Margolin sentado con sus manos colgando sin fuerzas entre sus rodillas; Anna aún de pie en el medio de la habitación.

—Parece que pateé un hormiguero —dijo ella a modo de disculpa.

—No se preocupe. Su edad la tiene perturbada. Eso es todo. Sospecha de toda mujer menor de treinta. —Desalentado se encogió de hombros—. ¿Parezco acaso un mujeriego compulsivo?

No lo parecía, pero Anna había conocido algunos que, siéndolo, lo parecían menos aún.

—Ha estado así de maniática desde el nacimiento de Amanda. No se preocupe, es mi problema. De todos modos, ¿para qué vino a verme?

—Solo porque usted es el director de la asociación de cine a la que pertenecía Deirdre. Creí que podría ayudarme con el rompecabezas. Sus padres me han pedido que averigüe algo de su vida durante los últimos cuatro años. La vieron muy pocas veces desde que dejó su hogar.

—Oh. ¿Pero como supo mi dirección?

—Un amigo de ella, otro socio...

—¿Simon Lester? Fue quien nos presentó.

—Correcto.

—¿Me mencionó específicamente?

—No, obtuve su nombre del registro.

—Ah, el manual de asociaciones de películas. Usted es mujer de recursos.

—No realmente. Es que hay tan poco material en que basarme. Dee no dejó huellas visibles, precisamente.

Margolin se levantó. Era alto y algo encorvado.

—Bueno, siento no poder ayudarla. A pesar de lo que dice Sarah, la verdad es que no la conocía para nada. Solo era otra socia, y reciente, además.

—¿Sabe de alguien con quien podría hablar?

—Aparte de Simon Lester, temo no poder sugerir a nadie. Perdóneme, pero no puedo dejar a Sarah en semejante estado por mucho tiempo. De manera que si no le importa...

Abrió la puerta del *hall*. De alguna parte de atrás de la casa llegaba el llanto de Sarah. Mandy estaba sentada melancólicamente en la escalera, haciendo marchar un robot de juguete rígidamente hacia adelante y atrás sin parar.

—Quizá pueda ponerme en contacto con usted en otro momento —sugirió Anna ya en la puerta de entrada—. Por ejemplo, en su lugar de trabajo.

—Lo siento, no hay nada que pueda agregar. Ahora debo regresar con mi esposa.

Anna pasó nuevamente junto al gato amarillo, que saltó desde los escalones hacia adentro con un maullido estridente. Estaba cerrando el portón para salir a la calle, cuando la puerta de entrada se abrió nuevamente. Era Leonard Margolin; pero solo arrojó el gato afuera y cerró la puerta una vez más.

—Sería mejor que mantuvieras tu boca cerrada —le dijo Anna al gato.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 7

EL SOTANO de Celuloide no era siquiera un sótano. Serían las 15:50 cuando Anna localizó el lóbrego sitio detrás de Wardour Street.

Arthur Craven era rollizo y seguramente había sido gordo. Una fina capa de caspa adornaba sus hombros, y uno de los aros de sus anteojos había sido reparado con cinta adhesiva.

Conversaron en su oficina, una habitación pequeña y desprolija, separada del negocio por un panel de vidrio. Mientras ordenaba una considerable pila de facturas, le explicó que estaba a la espera de una nueva secretaria. Un hombre como él siempre estaba esperando una nueva secretaria. Parecía que cada aspecto de su vida requería un toque de organización. Craven se acordaba nítidamente de Deirdre Jackson.

—Lamento lo del accidente. Debe haber sido un *shock* terrible. Una joven así —dijo—. Me vendría bien tenerla aquí ahora —agregó ansiosamente, al ver que su asistente abría un periódico antes que se hubiera retirado el último cliente—, Deirdre nunca hubiera hecho eso. Era muy buena con los clientes. Les preguntaba acerca del trabajo que hacían, mostraba interés. Era eficiente, además. Para ella no había facturas desordenadas. Mantenía todo prolijo y aseado, hasta su oficina. Tenía un gran sistema para mantener todo en orden. Pero ¿dónde se puede conseguir una muchacha así en estos días?

—¿Dónde la consiguió, señor Craven? —preguntó Anna.

—Un amigo mío, un fotógrafo, la envió. Su nombre es Dmitrios Bruce. Ella ansiaba incursionar en el mundo del cine, así que él le recomendó que viniera aquí. Dmitrios sabe que siempre tengo oportunidades para personas

con aptitudes. Solo que la mayoría no las tienen. Esperan que el éxito venga en bandeja.

—¿Cómo se llevaba con el resto del personal?

—Temo que había algo de celos. Quienes trabajan duro y son ambiciosos no parecen tener muchos amigos. Además, pertenecía a un nivel que está por encima del normal, de manera que no había mucho en común.

—Pero con sus clientes era diferente.

Acababa de entrar una muchacha con un sacón de piel de oveja. Trataba de explicarle algo al chico granujiento, quien parecía no escucharla. Después de unos minutos se dio por vencida, retirándose con las manos vacías.

—Mire eso —dijo Arthur Craven con impotencia—. Juraría que el tontito trata de hacerme perder negocios. No, como dije, Deirdre se empeñaba a fondo con los novatos. Admito que algunos son imprecisos con respecto a lo que buscan y para qué lo hacen. Especialmente los más jóvenes, que recién están aprendiendo. Pero Deirdre trataba de ayudar. Y si había algo que no sabía, siempre me lo preguntaba. Era muy buena para hacer preguntas.

—¿Hubo alguien que demostrara interés particular en ella, o a la inversa? Quiero decir, alguien con quien yo pudiera hablar. —Anna sintió que podría charlar alegremente toda la tarde mientras el Sótano de Celuloide marchaba a la ruina frente a los propios ojos de su dueño.

—Bueno, uno o dos individuos trataron de intimar con ella. No era exactamente una muñequita, pero llamaba bastante la atención, sobre todo por su altura. Sin embargo, espere un minuto. Estaba aquel viejo, cómo se llamaba. Un pequeño industrial. Viene a menudo por aquí cuando trabaja. Ahora me acuerdo. Salió con él una o dos veces en sus días libres, Reggie Lottman. Ese es su nombre. Uno llega a conocer bastante bien a los que vienen regularmente. Quizá le gustaban los hombres mayores. él anda mezclado más que nada con películas para caridad y para los Bar Mitzvahs.

—Me gustaría conversar con él y con su amigo, el señor Bruce.

Anna, dándose cuenta que pasaba el tiempo, temía ser alcanzada por la hora pico. Debía verlo a Brierly antes que se fuera, a las 18:00, y una de sus fobias era el amontonamiento en un transporte público.

—Un segundo —Craven buscó algo en su deteriorado fichero—. Aquí tiene —dijo—. Copie estas direcciones. Puede decir que yo la he enviado. Una palabra favorable de un amigo aún cuenta para algo, supongo. Incluso en estos días.

—Ha sido muy amable, señor Craven —dijo Anna levantándose.

—Un momentito. Hubo otro más. —Se paró junto a la puerta con la mano sobre el picaporte—. Un chico joven, muy plácido, de pelo oscuro, enrulado. Ella hablaba con él a menudo. Venía frecuentemente hace alrededor de un año, pero no lo he visto desde entonces. Tenía muy buenos modales, si mal no recuerdo.

—Creo que ya lo he conocido —dijo Anna sonriendo—. Pero gracias de todos modos.

Anna regresó a la oficina para encontrar a Bernie escribiendo un informe en la mesa de la recepción. Tenía puesto su sobretodo, y estaba tan cerca de la estufa que era un milagro que no se chamuscara los pantalones.

—Hola, amor —dijo levantando la mirada—. Pareces un poquito agitada.

—Un poco, nada más. Saturada de Londres en esta época poco agradable, y además sin haber almorzado.

—Eso es una tontería, una gran tontería. Ven aquí, te haré una buena taza de té. —Se levantó y puso la tetera sobre el fuego—. Nunca dejes pasar una comida —dijo él—. Solo tienes un cuerpo para protegerte del olvido, de manera que cuídalo.

Sus movimientos eran lentos y metódicos, tocaba todo con delicadeza, como si cada cucharita fuera un organismo viviente. Bernie tenía cincuenta y ocho años y era el miembro más viejo de la firma, pero no había otro en quien ella hubiera preferido apoyarse en caso de crisis.

—Cuando eres joven, piensas que no importa —siguió explicando apaciblemente mientras calentaba la tetera—. Piensas que puedes vivir sin preocuparte mucho de tu cuerpo pero no es así. No para siempre; con cada comida que salteas te aproximas un poco más a la vejez. —Llenó la jarra con agua hirviendo y se calentó las manos con el vapor.

—Allí está la diferencia entre trabajar a un setenta por ciento y a un cien por ciento —siguió diciendo—. Mírate. Si hubieras almorzado satisfactoriamente no estarías tan fatigada como ahora.

Bernie se había retirado de la policía siendo sargento, por propia elección. Pero no había querido cambiar de ramo y rechazó todas las oportunidades que lo hubieran alejado de ello. Su conocimiento local era envidiable. Entre los jóvenes tenía reputación de ser un trabajador incansable, aunque algo pesado. Pero eso no era del todo cierto. Pensaba con lentitud; su mente era precisa y paciente, como todos sus actos, y siempre se preocupaba por los demás. Esta cualidad lo sostuvo durante los años en los que se promovió a hombres más jóvenes que él.

Era un hombre peculiar; todas las personas lo fascinaban. No importaba que fueran torcidas o derechas; nunca se disgustaba ni quedaba amargado. Mantenía simplemente una curiosidad fresca y continua por la vida humana. Anna siempre pensaba que era un hombre de infinitos recursos y sagacidad.

—¿Azúcar? Sé que por lo general no tomas, pero hoy necesitas energía adicional.

—Gracias, Bernie —dijo ella, sorbiendo la poderosa mezcla con gratitud. Bernie preparaba una clase de té sobre la que podía pararse un ratón.

—¿Qué haces de vuelta aquí? Oí decir que estabas persiguiendo fantasmas.

—He vuelto para informar al jefe. Solo que, por suerte, el señor Brierly está en el baño, lo que me da tiempo para ordenar mis pensamientos.

—¿Quieres contármelo? —Bernie tenía tiempo para todo, inclusive cuando se encontraba en la mitad de la redacción de su propio informe.

Ella se había beneficiado más de una vez con sus conversaciones con Bernie. De manera que volvió a contar su historia.

—Tu Simon Lester parece ser una buena fuente de información —dijo él cuando Anna hubo terminado.

—¿Lo crees? Me preocupa cuando me gusta un tipo desde el principio.

—Bueno, tú cometes menos errores que la mayoría. Y parece que conoces bien el ambiente.

Siguieron tomando el té en silencio durante unos minutos.

Cuando finalmente Martin Brierly la hizo pasar a su oficina, se mostró más displicente que lo usual. Siempre exigía una exposición clara y precisa, pero sus continuas interrupciones y objeciones no facilitaban la cosa. Cuando Anna terminó su exposición, él recapituló casi con desdén:

—Tenemos una mentirosa patológica enamorada del mundo del espectáculo. Simon Lester la ve a través de cristales rosas. Para Arthur Craven es una buena empleada. Tiene capacidad para organizar, pero carece de talento para hacer amigos con personas de su propia edad. Posiblemente tiene una fijación con su padre, lo que crea en ella una predilección por los hombres mayores. Hasta el momento la única persona que puede haber deseado causarle daño es la esposa neurótica del presidente de una asociación de películas. Creo que probablemente estemos perdiendo el tiempo, señorita Lee, Aun así, su trabajo está pago. Hasta el viernes, por lo menos.

—En realidad, depende de lo que piensen los Jackson sobre el modo de gastar su dinero —observó Anna—. Yo pensé que la señora Jackson estaría contenta de saber qué es lo que Deirdre hizo estos últimos cuatro años.

—Puede ser que usted tenga razón —Brierly bajó la mirada—. Pero para decirlo con crudeza, si me permite, la señora Jackson no es quien firma los cheques. Por lo tanto, el éxito o el fracaso está determinado por su habilidad para descubrir algo de mayor significado que una esposa celosa en Finisbury Park. ¿Está claro?

«Sumamente claro» pensó Anna mientras cruzaba apresuradamente el parque en la temprana y fría noche. Deirdre, que había vuelto a la vida en la mente de Anna como una figura solitaria, compleja, había sido reducida a unas cuantas frases destructivas. Se sintió deprimida.

CAPÍTULO 8

A PESAR DEL VAGO comienzo, el día había ido haciéndose cada vez más corto para sus ocupaciones y no tuvo tiempo para cambiarse de ropa antes de partir para el NFT. Simon, por el contrario, parecía casi byroniano, con su blanca camisa y traje de pana negra.

—¿Estamos condenados a encontrarnos siempre en bares congestionados de gente? —preguntó él de buen humor mientras le alcanzaba una copa de vino blanco.

—Espero que no —replicó Anna con sinceridad. Pero consiguieron una mesa con vista al río y la sensación de mayor espacio la tranquilizó considerablemente.

—Quiero pagar mi entrada —exigió ella.

—No es realmente necesario. Pero si te hace sentir mejor no discutiré.

—Simon también era una influencia pacificadora.

—Eres un príncipe. —Ella sorbió un poco de vino y empezó a relajarse. Se miraron amigablemente.

—Dicho sea de paso, ¿qué piensas de los Margolin? —Anna sintió que debía empezar a trabajar antes de aflojarse demasiado.

—¿Ya los has visto? —preguntó él, sorprendido—. Trabajas rápidamente. Bueno, él enseña inglés en una escuela privada de Marylebourne. Es buena persona, pero algo indefinido. Tiene un pésimo gusto para las películas, sin embargo; muestra demasiadas de las más recientes. Quizá utiliza el sitio como una manera barata de ver películas sin tener que pagar y ser empujado en el West End.

—¿Y ella?

—¡Sarah! Pues, es un poco extraña. No conozco los hechos, pero me dijeron que después de nacer su hija tuvo una crisis. Se pescó... ¿cómo se dice cuando uno no quiere comer?

—Anorexia nerviosa. Pero no se pesca.

—Eso es lo que fue. Y estuvo internada algún tiempo en el hospital. No creo que coma mucho ni siquiera ahora. Él debe persuadirla. Me parece que no le va muy bien a Len en su hogar. ¿Qué fue lo que te dijeron?

Esta vez le tocó a Anna seleccionar cuidadosamente sus palabras.

—Ella acusó a Dee de tratar de seducir a su marido. Pero como me acusó a mí también, y yo ni siquiera lo conocía, no la tomé muy seriamente.

—Se entiende. Ella lo vigila como un halcón y siempre interviene en sus conversaciones, especialmente si son con una mujer. —Anna se apenó de haber arruinado el buen humor de Simon.

—¿Pero Len tiene esa reputación?

—Bueno, ha hablado algunos chismes. Pero creo que eso es todo.

—De cualquier manera —dijo ella lentamente— no me importaría volver a hablar con él si puedo hacerlo sin que su mujer me saque los ojos.

—Eso se puede lograr fácilmente. —Simon sonrió—. Puedes venir conmigo como invitada a «Las Siete Hermanas», el viernes. Nunca se llena, te lo prometo. Sarah no siempre va. Y si está allí puedes mantenerte apartada de su camino hasta más tarde. Len se retira solo con frecuencia, para devolver la película en Soho.

—¿Para qué lo hace?

—Bueno, una película se alquila para una sola exhibición, y debe ser devuelta enseguida o se paga una tarifa adicional.

—¿Puedo comprometerte a eso, entonces? —preguntó ella. Pero Simon miraba por encima de su hombro con una expresión levemente afligida en su rostro.

—¡Oh, Dios! —murmuró—. Carlo me ha visto. Lo siento.

Carlo era muy alto y delgado. Usaba unos ajustados pantalones de color verde manzana, que seguramente debían de despellejarlo cuando se los sacaba para ir a dormir.

—Bueno, bueno, aquí está Simon el Simple. —Arrastraba un acento que parecía haber sido extraído del medio del Atlántico—. Adivina quién

no puede resistir a Brando en su mejor momento. —Se dejó caer elegantemente sobre una silla frente a Anna y junto a Simon y los miró sonriente.

—¿No vas a presentarme a tu amiga? Simon, eres muy malo. ¿Qué diría de esto la aterradora Dee?

—Anna, este es Charles Leppimier. Carlo, antes que vuelvas a decir otra tontería, Anna es prima de Dee. Y deberías saber que Dee se mató en un accidente hace un mes.

—¡No! ¡Eso es terrible! —Dentro de sus posibilidades, Carlo parecía genuinamente dolorido—. Pobrecito, debes de estar desconsolado. Él la amaba, sabes —le dijo a Anna innecesariamente.

—Déjalo allí, Carlo —advirtió Simon.

—Siempre con tu aristocrático desdén. ¡Qué hombrecito eres! —La burla parecía ser un tic en su conversación—. Sin embargo, siempre pensé que todo esto terminaría en lágrimas. Me pregunto, ¿quién está consolando a quién? —Sus pequeños y brillantes ojos resplandecieron inquisitivamente.

Simon parecía haber sido abandonado a último momento por la caballería de los Estados Unidos.

—Parece que estuviste afilando tus dientes con Oscar Wilde, ¿no es así? —dijo Anna con voz suave. Al menos debía tratar de que el enemigo dirigiera el fuego contra ella—. ¿O naciste así?

—¡Oh, la gatita muerde! —dijo Carlo con entusiasmo.

—El diente es más poderoso que la garra.

Carlo se rio echando la cabeza hacia atrás y exhibiendo algunas muelas amarillentas. Parecía varios grados más humano de aquella manera.

—No está mal —dijo él—. Sabes, tienes un color de cabello muy interesante. Debe de ser por las cejas oscuras. No te haces rulos ni te tiñes, ¿no? No, creo que es natural.

Su acento denunciaba un lugar de nacimiento que no iba más allá del oeste de Peckham.

—Realmente deberías dejar que alguien te cortara el pelo. Parece que lo hicieras tu misma frente al espejo del baño. Quizás algo más geométrico. Tu rostro tiene una estructura que podría soportarlo.

—Carlo trabaja en un salón de belleza cerca de Fulham Road —dijo Simon. Los ojos de rinoceronte de Carlo giraron hacia él con un relampagueo amenazante.

—Se lo corté a Dee una vez —dijo arrastrando las palabras—. Era el tipo de mujer que quería parecerse a Khaterine Ross haciendo resaltar su frente de troglodita. Nuestra Dee tenía un cabello muy expresivo. Una sola vez, sin embargo. A Simon no le gustó que se la presentara a mis amigos, ¿no es así, querido muchacho?

Anna vació su copa rápidamente.

—¿Podría tomar otro vaso de vino? —preguntó. Simon no parecía desear quedarse allí.

—No disparen —Carlo levantó sus manos a la defensiva—. Sé que no debería decir esas cosas, pero él es tan formal. Toda esta espantosa sinceridad hace salir la perra que llevo adentro. Y hablando de esto, ¿eres realmente la prima de Dee? No te le pareces mucho.

—Hablando estrictamente, no. ¿La conocías bien?

—¿Quién podía conocerla? Contéstame eso. Una Garbo en versión para pobres y con espinas.

—¿En serio?

—En serio. La vi con Simon de tanto en tanto. Lo llevaba de la nariz. Patético. Era como Van Gogh y su prima K. Si esto no es demasiado rebuscado para ti.

—Bueno, Simon al menos, tiene intactas sus orejas.

—Sí, pero ¿qué pasa con sus pelotas? Perdón, perdón, pero ella lo hacía parecer muy pequeño.

—Entonces debe de haber tenido una profunda influencia sobre ti también —dijo ella secamente—. Tú mismo eres un éxito de entrecasa.

—Uy. Eso dolió. —Pero recibía los insultos con la misma satisfacción que la mayoría de la gente reservaba para los cumplidos—. No soy buena persona para hablar sobre Dee. No me agradaba. No es ningún secreto. Y debo admitir que me gustaba bajarle el copete cada vez que podía. No soy pura dulzura; te lo digo en caso que no te hayas dado cuenta aún.

—¿A cuáles de tus amigos se la presentaste? Estoy tratado de entrar en contacto con los que la conocieron.

—Bueno, había un yesero que hizo algunas molduras ornamentales para el salón. Por casualidad vino a charlar el mismo sábado que ella se hizo cortar el cabello. Todos sabían que Dee hubiera vendido su alma para hacer cine. Así que le dije que Toddy estaba haciendo algo grande en Elstree. Lo que era en cierto modo verdad. Solo que era un volcán para un film de ciencia ficción. De inmediato Toddy le propuso hacer una visita guiada por los estudios. Eso es todo. No fui muy generoso, debo admitir. Su nombre es Barry Todd, y efectivamente trabaja en Elstree. Aparte de ello, no sabría dónde puedes encontrarlo.

Simon, de alguna forma, había logrado atravesar el torbellino que envolvía el mostrador y regresaba lentamente con tres vasos. Obviamente era de naturaleza generosa.

—¿Hubo algo más? —preguntó Anna apresuradamente—. Tú dijiste amigos.

—Fue una licencia artística, querida. No, solo la presenté a Toddy.

Simon llegó con la mayor parte del contenido de los vasos intacto.

—Ah, querido muchacho, ¿uno para mí? Qué alma capaz de perdonar que tienes. Bueno, ha sido agradable conocerte, prima K. Perdón, quise decir prima A. Fue un desliz de la lengua pues, no hay parecido alguno. Si quieres, aparece en algún momento por el Folículo. En serio. Podría cambiar tu vida de un tijeretazo.

—Si tus tijeras tienen la mitad del filo de tu lengua, te lo creo —dijo ella dulcemente.

—O la mitad del filo de tus dientes, nena. Cuida tus orejas, querido Simon.

—Qué mariconcito afectado, ¿no es cierto? —dijo Anna mientras Carlo sorteaba la multitud con la gracia pretensiosa de una modelo sobre la pasarela, llevando en alto la mano con el vaso de vino como si fuera la antorcha olímpica.

—Lo manejaste bien, sin embargo. A veces creo que no es como se muestra. Es solo una pose que adopta para agraviar a las personas.

—Me lo pregunto —dijo ella pensativamente— ¿su salón realmente se llama Folículo, o nos estaba embromando?

—No, se llama así.

—Que horror —musitó Anna.

—Debo darte esto antes que ocurra algo más. —Simon le tendió una tarjeta de negocios con el domicilio y número de teléfono de:

Frederick Slinger
Film Service

—Gracias —dijo ella. Pero las preguntas que tenía preparadas debieron ser postergadas, porque sonó el timbre que indicaba el comienzo de la película.

Luego de las escenas iniciales comprendió que la había visto antes y toda la situación le causó un sentimiento de nostalgia de otro lugar, de otro momento, en compañía de alguien muy diferente. Pero aquel era un episodio olvidado y la trama la atrapó enseguida de modo que sus recuerdos quedaron sepultados.

Luego de la película sirvieron café, los espectadores entremezclados en confusos grupitos de jóvenes envejecidos.

—¿Tienes tiempo para hablar un poco más sobre Dee? —preguntó Anna—. Tengo un automóvil y te llevaré a tu casa si es que vives cerca de Stevenage.

Él aceptó, pero dijo que desde la hora del almuerzo había pensado en Dee, y cuanto más lo hacía, mejor comprendía que conocía pocos hechos concretos sobre ella. También le fue doloroso llegar a la conclusión de que incluso esos mismos hechos no eran muy confiables. Había conversado mucho con ella, pero más que nada sobre películas. Las charlas surgían por lo general del film que hubieran visto ese día, lo que a su vez invariablemente llevaba al tema de las películas que harían ambos algún día. Simon dijo que esas fantasías se habían vuelto cada vez menos atractivas para él, pero Dee nunca había querido abandonar la idea de que, de alguna manera, los films surgían de un solo estallido de inspiración. Por el contrario, a medida que él acumulaba experiencia en los aspectos técnicos, se daba cuenta de que sus ambiciones estudiantiles solo podrían cumplirse en un mundo imaginario y que las verdaderas películas eran

realizadas afanosamente por técnicos avanzados, cada uno de ellos trabajando separadamente en su propia especialidad. A Simon le fascinaban la técnica y los efectos especiales, pero Dee pensaba que eran aburridos y deprimentes.

—¿Cuánto tiempo trabajó Dee como operadora?

—Alrededor de siete meses, creo. ¿Estás pensando ver al señor Slinger?

—Quizá lo llame mañana —dijo ella con vaguedad.

—Bueno, que tengas suerte. Dee siempre decía que Fred era una de las personas más paranoicas que había conocido. No podía responder a la pregunta más sencilla sin buscar un motivo ulterior. Y si Dee lo decía, debía saberlo; —agregó con amargura— ella también era así. Se conducía como si todo el mundo estuviera buscando un arma para usar contra ella. No será fácil aproximársele.

—¿Qué quería decir con paranoia?

—Pues, Slinger nunca contesta el teléfono aunque esté junto al aparato. Su esposa tiene que dejar lo que está haciendo y contestar por él. Ella tiene una lista mecanografiada de gente con la que él no quiere hablar, y con cualquier otro debe proceder como si fuera una especie de filtro, averiguando exhaustivamente cuál es el negocio antes que él intervenga. Creo que Dee lo admiraba por eso. Y también está el asunto del cheque que él le extendió una vez. Normalmente paga en efectivo todos los servicios prestados. Bueno, un día tuvo que pagarle a ella con un cheque y le dio una larga explicación sobre lo fácil que es alterar cheques, enseñándole un sistema infalible para detectar falsificaciones.

El personal del restaurante ya estaba bajando las persianas negras del bar y del buffet. La gente, en grupos de dos y de tres, se retiraba del lugar bajo la nevada. Anna los observó, desplazándose a través de la neblina que emanaba del frío. Debido a la iluminación sulfurosa, Londres tenía el color de los damascos marchitos.

—¿De modo que es posible que no quiera hablar conmigo?

Él rio.

—No puedo pensar en nadie que no quiera hablar contigo. Mírame a mí. Normalmente se me considera reservado, pero contigo he hablado hasta por los codos. No, solo pensaba que si él cree que perteneces a una compañía de

seguros, y que los padres de Dee están buscando una indemnización o algo así, probablemente te cerrará la puerta en la cara.

—¿Por qué razón pretenderían sus padres una indemnización? Dee no trabajaba para él la noche en que murió, ¿no es así?

—No lo creo. A decir verdad, estoy seguro que no. Y si lo hubiera hecho, la policía hubiera ido a verlo de inmediato al encontrar el proyector y las películas. Y al hacerlo, la familia Jackson ya sabría de su existencia y tú no hubieras venido a mí buscando información.

—Es verdad —exclamó Anna pensativamente—. ¿Tienes alguna idea de lo que podía estar haciendo en el aeropuerto aquella noche?

—Para nada. —Terminó de beber su café. Hacía frío y sintió que se le endurecía la piel de la cara.

Fueron casi los últimos en salir. A decir verdad, cuando iban en el auto hacia el norte, parecían ser las últimas personas que salían de Londres. El mal tiempo había barrido a los noctámbulos de las calles, y las luces trémulas sobre la nieve fresca iluminaban la ciudad limpia y silenciosa. Las ruedas del Triumph apenas se mantenían en el camino y Anna tuvo la extraña sensación de que el auto se iba deslizando por sí mismo hacia su casa.

De manera que se concentró en el manejo, hasta que pudo acostumbrarse a la sensación de que el auto parecía no tener tracción.

—¿Por qué supones que el señor Slinger es tan cauteloso? —preguntó de pronto. Hizo un leve viraje a la izquierda y sintió que el auto se bamboleaba como la cola de un perro a medida que enderezaba el volante.

Simon contemplaba el camino con algo de ansiedad. Anna advirtió que él apretaba su pie derecho contra el piso del auto en un acto reflejo de pisar los frenos mientras ella apenas los tocaba, excepto sobre los lugares donde había poca nieve.

—¿Estás segura de que quieres hablar en este momento? —Le preguntó él con nerviosismo. Alguien menos cortés le habría dicho que se callara y que manejase.

—No te preocupes. Creo que podrás llegar entero a tu casa. Preferiría que continuaras hablando y dejaras de abollarme el piso del auto.

—Está bien —dijo él, haciendo un terrible esfuerzo por relajarse—. ¿De qué quieres hablar?

—Empieza por contarme lo del negocio de proyecciones y por qué el señor Slinger es un tipo tan nervioso.

—Bueno, todo lo que puedo decir es que se ocupa de fiestas infantiles. Alquila equipos de proyección y películas para chicos. Las personas que trabajan para él van a una fiesta y exhiben alguna película de Laurel y Hardy, del Pájaro Loco y cosas así. Probablemente no declara ni la mitad de sus ingresos. No le será difícil hacerlo si trabaja con dinero en efectivo todo el tiempo.

—Quizá se dedique a películas pornográficas.

—Podría ser, pero Dee nunca mencionó nada de eso. A veces ha dado espectáculos para clubes femeninos, con películas del Consejo de las Artes, sobre Mondrian, Picasso, cosas de alto nivel.

—No podría parecer más inofensivo, ¿no?

—No —asintió él—, pero a veces me pregunto dónde consigue sus películas, si paga los derechos de autor y todo lo demás.

—¿Las películas tienen derechos de propiedad entonces?

—Por supuesto. No se puede exhibir películas al público sin autorización. Tampoco puedes sacarles copias. Y el mundo está lleno de coleccionistas que quieren copiar sus películas favoritas. A decir verdad conozco todo esto porque uno de los técnicos de laboratorio con quien trabajé hace poco fue despedido por copiar un pedazo de «El Ciudadano». Compró el film con toda legitimidad, pero no le estaba permitido copiarlo o exhibirlo en público, ¿comprendes? Pero a muchos coleccionistas privados les gusta intercambiar y agrandar sus colecciones con el material que poseen sus amigos. Así que tratan de obtener copias. A veces encuentran técnicos de laboratorio que lo hacen para obtener algún dinero. Todo por debajo de la mesa, por supuesto.

—¿Así que el servicio de cine de Freddie Slinger puede estar corrompiendo a los menores con películas de Abbot y Costello?

Simon se rio.

—No se puede saber. Por otra parte pueden ser películas sobre las cuales los derechos ya han caducado. En ese caso puede exhibirlas sin

problemas.

El departamento de Simon se encontraba en Maida Vale, a corta distancia de donde ella vivía. La invitó a subir para tomar un café, pero era bastante más de medianoche y Anna se rehusó.

—Te mantendrás en contacto, ¿no? —le preguntó ansiosamente cuando salía del auto—. Quiero decir, si hay algo más en que pueda ayudarte...

—Probablemente te hartarás de verme —dijo ella con ligereza. Él dio la vuelta y se puso de su lado.

—Sabes, en cierta forma me recuerdas a Dee. No solo por el parentesco, sino que tienes algunas de sus cualidades. Para empezar, conduces con serenidad.

—Ni lo pienses —repuso Anna firmemente—. No existe similitud alguna. Pero gracias por la agradable velada; estaré en contacto contigo, te lo prometo.

Mientras arrancaba tuvo una fugaz visión, y luego, de su saludo, por el retrovisor, lo vio parado en la nieve, mirándola, hasta que viró en la esquina.

Una de las órdenes de Brierly era que una persona bajo investigación jamás debía darse cuenta de ello. Pero había momentos, y este era uno, en que algo así agregaba una carga adicional al procedimiento, Anna pensó que de seguir viéndolo a Simon, tendría que contarle todo.

CAPÍTULO 9

A PESAR DE haberse acostado tan tarde, Anna durmió mal y despertó antes de lo que hubiera querido. La nieve se había derretido parcialmente durante la noche, y afuera el suelo estaba bastante limpio. Bajó las escaleras con cuidado para buscar la leche. Una bandada de palomas levantó vuelo hacia el cielo gris, con un aleteo que sonó como un aplauso de manos enguantadas; pero fuera de eso la calle entera estaba en silencio. Eran las 07:00. Hizo café y volvió a la cama con el jarro caliente, esperando que fuera una hora más discreta para comenzar a telefonar a extraños. Estaba leyendo *Retrato de una Dama* y lo buscó para pasar el rato. Algún día, pensó, se mudaría al campo y pasaría los días pacíficamente. Se acordó de dos veranos excepcionalmente libres y felices en una casa de campo de Exmoor. Aparte de las quejas de su madre y de su hermana, y del obvio aburrimiento del padre, habían sido los días más despreocupados de su infancia de que tuviera memoria. Los repetiría alguna vez.

Mientras existiera en ella todavía la emoción de conocer gente nueva y atender sus problemas, debía quedarse en Londres. Supo que solo se iría cuando el desaliento y los años pesaran sobre su espalda de tal manera que no sintiera que, al hacerlo, dejaba atrás su razón de existir.

A las 09:00 llamó a Dmitrios Bruce pero no logró llegar más allá de una impenetrable secretaria. Dijo que lo sentía, pero que el señor Bruce se encontraba en Nairobi; tenía suerte el señor Bruce, y que no estaría de regreso hasta el lunes.

—No, no puedo recordar nada en especial sobre Deirdre Jackson. Hable con el señor Bruce cuando vuelva. Gracias por llamar. —Gracias por nada,

pensó Anna, con desaliento.

Reggie Lottman no había podido escabullirse del invierno inglés. Se encontraba sufriendo como todos los demás, en Galders Green, pero lo haría feliz verla cuando ella quisiera. Estaría toda la mañana, ¿no era horrible el tiempo?

La señora Slinger estaba en plena crisis cuando contestó el teléfono.

—Si es por un asunto de trabajo —dijo—, venga a las 15:45. El señor Slinger la verá entonces. —Luego vería cómo salir del paso, pensó Anna, pero al menos ya tenía una cita.

No llamó a Elstree. Era una nuez muy dura como para romperla con una llamada de teléfono. Decidió comunicarse con su oficina. El resfrío de Beryl parecía evolucionar bien.

Reggie Lottman habitaba una casa en una calle al este de Finchley Road a muy escasa distancia del crematorio. Había en él un aire de reprimido desencanto; con su cabello ralo y encanecido y su encorvada figura.

Le brindó una calurosa bienvenida, como si estuviera ávido de compañía humana.

—Entre, entre; tanto gusto en conocerla. ¿No está horrible afuera? Peor que el invierno del cuarenta y siete, y eso es mucho decir.

Anna no pudo ayudarlo con el recuerdo de aquel año en particular.

Agitado, arregló los almohadones de una silla que estaba junto al fuego. Su oficina, como él la denominaba, era lo que en otras casas correspondía al *living*. En el extremo había un escritorio y, contra las paredes, estantes con varias latas de películas, ostentando prolijas etiquetas. En la pared del lado del escritorio colgaba un almanaque y un tablero de noticias debajo. También había dos cartelones. Uno de ellos decía: «Las paredes oyen», y el otro: «Las conversaciones banales cuestan dinero». Los muebles del *living* habían sido relegados al otro extremo de la habitación, donde ella se sentó; dos sillones y un sofá en un espacio demasiado pequeño.

Anna pensó que tres personas de piernas largas se tocarían entre sí las rodillas, como los pasajeros de un tren.

—Me alegro de que haya venido —dijo el señor Lottman—, porque por lo general soy un hombre muy ocupado. Pero con este tiempo... —Alzó sus

manos con vaguedad. Su obsesión con la meteorología, pensó Anna, parecía indicar una vida más bien vacía.

—Fue un tremendo disgusto —siguió diciendo él—. No es lo que se espera para una joven así. La muerte es algo para lo cual uno está preparado a mi edad, ¿pero a los veintidós años?

Probablemente Lottman no tendría más de cincuenta y cinco o sesenta.

—Yo no la conocí bien. —Nadie parecía estar preparado para conocer bien a Deirdre—. Pero vino aquí una o dos veces, y creo que llegamos a comprendernos bastante bien en poco tiempo. Compartir el entusiasmo por algo hace que la gente se vincule más rápidamente. ¿No le parece? ¿Usted no está interesada en la cinematografía, por casualidad?

Anna le dijo que no era su especialidad.

—Películas, sí. Cinematografía, no. Al igual que mucha gente en estos días —dijo con tristeza—. Qué pena. Yo podría haberle enseñado mucho a Deirdre, sabe usted. Por supuesto era una cuestión de dinero. Siempre lo es. A su edad yo hubiera pagado por tener la oportunidad que le ofrecí. Pero los jóvenes de hoy plantean sus prioridades erróneamente. Lo que ella quería era un salario y la afiliación al sindicato de cine. ¿Qué le parece? Le dije que si el sindicato se enteraba del modo en que operaba yo, me pondrían en la lista negra para siempre. Pero ese era justamente mi argumento, ¿ve usted? ¿Qué podía aprender ella si todo lo que hacía durante el día era cargar las cámaras y nada más? Trabajando para mí hubiera aprendido de todo. Cargar, manejar, iluminar, grabar, imprimir. ¿Qué más se puede pedir?

—Supongo que tendría que ganarse la vida —sugirió Anna con un hilo de voz.

—¡Ganarse la vida! ¿Qué clase de vida? ¿De manera que eso es lo que hacía, trabajar para Freddie Slinger, el pistolero?

—¿Lo conoce entonces?

—A él personalmente, no. Pero cuando se ha visto a uno de ellos, se los ha visto a todos. Servicios de proyecciones, distribuidores; llámelos como quiera. Yo los llamo pistoleros. Le sacan a uno el trabajo; viven de los esfuerzos de otra gente. ¿Y alguna vez supo que devolvieran un centavo?

—¿No puede ampararse usted en los derechos de autor, por ejemplo?

—Anna pensaba en lo que le había dicho Simon la noche anterior.

—En teoría puede hacerse. Para los productores ricos está bien. Pueden pagar y pedir que se apliquen. Pero si uno es independiente, casi siempre resulta difícil solventar los gastos de un juicio. Yo sería un hombre rico si se me diera un porcentaje justo. Si las cosas fueran realmente lo que debieran ser. Es sorprendente que no esté más amargado por una cuestión así.

—Es verdad —dijo ella en tono de duda.

—Ocurre lo mismo con las ideas, sabe usted. Mire esto. —Indicó una pila de carpetas que se encontraban sobre el escritorio. Tomó una al azar y la abrió—. Son todos guiones. Vea esta, un documental. Un día en la vida de un jugador de fútbol. La historia completa, desde el desayuno hasta la hora de irse a la cama. Ve usted, aquí lo tiene todo. La preocupación social, la magia, el realismo. ¿No le suena familiar?

—Creo que vi algo parecido en la televisión —dijo Anna, dándole la respuesta que él buscaba.

—Ahí lo tiene. Yo sabía que usted era una joven lista. Las ideas necesitan ser costeadas. Lleva mucho dinero realizar incluso un documental corto. De manera que llevo este pequeño paquete a la oficina de algún productor. «Déjelo con nosotros», dice. «Le haremos saber de cualquier decisión». Dos semanas más tarde dicen «Gracias, pero no nos sirve; le devolveremos el guion». Nueve meses después ya lo han filmado, casi palabra por palabra, tal como está escrito aquí. —Golpeó nuevamente la carpeta contra su rodilla—. Oh, a veces cambian el título, debo reconocerlo. ¿Pero cómo se protege uno contra ese tipo de estafa?

—Parece que usted trabaja en un mundo muy precario, señor Lottman.

—¿Quién se queja? —preguntó en tono perverso—. Solo que hay muchos perros para un hueso demasiado pequeño. Pero no digo que no haya tenido mi participación. —Parecía complacerse defendiendo lo que acababa de atacar.

—¿Y Deirdre? —quiso saber Anna.

—Era una buena muchacha, inteligente. Yo hubiera podido hacer mucho por ella. Pero cuando me dijo para quién trabajaba y que nada cambiaría su decisión, todo se terminó. Luego de elegir trabajar para esos tiburones, ya no podría confiar más en ella. Le dije. «Uno paga su dinero y

hace su elección en este mundo, muchacha. No hay como arrepentirse después».

—¿Y ella cómo lo tomó?

—Oh, dijo que solo era temporario y que aún podría trabajar para mí en sus ratos libres. ¡Sus ratos libres! Así que le dije, «Escucha muchacha, si es así como piensas, te sentirás a gusto con lo que has elegido. Búscate otra cosa que hacer en tus ratos libres». Fue una lástima, sin embargo. Yo tenía que prestar servicio en un casamiento en Finchley y ella hubiera podido manejar la cámara. Era muy eficiente con el equipo, aprendía la técnica rápidamente. Hubiera sido la asistente ideal.

—¿Volvió a verla alguna vez después de eso?

—No, nunca. Era tarde ya para arrepentirse. ¿Pero qué podía hacer? Fue como si se hubiera pasado al enemigo, ¿me comprende usted? Hay quien tiene talento en este mundo, y hay quien tiene dinero. Y los que tienen dinero es porque nueve veces de cada diez, lo han obtenido a través del talento de algún pobre infeliz. El caballero Slinger tenía dinero. ¿Comprende lo que quiero decir?

Anna finalmente logró arrastrarse fuera de ese pantano de derrotismo. Si Deirdre había tenido algún instinto para el éxito, no era de sorprender que se hubiera marchado a trabajar para la oposición. Reggie Lottman habría añadido poco a su pequeño caudal de evidencias, pensó Anna. Lottman era una de aquellas personas que nunca aprenderían a protegerse de las asperezas de la vida y, al ir envejeciendo, solo podía sumirse en la desilusión. Anna, a pesar de su poca edad, sabía con certeza que no era absolutamente necesario cometer el mismo error dos veces, pero Lottman coleccionaba derrotas y las exhibía con un execrable orgullo. Era un hombre agradable, casi como un chico, con la diferencia de que a él ya se le habían acabado el tiempo y la esperanza, Anna creía que el talento comenzaba a manifestarse en los muy jóvenes. Después de una determinada edad, solo contaba lo que uno había aprendido a hacer y las «buenas oportunidades» eran solo aquellas que uno mismo se fabricaba.

CAPÍTULO 10

SI ACASO SE llevaba a cabo alguna actividad en Elstree, ello no sucedía en el Escenario Tres. El sitio estaba mal iluminado y desierto, como un hangar sin aviones y la tripulación ausente. Lo que llamaba la atención inmediatamente, sin embargo, era que gran parte del piso parecía la superficie lunar. Había hoyos y cráteres, con grandes piedras esparcidas arbitrariamente sobre el supuesto terreno, de un notable realismo.

—Está por allá, en alguna parte —había dicho el guía, agitando apenas un brazo.

—Muchas gracias —sonrió Anna— no tardaré.

—Solo véame al salir —dijo él—. Según los reglamentos, no debería estar haciendo esto.

—Lo que usted diga, gracias nuevamente.

Ablandado por su humilde gratitud y por el calor del billete de cinco libras que había guardado junto al corazón, el guardián se desvaneció a través de la abertura entre los enormes portones corredizos por los cuales había entrado.

Anna había invertido una gran dosis de su capacidad de convencimiento para llegar hasta allí. Ni el Banco de Inglaterra estaba custodiado con más celo. Caminó lentamente por el paisaje lunar. Era una obra magníficamente realizada.

Alguien dijo:

—Apuesto a que siempre creyó que estaba hecha de queso verde.

Los hombres habían fabricado un pequeño habitáculo con biombos que calentaban con el fuego de una garrafa de gas. Los tres se encontraban

sentados en viejos y andrajosos sillones ante una mesa de caballetes. Sobre la mesa habían esparcido domésticamente sándwiches, termos y naipes; Anna les había interrumpido el juego.

—Es un logrado trabajo —comentó señalando el estudio con un movimiento de cabeza.

—¿Te gusta? —exclamó el gordo que habló al principio.

—Pues no has visto nada todavía —dijo otro—. Espera que hagan el aterrizaje forzoso la semana que viene. Entonces ya nadie dirá que es un hermoso trabajo.

—¿Eso es lo que van a hacer? —preguntó ella mirando el meticuloso modelado y la artesanía—. Qué lástima, arruinar todo este trabajo.

—Lloraremos todo el camino hasta el Banco —el hombre gordo rio. Obviamente era un chiste viejo—. ¿Qué podemos hacer por ti? No es frecuente que las chicas vengan aquí. En general se interesan más por los actores que por nosotros.

Todos vestían immaculados overalls blancos, uno era viejo, otro gordo y el tercero rubio. Decidió que el rubio sería su presa.

—Buscaba a Barry Todd. —El rubio se sonrojó como respuesta. Tenía el cabello muy claro y una tez rosada que enrojecía con facilidad.

—Bueno, lo has encontrado entonces —dijo el gordo con fastidio—. El viejo Todd siempre tiene la suerte de su lado. Algún día vendrá a buscarme a mí alguna chiflada.

—Tu mujer te mataría, así que olvídalo, ¿eh? —el más viejo habló por primera vez.

—Seguramente —dijo alegremente el gordo— pero valdría la pena. —Llevaba un reloj digital de cuarzo nuevo y reluciente, al que miraba ostentosamente—. Bueno, papito, —dijo— supongo que será mejor que nos vayamos y lo dejemos a Toddy hacer su enganche en paz.

—Desgraciado —le dijo Todd amistosamente mientras se retiraba—. Perdón, pero a estos no se los puede llevar a ningún lado. En fin, ¿qué pasa, hermana? —Dejó que su cigarrillo rodara hacia un costado de su boca y adoptó una pose a lo Humphrey Bogart.

Anna se lo explicó.

—Carajo. —El cigarrillo aún colgaba peligrosamente de su labio inferior—. Qué mala suerte. No éramos precisamente compinches, pero de todos modos, es bastante jorobado. Ella era más joven que yo. Lo hace pensar a uno, ¿no es cierto?

Anna se sorprendió ante su reacción. Barry Todd parecía sentir que el dedo de la muerte lo había apuntado también a él.

—No había conocido hasta ahora a nadie que hubiera muerto. ¿Tonto, no? No se trata de que ella fuera alguien cercano a mí. Pero siento como si hubiera una persona menos a quien saludar.

Anna esperó que se recobrara. Él volvió a encender su cigarrillo y después le ofreció la lata de tabaco. Hacía un año que Anna no fumaba, pero aceptó un cigarrillo muy delgado. Hacerlo, pensó, parecía un signo de compañerismo.

—La conocí en lo de Carlo. Pero ya sabes de eso, ¿no? —dijo él—. Hice un trabajo para él cuando las cosas no andaban bien por aquí. Es un bicho raro, Carlo, pero ni la mitad de malo de lo que parece.

—¡Nadie podría serlo!

—Sí, insulta a todo el mundo, pero los tontos que van allí parecen capaces de asimilar cualquier cosa. Como si todo fuera parte del ambiente. De todos modos, el lugar siempre se llena hasta el techo con pájaras que están a la última moda, y algunas de ellas están realmente sabrosas. Así que voy de tanto en tanto para mirar un poco. Uno nunca sabe cuando puede aparecer alguna que busque un poco de guerra. Ella estaba allí un sábado y Carlo la estaba volviendo loca con su cháchara. Le contó dónde trabajaba yo, como si fuera de los importantes, ¿comprendes?, y ella se lo creyó hasta el fondo, y bueno, yo no se lo discutí, ¿no es cierto? Una visita a este lugar generalmente facilita que uno pueda hacer alguna cosita sin importar en qué sector del equipo se trabaja. Lo siento —dijo enseguida disculpándose—. No debería contarle de esta forma.

—¿Cómo lo tomó ella cuando se dio cuenta?

—Uh, muy tranquilamente. Bueno, tú la conociste. No quería admitir que le habían tomado el pelo. De modo que quiso sugerir que había conocido el juego desde el principio. Nos hicimos amigos. Era un poco ambiciosa y estirada en algunos aspectos, pero me gustaba.

—¿Te encontraste con ella alguna otra vez?

—Por un tiempo no la volví a ver. Bueno, nuestros caminos no podrían cruzarse a menudo, ¿no es cierto? Curiosamente cuando la encontré de nuevo, no fue en un lugar de moda. Posiblemente ella sintiera cierta atracción por lo ordinario, después de todo.

—¿En dónde fue entonces?

—En el Royal Oak, en Wembley. No voy habitualmente, pero caigo de tanto en tanto con mi primo Pat y sus compañeros. Y que me maten si no la vi allí una noche. Nos preguntamos mutuamente como iban las cosas y la invité a ella y a su amigo con un trago. Parecía estar realmente bien. Eso fue solo hace un par de meses atrás.

—¿Con quién estaba?

—No lo sé. No mencionó nombres. Un tipo cualquiera. Creo que está en el equipo de dardos, y trabaja en uno de los laboratorios.

—¿Era un tipo pálido, con cabello enrulado, alrededor de un metro setenta y cinco, delgado, buen mozo?

—Era delgado, ciertamente. Pero el resto no coincide. Era más bien alto, flacucho, y el pelo se le caía todo el tiempo sobre los ojos. Un tipo del ambiente y todo eso.

—Eso es nuevo para mí —dijo Anna—. ¿Eso fue todo?

—Sí; no es mucho, ¿no? Es una lástima darse cuenta de que no la veremos más ni siquiera para decirle «Hola». —Armó otro cigarrillo y lo encendió—. Debes pensar que soy una zanahoria para seguir hablando así.

—No, yo siento lo mismo —Anna volvió a encender la colilla y le dio una pitada final.

—Solo que algunos de los tipos que andan por aquí no comprenderían eso —dijo él, mirando a través de los biombos como si tuviera temor de que lo hubieran escuchado hablar de esa manera tan poco varonil.

La acompañó hasta los grandes portones. El hombre gordo lanzó un maullido y le gritó algo desde el rincón más alejado del galpón, y el sonido de su voz retumbó con un eco extraño en el escenario vacío.

—Supongo que nunca te acercas al Bush —dijo mientras se despedía de ella—. Pero te encontrarás con un rostro familiar en el Victoria casi todas las noches, si quieres verme.

—Quedamos en eso, —dijo Anna—, retirando la mano del áspero apretón.

—Que tengas suerte, y gracias por hablar conmigo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

CON LA ADVERTENCIA de Bernie aún fresca en su mente, volvió al auto y comenzó a comer una porción de pescado con papas fritas. El pescado estaba caliente, no así las papas fritas, de manera que las arrojó casi todas al tacho de desperdicios suspendido de una columna de alumbrado. Frederick Slinger vivía al fondo de un oscuro laberinto llamado Harrow. Verificó la calle en su guía de *A a Z*, y luego, dado que tenía aún dos horas disponibles antes de su cita, condujo su auto al aeropuerto de Londres. Localizó Crawford Lane en una tierra de nadie entre el aeropuerto y la M4. Corría en línea recta entre dos desoladas franjas de terreno estéril, y limitaba por uno de los costados con un infranqueable alambrado, amurado con puntales de concreto. Por el otro costado había una hilera de postes de alumbrado, y luego una larga extensión de tierra desnuda. Pudo ver a la distancia el anillo industrial que rodeaba Heathrow. Recorrió la carretera de arriba a abajo, a poca velocidad, hasta encontrar una columna de concreto que mostraba las señales de un impacto. Luego estacionó el auto a un costado del camino y descendió. A unos trescientos metros de ella vio una figura encorvada que se acercaba afanosamente. Alzó las solapas de su tapado y hundió el mentón en el cuello del *sweater*. El lugar era desolado y desprotegido. De ambos lados llegaba el apagado ruido del tránsito y aeronaves de grandes panzas sobrevolaban regularmente las nubes bajas, por encima de su cabeza. El torbellino de actividad humana parecía girar alrededor de aquel eje desnudo. La nieve acentuaba la desolación.

Anna cruzó el camino y trató de pensar en el automóvil de Deirdre, chocado contra la columna junto a la cual había estacionado su coche,

ejercicio de imaginación bastante simple en aquel paraje desierto. Agachándose, sacó un poco de nieve de la base de la columna. Halló algunos trocitos de vidrio, pero cualquier evidencia de la patinada había sido engullida por el tiempo transcurrido.

«El fin del maldito mundo» se dijo a sí misma, sentándose sobre sus talones, observando los trozos de vidrio que tenía en su mano enguantada, como si fuese una arqueóloga.

—Hubo un accidente aquí.

Anna se irguió, enfrentando al anciano que le hablaba. Este resultó ser la figura que había visto acercarse desde lejos.

—Ya lo sabía —respondió—. Solo estaba echando una mirada.

Con su ganchuda nariz emergiendo del pasamontaña, un sombrero arrugado, y el mentón oculto por una serie de pulóveres y bufandas, el viejo parecía una vieja tortuga, observándola tímidamente desde adentro de su caparazón. Un perro de raza no identificable apareció detrás del Triumph. También el animal tenía puesto un abrigo de gruesa lana. El perro se acercó para sentarse al lado del viejo, interponiendo su encanecido hocico entre Anna y él.

—No podrá ver gran cosa esta chica ahora, ¿no es cierto, vieja? —El hombre se dirigió al animal con afecto, y el perro le hizo una mueca con su boca desdentada—. Debería haber estado aquí cuando ocurrió, como estuvimos nosotros, ¿eh?

—¿Usted fue el primero en llegar, entonces? —preguntó Anna.

—Así es —dijo simplemente—. Y los únicos, ¿no es cierto, vieja? ¿Es usted de la compañía de seguros? —agregó con agudeza.

—No. Los padres de la muchacha que murió aquí me pidieron que averiguara cuanto pudiera sobre el choque.

—Pensé que era un poco joven para ser del seguro. —Entrecerró los ojos, suspirando—. Pero, sabe usted, hasta los policías y los soldados parecen chicos de colegio en estos días. Estamos envejeciendo, ¿no es cierto, querida vieja?

—¿No le gustaría sentarse dentro del auto, fuera del viento, por un rato? —sugirió ella—. Desearía hacerle una o dos preguntas, si no le importa.

—Es una generosa idea. Hagamos eso, preciosa, ¿no le parece?

Anna abrió la puerta del auto y el perro se introdujo antes que él y se sentó en el asiento de atrás. El viejo entró lentamente, tratando de acomodar lo mejor posible su abultada vestimenta. Anna entró por el otro lado.

—Quizá nos lleve a algún lugar soleado. Te gustaría eso, ¿no? —dijo él—. Yo no la tocaría si fuera usted; su genio es algo incierto estos días.

Anna se rio.

—No sé a quién se refiere —dijo— pero le aseguro que mi genio está bien.

—Es un hábito que adquirí al morir mi esposa; hablarle al perro. A mi nuera le enfurece —agregó con algo de satisfacción—. Cree que estoy un poco loco. Bueno, si a uno lo tratan como a un chico, termina siéndolo. Veamos, ¿dónde estábamos?

—Pues, me podría hablar sobre el choque. ¿Dónde estaba usted, y qué fue lo que vio?

—Ciertamente —dijo él con dignidad— estábamos por allá, —indicó un monte bajo que se encontraba frente a un caserío cercano— caminando un poco. Y la vejiga de esta viejita no funciona como antes, si me perdona por decirlo. Escuchamos el ruido de un choque y de vidrios rotos y pensé: «¡Oh, oh, le ha ocurrido una desgracia a alguien!».

—¿Qué hora era aproximadamente?

—Las 02:10 —dijo con precisión—. Así que vinimos hasta aquí y nos encontramos con el Cortina, incrustado de atrás contra el poste. —Dio vuelta su cuerpo y señaló la posición del auto tal como la recordaba, mirando su mano como si fuera el cañón de un revólver. Luego giró hacia Anna y se la extendió.

—De paso, soy Alastair Driver. Debo excusarme por entrar en su auto sin haberme presentado. Mis modales deben de estar poniéndose tan malos como los de todo el mundo.

Anna la estrechó apenas, mientras repetía su nombre.

—Así es mejor —dijo él—. Pensé que había algo que me faltaba. Ahora, ¿por dónde iba? Ah, sí, aquel auto con los faros aún encendidos y el motor funcionando. Así que quise abrir la puerta para comprobar si el conductor se encontraba herido, y para apagar el motor. Es lo primero que hay que hacer, sabe usted; lo escuché por la radio. Para evitar una

explosión, creo. De todos modos, la joven había caído fuera del auto como una muñeca. No tenía colocado el cinturón de seguridad, ¿comprende? Si lo hubiera utilizado quizá no estaría muerta.

Anna dijo:

—Debe de haber sido bastante desagradable para usted.

—Oh, he visto cadáveres antes, en ambas guerras. Mujeres y niños también. Pero tiene razón, fue triste e impresionante. Tenía un cabello precioso, sabe usted, largo y extendido sobre el suelo, como uno de esos cuadros de Ofelia ahogada.

Ella interrumpió su grave silencio:

—¿Qué hizo entonces?

—Oh, apagué el motor. Y luego le tomé el pulso. Pero ya había muerto. Ya no camino muy rápido, por supuesto, de manera que pasaron varios minutos antes que llegara, y sabe usted, puede que sea mi imaginación, pero la chica parecía estar bastante fría. Así que la cubrí. Tenía una frazada en el asiento de atrás, igual que usted. Su bolso había caído afuera también, y el contenido se había desparramado a su alrededor. Cubrí eso también. No sé por qué pero la escena no parecía muy decente. Mi esposa era muy reservada con respecto a lo que guardaba en su bolso, y no era correcto verlo así abierto, mostrando todo. Luego regresé a casa para telefonar a la policía.

—¿Nadie más oyó el choque?

—Bueno, no podrían haberlo hecho, debido a los cristales dobles que tienen las ventanas para que el ruido de los aviones no se filtre. A veces, estando dentro de su casa, uno parece tener algodón en los oídos.

—¿No había otros caminantes?

—Ninguno. Como usted puede ver, este camino no es utilizado por mucha gente.

—Me pregunto por qué lo habrá hecho. Alguien dijo que usted sintió olor a alcohol y a algo más al llegar aquí.

—No hay nada malo con nuestras narices, ¿no es cierto, viejita? Sí, cuando abrí la puerta sentí olor a *whisky*. No es un olor que pase desapercibido. Y hay más. Al principio, creí que había una pérdida de nafta. Pero no era eso. Era, más bien, algo así como metal corroído. Se lo dije a la

policía. Pero como ya no había olor cuando llegaron, no lo tuvieron en cuenta.

—Alguien dijo que usted creía que los autos podrían haber sido dos.

—Ah, bueno. No podría estar seguro de ello. Hay ruido todo el tiempo, de la ruta.

—Estaba helado.

—Sí, bastante helado —recordó él con los ojos cerrados.

—Lo ha recordado todo muy vívidamente. —Anna miró sus ojos ligeramente glaucos que sobresalían a los costados de su prominente nariz.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —dijo él rápidamente—. Los jóvenes tienen la equivocada noción de que los mayores perdemos la memoria. En lo que a mí se refiere, recuerdo mejor las cosas en la actualidad que cuando estaba ocupado todo el día. Puedo olvidarme de dónde he puesto mis anteojos, de tanto en tanto, pero un incidente dramático como este, sobresale como un panadizo en el pulgar en mi tediosa vida actual.

—Entonces puede recordar algún detalle. Como, por ejemplo, ¿qué cosas se habían caído del bolso?

El señor Driver cerró los ojos nuevamente. Después comenzó a enunciar, contando con los dedos de la mano:

—Una libreta de cheques, un talonario de pagos, una billetera, una polvera, un lápiz labial y otros artículos de maquillaje, no los reconozco a todos; anteojos oscuros, cigarrillos, pañuelos de papel, dos bolígrafos, algún cambio suelto, un encendedor cuadrado, tijeras. —Abrió los ojos—. No se me ocurre nada más.

—¡Santo cielo! —exclamó Anna asombrada—. ¿Cómo puede recordar todo eso?

—No lo sé —dijo con sencillez—. Pero es como un cuadro que ha quedado grabado en mi cabeza. Ella tirada allí con todas las cosas a su alrededor. A veces ocurre así cuando me sobresalto.

—¿Recuerda haber visto alguna libreta de anotaciones o un diario?

—No, pero puede haber quedado dentro del bolso. Como usted sabe, no se volcó todo el contenido.

—Inmediatamente después de llegar, ¿hubo algo que le hiciera pensar que no había sido un accidente?

—¿Juego sucio, quiere decir? —preguntó él con calma—. No, para nada. Solo que es un lugar muy tonto para tener un accidente, sobre todo si no fue por esquivar a otro vehículo.

—Bueno, señor Driver, —dijo Anna— ha sido usted de gran ayuda.

—No es nada, no es nada. Fue muy agradable conversar con usted. Ojalá nos encontremos más a menudo con rostros como el suyo.

Nuevamente le dio un apretón de manos.

—¿Cómo era ella, la muchacha que murió?

—No la conocí —dijo Anna, feliz de poder decir la verdad por una vez—. Por lo que pude saber era inteligente, ambiciosa, enérgica, organizada y algo misteriosa. ¿Puedo llevarlo hasta su casa?

—No, no —dijo él buscando la manija de la puerta—. Ya hemos entrado en calor y no debemos endurecernos. Si no seguimos moviéndonos, ¿sabe?, temo que nos detendremos del todo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 12

ANNA PERDIDA en un laberinto de casas similares entre sí, pudo arreglárselas para llegar veinte minutos más temprano a su cita. Los Slinger vivían al final de un callejón sin salida de casas contiguas con techos de tejas y caminitos salpicados de pedregullo, puertas pintadas de colores brillantes y jardines al frente, detrás de los portones. El callejón penetraba como una herramienta de punta roma en el campo de juegos de una escuela de manera tal que, en el sitio para girar, había una hilera de autos estacionados.

Anna corrió el cerrojo del portón de los Slinger lentamente hacia la puerta de entrada. Tocó el timbre. Un joven de pelo largo y grasiento y manos con sabañones abrió la puerta.

—¿Sí?

—Tengo una cita con el señor Slinger.

—Bueno, será mejor que entre, entonces, pero tendrá que esperar.

A nadie se le había ocurrido encender la luz a pesar de la temprana penumbra invernal. Varias personas movían equipos desde el fondo de la casa para amontonarlos junto a la puerta de entrada. Anna permaneció fuera del camino, semioculta por una hilera de abrigos colgados y vio lo que le pareció una casa tipo dúplex. Había sido agrandada mediante el simple recurso de voltear la pared común, uniéndola con la casa vecina.

La cuadrilla estaba formada por una rara mezcla de personas, desde el tipo joven que la había hecho pasar hasta un hombre de mediana edad con una nariz que parecía una frutilla. Cada uno trabajaba por su cuenta,

tropezando con los equipos del otro y chocando entre sí dentro del escaso espacio. Un hombre alto, de aspecto porcino, llegó del fondo.

—¡Quieren moverse, carajo! —dijo—. ¿Qué les pasa? Parecen un montón de viejas.

De una puerta abierta, a la izquierda, salió una chica. El hombre la increpó.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Busco otro rollo, señor Slinger.

—Escucha, Maureen, tú sabes lo que hay que hacer. No saques equipo sin mi aprobación, y no entres allí. Ven conmigo. Ya deberías saber que está todo en el garaje.

Atravesó la casa con la chica siguiéndolo desconsoladamente, gritando hacia atrás por sobre su hombro:

—Muevan sus trastes, ustedes.

—Bastardo fascista —gruñó alguien.

Pero se pusieron rápidamente sus abrigo y comenzaron a sacar los equipos hacia afuera, a pesar del frío de la helada tarde.

Una mujer con un vestido de lana roja bajó por las escaleras, como un parche de brillante color en las tinieblas. Encendió la luz del *hall* y descubrió a Anna en el rincón.

—Hola, ¿quién eres?

—Telefonéé hoy temprano. Alguien me dejó entrar.

—Es cierto, —dijo la mujer. Era alta, de huesos grandes, pero vestida y arreglada con cuidado—. Has llegado temprano. ¿Por qué no te acercas y tomas un café mientras esperas?

La llevó a través del arco a la casa contigua, la que por contraste estaba tranquila y vacía. Un enorme televisor y una gran cantidad de aparatos electrónicos modernos dominaban el *living*. También los muebles parecían ser nuevos, un sofá Chesterfield con fundas de plástico, sillones que hacían juego, mesas ratonas de café y anaqueles enchapados en melamina. No había libros ni cuadros, pero sí un gran acuario, iluminado desde atrás, que daba un toque de vida y color en la rígida atmósfera que parecía regir la habitación.

—¡Qué simpático! —dijo Anna mirando a los peces.

—¿No es cierto? —pero la mujer se refería obviamente a toda la habitación, la que recorrió con una mirada de misteriosa satisfacción, al tiempo que acariciaba con cariño la superficie plástica del sillón. A pesar de su altura y su aspecto exuberante, tenía un aire atemorizado, fatigado.

—No tardará mucho —dijo y dejó sola a Anna con los peces. Podía oír el ruido que hacía el grupo de trabajo al retirarse, como si viniera de otro mundo. Fue hasta la puerta que había quedado entreabierta.

—Vete ahora, Maureen, —oyó que decía el señor Slinger—, o llegarás tarde.

Se escuchó un portazo. Alguien dijo:

—Mire este proyector, señor Slinger, es un montón de hierro viejo. No sirve para nada. ¿No puede darme uno más nuevo por una vez?

—Todo a su tiempo. Si lo hubieras tratado con más cuidado... tienes las manos de un herrero cabrón... ¿por qué no desapareces o dejas de lloriquear?

La puerta volvió a cerrarse con fuerza otras dos veces. Luego dijo:

—¿Estás listo Bill?

Una voz más vieja respondió:

—Ya me voy. ¿Sabes, Freddy?, no está equivocado. Algunas de estas cosas se caen a pedazos.

—Ya lo sé. Ya lo sé. Pero me llegan unas nuevas la semana que viene. Dos de ellas, flamantes y baratísimas. Tuve un poco de suerte con un corredor novato.

—¿Cómo lo haces, Freddy?

—No me preguntes, hijo, ni siquiera preguntes. ¿Para quién es el café, Audrey?

—Para la muchacha que llamó esta mañana. Está allí dentro.

—Oh, bueno. Iré en un segundo. Prepárame uno a mí también, ¿quieres?

Anna se apartó suavemente de la puerta, y cuando entró Audrey Slinger con el café, la vio junto a la ventana que miraba hacia el jardín y al campo de juego.

—Mi marido no tardará —dijo la señora Slinger mientras le pasaba la taza—. En el platillo había dos terrones de azúcar.

Acto seguido se fue de la habitación como si alguien la ahuyentara. Anna se deslizó nuevamente a su anterior posición a tiempo para escuchar que Slinger decía:

—... ninguna jodida suerte con ninguno de ellos.

—Sé lo que quieres decir, cariño.

—Una de dos; o son tan obtusos como la bota de un sepulturero o son demasiado astutos.

—Lo que nos deja...

—Exactamente, Bill. Bien clavados...

—Bueno, te lo dejo entonces y me voy en la bici.

Anna dejó de escuchar y se retiró a la ventana. Desde el momento en que entró a la casa, se había alegrado de que su malentendido con la señora Slinger aquella mañana le ofreciera una alternativa de acción. Que Frederick Slinger era deshonesto estaba fuera de discusión. Pero lo que había oído no le decía nada en concreto de los planes de él. Para ella, esa deshonestidad era solo potencial. Aquella charla podía indicar cualquier cosa, desde un delito menor hasta una villanía en gran escala. Anna había observado eso antes, tanto en niños como en avezados criminales. Slinger tenía esa característica potencial. Que se atreviera más allá de hurtar proyectores de un camión, ella no lo podía afirmar, y no quería adivinarlo. Pero su instinto le indicaba que debía ubicarse en una posición que le permitiera, sin grandes riesgos observar los turbios negocios de él. Deseó saber más sobre el tema de películas en general, y sobre los proyectores en particular. Especialmente, especulaba con la idea de que Slinger le ofreciera trabajo. Cuando él entró, la enfrentó con desenvoltura, como un hombre de negocios. Su voz no se parecía a la que había escuchado en el *hall*, sino que era más suave y de tono grave.

—Ah, buenas tardes, señorita...

—Lee. Anna Lee.

—Por favor tome asiento, señorita Lee.

Anna se apoyó con cautela en el borde de la silla blanca. Pareció que crujiría con aspereza si se desplomaba cómodamente sobre ella.

—Entiendo que está buscando trabajo. —Slinger sonrió, sentándose también. Tenía una sonrisa contagiosa que empujaba hacia arriba sus

rollizas mejillas, hasta casi esconder sus atentos ojos marrones.

El ardid favorito de Anna para lograr que las personas dejaran de lado sus reservas, era lo que Selwyn una vez llamó la «estratagema de Narciso». Con suma tranquilidad, debía transformarse en el espejo de la persona con quien hablaba, imitándola en cada detalle. Esta, a su vez, entraba en confianza al estar en presencia de alguien que se le parecía tanto y a menudo revelaba más de lo que le era conveniente. El sistema, sin embargo, exigía tiempo y paciencia. Cuando el método no funcionaba se debía a que su blanco esperaba que fuera ella quien tomara la iniciativa. Algo desanimada comprobó que Slinger mantenía su equilibrio como un camaleón, decidiendo qué color adoptar. Parecía ser un matón con los débiles y un camarada de los fuertes y los inteligentes. «Narciso» no era un juego que pudiera ser jugado por dos personas a la vez.

—¿Qué la hizo pensar que yo podía ayudarla?

—Una amiga mía llevó a su hijita de cuatro años a una fiesta en donde se daban sus películas —dijo ella lentamente, tanteando el terreno—. Le pareció una idea tan buena que pidió una tarjeta suya. El cumpleaños de la hija es dentro de un par de meses. Le preguntó al operador qué arreglos tenía qué hacer y, por casualidad, él le contó que sería conveniente reservar sus servicios con tiempo porque era una época de mucho trabajo y a usted le faltaba personal. Ella sabía que yo me encontraba buscando un empleo que ocupara parte de mi tiempo disponible y pensó que una cosa así me vendría bien.

—¿Está usted familiarizada con proyectores y películas de 16 mm?

—Sí —dijo Anna, cruzando mentalmente los dedos.

En ese momento sonó el teléfono. La señora Slinger contestó y su marido tomó la llamada en la oficina.

—¿O sea que necesita un trabajo de medio horario? —preguntó al regresar.

—Trabajo en un proyecto que se ha atrasado, —dijo Anna, haciéndose pasar por una maestra de escuela—. No tenemos problemas con los materiales, por supuesto, pero personalmente me estoy quedando algo escasa de fondos. Usted me entenderá. Si pudiera darme un trabajo... Sé que las horas encajarían perfectamente y podría comer con más regularidad.

—¿De qué clase de proyecto se trata? —Slinger era amigable, curioso y se mostraba firmemente decidido a no comprometerse.

—No sé si usted está familiarizado con el *Actias Selene* —dijo ella, tratando de recordar algo de los escasos conocimientos de historia natural adquiridos en la escuela.

—Para nada —admitió él alegremente, pero sin detenerla, como ella había esperado que hiciera.

—Es una de esas mariposas nocturnas más hermosas del sudeste de Asia —Anna deseó tener un par de lentes para limpiar—. Intentamos filmar su ciclo de vida íntegro, pero nos hemos encontrado con algunos inconvenientes inesperados.

—¿Por ejemplo?

—Eh... por ejemplo; supongo que usted sabe que el calor y la luz aceleran, eh, el proceso metabólico. Bueno, al tratar de iluminar el sujeto para poder filmarlo, hemos afectado seriamente su biorritmo, lo suficiente como para que la crisálida se reseque.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿y cómo se puede arreglar eso? —Su atención comenzaba a decaer, pero mantenía una amplia sonrisa. Parecía divertirse con ella.

—Una especie de sándwich de agua y azúcar al final —dijo Anna confidencialmente; también ella comenzaba a divertirse—. Y luego, usted no creería los problemas que nos causa mantener fresca la provisión de hojas de nogal. Las larvas *Actias Selene* no prueban otra cosa. Son tan malcriadas. Podemos traerlas de Japón, pero ¿cómo se hace para mantener veinticinco libras de hojas de nogal frescas? —Ahora se dirigía a la señora de Slinger.

—Muy difícil, supongo —dijo la señora Slinger parpadeando con rapidez.

—Así es —acordó Anna—. Claro que siempre se puede mantener contento al insecto con una solución de azúcar y agua en proporción doce a uno. Eso es simple. Pero aun así debemos producir un insecto que sea perfecto bajo nuestras condiciones de trabajo. De modo que puede ver usted cuál es el problema, ¿no? Si no obtenemos un ejemplar adulto apto para procrear, en perfectas condiciones, nos quedamos sin filmar.

—Ya veo —dijo Slinger. Pero ella pudo comprobar con alivio que no entendía nada del tema.

—Si yo pudiera encontrar algún trabajo para usted aquí —continuó él— ¿sería solamente temporario?

Era el momento de mostrar el talón de Aquiles, de manera que bajó la cabeza y lo miró desde esa posición.

—Bueno, a decir verdad —admitió de mala gana— esta no es la primera vez que me encuentro en apuros financieros en el medio de un proyecto.

—Apuros financieros —dijo él palmeando el brazo de su sillón—. ¡Está bueno!

—De manera que, entre una cosa y la otra, me sería muy útil tener un pequeño ingreso, independiente de las donaciones de los productores, y por supuesto, si ello pudiera arreglarse, también independiente del impuesto a las ganancias.

—¡Impuesto a las ganancias! —Miró a su esposa y se rio—. ¿Quieres avivarte un poco, eh? ¿No te importaría hacerle perder unas libras al hombre de los impuestos? ¡Si pudiera arreglarse, dices!

—Bueno —dijo ella con malhumor—. Siempre hay alguien que nos pisa los pies, ¿no?

—¡Puede decir eso de nuevo! Si decido tomarla ¿cuándo podría empezar?

—Casi enseguida —dijo Anna tratando de inyectar en sus palabras la adecuada dosis de ansiedad—. Puedo arreglarlo fácilmente con mis colegas. De cualquier manera, trabajaremos por turnos. Hay que mantener la vigilancia durante las veinticuatro horas del día, por si alguna de las criaturitas elige hacer la *performance* a las 04:00 en la madrugada. Los lepidópteros son mucho más impredecibles que los actores.

Slinger estaba entretenido, minimizando jocosamente el tema desde su ignorancia, lo que para Anna resultaba muy satisfactorio.

—Bueno, quizá pueda ayudarla después de todo.

Su tono era benigno y condescendiente.

—Sucedé que tengo un fin de semana endiabladamente complicado. ¿Qué tal le vendría el sábado?

—¡Estupendo! —exclamó Anna dando un respingo— absolutamente maravilloso, muchísimas gracias.

Él se rio.

—Cálmese. Es solo una prueba. Después, si sale bien, veremos cómo seguimos adelante, ¿okey?

Hablaron un rato de dinero y sobre la mejor manera de viajar.

Anna mantuvo una actitud agradecida, modesta. Luego él dijo.

—Correcto, sábado por la mañana, entonces. Esté aquí a las 10:30 en punto, tiene que llegar a Stanmore a las 11:15. Es un casamiento y debe mantener tranquilos a los chicos por una hora, mientras los demás se tragan el *champagne*. Puede manejar chicos, supongo...

—Oh, sí.

—Entonces todo irá bien. No veo por qué no podremos llevamos satisfactoriamente —agregó en tono expansivo, mientras la acompañaba a la salida—. Siempre hay un lugar en mi organización para una muchacha lista. Usted me rasca la espalda y yo rascaré la suya. ¿Sabe que hace diez años estábamos en East End? ¡Véanos ahora!

—Siempre he admirado a la gente que tiene capacidad para los negocios —dijo Anna, adulándolo—. Yo nunca tuve mucha suerte con el dinero.

—No es cuestión de suerte, Anna —dijo Slinger, dándole la mano—. Se trata de tener una buena idea y saber cómo explotarla. La clave es el sentido de la oportunidad. Un buen sentido de oportunidad es lo más importante en los negocios.

Anna se marchó con una sonrisa aunque sintiéndose culpable. Sonreía porque la pantomima la había divertido. Se sentía culpable por la misma razón. Fue directamente al Royal Oak, en Wembley.

El barman que estaba sentado en su taburete, con los brazos cruzados sobre el mostrador, leía el *Evening Standard*. Unos cuantos ancianos dispersos saboreaban sus cervezas en las mesas, charlando a intervalos irregulares.

El piso había sido barrido, los ceniceros estaban limpios y los apoyavasos todavía secos.

Anna encontraba tolerables las tabernas solamente cuando abrían, siendo la noche aún temprana. Pidió una mezcla de naranjada con cerveza y

comenzó a hablar en voz baja con el barman, diciéndole con tranquilidad y dramatismo lo que buscaba, tratando de no parecer demasiado inquisitiva. Averiguó que el hombre que buscaba se llamaba Francis Neary y que era un empleado de laboratorio en la empresa Cine Color. El barman le dijo dónde vivía y también le dio el nombre de la dueña de casa, quien solía concurrir al Royal Oak.

—No sé cómo puede una taberna volverse irlandesa después de un tiempo —dijo él—. Pero esta casi lo es ya. No me molestan los irlandeses, pero hay de todo en la viña del Señor y yo soy un tipo a quien le gusta toda clase de gente. Pero si esta taberna se convierte en un trébol verde, yo me voy a otra parte. Una taberna irlandesa es una taberna irlandesa, si comprende lo que quiero decir.

Volvió a llenarle el vaso y se fue a atender clientes recién llegados. Anna esperó con creciente impaciencia. El sitio se estaba llenando y si Francis Neary no llegaba pronto debería buscar otra oportunidad para hablarle.

—Usted tiene un equipo de jugadores de dardos aquí, ¿no? —preguntó al barman cuando regresó—. ¿Es bueno?

—No está mal —le contestó—. Su amiguito era una de las estrellas. Pero su juego empeoró últimamente. Quizá ha estado demasiado tiempo en el turno nocturno. A menudo, trabajar en esas condiciones le afecta la vista a uno.

Casi no necesitó el guiño que le hizo el barman cuando unos veinte minutos más tarde entró Francis Neary. Medía alrededor de un metro ochenta y cinco, era muy delgado y de hombros caídos. El cabello castaño, aceitoso, parecía una frondosa palmera que caía sobre su nariz. Tenía un mentón pequeño y una nuez de Adán prominente, que latió con excitación cuando ella le ofreció un trago, preguntándole a la vez si podía hablarle unos minutos.

—No sé de qué tenemos que hablar —replicó él, mirando a su alrededor para ver si alguien los observaba—. No nos conocemos ¿no?

Era muy tímido. Se dirigió a una mesa y sentándose con movimientos bruscos y la fina capa aceitosa que hacía brillar su nariz inundó el resto de su rostro.

—No conozco ninguna muchacha —le dijo cuando ella le preguntó acerca de Deirdre—. No sé a qué se refiere usted. Vengo aquí a beber con mis amigos. No ando por allí hablando con muchachas desconocidas.

Se secó las palmas de las manos en los muslos, dejando una mancha oscura sobre el desteñido género.

—Alguien que conocía a Deirdre dijo que los vio a ambos en este lugar, hace algunos meses —insistió Anna.

—¿Quién lo dijo? —Miró a su alrededor. Sus ojos recorrieron el lugar.

—Alguien que lo convidó a usted con un trago —dijo ella pacientemente—. Un tipo rubio. ¿No se acuerda?

—Vea, no sé de qué está usted hablando. Quizás invito a alguna muchacha de tanto en tanto. ¿Qué tiene eso de malo? No puedo recordarlas a todas. Además ¿qué le importa a usted?

Anna le mostró la foto de Deirdre.

—Seguramente se acuerda de ella. —Neary miró la fotografía que estaba sobre la mesa. Anna no pudo ver sus ojos pero el labio inferior estaba húmedo y flojo. Él empujó la foto hacia ella.

—No me acuerdo de ella, ni de él, ni de ningún otro —dijo con lentitud—. Vea, por qué no deja de molestarme. Puede quedarse con el trago.

Anna se encogió de hombros. Levantándose dijo:

—Está muerta ahora y quería encontrar a alguien que hubiera hablado con ella.

Él quedó sorprendido.

—¿Qué diferencia hace? —preguntó.

—Dígamelo usted a mí; —respondió Anna, fastidiada y deseando tener por una vez la última palabra.

Neary se puso de pie repentinamente.

—¿Qué quiere decir?

—Nada en absoluto —dijo Anna cansada, dando la vuelta para irse. Pero él la tomó del brazo.

—Mire —masculló con rabia—. ¿Por qué no se ocupa de sus malditas cosas y me deja ocuparme de las mías?

Ella se soltó y salió de la taberna. Sabía que tendría que hablar con Francis Neary nuevamente y la perspectiva no le agradaba en absoluto.

La noche se había tornado agria y quería irse a su casa a cenar y a tomar un baño caliente. Francis Neary podía esperar.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 13

EL TELEFONO llamaba cuando entró al departamento.

—¿En dónde has estado? —La voz de Beryl era nasal, con un tono perentorio—. El señor Brierly quiso decirte unas palabras antes de irse. Ya es muy tarde, pero hay una o dos cosas que deseaba saber. Realmente tendrías que llamar con más regularidad. Es muy poco considerado de tu parte. Te estoy llamando desde mi casa y no me gusta hacer el trabajo desde aquí.

—A mí tampoco —murmuró Anna—. Luego con voz más fuerte y con mejor tacto, agregó:

—Lo siento Beryl, pero las cosas se fueron acumulando.

—Estamos en un país civilizado, sabes. No es como si estuvieras a cien kilómetros del teléfono más cercano. —Era inútil tratar de disculparse con Beryl. Las disculpas solo alimentaban sus rencores y nada hacían por aplacarla.

—El señor Jackson llamó esta mañana —Beryl decidió entrar en el tema de una vez—. Ha revisado los papeles de Deirdre, según le sugerimos. Dijo que su hija había retirado fondos de la Caja de Desempleo durante los últimos siete meses o algo así, depositando la misma suma semanalmente en su cuenta corriente. No le ha gustado nada eso. Parece que lo que utilizó corresponde con los recibos que guardaba.

Beryl parecía estar leyendo notas taquigráficas.

—Deirdre tenía depositado alrededor de mil doscientas sesenta y tres libras en su cuenta. Aparentemente la mayor parte era un regalo que el mismo Jackson le había hecho cuando ella cumplió los diecinueve años,

creyendo que así podría persuadirla para que regresara a su hogar. El resto es interés acumulado. Parece que no tocó el capital. Eso tampoco le agradó mucho al señor Jackson. No había certificados de sociedades ni de otras inversiones. Los papeles restantes eran poco importantes. Tú solicitaste toda esa información, ¿no?

—Así es.

—Bueno, espero que te ayude entonces. La otra cosa es que el señor Jackson viene a Londres el sábado. El «comandante» trató de disuadirlo, pero él insistió; es algo histérico, si me lo preguntas. Así que prepara un informe, ¿quieres? Un par de hojas bastarán, pero que por una vez sean legibles, por favor. Quizá tengamos que hacer copias. ¿Anna?

—¿Umm?

—¿Me has oído? Un informe digo, y no simplemente un cúmulo de notas con tachaduras.

—Sí, te oí. ¿Beryl? ¿Me conseguirás el informe médico?

—Si realmente crees que es necesario. El señor Brierly dijo que creía que estabas tomándote todo esto demasiado seriamente.

—Solo quiero hacer las cosas cabalmente. No puede quejarse de eso. Beryl, ¿puedes averiguarme algo? Frederick Slinger. —Anna lo describió y le dio su domicilio—. Quiero saber si tiene antecedentes policiales. Y Francis Neary... N-e-a-r-y. A primera vista parecen un par de moscas metidas en el dulce.

—No pides mucho, ¿no? —Beryl parecía sentirse insultada.

—Lo sé, pero solo tú tienes las conexiones para lograrlo. Ese tipo en la central de informes de la policía come de tu mano, tú lo sabes. Si alguien puede obtener los informes, eres tú.

—Bueno, trataré —dijo Beryl ablandada—. Pero antes debo decírselo al «comandante»; si él dice que no, es no.

—Gracias, Beryl. ¿Eso es todo?

—Por ahora es todo. La cita con Jackson es el viernes, a las 14:00, ¿apuntaste eso?

—Ya lo tengo, y un informe. Buenas noches, Beryl.

Anna encendió el gas. Luego respiró hondo y marcó el número de teléfono de Simon.

Él se mostró complacido por la llamada.

—Me alegra que hayas telefonado. Temía haberte impresionado mal anoche, y después me di cuenta de que no sabía cómo ponerme en contacto contigo.

—Bueno, aquí estoy. Escucha, ¿puedo verte mañana, por la noche?

—Seguro —dijo él— pero ¿por qué no ahora?

—No hay tiempo, ¿cuándo sales del trabajo?

—A las 17:30, llego aquí de regreso alrededor de las 18:00. ¿De qué se trata?

—¿Puedes enseñarme a manejar un proyector de 16 mm?

—¡Cielos! —exclamó Simon— ¿qué has hecho?

—Me dieron el trabajo que hacía Dee. Pero no es todo. Tengo mucho para contarte. Después, si aún quieres ayudarme, te quedaré infinitamente agradecida. Espera un minuto ¿quieres? Hay alguien en la puerta.

Dejó entrar a Selwyn y volvió al teléfono.

—Simon, ¿estás aún allí?

—Sí, perdóname, estoy un poco sorprendido. ¿Qué diablos estás haciendo, Anna? Esto de actuar como sabueso aficionado puede meterte en muchos líos.

Ella se rio.

—Te lo explicaré todo mañana. Alrededor de las 18:00, ¿entonces?

—Okey, pero ten cuidado.

—Tú también —le dijo, colgando el auricular.

—Acaso veo ojeras en ese hermoso rostro —preguntó Selwyn, alejándose de una reproducción de Hockney, de soleadas piscinas californianas—. ¿O son círculos indicadores de una intensa vida social?

—¿Qué tal, Selwyn? —dijo Anna mientras se dirigía al baño, sacándose al mismo tiempo tapado, bufanda y bolso.

—¡Bea quiere saber si puedes prestarle una naranja! —gritó por encima del agua que corría.

—En la cocina.

—¿En dónde?

Anna se asomó y notó que se hallaba desconcertado en medio de la cocina. La fuente con frutas estaba puesta conspicuamente sobre la mesa,

pero Selwyn no era de los que se dan cuenta de lo obvio. Le dio la naranja.

—Gracias, ¿vas a bajar? Bea dice que tiene una parva de guiso que espera ser comido. Yo diría que se parece más a un volcán, hirviendo al rojo como lava derretida, y amenazando arrasar con Pompeya si no vienes tú a ayudarnos.

El modo en el que Anna había conocido a los Price, solo dos días después de mudarse al departamento, fue un claro indicador de su posterior relación con ellos. Selwyn, pensando que había hecho saltar los tapones de luz de toda la casa al tocar un calefactor eléctrico con una percha de alambre, había provocado una conmoción tratando de encontrar la caja de fusibles, aunque hacía nueve años que vivía allí. Anna, llevada sin quererlo a la confusión general, pasó media hora convenciéndolo de que todo se debía a un corte general de luz, y que era imposible que su descuido hubiera dejado a la mayor parte de Londres sin electricidad. Luego, le proporcionó dos linternas y una docena de velas, y Bea, que había cocinado huevos con tocino.

Desde entonces, le habían pedido ayuda muchas veces, pero su hospitalidad había sido proporcionalmente generosa. Como vecinos, ellos tomaban generalmente la iniciativa, pero a Anna le gustaba su compañía, y se encontraba siempre dispuesta a compartir sus tropiezos. A veces hubiera preferido compartir una casa con xenófobos, pero básicamente la situación le traía más beneficios que desventajas.

—Esta noche no, gracias —le dijo al salir del baño—. Tengo mucho que hacer.

—Estamos listos para ver la transmisión del campeonato de críquet —dijo tratando de seducirla; pero arruinó todo al agregar— y se rompió de nuevo la cadena de mi bicicleta.

La bicicleta de Selwyn era una constante fuente de problemas para él. Su sencillo funcionamiento parecía estar bastante más allá de su capacidad de entendimiento. Anna rogaba fervientemente que Selwyn nunca abandonara sus principios y comprara un automóvil en lugar de la bicicleta.

—Honestamente, Selwyn —dijo hojeando nerviosamente la guía telefónica—. Estuve afuera todo el día y ahora debo preparar un informe. Te arreglaré la bici por la mañana, te lo prometo.

—¿No tienes alma, muchacha? ¿Cuántas veces has contemplado a Inglaterra ganar el torneo de Ashes? Es algo que podrás relatar a tus nietos. ¿Dónde estabas, abuelita, cuando Inglaterra luchaba por su honor en Australia? ¿Qué te ocurre?

Anna había terminado de hojear la guía y estaba sentada inmóvil sobre el borde de la cama. Acababa de ver que el laboratorio de Cine Color se encontraba situado sobre uno de los caminos del perímetro sur que rodeaba el aeropuerto de Heathrow.

—Nada —dijo ella—. Bueno, quizá no sea nada. Por otra parte podría ser algo muy sucio.

Repentinamente se sentía menos triste y descorazonada, de modo que después de bañarse bajó por las escaleras y golpeó la puerta adonde la esperaban un guiso caliente y el *cricket*.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 14

EL GATO la despertó a las 08:00, gimiendo como un asno. Lo dejó entrar y el animalito corrió por la cocina. Le abrió una lata de comida, tratando de evitar que su húmedo pelaje se le arrimara a los tobillos aún tibios del calor de la cama. No lo había visto desde hacía una semana, y cedió al impulso de acariciarlo mientras comía. El gato nunca se dejaba tocar cuando estaba satisfecho, pero le permitía intimidades de menor cuantía cuando tenía hambre. Cuando hubo terminado su merienda, el animal decidió marcharse; ella lo dejó salir por la puerta de entrada y aprovechó para recoger la leche. A las 09:00 en punto llamó a los laboratorios de Cine Color y pidió por el jefe de personal. El señor Smythe no había llegado aún. Debía de haberse retrasado. No, no sabían cuando podía verlo. La telefonista le pidió que dejara su número de teléfono y le dijo que él se pondría en contacto con ella en algún momento del día. Lo sentía mucho, pero era lo único que podía hacer. De cualquier manera no estaba permitido revelar telefónicamente datos personales de los empleados a personas no autorizadas. Luego trató de comunicarla con el jefe de talleres, pero sin resultado. Anna marcó el número nuevamente por su cuenta y pudo dar con el jefe de talleres que recién llegaba. Él le dijo que el turno de la noche había marcado la salida hacía veinte minutos. No, no sabía quiénes eran los empleados, y siempre le tocaba a él arreglar el desorden que invariablemente dejaban.

Anna se lavó los dientes, lo que no ayudó mucho a mejorar su humor pero al menos la hizo sentir más fresca. Seleccionó algunas herramientas y bajó a arreglar la bicicleta de Selwyn. Mientras deslizaba la cadena sobre el engranaje y la ajustaba, Selwyn apareció en el umbral de la puerta, con una

taza de café para ella, desgredado y en pijamas. Su pelo parecía el nido de una garza y se quejaba de que le dolía la cabeza. Anna rechazó el café, pero le ofreció dos aspirinas.

—Este será un mal día, lo sé —profetizó él, tragándose las tabletas con el café ya frío—. Aún está oscuro afuera. No creo que salga el sol. No podré trabajar. Jamás me visitará la musa en un día como este.

—Así es —dijo Anna, tratando de esquivarlo para llegar a la puerta— ahora échale la culpa a una mujer.

—No comprendes lo que significa esperar aquí dentro, entre cuatro paredes sintiendo cómo gotea mi pobre alma hasta vaciarse.

—Deberías afiliarte a un sindicato. Pide mejores condiciones de trabajo y bonificación como incentivo.

—Tienes razón —Selwyn se alegró un poco—. Piensa en los titulares de los periódicos: «La amenaza de huelga de poetas hace cundir el pánico entre los compradores». En poco tiempo tendríamos el país de rodillas. Ya estás por irte de nuevo —Anna había logrado llegar a la puerta.

—¡Contrata a Ted Hughes de secretario privado! Tiene el nombre apropiado y tengo entendido que se expresa con corrección.

—¡Desleal! Eso es lo que eres —exclamó Selwyn desde la puerta.

Anna condujo hasta Wembley bajo una lluvia helada. Las ruedas de los autos trazaban surcos sobre el camino anegado y salpicaban agua barrosa contra su parabrisas...

El barman del Oak había mencionado la calle en la cual vivía Francis Neary, pero no conocía el número de la casa. Anna estacionó cerca de la esquina y preguntó en un puesto de periódicos. El número cincuenta y uno era una construcción de colores chillones, junto a las vías del ferrocarril. La puerta de entrada, alguna vez verde, estaba sucia y rajada. El timbre no funcionaba, de manera que golpeó con la palma de la mano. Oyó que, en alguna parte lloraba un bebé. Después de una larga espera apareció una mujer menuda, No podía medir más de un metro cincuenta. Las dos niñas que se aferraban a sus faldas parecían corpulentas en comparación, Anna pensó que las hijas habían chupado la vida a la madre al ir creciendo, dejándola así de encogida y arrugada. Extrañamente, la mujer parecía vieja y joven a la vez, y la cercanía de las niñas daba un toque anacrónico a la

escena. Tenía el cabello cobrizo recortado debajo de las orejas, como una colegiala, y un cigarrillo pendiendo de su labio inferior.

—¿Qué desea? —le preguntó expeliendo el humo—. Tengo un bebé llorando allí dentro.

—¿La señora Halloran? —preguntó Anna, y cuando la mujer asintió, agregó—. ¿Ha vuelto ya del trabajo Francis Neary?

—No ha salido hoy —replicó la señora Halloran—. Mejor entre o váyase. El pequeñín está por reventar.

Por cierto, el llanto del bebé se había hecho histérico. Siguió a la pequeña mujer a través de un corredor oscuro, invadido por una serie de obstáculos, a saber: cochecitos de bebé y juguetes, hasta llegar a la cocina. El bebé estaba sentado en el piso, en medio de un charco de pis, con la cara enrojecida de furia. La señora Halloran lo levantó y el niño se calló como por milagro.

—Son sus dientes —dijo. Exhaló el humo sobre el rostro del bebé, a quien no pareció importarle, como tampoco le molestó a ella apoyar el cuerpecito empapado contra su camión. Ambos, madre e hijo, llevaban aún su ropa de dormir. Los platos sucios se apilaban alrededor del lavadero, y en el suelo se esparcían prendas de vestir abandonadas en el mismo lugar donde habían sido arrojadas la noche anterior.

—Francis no fue a trabajar anoche —explicó la mujercita, buscando ansiosamente una silla donde sentarse—. Anoche regresó borracho. Cuando lo vi le dije que ya debía estar en el laboratorio, pero me cerró la puerta en la cara.

—¿Entonces, está aún aquí? —preguntó Anna, respirando entrecortadamente por la boca. El olor de la cocina le había anudado el estómago.

—Que yo sepa, sí —la señora Halloran encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior—. No lo oí salir, y tengo demasiado que hacer como para vigilarlo.

—Desearía cruzar unas palabras con él, si es posible —dijo Anna.

—Haga como quiera. Pero dígle de mi parte que mejor se busque otro alojamiento si sigue así. Le dije que regresara a su casa para Navidad. Hace semanas que se encuentra mal.

—¿Cuál es su habitación? —preguntó Anna, impaciente por terminar con el asunto—. Subiré y veré si está allí.

—No está en el piso de arriba. Le di la habitación del frente, la de la izquierda. Es muy cómoda.

La acompañó hasta la puerta para ver si Anna había comprendido. Golpeó, pero no hubo respuesta.

—Durmiendo la mona, lo más probable —dijo la mujercita—. Puede entrar, no tiene llave.

Anna empujó la puerta suavemente. Sintió que algo resistía con un leve crujido. Empujó con más fuerza y la puerta cedió violentamente. Del marco, como harapos deshilachados, quedaron colgando largos trozos de cinta adhesiva. Francis parecía haberse sellado allí dentro. El gas salía de la estufa con un silbido; pero no se veía fuego. Anna saltó hacia la ventana para abrirla, tratando de correr el cerrojo, pero este no se movió. También estaba sellada. Empujó para levantar la hoja inferior, sin lograrlo. Luego, con un gran esfuerzo, pudo bajar hasta la mitad la hoja superior. Quedó atrancada allí, pero eso era suficiente. Una ráfaga de lluvia y aire frío entró en la habitación. Corrió de vuelta a la chimenea y sus dedos humedecidos se deslizaron sobre la mellada llave del gas, hasta cerrarla.

La señora Halloran, con el bebé aún en sus brazos y flanqueada por las dos niñas, miraba boquiabierta desde el umbral de la puerta.

—¡Tire el cigarrillo! —gritó Anna—. Apáguelo y saque a las niñas de aquí.

No se movieron.

—¡Ya mismo! —volvió a gritar Anna—. ¡Apúrese!

La señora Halloran se movió por fin de la puerta y se perdió en la oscuridad del corredor.

Anna fue hasta la cama. Francis Neary estaba acostado de espaldas, completamente vestido. Restos de un vómito blanco y marrón le cubrían la parte inferior del rostro y se derramaban sobre la pechera y el cuello de su camisa, llegando hasta la almohada. Anna tragó saliva para no hacer una arcada. No se animó a tomarle el pulso en el cuello ya que todo estaba cubierto por aquella pútrida sustancia, incluso el cabello. Apretó los dientes, y tomó la muñeca, haciendo un esfuerzo por calmarse para que su mano no

temblara. El cadáver tenía la piel tan pálida y viscosa que fue como tocar un trozo de mármol. Sintió una obsesiva urgencia por lavarse. Retrocedió hasta la puerta, gritando.

—¿Tiene teléfono aquí?

Volvió a preguntar:

—¿Hay teléfono aquí?

No hubo respuesta. Fue a la cocina. La mujer y los niños habían formado un pequeño y apretado grupo. La señora Halloran estaba en el centro sentada rígidamente en el borde de la silla. De no haber sido por las lívidas manchas en sus pómulos, hubiera parecido casi tan pálida como Francis Neary.

—Le pregunté si tiene teléfono.

La miraron como si estuviera hablando un idioma extraño, con las bocas tan abiertas como los ojos. Anna reprimió un deseo de darle una cachetada a la mujer, y se esforzó para hablar con mayor gentileza.

—Alguien debe pedir una ambulancia, y además hay que avisar a la policía. Dígame, por favor, ¿hay un teléfono en la casa?

La señora Halloran aclaró su garganta, pero su voz continuaba ahogada.

—¿Está muerto?

—Sí, temo que lo está —dijo Anna quedamente—. Por favor, dígame donde puedo encontrar un teléfono.

—No debería haberlo hecho aquí. Esta es una casa católica —dijo la mujer.

—Ya lo sé, y me imagino que será terrible para usted —dijo Anna demoníacamente, empezando a sentir que la ira, como una garra, pugnaba por enturbiar su juicio—. Pero, por favor, ¿puede decirme si hay un teléfono en la casa?

—Hay uno en la casa vecina. —La mujer se puso de pie—. No nos quedaremos aquí solas con él.

—¿Adónde va usted? —preguntó Anna con desesperación.

—Al lado. —La mujer tomó una frazada para arropar al bebé y salieron por la puerta como si fueran una familia de refugiados.

—¿Telefonaré entonces a la policía?

—Tendré que hablar con el sacerdote. Él sabrá lo que hay que hacer.

—Llame al 999 primero, por favor. Que venga la policía. Es importante.

—¡Usted no debería haber venido aquí! —gritó entre sollozos la señora Halloran—. Trayendo su mala suerte.

Anna regresó al dormitorio. El cambio de palabras con la dueña de casa le había aclarado algo la mente, y pudo mirar a su alrededor con más calma. Era una habitación pobre. Un desteñido linóleo marrón cubría el piso y el polvo se acumulaba debajo de la cama y de la cómoda. Los muebles restantes eran una mesa de luz y un armario. Sobre la cabecera de la cama colgaba un crucifijo plástico y, en la pared opuesta, sobre la estufa de gas, había un cuadro de una chica, desnuda hasta la cintura con los brazos estirados sobre su cabeza.

Evitando acercarse a la cama, examinó la mesa de noche, sobre una pila de revistas de historietas había un trozo de papel doblado. Lo abrió.

Querida madre

Lo siento. No pude evitarlo. Si solo supieras lo que he estado sufriendo, me perdonarías.

Tu hijo querido
Fran.

La escritura era desprolija y la carta estaba llena de borrones. Francis, al parecer no había dispuesto de un sobre dentro del cual poner la carta, ni estampilla para enviarla. Se preguntó si la señora Neary llegaría a leerla alguna vez. La volvió a doblar y la dejó nuevamente en su lugar. Había algunas cartas en el cajón de abajo, todavía dentro de los sobres rasgados, con sello postal de Irlanda del Norte. No las tocó. Junto a ellas vio un misal y un rosario, cubiertos de polvo. Más adentro encontró un paquete cerrado de profilácticos. También tenía polvo encima. Al retroceder tropezó con una botella de *whisky* vacía que sobresalía de abajo de la cama. El inesperado ruido la sobresaltó. Dentro del lavatorio de grises bordes, encontró un vaso, que se había quebrado al caer, cuatro o cinco tabletas medio disueltas por la humedad y un pequeño frasco marrón. Lo tomó, introduciendo mecánicamente sus dedos en el cuello. Había contenido cien aspirinas. Pero estaba vacío. Lo puso de vuelta en su lugar. Sobre el estante de vidrio del

lavatorio había un cepillo de dientes, un tubo retorcido de dentífrico, un peine sucio y un ungüento para prevenir la calvicie. Anna se vio reflejada en el espejo, el blanco de sus ojos la sobresaltó.

Abrió los cajones de la cómoda, no había nada en los dos de abajo con excepción de algunas camisas, pulóveres y ropa sucia. En el cajón de arriba, metidos entre los calcetines y las camisetas, había una radio a transistores negra y plateada y un grabador a *cassette*. Ambos parecían nuevos y caros.

Encima del armario había una valija barata vacía, y adentro, dos trajes colgados. Uno, raído y lustroso; el otro parecía no tener uso, era de lana gris oscura, hecho a medida, con chaleco, la clase de traje usado por quienes presencian los grandes partidos de fútbol en Wembley desde la tribuna reservada. De otra percha pendía una corbata de seda verde, y una camisa que aún tenía el celuloide debajo del cuello. Un par de botines de trabajo con cierre relámpago estaba alineado prolijamente debajo del traje.

Su impermeable colgaba de un gancho detrás de la puerta. Los bolsillos contenían papeles de caramelos, seis masticables, un paquete con diez cigarrillos y una llave, un puñado de cupones para billar y treinta y cinco chelines. Su billetera probablemente estaría en la chaqueta que llevaba puesta. Un golpe en la puerta de entrada impidió que la buscara. Mientras iba a abrir se preguntó vagamente si habría dejado para el final la revisión del cuerpo con la esperanza de que la interrumpieran.

En el umbral de la puerta de entrada se encontraban dos policías. El más joven la miró con incredulidad y luego preguntó:

—¿Usted es la señora que nos llamó?

—Claro que no —dijo el mayor de ellos—. Este es el basural de Halloran. Ya vine aquí hace dos años. Su esposa le estaba pegando.

—Problemas domésticos —dijo burlonamente el joven. A Anna le pareció un novato; rubio de piel rosada y con granos en el rostro.

—Veamos señorita, ¿qué está pasando aquí? —el más viejo la observaba con detenimiento.

—Hay un sujeto aquí que parece haberse suicidado —respondió Anna.

—No me diga —dijo él con calma. Anna pensó que no estaba tan sobresaltada como había creído al principio.

—Bueno, ¿qué le parece si entramos y echamos una mirada? —Ella los condujo al dormitorio.

—¿Ha estado usted aquí dentro? —preguntó el joven.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para cerrar la llave del gas y abrir la ventana —respondió Anna con un suspiro.

La ventana se encontraba aún semiabierta y sus huellas se veían obviamente marcadas en el piso empapado por la lluvia.

El más viejo miró la cinta adhesiva que colgaba del marco de la puerta.

—Gas, ¿eh? —dijo el joven, dirigiéndose audazmente a la cama para mirar a Francis. Al llegar emitió un sonido ahogado y se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo.

—¿Por qué no echas un vistazo por el resto de la casa Bisgood? —le dijo serenamente su colega sin volverse.

Bisgood salió rápidamente. Anna lo oyó sonarse roncamente la nariz en el corredor.

El otro continuó inspeccionando lentamente la habitación. Se detuvo junto al lavatorio y levantó el frasco de aspirinas, introduciendo una lapicera en el cuello del envase.

—Parece que este mozo era hombre de usar cinturón y tiradores a la vez —dijo.

Anna respondió.

—Es gas natural, por eso habrá pensado que necesitaba los tiradores.

Él se arrodilló junto al radiador, abrió la llave y aspiró un poco.

—Pobre infeliz —murmuró—. ¿Sabe usted quién era?

—Francis Neary. Se alojaba aquí.

—¿Y adónde se ha marchado la señora Halloran?

—Se fue a la casa de al lado con los niños. Hay un teléfono allí. Estaba muy asustada.

—Ya veo. —Había llegado a la mesa de noche y visto la nota. La leyó y luego la puso de vuelta en su lugar.

—Bien, salgamos de aquí por el momento. En cualquier momento llegará el forense con la ambulancia. —Dio un último vistazo a la

habitación—. Supongo que nos vendría bien una taza de té. —Pero al ver la cocina pareció abandonar la idea y no volvió a mencionarla.

—La señora Halloran no ganaría precisamente el premio a la mejor ama de casa del año, ¿no es cierto?

Bisgood regresó ya repuesto de la visión.

—El resto de la casa es igual, Collin. Deberías ver el cuarto de baño.

Collin sacó su libreta y apuntó algo, ignorando el comentario de Bisgood.

—Quizá me podría dar su nombre y dirección ahora, señorita.

Anna se lo dijo y él lo anotó.

—No me atrevería a afirmar que es una vecina —dijo él observándola fijamente—. ¿Quiere fumar? Puede hacerlo ahora.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Quiere decirnos qué hacía aquí, entonces?

—Vine a hablar con el señor Neary —respondió Anna inspirando profundamente, y deseando luego no haberlo hecho. El ambiente de la cocina no olía mejor.

—¿Lo conocía bien, señorita?

—Lo vi anoche por primera vez.

—Anoche, ¿eh? Y vino a hablarle de nuevo esta mañana, pero él estaba muerto. Es una pena. Sí, una verdadera pena.

Ella sacó su tarjeta personal de identificación de su bolso y se la entregó.

—Una ave nocturna —dijo Bisgood, mirando por encima de su hombro—. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cobrándole deudas?

—No.

—Bueno, ¿querría decirnos qué es lo que hacía entonces? —Collin le devolvió la tarjeta—. Esto no significa nada.

—Ya lo sé —dijo Anna con un suspiro. Era verdad. Cualquiera podía hacerse imprimir tarjetas personales de identidad cuando lo quisiera—. Pero al menos puedo demostrar que no estoy escondiendo nada. Y si alguien llama a este teléfono y habla con mi jefe, él responderá por mí y se aclarará la situación.

—Si es que usted decide contarnos cuál es la situación a la que se refiere —dijo Collin. Tomó la tarjeta nuevamente y se la entregó a su colega—, Bisgood, llama a este número y averigua qué ocurre. Puede ahorrarnos tiempo.

—¡Qué historia! —dijo alegremente Bisgood al salir—. Y yo pensé que era una asistente social.

—¿Cuál es la situación, entonces? —dijo Collin cuando hubo salido el otro.

—Yo misma no la comprendo —dijo ella—. Lo conocí anoche en una taberna, por una cuestión vinculada a una investigación que estoy realizando. Todo parecía normal hasta ese momento. Busco a todas las personas que pudieran haber conocido a una muchacha que falleció en un accidente el mes pasado. Él había sido visto hablando con ella. Pero cuando se lo pregunté negó conocerla.

—¿Y usted no le creyó?

—Así es. De manera que pensé en probar de nuevo esta mañana, cuando hubiera vuelto del trabajo, de modo que tuviera la oportunidad de serenarse.

—¿Trabajaba en el turno de la noche, entonces?

—Sí, pero la dueña de la casa dice que no fue a trabajar anoche, que bebió mucho y luego se encerró en su habitación.

Fueron interrumpidos por la llegada del médico forense y los enfermeros de la ambulancia. Collin los condujo al dormitorio mientras Anna permanecía en la cocina. Regresó con Bisgood.

—Alguien no está muy feliz que digamos —decía Bisgood— nada feliz.

—La suerte de un policía —murmuró Anna.

—¿Qué dice? —exclamó Bisgood enrojeciendo—. Quizá deba tener cuidado con lo que dice. Como están las cosas, ya está metida en un lío. Tenemos órdenes de llevarla con nosotros.

—Gilbert y Sullivan; qué buena comedia —exclamó Collin ausente. Y agregó—. Dejémoslo así.

Salieron de la casa y Anna sintió el viento y la lluvia en su rostro, y apreció el contacto del agua helada.

—¿Adónde cree que va? —Bisgood la tomó del brazo cuando ella se dirigía hacia la calle.

—A mi automóvil. Está junto al puesto de periódicos.

—Se supone que debe venir con nosotros.

—Oh, déjeme de joder —explotó Anna súbitamente—. Puedo seguirlos en mi auto. Ustedes no me llevan a mí. Yo voy porque quiero.

—Calma —dijo Collin sin dirigirse a nadie en particular—. Está bien que vaya en su auto. No se encuentra bajo arresto ¿conoce el camino?

—Los seguiré.

Se dirigieron a la comisaría como si fueran un cortejo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 15

ANNA ESPERÓ sentada sobre un duro banco de madera bajo la mirada fija de un sargento que estaba detrás de su escritorio, aparentemente sin nada mejor que hacer. Tenía los ojos entrecerrados, debido al parpadeo irregular de los tubos de neón. Un gomero de hojas secas yacía agónicamente en un rincón. Deseó no haber dejado de fumar. Durante esos breves momentos compartió el banco con otra persona, pero la mayor parte del tiempo lo tuvo para ella sola. La paciencia, según se decía, una típica virtud inglesa, era despiadadamente explotada por la mayoría de las instituciones de su país.

Alrededor de una hora más tarde Collin bajó las escaleras. Luego de cruzar una mirada a modo de saludo con el sargento junto al escritorio se sentó a su lado.

—Estuvimos en contacto con su patrón y parece que es compinche de nuestro jefe.

—No me sorprende —dijo Anna con cansancio—. Siempre se acomoda con los de arriba. No sé cómo lo hace.

—También llamé a la jefatura del distrito y confirmaron que el tema Jackson estaba en manos de su Agencia. De manera que usted está en libertad, en lo que a nosotros se refiere.

Sacó un arrugado paquete de cigarrillos de su bolsillo y encendió uno para ella.

—Sargento —le dijo al hombre que se encontraba detrás del escritorio— iremos a tomar un poco de té en caso de que alguien pregunte por nosotros.

Bajaron por las escaleras y, atravesando un corredor, se dirigieron a la cantina.

—¿Estuvo alguna vez en la poli? —le preguntó mientras caminaban.

—Sí, durante cinco largos años.

—Me lo imaginé. No debe tomar en serio a Bisgood. Es joven. Pero algunos de los de su gremio son bastantes sucios. Y los peores suelen haber sido policías.

—Ya lo sé —dijo ella—. Pero, por lo que yo sé, mi jefe dirige una firma absolutamente respetable.

—Okey, pero debe admitir que ese no es el caso. ¿Quiere comer algo?

Ella vio como el cantinero amontonaba salchichas, huevos y papas fritas en el plato de Collin y sacudió la cabeza.

—Se siente algo revuelta todavía, ¿no? Pero debe de haber visto esa clase de cosas antes, ¿no es así?

—Así es, pero sigo impresionándome.

—Tenía usted razón sobre lo del gas natural, ¿sabe? Lo tonto del asunto es que el doctor dijo que había suficientes píldoras en el frasco como para suicidarse. Pero lo increíble es que, entre la borrachera y el gas, el pobre infeliz perdió el sentido y se ahogó en su propio vómito. Eso fue lo que lo mató.

Tomó un enorme bocado de papas fritas y masticó lentamente. Anna miró hacia otro lado.

—¿Qué le hizo dejar la policía? —preguntó Collin con la boca llena.

—Realmente no lo sé. Simplemente me parecía que no llegaría a ninguna parte.

—Supongo que puede resultar algo así como un estancamiento para una mujer. Especialmente si no se sabe escribir a máquina.

—Especialmente si se sabe, querrá decir —corrigió ella y lo vio sonreír por primera vez.

Él terminó su comida en silencio y limpió el plato con un trozo de pan con manteca. Luego comenzó con el arroz con leche. Anna fue hasta el mostrador a buscar una taza de té y no regresó hasta que Collin dejó de comer.

—Veamos —dijo él empujando su silla hacia atrás—. Su jefe dice que observa una política de estrecha colaboración con la policía. Y a mi jefe también le gustaría un poco de esta clase de colaboración. ¿Le parece bien a usted?

—No tengo inconvenientes —respondió Anna—. Pero no sabría realmente qué decirle. Todo parecía andar bien hasta hoy.

—Solo que el señor Brierly nos dijo que usted le había pedido a su secretaria que averiguara los antecedentes de dos sujetos. ¿Por qué hizo eso?

—Porque los dos me parecieron muy escurridizos. Era una manera rápida de saber a qué atenerme con ellos.

—¿Usted huele algo, simplemente, o tiene evidencias concretas de que se ha cometido un crimen?

—No tengo evidencia alguna; si así fuera, el señor Brierly se la habría entregado a ustedes. Siempre lo hace.

—Okey, le tomo la palabra. ¿Y por qué piensa usted que Neary eligió precisamente este momento para estirar la pata?

—No lo sé. No hay nada que me haga pensar que su suicidio esté vinculado con el asunto en el que estoy trabajando. Pero es una coincidencia desagradable.

—Pero si tenía algún peso en su conciencia, algo grande, y creyó, que usted sabía algo, entonces pudo haberse sentido impulsado a hacer lo que hizo.

—Podría ser; espero que no haya ocurrido así. Le habría sido más fácil hacerse humo.

—¿Qué fue exactamente lo que usted le dijo anoche?

—Le pregunté si conocía a Deirdre Jackson y me contestó que no. Le dije que lo habían visto con ella. Respondió que no podía acordarse de todas las chicas con las que había tomado tragos. Le mostré su fotografía y dijo que no la conocía y que jamás la había visto.

—Y usted no le creyó. ¿Qué más le dijo?

—Le conté que ella había muerto y que yo quería entrar en contacto con quienes la habían conocido. Creo que eso fue todo.

—¿Cómo se vinculó con él en primer término?

—Un amigo de Deirdre los vio juntos en el Oak. Él me describió a Neary y luego el barman me dio su nombre.

—¿De modo que no pudo haber ningún error?

—Podría ser, pero no lo creo. Creo que Neary reconocía el retrato.

—Su olfato, de nuevo. ¿Puedo echar una mirada al retrato?

Anna le dio la foto. Él la estudió y luego la miró apretando los labios.

—Ya lo sé —dijo ella con tristeza—. Si Deidre salía con Neary, no era por el placer de su compañía.

—Bueno, levante el ánimo. Podría ser algo completamente distinto. Deudas, vida amorosa, enfermedades venéreas, elija usted. ¿Puedo quedarme con esta foto? Se la mostraré al propietario de la casa para ver si puede reconocerla —le dijo.

—Sí, yo iba a hacer eso también. ¿Me hará saber qué le dijo?

—Puede ser. Siempre que usted me mantenga informado sobre lo que está haciendo. Podría haber algo en esto para los dos —le dijo con un guiño—. Hace un año que espero un ascenso.

Anna le dio una tarjeta con su dirección.

—Haré lo que pueda.

—Dicho sea de paso —dijo él al salir de la cantina— su patrón dijo que lo fuera a ver cuando terminara aquí. Casi me olvido de darle el mensaje.

—¿Tienes un resfrío, además? —le preguntó Tim al cruzarse con ella en la entrada de la oficina—. No te ves muy bien que digamos.

—Muchas gracias —le contestó Anna—. ¿Cómo están las cosas en el piso de arriba, hoy?

—Tocando fondo, como siempre.

Subió lentamente las escaleras. Para variar, Beryl martillaba la IBM. Se detuvo para sonarse la nariz con un pañuelo de papel rosado y entonces vio a Anna.

—De nada te servirá que trates de escabullirte. Ya tienes suficientes líos.

—Te saludo, Beryl.

—No vale la pena que te desquites conmigo, querida. No fue por mi culpa que se hicieron cinco llamadas en media hora. De cualquier manera

tienes suerte por el momento. El «Comandante» está en reunión. ¿Cómo anda el informe?

—Se hace más largo a cada minuto.

—Bueno, tienes tiempo de sobra, ahora. De paso, llegó el informe del accidente, aquel que pediste. La próxima vez llena el formulario de pedidos como todo el mundo.

Le entregó a Anna una nota escrita a máquina.

—Muchas gracias —dijo Anna—. Supongo que no tendrás los antecedentes también.

—El señor Brierly lleva ese tema personalmente. Bueno, ¿qué esperas después del escándalo de esta mañana?

La habitación de los ficheros estaba oscura y vacía. Anna encendió la luz y el gas, llenó la tetera y se preparó una taza de té, calentándose las manos en el jarro mientras bebía. Leyó el informe médico dos veces. Luego tomó el teléfono y pidió una línea.

El doctor Michaelson parecía ser joven y estar exhausto.

—Estoy en el servicio de emergencias —le dijo—. Me gustaría ayudarle, pero no tengo mucho tiempo.

—Trataré de ser breve, entonces —dijo Anna—. Usted preparó el informe sobre la autopsia de una muchacha llamada Deirdre Jackson que murió en un accidente el 8 de diciembre del año pasado.

—¿Puede usted darme algún detalle que me permita recordar...?

—Su automóvil hizo un trompo en el camino helado y golpeó de cola contra una columna. La causa de la muerte, por lo que he leído en el informe fue dislocación de la articulación atlanto-occipital por estiramiento del cuello.

—Ah, sí, ya recuerdo. Fue una semana endemoniada aquella. La peor helada del año. ¿Cuál es el problema?

—Usted dijo que el rostro se mostraba sin rastros de flujo sanguíneo.

—Sí, eso es compatible con el tipo de lesión sufrida.

—Y también informó que la temperatura del cuerpo era muy baja en el momento en que la revisó.

—Correcto. Pero cuando la encontraron, el cuerpo había caído fuera del auto y la temperatura reinante era bajo cero.

—Okey, pero usted mencionó que mostraba magulladuras en los dos brazos, cerca de los hombros.

—Efectivamente. Pero ¿qué es lo que desea saber usted?

—Bueno, comprendo que las lesiones parecen ser compatibles con la posición del auto, con las condiciones del tiempo y todo eso, pero ¿podría ser posible, al menos remotamente, que las heridas de Deirdre hubieran sido infligidas durante una pelea, una media hora antes del accidente?

—Oh, ya veo lo que quiere decir. Bueno, teniendo en cuenta los hechos tal como son, es técnicamente posible. Pero es suponer demasiado. Quiero decir que alguien habría tenido que simular un accidente de sorprendente realismo, y más aún, a pesar del excesivo margen de tiempo, haber arreglado lo de las contusiones. Me parece que hacerlo hubiera requerido una excesiva habilidad.

—Ya veo —musitó Anna pensativamente—. ¿Y las magulladuras en los brazos?

—Eran recientes, pero apenas se notaban. Además algunas personas se marcan con mucha facilidad —agregó científicamente el doctor Michaelson— pudo haberlas recibido en una sesión nocturna con su novio.

—Pero si se dijera que murió a raíz de una pelea, ¿usted lo aceptaría, clínicamente hablando?

—Sí, supongo que sí. Pero no me meta en esto si puede evitarlo. Estoy hasta el cuello de pescuezos rotos. El estado de las carreteras no ha cambiado mucho durante el mes pasado.

—Bueno, muchas gracias por atenderme, doctor Michaelson —respondió—. Debo decirle que es muy amplio de miras para ser médico.

—Espere un par de años —Anna pudo percibir un tono sarcástico en la voz—. Todavía no soy rico ni exitoso.

—Parece que ha estado levantando olas, señorita Lee —Bierly movió su cuerpo hacia adelante, colocando sus brazos sobre el escritorio, entrelazando sus dedos mientras hacía rotar sus pulgares—. No me gustan las olas. Como resultado de su accionar me he visto obligado a pasar la mayor parte de la tarde tratando de convencer a los mandamás de la policía que no somos una firma compuesta por malandrines que se complacen en impulsar al suicidio a personas inocentes.

Anna se sintió levantada en peso mientras permanecía literalmente parada sobre la alfombra. Brierly no le había ofrecido sentarse siquiera.

—No, déjeme terminar —le dijo Brierly levantando la mano—. Estoy de acuerdo en que no tuvo otra opción que informar a la policía. Pero no debió dejar que las cosas llegaran tan lejos como para que ello fuera necesario. Al notar que no era capaz de manejar a ese tonto, debió ceder el paso a quien pudiera hacerlo mejor.

—Por sus palabras noto que usted cree que el suicidio de Francis Neary está vinculado con esta investigación... —Anna pensó que él buscaba sacar provecho de lo malo y de lo bueno.

—No dije tal cosa. Si usted prestara más atención, vería que solo he señalado que tendría que haber manejado al muchacho con más tacto, o dejarlo tranquilo. Ahora usted ha puesto en tela de juicio la reputación de nuestra agencia ante las autoridades, lo que no me hace nada feliz. Invierto mucho tiempo y preocupación en cuidar nuestra imagen.

«Demasiado», pensó ella, pero se disculpó con un murmullo.

—Bueno, dejémoslo así por ahora. Pero antes de que lleguen los Jackson mañana, deseo tener un informe conciso y bien presentado. ¿Está claro? Quiero liquidar este caso antes de que usted cometa otros desatinos.

Anna salió de la habitación tratando de controlar su ira.

—No te preocupes —dijo Beryl con afectación desde su rincón—. Mejor que se haya sacado todo de encima. —Había dejado el intercomunicador conectado para escuchar lo que se decía durante la entrevista.

—Si no me preocupo —masculló Anna bajando las escaleras—. ¡No me preocupo un carajo!

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 16

ANNA SE PREPARÓ un poco de queso tostado y un sándwich de hongos junto al fuego de la chimenea. La habitación se iba tornando cálida de a poco y Billie Hollyday cantaba *Gloomy Sunday* desde el tocadiscos que estaba sobre un estante de la biblioteca.

Se sentó sobre la alfombra con su libro de anotaciones enfrente y comenzó a escribir el informe. Se había bañado y lavado el cabello al llegar a casa, y ahora, sintiendo calor por primera vez desde la lejana mañana, notaba que la tensión se había diluido como la espuma en el agua de la bañera.

Cuando se despertó, a las 05:45 tuvo la sensación de estar descoyuntada. El teléfono sonaba y afuera estaba oscuro aún.

—Cree que la ha visto —dijo una voz extraña por el teléfono.

—Discúlpeme, ¿qué dice?

—¿Qué le sucede? ¿Está dormida o algo así? Comenzaré de nuevo. Soy Colinwood, de la comisaría de Wembley. ¿Me comprende ahora?

—Sí, continúe, señor Colinwood —dijo ella, recordando a Colin.

—Así es mejor —parecía estar mascando goma y su tono era impersonal—. Llevé la fotografía que usted me dio al Oak. Hinkly, que es el dueño, está casi seguro de que es la muchacha que fue vista con Neary hace dos meses. La recuerda porque Neary no solía tener éxito con las mujeres y luego de esa noche todas le tomaron el pelo. Parece ser que Neary perdió el control a causa de ella y se deprimió mucho. De modo que la chica podría tener algo que ver en este asunto.

—¿Y qué ocurrió anoche?

—La misma cosa. Se sintió como la mona y escribió una carta.

—¿Una carta?

—Eso fue lo que dije. Parece que le compró a Hinkly el sobre y la estampilla.

—¿A quién se la envió?

—Ajá, veo que finalmente se ha despertado. La nota que dejó fue para su anciana mamá. No le preguntaré si usted la leyó o no. Hinkly no pudo ver a quién estaba dirigida la carta. Neary se la llevó con él. Solo quería ponerla sobre aviso.

—Gracias, muchas gracias.

—¿Usted se identificó cuando habló con él? —preguntó Colinwood.

—Le di mi nombre, pero nada más.

—Bueno, probablemente no tenga importancia. ¿Tiene usted algo para mí?

—Todavía no, a menos que le cuente el reto que me dio mi jefe esta tarde.

—No se moleste, de eso tengo de sobra. Pero manténgase en contacto.

Anna colgó el auricular, tomó su tapado y corrió al auto.

Simon abrió la puerta envuelto en una toalla y salpicando agua por la alfombra.

—Pensé que habrías cambiado de idea —dijo a modo de bienvenida, sosteniendo la toalla mientras intentaba caminar erguido—. Dame un minuto, debe de haber una cerveza en alguna parte.

Ella miró a su alrededor. En el *living* se amontonaban revistas técnicas, aparatos estereofónicos caseros, periódicos y ceniceros que desbordaban.

Alguien en esa casa estudiaba electrónica. Sobre una pila de libros se encontraba un tablero con circuitos. Había tres antiquísimos televisores, uno encima del otro, y encima de todo el conjunto, como una escultura moderna, surgía una desordenada masa de cables. Anna comenzó a reírse.

—Todos están sintonizados en canales diferentes —dijo Simon cuando regresó—. Lo que ocurre es que ninguno de los equipos capta todas las estaciones. ¿Quieres una cerveza?

Sobre las paredes, pegados con cinta adhesiva, había gran cantidad de elementos electrónicos. En un extremo se veían tres raquetas de *squash*. Alguien había desarmado un viejo microscopio de bronce, que se encontraba sobre la mesa, junto a los componentes de un antiguo y poderoso aparato de radio. Simon saboreó su cerveza y miró a su alrededor como si viera el caos por primera vez.

—Dee no venía aquí a menudo. Supongo que puedo comprender la razón. Esto es un barullo, y ella era muy ordenada, casi fastidiosa. Bueno, tú la conociste.

—De eso quería hablarte. ¿Podemos sentarnos? Hay algo que deseo explicar.

Simon despejó un par de sillas de libros y papeles.

—Dispara no más, entonces.

—La verdad es que no la conocía a Dee para nada. No era pariente ni amiga y antes del lunes no conocía a sus padres, ni sabía que existiera la familia. Trabajo para una firma de investigadores privados y el padre de Dee nos ha contratado porque sospecha que su muerte no fue tan accidental como parece creer la policía.

—¿Cree que la asesinaron o algo así? —Simon bebió un poco de cerveza y se atoró.

—Detente un momento. No sé lo que realmente piensa. Solo que no puede creer que su hija haya muerto en un pequeño y sórdido accidente, en un camino solitario. Quiere encontrar algún responsable. Eso es todo, y no es inusual, creo.

—¿Y qué crees tú? ¿Pudo haber sido asesinada? —Parecía aturdido.

—No lo sé aún. No debes suponer que necesariamente hubo un crimen porque se está llevando a cabo una investigación. —Anna se encogió de hombros—. Te cuento todo esto porque es el tercer día consecutivo que debo estorbarte y no me pareció justo hacerlo con un pretexto falso.

Simon se levantó, caminó rápidamente hacia la ventana para regresar de inmediato.

—Pues —comentó por fin— en cuanto a lo que te conté sobre mi relación con Dee, no creo que lo hubiera hecho, de saber que eras una

investigadora privada. Creí que te encontrabas apesadumbrada, igual que yo.

—Lo sé, lo sé —dijo Anna con tristeza—. Eso es lo que quiero decir. No fue justo. A decir verdad casi resulta imperdonable. Pero cuando nos vimos por primera vez no sabía que eras el único que conocía bien a Dee y que ella te importaba lo suficiente como para que quisiera ayudarme.

—¿Cómo sé ahora que eres lo que dices ser? —La miró con una mezcla de interés y desilusión.

Ella le entregó su tarjeta de identificación, la que le parecía estar convirtiéndose en un gesto grandilocuente en los últimos días. Simon la miró atentamente.

—El nombre es el mismo —le dijo—. Al menos no inventaste eso.

—Podría haberlo hecho —respondió Anna. Daba lo mismo mostrarle las cosas como eran—. Cualquiera puede mandar imprimir una tarjeta como esta. Solo es una tarjeta común, con una fotografía ordinaria de pasaporte pegada encima. ¿Puedes ver en ella algún sello oficial? ¿De la policía? ¿Del Ministerio del Interior?

—No. —Él miró la tarjeta nuevamente.

—Bueno, mi jefe las mandó hacer para todos sus empleados. Utiliza una imprenta en Earle Court. Las imprimen en veinticuatro horas. Podrías hacerte algunas si lo deseas. Solo sirven para dar una apariencia de cierta respetabilidad. Ni siquiera tengo por qué llevarlas y, lo que es más, no tengo la obligación de exhibirlas. No existen privilegios especiales para los investigadores privados. Debemos ajustarnos a lo que la ley le impone a todo el mundo. No se requiere que tengamos una licencia ni permisos oficiales de ninguna clase. Cualquiera puede serlo si así lo desea.

—Pero eso es ridículo —Simon le devolvió la inútil tarjeta.

—Sí, así es; peor aún, es estúpido. Ni siquiera existe un registro central de investigadores privados.

—Pero la firma para la que trabajas debe de ser bastante respetable, ¿no es cierto?

—Sí, pero solo tienes mi palabra acerca de eso.

—Mierda, Anna —Simon se pasó la mano nerviosamente por el pelo—. Esto se pone cada vez peor. ¿Llevas una pistola o algo así?

—Dios mío, no —ella se rio—. Odio las armas de fuego. Nunca he tocado una fuera del polígono de tiro. Si no puedo salvarme de una situación difícil hablando, echo a correr.

Él sonrió, inseguro aún.

—¿Y por qué me lo cuentas todo? Hablas como si quisieras que yo piense que no debo confiar en ti.

—No es eso lo que busco. Es lo último que querría. Deseo que sigas ayudándome. Pero debo darte toda la información suficiente como para que decidas por ti mismo.

—¿Qué hay de todo lo que te he contado? ¿A quién se lo has dicho?

—Estoy haciendo un informe para los padres de Dee. Para eso me pagan, y tú figuras en él. También constan los hechos concretos que me has relatado, pero en cuanto a lo privado y lo personal, tus sentimientos por ejemplo, eso queda entre tú y yo.

—Okey. Bueno, tendré que pensar sobre eso. Ahora, acerca del antiguo trabajo de Dee, ¿qué te hizo tomarlo?

—Ocurre que Freddie Slinger parece ser un delincuente —Anna le contó lo sucedido aquella tarde en Harrow—. Solo quiero tener otra oportunidad para averiguar en qué anda metido. —Para terminar, agregó—. Cualquier cosa extraña que le sucediera a Dee pudo haber comenzado allí. Tengo la idea de que Slinger está vinculado de alguna manera con un laboratorio que se llama Cine Color.

—Servicios de Cine Color —interrumpió él.

—Exactamente. Se encuentra a unos diez minutos del lugar donde Dee tuvo el accidente. Existe un nexo entre Dee y ese laboratorio, otro entre ella y Slinger y, si es que hay algo entre Slinger y Cine Color, quiero averiguarlo antes de que Slinger se dé cuenta, ¿comprendes?

—Bueno —dijo Simon respirando profundamente—. Admito que tienes bastante franqueza. ¿Quieres otra cerveza?

Le llevó un largo rato encontrar una y cuando regresó se mantuvo en silencio, haciendo girar lentamente el vaso entre sus manos. Luego se levantó y sacó una caja grande de abajo de la mesa.

—Esto es un proyector de películas caseras para enrollar. Supongo que querrás que te enseñe a manejarla antes que te arrojen huevos a la cara el

sábado que viene.

Se paró frente a ella con timidez.

—No me molesta ayudarte a complicarle la vida a Slinger. Solo espero que no me la compliques a mí.

—El único problema es que no puedo encontrar la maldita pantalla. ¿Alguna sugerencia? —agregó.

—¿Por qué no te fijas debajo de la cama? —sugirió Anna.

—Buena idea. —Fue hasta el dormitorio pero volvió diciendo—. No tenías necesidad de contármelo todo, pero gracias por hacerlo.

Anna regresó a su casa pasada la medianoche. En la puerta del departamento encontró un papel doblado dirigido a Leo. Lo llevó adentro para leer.

Querida D. Sertora

Cenizas para Inglaterra, polvo para los australianos, si es que no viste el partido por televisión ni lo escuchaste en la radio. Bea dice que estoy más cansado que un zorrino y que debo irme a la cama. ¿Podrías pasar a echarle un vistazo al artefacto ese de la piletta, mañana por la mañana?

Firma: C. L. Branta

Anna se dio cuenta por la temblorosa letra que Selwyn había comenzado a celebrar mucho antes de escribir la nota. Ella no se había perdido el partido de *cricket*. Como los compañeros de Simon regresaron especialmente para verlo, con bebidas y comida hecha, habían contemplado el partido todos juntos mientras comían de las cajas de papel de aluminio.

A pesar del interludio deportivo, Anna se había convertido rápidamente en una consumada operadora de proyectores de cine.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 17

EN LA OSCURIDAD, Francis Neary alzó sus brazos muertos y se acercó para abrazarla. Ella dio un alarido al ver que el rostro de él se aproximaba inexorablemente. Neary tenía restos de vómito, salpicado con manchas de sangre en toda la cara y el pecho. Anna despertó aferrada a la almohada, ahogada en un sudor helado. Se lavó y se puso un par de pijamas limpios que alguien había dejado en el departamento al mudarse y que le quedaban demasiado grandes. Mientras bebía un vaso de leche tibia junto al fuego, sintió la dolorosa soledad de las pequeñas y oscuras horas. Sin ganas de volver a meterse en cama, tomó la colcha y la almohada, se sentó sobre la alfombra con la luz y el calor del gas por compañía. No había sido su intención permanecer allí, pero el teléfono la despertó a las 07:30, estallando en su dolorida cabeza, y sintió todo su cuerpo endurecido por haber dormido más de tres horas sobre el piso.

—Hola, soy Tina, ¿me recuerdas? —La voz alegre del otro extremo de la línea parecía indicar que su dueña había gozado de ocho horas de tranquilo sueño—. Acaba de llegar la correspondencia y hay una carta para Dee. ¿La quieres? Como me dijiste que no dejara de llamarte si se presentaba algo.

—Sí, gracias por llamar. ¿Qué clase de carta?

—Oh, nada en particular. Parece un catálogo de ropa interior térmica. Sí, el nombre de la firma está en el sobre.

—Bueno, no es necesario que te molestes en enviarla entonces, si eso es todo —dijo Anna, preguntándose por qué Tina se había tomado el trabajo de llamarla a esa hora.

—Solo que la carta no fue enviada aquí en primer lugar, sino a otra parte, ¿me entiendes?, de allí viene ahora. —La voz de Tina tenía un aire socarrón.

—Oh, bueno —dijo Anna, sintiendo que se le despertaba el interés—. Si puedes leerme la dirección anterior...

—Ocurre que está tachado —la interrumpió festivamente—. Resulta un poco difícil entender la escritura.

Era como exprimir un tubo de pasta dentífrica para sacarle el último centímetro, pero Anna obtuvo finalmente la dirección, de un departamento cerca de Stamford Bridge.

—Supongo que querrás saber también lo que dice una postdata que hay en el sobre —dijo Tina sacando el mayor jugo posible de su llamada.

—Si no es mucha molestia.

—Solo trato de ayudar. Atrás dice: «¿Dónde te encuentras, extranjera?». Es la misma letra con la que está escrita la dirección. ¡Vaya! Parece que Dee tenía al menos un amigo —agregó Tina maliciosamente.

—Me has ayudado mucho —dijo Anna, despidiéndose.

Luego de colgar, se bañó y vistió rápidamente, y estaba filtrando un poco de café cuando Bea llamó a la puerta.

—¿Quieres café Bea? Estaba por bajar. Me he enterado de que tienes una cañería tapada.

—Sí, pero no puedo detenerme, ya me voy. No es eso lo que quería decirte. No está tapada. Se cayó un trocito de celofán del paquete de galletitas en el desagüe y Selwyn vació la tetera adentro. Eso es todo. Anoche se excitó demasiado con el críquet y todo lo demás. Es gracioso, ¿no? Ni siquiera es un deportista. No es capaz de pescar un verdadero resfrío. Bueno, tú sabes cómo son los hombres.

Anna oyó que Bea bajaba las escaleras con cuidado, caminando sobre las puntas de sus zapatos de cuero negro, y centró su atención en la cafetera. Todavía le faltaba redactar el informe. Tenía que estar listo antes de que se encontrara con los Jackson y era imprescindible que estuviera bien hecho, teniendo en cuenta su reciente experiencia con Brierly. Tuviera o no un buen caso, podría perder todo por presentarlo mal. La situación era casi tan ambigua como lo había sido el lunes y, después del fiasco del día anterior,

sabía que Brierly ardía en ganas de aconsejar a los Jackson que abandonaran la búsqueda. Eso era precisamente lo que ella quería evitar. No se confiaba de la ilusoria sensación de que el caso era de su propiedad exclusiva, pero eso le había ocurrido con anterioridad. Nada podría atenuar la puñalada que significaría cerrar el caso antes de que ella lo diera por terminado. Así, se sentó a escribir ordenando con cuidado sus notas y pensamientos. Era probable que, al final, no importara gran cosa que el informe contuviera hechos concretos o juicios no comprobados, siempre que la redacción y la ortografía fueran correctas y que ella se expresara con autoridad.

Le llevó varias horas terminarlo y consumió otra jarra de café en la tarea. Cuando finalizó, el cesto debajo de su escritorio estaba lleno de arrugados bollos de papel. Una dolorosa palpitación le resonaba en la base del cráneo. Tomó dos aspirinas para calmarla y luego se cambió de ropa. No sería solo el informe lo que debería presentar con autoridad. Se puso sus mejores botas para parecer más alta y una camisa de seda de color crema con gemelos de coral, que le daba un aire de mayor corpulencia. Una pollera verde agua y un chaleco sin mangas dieron el toque de color que buscaba. La imagen que vio reflejada en el espejo irradiaba distinción. Pero el rostro todavía mostraba los rastros de una mala noche; pálido y algo angustiado. De modo que se pintó los ojos y trató de ocultar las ojeras con un poco de maquillaje.

«Las cosas que uno hace por relaciones públicas» se dijo a sí misma burlonamente. Dio la espalda al espejo y salió con fastidio del departamento.

—Parece bastante prolijo —masculló Brierly mientras iba fotocopiando el informe en la Xerox, separando las cuatro copias de cada página a medida que salían de la máquina.

—Hubiera deseado que lo trajeras antes, sin duda; ahora no tendré tiempo para salir a almorzar. ¿Por qué no bajas y me traes un par de hamburguesas del MacDonald, si quieres hacer algo útil?

Anna bajó por las escaleras, saliendo a High Street.

—¡Con queso! —la tardía exclamación de Brierly quedó flotando en el aire a espaldas de Anna.

Su gesto fue recompensado cuando, tres cuartos de hora después, fueron entregadas al matrimonio Jackson las copias del informe, dentro de prolijas carpetas azules.

—Todo parece muy profesional —dijo el señor Jackson, comenzando a leer sin percatarse de la mirada ofendida que le dirigió Brierly.

La señora Jackson leía con lentitud, y todos esperaron cortésmente en silencio hasta que hubo terminado.

—Bueno —dijo cuando por fin levantó la mirada—. ¡Cuánto trabajo! —Volviéndose a Anna, le dijo—: Usted ha hecho bien las cosas. Después de todo, no le dimos nada por dónde empezar. Absolutamente nada.

—La señorita Lee es una profesional, como le dije —comentó agriamente Brierly—. Pero en realidad el informe no prueba nada, como comprenderán.

—¡Cómo que no! —los hombros de Jackson se enderezaron agresivamente—. ¡Apenas la señorita Lee habla con este tipo Neary, él se pone de cara a la pared! Es tan evidente como que hay una nariz en mi rostro. Él asesinó a mi hija y cuando comprendió que tendría que rendir cuentas, se suicidó.

Anna se echó hacia atrás.

—No existe prueba alguna de que haya una conexión entre ambos —dijo Brierly con firmeza— y si se fija en el informe, la señorita Lee no ha suministrado pruebas de ello.

—¡Dele tiempo! ¡Recién sucedió ayer!

—Y lo que es más, la policía ahora ha debido involucrarse en ese aspecto del asunto. Investigarán los antecedentes de Neary y no tengo dudas de que encontrarán razones más concretas para explicar el suicidio. Lo que tenemos ahora es puramente circunstancial.

—La policía —musitó Jackson con desprecio—. Solo está interesada en lo que la señorita Lee pueda haber encontrado. No ven más allá de sus narices. Me parece que ustedes les han contado todo y ellos no les han dicho nada. Yo pregunto, ¿de dónde vienen todas las ideas? No de ellos, aparentemente.

—Supongo que puede pensarse que a veces les falta algo de imaginación —refunfuñó Brierly, siempre susceptible a las alusiones a la

policía—. Pero estaba por sugerir que dejemos esta parte de la investigación en sus capaces manos. Uno de los altos funcionarios de Wembley me indicó personalmente que ellos lo preferirían así.

—No estoy muy seguro de que me interese lo que ellos prefieran —dijo Jackson—. Lo que quiero son resultados. A decir verdad, aquí veo —señaló el informe con un dedo que parecía una salchicha de cerdo— que la señorita Lee quiere saber si este hombre Neary tiene antecedentes policiales. A mí también me gustaría saberlo.

—Ah, sí. El resultado de esa investigación recién entró esta mañana. Por esa razón no se encuentra incluido en el informe. La respuesta es que tiene una condena en suspenso y una multa por haber estado involucrado en una riña después de un partido de fútbol en el club Arsenal. Cosa de jóvenes, supongo.

—Cosa de individuos violentos más probablemente —corrigió Jackson—. ¿Y ese Frederick Slinger para quien trabajaba mi hija?

—No hay nada en su contra. Aunque parece que hace unos doce años las autoridades de Stepney mostraron interés en él.

—¿A qué se debió eso, señor Brierly? —preguntó Anna.

—Parece que su nombre se barajó después del robo de una joyería en Bond Street. —Brierly se dirigió a Anna con un tono muy peculiar, como si le hablara a alguien con quién compartiera un interés.

»No estuvo, al parecer, involucrado directamente en el hecho. Apresaron a los culpables, después del robo, pero se sospechaba que Slinger podía haber sido cómplice, y lo mantuvieron un tiempo bajo observación. Sabrán ustedes que una pequeña parte de lo robado no fue recuperado. No hubo pruebas contra él. Era solo cuestión de observación y expectativa.

—Y ahora se da la gran vida en una lujosa casa en Harrow —dijo Jackson en voz alta rompiendo el hechizo—. Huele mal.

—No saquemos conclusiones apresuradas —musitó Brierly.

—Tiene razón —interrumpió la señora Jackson—. No debes olvidar, Thomas, que nosotros mismos solo sospechamos algo. ¿Cómo te sentirías si alguien nos formulara acusaciones semejantes?

—No formulo acusaciones, y jamás nos hemos asociado con criminales.

—¿Cómo lo sabes? —dijo ella, adoptando una actitud desacostumbrada—. Muchas veces hemos cerrado una operación sin hacer preguntas. Nos bastaba el provecho obtenido por haber hecho un buen negocio.

—Esto es algo diferente —dijo el marido con fastidio.

Brierly tosió con discreción.

—¿Por qué no volvemos al asunto que tenemos entre manos? No creo que pueda interesarnos ahora la vinculación entre Slinger y un robo ocurrido hace doce años.

—Un leopardo no cambia sus manchas con facilidad —dijo Jackson, mirando de reojo a su mujer, pero ella ya había abandonado el desafío.

—A mi modo de ver, Deirdre averiguó algo. Quizá jugó a ser detective por su cuenta. Y alguien se tomó el trabajo de silenciarla antes de que se levantara la tapa de la olla.

—Creo que eso es ir demasiado lejos —dijo Brierly—. Pero debo admitir que su hija parecía encontrarse en extraña compañía.

Quizá la conversación sobre Slinger había estimulado su interés. Anna sabía que, por su conocido temperamento de policía, Brierly coincidía con la observación de Jackson sobre el leopardo y sus manchas.

—¿Qué hacemos ahora, entonces? —preguntó Jackson aceptando inconscientemente que la marea había cambiado de dirección.

—Bueno, teniendo en cuenta que la señorita Lee ha tenido la previsión de mantener contacto con el señor Slinger, creo que ella debería seguir adelante con lo que se ha propuesto hacer. No sé qué tendremos para ganar con ello, pero no veo por qué no hacerlo.

—¿Tengo alguna posibilidad de recibir ayuda? —preguntó Anna, con la esperanza de aprovechar la ventaja momentánea.

—Es claro que debería tenerla —dijo súbitamente la señora Jackson—. Si ustedes dos tienen razón, ese señor Slinger puede ser peligroso.

—No quise decir eso —titubeó Anna rápidamente—. Solo que debería ser vigilado, y eso es más de lo que puedo hacer por mi cuenta. Además, Slinger me conoce, y no puedo estar dando vueltas por allí sin una buena razón. Tengo que comprobar si existe una conexión entre él y el laboratorio en donde trabajaba Francis Neary, y necesitaré algún apoyo para lograrlo.

—Comprendo que cualquier relación entre esos hechos agregaría una nueva complicación al caso —admitió Brierly—. Pero resulta caro mantener una vigilancia durante las veinticuatro horas —miró significativamente a Jackson.

—Por mí, está perfectamente bien. No escatimaremos gastos. Siempre lo he dicho. No me lo perdonaría si pierdo esta batalla porque falta solamente un clavo de una herradura.

Brierly se refería a algo más concreto que clavos de herraduras, y los dos hombres se juntaron para tratar el reajuste del presupuesto. La señora Jackson acercó su silla a la de Anna.

—Este joven, Simon —dijo tocando el informe con su uña pintada, como si en realidad Simon se encontrara allí dentro— trabaja en un laboratorio, ¿no es cierto?

Anna asintió.

—Espero que no esté metido en algo malo —dijo la señora Jackson ansiosamente—. Parece un buen muchacho.

—Creo que es absolutamente correcto, señora.

—¿Cree usted que amaba a Deirdre? —preguntó la señora Jackson.

—Sí. Estoy segura de ello —dijo Anna cautelosamente.

—Me alegro de ello. Yo esperaba secretamente que usted encontrara a alguien que le hubiera dado un poco de felicidad. No me gustaría creer que siempre estuvo tan descontenta como parecía cuando la veíamos. ¿Cree usted que estaban comprometidos?

—No —contestó Anna, intrigada—, no me dio esa impresión; para nada.

—Solo que al revisar sus cosas encontré un anillo de compromiso antiguo. Conozco la mayor parte de sus joyas. Thomas y yo se las regalamos para sus cumpleaños. Thomas decía que era una buena inversión, pero siempre le dábamos cosas modernas. Traje el anillo conmigo por si puede averiguar algo. —Sacó una bolsita de cuero de su cartera y la puso en la mano de Anna como si fuera una bola de cristal en la cual se suponía debía leerse el pasado. Contenía un anillo con una perla y una turquesa, engarzado en pequeñas garras de oro que parecía del período georgiano. La palabra «siempre» estaba grabada borrosamente en el interior.

—Es bonito, ¿no? Pero no creo que valga gran cosa. Mi abuela tenía uno igual.

—No entiendo mucho de anillos antiguos —dijo Anna, con tono de duda—, pero quizá logre averiguar de dónde proviene.

—Creo que podríamos pedirle a la señorita Doyle que traiga un poco de té —dijo Brierly dando por concluido el tema.

Una vez que Beryl había entrado con el té, Brierly esperó con paciencia que cada uno tuviera su taza y luego le preguntó:

—¿Quién se encuentra disponible este fin de semana? Quiero poner bajo vigilancia una casa en Harrow.

—Tendré que ver, señor —dijo Beryl, fijando en Anna una mirada de incredulidad— pero creo que el señor Schiller está libre.

—Me parece bien. ¿Podría encargarse de hacerle llegar una copia de este informe y decirle que se reúna con la señorita Lee lo antes posible?

CAPÍTULO 18

ANNA SE SENTÍA optimista mientras conducía hacia Stamford Bridge. Hasta aquel momento todo había marchado mejor de lo que podía haber esperado el viernes anterior. Encontró la dirección que le dio Tina sin mucho trabajo. Era una calle que mostraba prosperidad reciente, paralela a Fulham Road, bordeada por casas victorianas semiseparadas.

Anna se detuvo cerca de una de ellas. Junto a los cuatro timbres de la puerta de entrada una tarjeta indicaba; Departamento 4, Vida y Voitek Bratny. Estaba escrita a mano, en tinta verde, y los puntos sobre las íes eran prolijos circulitos.

Al llegar junto a la puerta del departamento, oyó que alguien tocaba el piano.

Una chica delgada y morocha le franqueó la entrada a una fresca habitación que parecía haber sido pintada recientemente. Sobre el piso lustrado de madera de pino, aún no oscurecida por la luz, se esparcían coloridas alfombras mejicanas y de cada uno de los rincones surgían exóticas plantas.

Un hombre barbudo que empequeñecía el piano que tocaba, dirigió una amable sonrisa en su dirección sin distraerse de la melodía.

A la luz de la ventana, Vida Bratny no resultó ser delgada ni precisamente una jovenzuela. Tendría unos veintitantos años largos, o treinta, pero sus huesos pequeños la hacían parecer frágil y adolescente. Eso quizá se debiera a la nube de oscuro cabello ensortijado, que flotaba sobre su cabeza, dando candidez a su rostro.

—¿Envió usted una carta a Deirdre Jackson hace unos días? —le preguntó Anna.

—Sí, lo hice —dijo Vida—. ¿Qué le ha ocurrido a Dee, de todos modos? Le escribí a mi regreso de los Estados Unidos a principios de diciembre. Estaba pensando que ya era tiempo de que se pusiera en contacto conmigo.

Tenía la voz de un niño inseguro. Anna no pudo desentrañar si era una americana que había pasado largo tiempo en Inglaterra, o a la inversa. No hubiera sido correcto preguntárselo, de modo que dijo:

—Temo que tengo malas noticias— y le contó lo que le había sucedido a Deirdre.

—¡No es posible! —exclamó Vida sorprendida y acongojada—. ¡No puedo creerlo!

Fue hacia el piano como si tuviera dificultad en orientarse. El grandote dejó de tocar y le dejó el lugar en la banqueta. Vida no se sentó, sino que permaneció de pie, muy próxima al piano. Él le pasó su brazo por la cintura. Después de un rato de silencio, Vida se movió y el grandote comenzó a tocar de nuevo, muy suavemente esta vez. Para los oídos poco educados de Anna la música sonó como un estudio de Chopin, aunque no estaba segura.

—Dee y yo compartimos este sitio un tiempo —dijo Vida quedamente—. Era bastante feo entonces, hasta que llegaron los constructores y refaccionaron toda la calle. A ella le hubiera gustado el aspecto actual.

—¿Cuánto tiempo lo compartieron? —preguntó Anna.

—Alrededor de dieciocho meses, me parece. Al principio no creí que resultara. Pero funcionó y de una manera curiosa.

Vida miró a través de la ventana.

—En la casa de enfrente vivía una familia entera, recuerdo. Cinco chicos pequeños, todos menores de diez años. Era un desorden esa casa, llena de bicicletas, carritos, y tachos de basura rebosantes de desperdicios, pero muy alegre. Todo es completamente diferente ahora. A Dee no le gustaban los chicos pequeños.

Parecía más conmovida que afligida. Dio la vuelta, mirando la habitación y dijo:

—Sabe usted, era una muchacha extraña, muy inhibida y tensa. Casi me vuelve loca al principio. Yo no soy así para nada, ¿me comprende? Trato de que se afloren los problemas, los analizo y veo lo que me queda. Así soy yo. Pero ella escondía todos sus pequeños conflictos y andaba por ahí sin abrir la boca.

Vida suspiró sacudiendo su cabeza como si no le gustara acordarse de ello.

—Era mucho más joven que yo, y no podía comprender por qué no sabía divertirse con chicos de su edad. Me llevó algún tiempo darme cuenta de que la gente de la ciudad la intimidaba. Era una muchacha de campo y pensaba que los demás la tomarían por una rústica. Quiso venir a Londres en busca de un poco de encanto y acción y, cuando por fin estuvo aquí, temió no poder integrarse.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Anna. Parecía una combinación imposible. El hecho de que se hubieran mantenido en contacto después de separarse indicaba algo inusual dentro de la esquemática vida de Deirdre.

—Trabajaba para un fotógrafo amigo mío —le contó Vida—. Un día fui a verlo, buscando fotografías nuevas. Él había salido a alguna parte y me puse a charlar con Dee. En aquel tiempo ella vivía en una pensión, que detestaba. Yo, por mi parte, no sabía cómo hacer para pagar el alquiler de este departamento, al que recién me había mudado. Eso fue antes de que las cosas mejoraran y comenzara a tener algo más de dinero.

—Sonrió y continuó con su relato:

—Yo trabajaba en una tienda entonces, y por las noches cantaba en tabernas. Era mucho trabajo y no sacaba gran cosa. Así que me alegró poder compartir los gastos del departamento con ella. Dee me ayudó en otro orden de cosas también. Siempre tuve la cabeza floja para el dinero; nunca supe cuánto tenía o lo que adeudaba. En verdad, me asusta el dinero de la misma manera en que a ella le asustaba la gente.

Dijo esto como si en realidad hubiera pensado que el temor al dinero fuera una virtud, suponiendo quizá que las personas de temperamento artístico pertenecen a otro mundo.

—Dee me enseñó a llevar una libreta de cheques registrados, de manera de saber adónde se iba el dinero. Y me obligó a revisar toda la

correspondencia publicitaria que llegaba. Al principio no le estuve muy agradecida que digamos. Manejar todo ese lío era un castigo, pero, a la larga, me facilitó las cosas. A veces me preguntaba quién era la mayor.

Vida hizo una mueca al recordar. Puntualizaba su historia desplazándose incansablemente a través de la habitación, sentándose de pronto para volverse a parar unos segundos más tarde. Sus movimientos eran flexibles y ágiles, como si hubiera querido demostrar que en ello no había inhibiciones ni represión de naturaleza alguna.

—Es una manera graciosa de recordarla —dijo Vida, haciendo una pausa junto a la ventana por un instante. Estaba oscureciendo y nevaba—. Dee Jackson llevaba todo en orden y las cuentas claras. ¡Qué epitafio!

—El fotógrafo —dijo Anna apurándola— ¿era Dmitris Bruce?

—Sí, ¿lo conoce? —preguntó Vida—, Mitri y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Yo hice de modelo algunas veces para él... antes de darme cuenta de lo degradante que es para una mujer explotar su cuerpo de esa manera. —Dijo esto con bastante seriedad, pero ilustró las palabras adoptando una cómica postura, sacando una cadera hacia afuera como un potrillo retozón.

—Hoy día, más bien lo empleo yo a él. Me hace las tomas publicitarias. A decir verdad, me las hacía gratis cuando yo no tenía nada, en las épocas de oscuridad. Ahora tiene mucho éxito, sabes, pero siempre está muy ocupado. Les saca el jugo a sus asistentes. Viaja a todas partes para hacer los trabajos más interesantes, y les deja a ellos los más pesados.

Vida recordó de pronto que se suponía que debía hablar sobre Dee, así que agregó:

—Pobre Dee. Se tomaba los martes para asistir a un curso de técnica, pero durante el resto del tiempo pasaba doce horas diarias en el estudio o en el cuarto oscuro. Una especie de trabajo de sudor, yo lo llamaba. Luego concurría a una escuela nocturna. No es de extrañar que la pobre chica estuviera tan harta cuando la conocí.

—¿Qué hacía en la escuela nocturna? —preguntó Anna.

—Tomaba clases de arte dramático —respondió Vida, curvando instantáneamente su boca perfecta—. Un lugar poco serio en Notting Hill

Gate. Hacían mucho Brecht. Tú sabes, improvisación y mímica. Mucha teoría y nada de técnica. Pobre Dee.

—¿Tenía talento? —preguntó Anna con curiosidad.

—Para nada —dijo Vida con cierta arrogancia—. Era muy dura, no tenía espontaneidad, si comprendes lo que quiero decir. En realidad siempre me sorprendió que se tomara tanto trabajo. Era demasiado introvertida y encerrada en sí misma. Pero todos tenemos nuestras fantasías, ¿no es cierto? Quizá fuera de Acuario.

Vida estaba sentada frente a Anna, cruzando sus delgadas piernas con una elegancia que Dee hubiera envidiado.

—Al final se dio cuenta de que no llegaría a ninguna parte, de modo que abandonó. Nunca pudo actuar con naturalidad. Eso es lo que quiero decir. Apenas bebía y nunca fumó. Yo probaba marihuana de tanto en tanto cuando podía pagármelo, nada más que para que se relajara mi tensión. Pero Dee parecía no querer relajarse. Era como si tuviera miedo de que, al hacerlo, se rompiera en pedazos. ¿Sabes una cosa? —Vida se echó hacia adelante para confiarle algo.

—Una vez me relató un sueño raro, que tuvo, en el que se desvestía frente a un espejo. Me dijo que no podía parar, aunque sabía que estaba haciendo algo malo. Cuando se sacó la última prenda y quedó desnuda, ¡puf!, ¡la imagen se desvaneció!

—Pobre Dee —dijo Anna tristemente, preguntándose qué significado podría haber tenido aquella fantasía.

—Lo sé —continuó diciendo Vida—. La pinta con bastante exactitud, ¿no es cierto? Quiero decir, siempre cerraba el cuarto de baño con llave y usaba pijamas para dormir. En verdad creo que sentía vergüenza de mí antes de que nos acostumbráramos a estar juntas. Es que yo no sé cómo ser recatada.

—¿Cuándo comenzó a interesarse por el cine? —preguntó Anna, utilizando la pausa para cambiar de tema antes de tener que oír un monólogo sobre la falta de recato de Vida.

—¿Por el cine? ¿Los films? —preguntó Vida—. Siempre estuvo interesada en ellos desde que la conocí. En verdad, pudo haber hecho algo con eso. Quiero decir, es más o menos lo mismo que la fotografía, ¿no es

cierto? Pero como dije, era una chica rara. A pesar de sus conocimientos técnicos y cosas así, aún iba al cine como quien lee una novela. Jamás hubiera llegado a ser una gran directora o algo parecido. —Una vez más, Vida no pudo ocultar su gesto de desdén—. Pudo, eso sí, haber sido una excelente especialista en montaje o algo semejante. Hubiera dado un uso relativo a su sentido del orden y a su capacidad de concentración. Pero quizá no quería vincular todos aquellos injertos del cuarto oscuro a sus amadas películas. Es una pena, porque lo que es más deseaba vincularse al mundo del cine. Si me lo preguntas, te diré que Mitri contribuyó a su ruina. Tiene mucha responsabilidad en eso, de un modo u otro.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Anna, presintiendo que surgía algo nuevo.

—¿No lo sabías? —dijo Vida, inclinándose nuevamente hacia adelante como alguien que se muere por contar un secreto mantenido por largo tiempo—. Dee estaba loca por Dmitrios Bruce.

—No, no lo sabía —dijo Anna con tono neutral.

—Bueno, supongo que ella no lo manifestaba públicamente en aquel momento —continuó insistentemente la otra con un hilo de voz—. Él era un hombre casado y todo comenzó como una aventura pasajera. Pero continuaron viéndose y con el tiempo él empezó a tomarla más en serio. Podría culparme a mí misma por ello, pero ¿cómo iba a saber que Dee estaba tan enloquecida con Mitri? Sabes, cuando nos conocimos era una chica muy simple. No es que hubiera algo de malo en ello, ¡pero su ropa estaba tan fuera de moda!... No sabía cómo sacar provecho de sí misma. Yo la ayudé a manejarse un poco, eso es todo. Quiero decir, era alta, ¿no? Bueno, es muy atrayente que una mujer sea alta. Pero caminaba medio encorvada. Llena de complejos, ¿me entiendes? De manera que le enseñé a vestirse y a mostrarse presentable.

Vida se inclinó hacia un costado, de manera que el vestido acentuó elegantemente las líneas de su cuerpo.

—Es todo cuestión de tener confianza en una misma, realmente —agregó—. Se lo dije constantemente. De todos modos, ese fue el momento en el que Mitri se interesó por ella y la pobre Dee floreció. Fue horrible, en realidad.

Se levantó nuevamente y dijo con energía:

—¿Sabes?, tengo una regla para los asuntos amorosos, y es la de jugar solo con tus pares. Quiero decir, él tenía casi el doble de su edad, era experimentado, exitoso, y casado. Por consiguiente, era forzoso que todo resultara un desastre.

—¿Qué sucedió? —Anna en verdad no tuvo necesidad de preguntar.

—¿Aparte de elegir la persona equivocada? —Vida contaba chismes ya—. Bueno, Mitri es la clase de tipo que... eh, en realidad es un hombre muy atrayente, una mezcla entre Anthony Quinn y Cary Grant, si puedes imaginar un animal así. En verdad —se sentó junto a Anna en el sofá—. En verdad, yo misma tuve un amago de aventura con él. Lo que quiero decir es que Mitri es la clase de tipo con quien todas las mujeres desearían hacer una pequeña escena, pero no debe ser tomado en serio. ¿Me comprendes?

—Me lo imagino —dijo Anna con desagrado. «Todas cometemos errores», pensó.

Vida interpretó su respuesta como una aprobación y agregó:

—Bueno, Mitri tenía una gran habilidad para hacer que una mujer se sintiera seductora y atractiva, y me imagino que la pobre chica jamás había tenido antes una sensación así. De modo que, en lugar de pensar «bueno, ya he probado mis alas, vamos a divertirnos un poco ahora», ella decidió que debía ser la única mujer en su vida. No podría haber sido peor para ella, justo cuando estaba en condiciones de lograr confianza en sí misma para hacer amigos y conocer el mundo, se queda en casa esperando que suene el teléfono. Hasta tenía esperanzas de casarse con él, por Dios. Eso era simplemente estúpido, y se lo dije.

—¿Él habló de casamiento alguna vez? —preguntó Anna.

—Supongo que pudo haberlo hecho —admitió Vida—. Debo admitir que él estaba atravesando por un momento difícil entonces. Pero todo es parte de su forma de ser. Mitri acostumbra a decir lo que supone que a una muchacha le gusta escuchar. El problema es que es mortalmente certero en sus expresiones. Si quieres saberlo —susurró Vida acercándose a ella como si estuviera conspirando— te diré que su esposa se encontraba embarazada por primera vez en aquel momento. Fue un error, pero ella no quiso tener un aborto. Le hacía la vida imposible a Mitri, pues conocía su relación con

Dee. Por lo general es una mujer muy tolerante. Bueno, tiene que serlo, ¿no es así?

—Oh, diablos —dijo Anna, sintiendo la excesiva proximidad de Vida. Además, le sorprendió comprobar que estaba enojada con Deirdre. Todo parecía tan mezquino a distancia. Hasta ese momento, Deirdre había parecido ser capaz de prever aquel tipo de situaciones, munida de habilidad para protegerse a sí misma.

—Supongo que Dmitrios la abandonó cuando nació el bebé —preguntó.

—¡Y cómo! —replicó Vida—. Bueno, no inmediatamente. Al principio pareció más dispuesto que nunca a enderezarse. Incluso pasó aquí la noche varias veces, lo que no era normal en él.

—Dee realmente creía estar enamorándolo por eso, pero yo suponía que se debía a que el bebé lo mantenía despierto y él necesitaba algún lugar tranquilo para dormir. De cualquier modo, el bebé fue varón y eso lo hizo sentir muy orgulloso a Mitri. Le afirmó el ego. Así que la pobre Dee no tuvo ninguna oportunidad y al final nada pudo arrancarlo de su hogar y de su vida doméstica.

Bostezó y se estiró lánguidamente observándola, Anna se preguntó si Vida habría logrado comprender realmente los sentimientos de Deirdre ya que no parecía haber sido ignominiosamente abandonada por un hombre alguna vez.

—Se lo advertí —suspiró Vida—. Pero de todos modos lo tomó muy mal. Pareció cerrarse dentro de sí misma y casi morir. Se aisló de todos. Hasta de mí —dijo como sorprendida—. Claro, uno no hubiera esperado que continuara trabajando para Mitri, pero dejó este departamento también. Su reacción fue excesiva; sencillamente un buen día hizo sus valijas y se fue. Me hizo sentir muy mal. Ya estaba en condiciones de pagar el alquiler por mi cuenta, de modo que en ese sentido no me importaba. Pero de todos modos... me llevó siglos encontrarla nuevamente.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Anna—. ¿Cómo estaba entonces?

—Bueno, por cierto que se había vuelto dura con rapidez —dijo Vida con una sonrisa—. Podía verse que no cometería el mismo error dos veces. Pero estaba como metida de nuevo dentro de su caparazón. No quiso hablar mucho. Pude ver que aún me necesitaba, sin embargo, para aconsejarla.

¿Puedes creerlo? De cualquier manera la última vez que la vi me contó que salía con un tipo, así que debió haber recobrado parte de su entusiasmo. Y tuve la sensación de que ella empuñaba el látigo esta vez. Nunca más iba a dejar que nadie la manejara. Bueno, ¿para qué sirve la vida si no aprendemos de nuestros errores?

—Depende de lo que uno aprende, sin embargo, ¿no es cierto? —dijo Anna, pensando que Dee podría haber recibido de su experiencia una lección equivocada.

—Bueno, tenía que hacerse dura —dijo Vida—. Es mejor eso que recibir palos cada vez que corres alrededor de la pista.

—Oh, vamos —exclamó Anna, pensando que Vida era una necia.

Vida le ofreció café, pero Anna lo rechazó con la mayor cortesía que pudo.

—Lástima que debas irte tan pronto —le dijo Vida en la puerta—, es realmente agradable poder conversar con una mujer inteligente para variar. ¿No eres de Libra por casualidad? ¿No? Porque yo sí lo soy.

Con fastidio apenas disimulado, Anna se retiró rápidamente.

—Bueno, a lo mejor no es tan grave, después de todo —dijo Selwyn mordiendo distraídamente la tostada que Anna acababa de untar con manteca. Ella puso más rebanadas de pan sobre el tostador.

—¿Qué haces ahora?

—Huevos revueltos —gruñó Anna enojada. No se había repuesto aún de su mal humor—. De todas maneras, no es Vida quien me interesa. Es Deirdre. Me harté de Vida.

—No es lo que quise saber, ¿qué haces este fin de semana?

—Trabajo.

—Eso es todo lo que haces estos días —refunfuñó él—. ¿Qué te ocurre, Leo? ¿No puedes encontrar algún joven agradable que te saque a pasear?

—Y lo que es más aún, estoy harta de jóvenes agradables y no necesito que me saquen a pasear.

—Nunca me contaste qué ocurrió con Steve. Simplemente desapareció un buen día y nunca volvió. Era un joven agradable, y hablaba de cosas interesantes.

—Escucha, Selwyn —dijo Anna, abruptamente—. ¿Quieres comer conmigo, o prefieres llenar tu estómago de tostadas, mientras los huevos se queman?

—No tengo apetito —dijo Selwyn mientras terminaba su segunda tostada.

Anna cortó otra rebanada de pan y sacó los huevos del fuego antes de que se solidificaran.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 19

—¡HOY DAN GAUNTLET! —dijo Simon al entrar al Triumph. Nevaba con fuerza y comenzaba a formarse hielo sobre el camino—. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Para qué quiere una pequeña y oscura asociación de cine hacer una temporada con Clint Eastwood? La mayor parte de los socios quedan más satisfechos con el expresionismo alemán, la Nouvelle Vague francesa y esa clase de cosas.

—Me quedo con Clint Eastwood —dijo Anna manejando su automóvil con cuidado, sin pretensiones de virtuosismo.

—¿Has tenido un mal día? —le preguntó él, mirándola con simpatía—. Debo decirte que estás muy bonita. ¡Es la primera vez que te veo con una pollera!

—Me vestí para la sesión que tendré con mi jefe y con los padres de Dee. Oh, ¡maldito sea! —Súbitamente se dio cuenta de que había olvidado preguntarle a Vida sobre el anillo que tenía grabada la inscripción «Siempre».

—¿Qué sucede?

—Nada en especial, recién me acuerdo de algo que tenía que hacer. —No podía hablarle a Simon sobre Dee y Dmitrios Bruce—. No, no ha sido un día muy brillante hasta ahora. Estoy algo cansada y he perdido buenas oportunidades. Necesito dormir bien.

—Supongo que todo esto es nada más que trabajo para ti.

—Lo siento, Simon. Fue poco amable de mi parte decir eso. —Mentalmente anotó otra marca negativa en su conducta—. Debo de estar

nerviosa por el día que me espera mañana. Aunque no debería estarlo. Estoy muy bien preparada, gracias a ti.

—No, soy yo quién debería disculparse. También tuve un día algo pesado. —Pero parecía haberse repuesto—. Es solo que pensé que este era el principio del fin de semana para mí y me olvidé que tú aún tienes que ocuparte del caso.

Anna pensó que no le había preguntado sobre los padres de Deirdre. Quizá fuera una mala señal.

—¿Qué haces cuando no trabajas? —le preguntó él.

—Oh. Descanso. Voy a ver fútbol, me encuentro con amigos.

Anna superó un cruce con un cambio de velocidades y evitando utilizar los frenos.

—¿Estamos cerca?

—Sí. Vira a la derecha del buzón. ¿Juegas al *squash*?

—A veces. ¿Ahora hacia dónde?

—La segunda a la izquierda. Luego a mitad de cuadra sobre la derecha. Me arriesgaría a afirmar que juegas bien.

—No, solo juego para entretenerme y para hacer algo de ejercicio. ¿Hemos llegado?

—Sí. Quizá podríamos jugar alguna vez.

—Vamos —dijo Anna con vaguedad—. Espero que esta nevada no empeore.

Entraron en un lugar que parecía un gimnasio. Era uno de aquellos edificios de construcción temporaria que había levantado por centenares el municipio para dejarlos olvidados luego, a medio hacer. La película había comenzado y la sala estaba a oscuras. Encontraron dos sillas plásticas vacías en las filas de atrás y se sentaron.

La hora y cincuenta minutos pasó rápidamente. Era la clase de película de la que Anna gozaba cada minuto, aunque sin poder encontrar nada que admirar después.

—Estupendo —dijo Anna cuando terminó.

—Sí, aunque... —murmuró Simon, juiciosamente, cuando hubo terminado, mirando la sala vacía.

Por algún motivo, ya fuera por la elección de la película o debido a la noche helada, solo siete personas componían el público. Una señora gorda con un sacón de lana de oveja ofrecía café en una kitchenette al fondo de la sala, pero nadie aceptó prefiriendo salir apresuradamente a la nieve que caía afuera.

Anna echó una rápida mirada al lugar pero Sarah Margolin no se encontraba a la vista. Leonard rebobinaba el film y no había advertido su presencia aún.

—Llamó a Simon con una inclinación de cabeza—. Hazme un favor, ¿quieres? Ve a tomar un café y mantén feliz a la señora gorda. Yo quiero hablar unas pocas palabras a solas con el señor Margolin.

—¿No quieres que te dé sangre también? —dijo el agraviado.

—Te rescataré cuando haya terminado.

Simon se retiró de mala gana. Margolin parecía más encorvado y apesadumbrado que el martes anterior. Cuando la vio aproximarse pareció encorvarse aún más.

—¿Usted no es...? ¿Acaso me está siguiendo?

—Hola señor Margolin —dijo Anna amigablemente—. Linda película, ¿no es cierto?

—Usted no es socia, ¿no? —dijo él, reponiéndose de la sorpresa—. Nos vendría bien tener más socios. Especialmente en noches como esta. La nieve mantiene alejada a la gente. —Miró a su alrededor con sus ojos miopes.

—¿Cuántos socios tienen?

Habían sido puestas sillas para unas cuarenta personas.

—No lo sé, realmente —respondió Margolin—. Sarah se ocupa de ese aspecto de la cosa. A decir verdad no me importaría ser yo solo quien viera las películas. Eso es lo bueno de una asociación como esta. Uno mismo elige los filmes que quiere ver.

—Pero este se estrenó el año pasado, ¿no?

—A mucha gente le gusta Clint Eastwood. Tenemos una comisión, sabe usted. Tratamos de satisfacer una gran variedad de gustos.

Anna se preguntó dónde estaría la comisión, suponiendo que la única socia era la señora gorda que lo tenía acorralado a Simon con el nescafé.

—¿Usted ha pensado en hacerse socia?

—No lo sé —dijo ella mirando a Margolin deliberadamente de soslayo—. No desearía que su esposa me volviera a dar la recepción del martes pasado.

—Usted la inquietó bastante. ¿Vino a disculparse? —preguntó Margolin no a modo de desafío, sino con un leve asomo de flirteo.

Anna, que lo había provocado a propósito, se sintió sin embargo ligeramente fastidiada.

—¿Por qué habría de hacerlo? —dijo ella—. También me inquietó a mí. Me dijo todas las barbaridades que se le ocurrieron, simplemente porque le pregunté acerca de Deirdre Jackson.

—¿Por qué hizo eso, de todos modos? —Leo Margolin pasaba con facilidad de la calidez a la impaciencia.

—Porque lo único que pude saber acerca de Deidre fue que había pertenecido a esta asociación. Pensé que a través de usted podría encontrar a alguien que la conociera bien. No dejó rastros de su intimidad. Su madre, según creo, solo quiere averiguar si fue feliz.

—¡Feliz! —resopló Margolin—. ¿Qué podría dejar atrás cualquiera de nosotros para demostrar que fuimos felices?

—Bueno, así son las madres. Cierta tipo de madres, quiero decir —dijo Anna—. Un diario, quizá un cuaderno de direcciones con nombres de personas simpáticas; un anillo de compromiso. No sé qué esperaba encontrar la señora Jackson.

—Bueno, por lo que puedo recordar, no llevaba anillo de compromiso. Si quiere saberlo, no creo que ella fuera de las que se casan. Sus ambiciones no parecían incluir las relaciones personales, al menos en su sentido corriente.

Anna se dio cuenta de que él le miraba la mano izquierda. Si quería sacarle algo de información, posiblemente tendría que inducirlo a pensar que de cierta manera ella era como Dee.

—¿Fue siempre tan fría? —preguntó ella, especulativa.

—No creo —dijo Margolin— que yo me haya referido al aspecto emocional. —El film saltó del carretel y continuó girando. Él detuvo el proyector y repentinamente, el silencio invadió el salón.

—No, es más que por la manera en que utilizaba a sus relaciones para mantener la confianza en sí misma, la imagen que deseaba mostrar.

Hablaba en tono muy alto y, al notarlo, bajó la voz en el medio de la frase.

—Bueno, supongo que era muy joven —dijo Anna con cuidado.

—Eso es lo que lo hace más sorprendente.

Anna ya estaba convencida de que él habría sufrido algún agravio de Dee y se preguntó hasta qué punto convenía presionarlo para obtener lo que buscaba.

Margolin continuó diciendo:

—... uno hubiera esperado mayor delicadeza, más ingenuidad; que no se mostrara tan interesada.

Puso el film dentro de una lata inicialada CW. Con cautela aún, Anna le dijo.

—Bueno, no es un crimen tener ambición.

—Depende —dijo Margolin con ambigüedad—. ¿Ese que la espera es Simon Lester?

—Vine aquí como invitada suya.

—Oh, bueno, debo llevar esto de vuelta a East End —miró su reloj—. Pero hubiera sido agradable seguir esta conversación en algún lugar más confortable. Quiero decir si usted lo desea, por supuesto.

—Quizá pueda acompañarlo. Simon puede llevarse el auto. —Ni siquiera sabía si Simon manejaba—. Podría dejarme en casa a la vuelta. Ha estado diciendo cosas muy interesantes sobre Deirdre. Sería una lástima detenerse ahora.

—Tiene razón —exclamó Margolin poniéndole un índice sobre el dorso de la mano, con un gesto de torpeza singular. Su piel era cálida y levemente húmeda— pero temo que no sea posible. Sarah me está esperando y como puede usted ver, cuenta los minutos.

—Eso debe resultar difícil a veces —ella se volvió rápidamente para comprobar si Simon continuaba ocupado, zafando así su mano de una manera que pareció casual.

—Usted me comprende, ¿no? —dijo él ansiosamente—. Le diré una cosa, sin embargo. No es algo que les cuento a muchas personas, pero

conozco un lugar donde podremos estar tranquilos. Mire, anotaré la dirección. Voy allí ocasionalmente algún fin de semana por una o dos horas, solo para pasar un rato de paz y tranquilidad, ¿sabe usted? A veces puede ser terrible convivir con una persona inestable.

—Lo comprendo bien. La responsabilidad constante debe de ser algo muy cansador. —El caballo al que ella apostaba se había colocado decididamente del lado de los palos y corría hacia la meta.

—Así es —Margolin le entregó un pedacito de papel que ella puso en su bolsillo sin leerlo, aceptando la tácita conspiración.

—Como se dice vulgarmente, uno necesita un poco de espacio para recobrar el aliento. Sin embargo, no querría que esto fuera más allá. Cualquier secreto de mi parte significaría para Sarah una absoluta traición. No lo comprendería, por supuesto. Pero que yo pueda obtener un alivio de tanto en tanto redunda en su propio beneficio.

—Ehm..., por supuesto —dijo Anna.

—De cualquier manera, estaré allí mañana por la tarde, entre las 17:00 y las 18:00, si es que usted cree que puedo resultarle útil.

—Es muy gentil de su parte. No quiero detenerlo por más tiempo ahora, si está apurado.

—Efectivamente, lo estoy —Margolin abrochó su abrigo—. Hasta mañana, entonces —le dijo, sin esperar respuesta, dándole las buenas noches a la señora Paget mientras salía. Anna fue a la puerta y vio cómo quitaba la nieve del parabrisas de un destartado Austin Maxi. Volcado sobre el capó, parecía una araña a la que le faltaba una pierna. Él había dicho la verdad, no parecía ser un mujeriego compulsivo.

—Espero que hayas encontrado lo que buscabas —Simon permaneció silencioso durante los primeros minutos del viaje—. ¿Qué le hiciste al pobre Len? Parecía bastante acalorado detrás de sus anteojos.

Anna lo miró brevemente. El reflejo de la luna sobre la nieve teñía el pálido rostro de Simon. Su voz era tranquila, pero miraba con tozudez a través de la ventana.

—No le hice nada —dijo ella—. De paso, ¿cuánto cuesta hacerse socio?

—¿Por qué? ¿Acaso estás pensando en asociarte?

—No. Simplemente sigo juntando para mi colección.

—Oh, bueno, por cinco libras, obtienes una tarjeta que te autoriza a ver seis films. Después si quieres ver otras seis, compras otra tarjeta. ¿Te gusta Len?

—No mucho, ¿por qué?

—Me pareció que se entendían como si se hubieran conocido toda la vida.

—No diría eso. Solo que no deseaba ofenderlo.

—¿Y hasta dónde piensas llegar para no ofenderlo? —Su voz aún era tranquila, pero sin eco.

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Oh, vamos, Simon. Quiero información. Uno debe obtener lo que puede, en donde puede y cuando puede.

—Me parece haber escuchado eso antes —dijo él.

—¿En dónde?

Él la miró.

—Bueno, es lo que acostumbraba a decir Dee cuando iba a charlar con alguien, esto es, si podía sacar algo de ello.

El disparo dio en el blanco, y pareció ser una crítica justa. Luego de un instante ella dijo:

—Sí, veo lo que quieres decir. No hay gran diferencia, ¿no es así? No sé cómo lo hubieras hecho tú, pero si yo le preguntara directamente lo que quiero saber, no recibiría ninguna respuesta.

—Bueno, ¿no está Len en su derecho al no dar una respuesta que no quiere dar?

—Sí, lo está. Pero si Dee realmente fue asesinada, ¿no sería acaso mi deber ineludible averiguar qué le ocurrió?

—Posiblemente. Sí, alguien debería hacerlo. ¿Pero no te importa los medios a utilizar? Aun cuando haya sido asesinada y creas que Len tuvo algo que ver con ello, no tienes por qué seducirlo para obtener información, ¿no es cierto?

—No estoy segura de lo que debo responder. Los Jackson se sienten muy desgraciados, y yo he aceptado la responsabilidad que me han dado. Ellos no quieren permanecer en la ignorancia, ni tampoco yo. En cuanto a mi ética, soy tan recta como puedo permitírmelo. Y si eso no es

suficientemente bueno para ti, mala suerte. A mí tampoco me agrada eso. —Anna bajó la ventanilla, tenía calor y se sentía sofocada.

»Y otra cosa —agregó— que no tiene nada que ver con la ética, ni con la verdad, ni con cuestiones por el estilo. Se refiere solo a la satisfacción con mi trabajo. Trabajo para un hombre que cree que lo único que estoy capacitada para hacer es el inventario de una *boutique*. Este caso me da la oportunidad de hacer algo más interesante. Quiero llegar hasta el fondo. Y curiosamente, en algún momento de la semana pasada, comencé a preocuparme por lo que pudo sucederle a Dee Jackson.

Simon no dijo nada por un rato. El interior del auto estaba muy frío y Anna volvió a subir la ventanilla. Casi no había tráfico y los pocos vehículos que circulaban parecían larvas arrastrándose con cautela sobre la blanca cinta del camino.

Simon rompió el silencio diciendo.

—Sí, efectivamente creo que tienes razón. Si lo que quieres decir es que la verdad es una causa que debe ser atendida. Suena algo pomposo, pero tú entiendes lo que quiero decir. Lo que me molesta es que también parece creer que el fin justifica los medios. Admito que solo soy un tipo simple y que no tengo ninguna experiencia en eso pero ¿no debe tener uno algo de consideración por la intimidad de las personas también?

—Así debe ser. Pero para ello debo utilizar mi propio juicio. No sirve de gran cosa como pretexto, pero he pasado varios años aprendiendo este oficio y he desarrollado una cierta habilidad para las mentiras y evasivas. A veces es lo único con que cuento para apoyarme. Pero, por ejemplo, cuando conocí a Len Margolin, supe que no era lo que pretendía ser. Si buscas algo, hazlo en los rincones oscuros, y Len Margolin es un rincón oscuro.

—Okey. Dicho así todo suena muy bien —Simon parecía cansado y deprimido—. Pero no ocurrió lo mismo cuando te vi actuar. Parecía casi como si estuvieras coqueteando con él.

Anna comenzaba a sentirse cansada y deprimida. Dijo:

—Bueno, eso no te concierne. No le hará daño a él, ni a mí tampoco.

—¿Hay algo más en lo que soy infantil? —preguntó Simon.

Anna detuvo el coche junto a la casa de departamentos. Simon no hizo ningún movimiento para bajar del auto. De modo que ella dijo:

—Efectivamente. Pero eso no es importante. Aunque tú has dicho muchas cosas que sí lo son. No resulta cómodo pensar en ello. Nunca me ha gustado hablar de mi trabajo de esta manera, y las dudas que tengo me inhiben tremendamente.

—Sin embargo, parece tener todas las respuestas.

—No eran respuestas, solo justificaciones. Lo que quiero decir es que hago lo que puedo dentro de mis limitaciones —y luego, tomando conciencia de su cansancio, agregó— tómalo o déjalo.

—Oh, diablos —dijo él—. Sabes que lo tomaré, aunque más no sea porque me gustas.

Anna estuvo a punto de replicarle que por eso era un tonto, pero se detuvo a tiempo. Una discusión a esa hora de la noche era una cosa, pero una disputa, decididamente otra.

—Oye, ambos estamos cansados —dijo finalmente—. Dejémoslo por ahora, ¿eh?

—Por supuesto —musitó él—. Esto no tiene sentido, perdóname. Pero ¿me harás saber mañana como te fue en Stamford?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20

EL TIMBRE DEL teléfono despertó a Anna de un sueño profundo.

—Están todos arropados para la noche, seguros y serenos —dijo Bernie—. El tiempo, sin embargo, no está como para fisgonear a través de las ventanas.

—Qué horrible noche tendrás que pasar —balbuceó Anna tratando de mantenerse bien despierta.

—No es por el frío, tontita, sino por los rastros —dijo Bernie con su voz amable—. Hay como veinte centímetros de nieve. No, yo me encuentro bien. Tengo la *pick-up* y docenas de bolsas de agua caliente y termos que me dio mi señora. Me iré a dormir, ahora que ellos están quietos. Simplemente quería resumirte la situación. Tu hombre salió a dar una vuelta en auto a eso de las 22:30.

—¿El gran jefe?

—Ese mismo. De todos modos, dado que aquí estaba todo tranquilo como un cementerio, pensé seguirlo en la Norton.

La agencia Brierly era propietaria de dos vehículos que se empleaban para vigilancia. Eran utilizados para esa función solamente cuando el objetivo se mantenía detenido. En previsión de situaciones como esa, Bernie llevaba su motocicleta en la parte de atrás del vehículo para efectuar reconocimientos rápidos y discretos. Era un buen método, pues le daba maniobrabilidad y resultaba menos ostentoso que un vehículo grande. A Anna, sin embargo, le preocupaba que la utilizara sobre la nieve.

—¿Adónde se dirigió?

—A East End, por Vigo Street, entrando por detrás de la Royal Academy. ¿Conoces el museo nuevo que hay allí?

—Sí.

—Bueno, en ese mismo lugar. Es muy tranquilo a esa hora. Tu hombre aguardó allí unos diez minutos, hasta que se dirigió a su encuentro un pajarraco alto, con anteojos de carey. Por si te interesa encaja justo según tus notas con la descripción de Leonard Margolin. ¿Sabes que auto tiene?

—Un Austin Maxi. Verde oscuro. No pude ver la patente, pero la luz de freno izquierda tiene el cristal roto.

—¡Excelente! Parece que somos todos amiguitos entonces, Margolin entró en el auto de mi chico y mantuvieron una breve charla. Margolin traía una caja grande cuadrada, o una valija al entrar pero salió sin nada en las manos.

—¿Eso fue todo?

—Casi todo. Cinco minutos desde el «hola al adiós». ¿Interesa?

—Mucho, gracias, Bernie. Supongo que no pudiste ver bien la caja.

—No hubo manera de hacerlo.

—No tiene importancia.

—Espera un minuto, allí no terminó el asunto. He aquí que, después de eso, mi chico vuelve por Marylebourne Road, en dirección oeste, y cuando parecía que estaba por dirigirse a su casa, vira hacia la M1, se dirige por la autopista a la estación de servicio del área Heston y allí carga combustible de cuatro estrellas. Luego estaciona junto al compresor de aire, sin interesarse mucho por sus neumáticos. Minutos más tarde llega un viejo camión, de aquellos que utilizaba el correo y mi chico le pasa la misma caja al conductor por la ventanilla. El camión parte y él se va a su casa. Creo que hubiera debido seguir la caja. Bueno, lo habría hecho si no hubiera sido por la insistencia del señor Brierly en que no perdiera de vista a mi amiguito.

—Por supuesto, ya entiendo —dijo Anna, deseando que Brierly no tuviera por costumbre dar instrucciones tan explícitas—. ¿Qué hubo del conductor del camión?

—Lo siento. No lo pude ver bien. Grándote, pero nada más. Te daré el número de la patente, sin embargo. ¿Lista? —Le dio el número.

—¿Te suena para algo?

—Ni una campanita. Lo lamento. Pero gracias por llamar.
—No hay problema. Duerme un poco ahora.
—Tú también —Anna miró su reloj. Eran las 02:30.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 21

ERA UNA DE esas mañanas en que aquellas personas que habían sido lo suficientemente sensatas como para irse a dormir con sus medias puestas, se negarían a quitárselas. Anna bebió su café y miró el cielo gris acerado, hostil hasta para las palomas. El aire frío parecía una barrera impenetrable. En fin, un día para abrigarse con gruesos sacones y guantes de lana, para disfrutar una comida con papas asadas y postergar partidos de fútbol.

Anna observó al cartero avanzar trabajosamente sobre la endurecida nieve del pavimento. Se asombró de la consumada heroicidad que significaba el simple acto de entregar cosas como la correspondencia y la leche en una mañana como aquella, cuando la gente, vencida por los elementos, decidía no hacer nada y quedarse junto al fuego. Bajó las escaleras y recogió dos cartas dirigidas a ella, dejando el resto bajo la puerta de los Price.

Una vez arriba nuevamente, se sirvió más café y leyó su correspondencia. La cuenta del teléfono no le llevó mucho. Podría incluir una parte en su lista de gastos, pero no lo suficiente como para beneficiarla gran cosa.

La segunda carta era de su hermana, feliz con su exilio en el barrio de los ejecutivos en Kent. Le daba noticias del pequeño Kenneth, se lamentaba por esto y aquello, como siempre acostumbraba hacer, y se quejaba de que la madre no había ido a visitarla desde antes de Navidad. Uno de los dibujos más recientes de Kenneth, enviado dentro de la carta, mostraba un extraordinario animal con tres patas, junto a una casa cuatro veces más pequeña. El dibujo llevaba una leyenda: *Mi perro*. Kenneth no tenía perro,

pero deseaba uno. Ella puso el dibujo sobre la chimenea, bajo la lámina de caza arrojó la carta al cesto de papeles. Sonó el teléfono.

—¿Dormiste bien?

—Buen día Bernie. Mejor que tú, apuesto. ¿Qué hay de nuevo?

—Un pequeño detalle. —Bernie estaba más flemático que nunca. No parecía que hubiera pasado la noche helándose dentro del vehículo—. Nuestro amiguito, el del camioncito de la oficina postal le hizo una visita a nuestro otro amiguito de aquí hace una media hora. Le entregó algo, por la parte de atrás de la casa y se fue de nuevo a toda velocidad. No hubo invitación a desayunar arenques ahumados y riñones con salsa picante.

—¿La misma caja?

—Mismo tamaño, misma forma. Y ahora me vuelvo a casa. Johnny llegó recién. Dice que probablemente se ubicará en la cafetería frente al callejón, de modo que no te preocupes si no ves nuestro vehículo. Tú vendrás por aquí a las 10:30, ¿no?

—Sí, saldré dentro de poco. —Anna miró su reloj. Eran las 09:00 en punto.

—Bueno, maneja con cuidado. Tómate tu tiempo. Los caminos están como para suicidas.

—Okey. Gracias Bernie.

—Nos veremos pronto. —Bernie cortó.

Anna estacionó el Triumph cerca del final del callejón. Entró al jardín de la casa sin llamar. Los Slinger no habían barrido la nieve de la vereda, sobre la cual se veía gran cantidad de huellas. Un par de estas, sin embargo, se dirigía hacia atrás de la casa. Impulsivamente las siguió, pisando encima de ellas para no dejar otros rastros. El visitante matutino había sido un hombre alto, por lo que se vio obligada a extender considerablemente las piernas para seguir las pisadas. Las huellas daban la vuelta alrededor de un garaje pegado a la casa y terminaban en la puerta de servicio que no estaba cerrada con llave. Anna la abrió silenciosamente y miró hacia adentro. La cocina de aquella casa no parecía utilizarse como tal, sino como antecámara del garaje. Los únicos utensilios que podían verse eran una tetera eléctrica,

puesta sobre una de las vacías unidades de fórmica, junto a una caja de bolsitas de té, un jarro de café y un paquete empezado de leche en polvo.

Se limpió los zapatos sobre el felpudo. Trató de abrir la puerta del garaje pero se encontraba cerrada, de modo que fue hasta la puerta que llevaba al vestíbulo y la abrió con delicadeza. Alguien se movía arriba, como al compás de la música que emitía una radio puesta a mucho volumen, que dificultaba escuchar otros ruidos. Del vestíbulo provenían voces y música diferente. La puerta de la oficina de Slinger estaba entreabierta. Se acercó. A través de las voces y la música escuchó que alguien de voz familiar decía «...rezongos, rezongos, rezongos». Al mismo tiempo, quienquiera hubiera estado arriba fue hasta la barandilla de la escalera. Anna se deslizó rápidamente dentro de la desnuda cocina, cerrando la puerta tras ella. Luego, con igual velocidad salió por la puerta de servicio y regresó por donde había venido.

La señora Slinger le franqueó la entrada. Llevaba una radio a transistores colgada del hombro, como si fuera un bolso, y tenía puesto un vestido dorado que hacía parecer descolorido su rubio cabello.

—Hola. Ha llegado temprano —dijo sin hacer intento alguno por bajar el volumen de la radio.

Se encontraban en el vestíbulo donde Anna había estado hacía apenas unos minutos. La puerta de la oficina estaba bien cerrada.

—Ya lo sé. Lo siento, —dijo Anna— es por el tiempo que hace. Salí temprano por si me ocurría algún percance en el camino. Pero no pasó nada. Tengo una especie de fobia por llegar tarde, como podrá ver.

—Bueno, al menos es una variante. La gente amiga de Freddie cree que puede presentarse a cualquier hora.

La hizo pasar al *living* en el otro lado de la casa. Parecía no haber sido usado desde su visita del miércoles, y tenía el mismo aroma que un salón de exposiciones de muebles modernos.

—¿Cómo están los bichos?

—Mariposas nocturnas —corrigió Anna con simulada pedantería—. Me temo que no hemos hecho ningún progreso. Tendremos que hacernos a la idea de esperar para ver lo que pasa.

—Debe de ser fascinante —dijo la señora Slinger, poco convencida de que así fuera en realidad—. ¿Le gustaría tomar una taza de café mientras espera?

—Qué amable. Me encantaría —dijo Anna—. La señora Slinger salió, cerrando firmemente la puerta detrás de ella. Esta vez Anna no hizo ningún intento por espiar. Se sentó en uno de los sillones plásticos y respiró profundamente, tratando de calmar los nerviosos latidos de su pulso. Entrar en una casa ilegalmente no era nada tranquilizador. Diez minutos más tarde terminaba su café y se encontraba perfectamente serena cuando el señor Slinger hizo su aparición.

—Bueno, bueno, bueno, está bastante feo el día —dijo, frotándose las manos—. Mejor que haya llegado con tiempo suficiente. Puede llevarle un buen rato llegar a Stanmore con esta nieve. ¿Cómo anda el negocio de los bichos?

—Mariposas nocturnas —respondió Anna automáticamente—. Nada espectacular todavía, pero vivimos con la esperanza.

—Bueno, empecemos entonces. —La condujo a través de la cocina vacía y abrió la puerta del garaje. Adentro estaba todo arreglado prolijamente, con estanterías especiales para los proyectores, latas de películas y bobinas de repuesto.

—A todo esto, ¿en qué lugar estacionó su auto? —le preguntó él mientras le pasaba un proyector. Por la forma en que la había hecho esperar en la cocina, comprobó que no se acostumbraba a que los empleados recogieran los equipos por sí mismos.

—Justo antes de llegar al fondo del callejón.

—Bueno, la próxima vez —dijo, tomando una bobina grande— estacione más cerca de la casa, o sobre una de las dos entradas para autos. No me gusta molestar a los vecinos.

—Supongo que ello puede resultar un problema, siendo esta un área residencial —dijo Anna.

—Nada que no podamos manejar si los mantenemos contentos. Después de todo, la mayoría tiene chicos y los chicos dan fiestas. Les damos un par de espectáculos gratis y luego es sorprendente lo que son capaces de tolerar.

Anna cargó el proyector y fue hacia la puerta.

—¿Cree que podrá hacerlo funcionar sin problemas?

Ella alzó la tapa de la caja. El proyector le resultaba familiar.

—No veo inconvenientes. Parece ser la clase de aparato que acostumbro manejar —agregó, mintiendo remilgadamente.

—Okey. Ahora bien, lo que debe hacer es cortar la proyección después de una media hora, para que los pequeños sabandijas se llenen de dulces. Hay un buen tramo de película sin imagen entre el final del *Correcaminos* y el comienzo del *Pájaro Loco*. Cuando los chicos estén listos, solo hágalo funcionar de nuevo.

—Perfecto. ¿Qué pasa si se corta la película?

—No debería suceder. Pero si ocurriera, rebobínelo rápido y no se asuste, no se darán cuenta siquiera. Iré a buscar la dirección.

Entró en la oficina mientras Anna esperaba en el umbral de la puerta, observándolo. Allí también había un proyector, una pantalla puesta contra la pared y un banco de montaje debajo de ella. El resto era moblaje común de oficina: un escritorio, un sillón giratorio y ficheros. Slinger sacó una libreta de direcciones de un cajón del escritorio y arrancó una hoja de un anotador. Luego copió la dirección.

—Debe preguntar por la madre de la novia. Usted se encargará de los niños mientras ellos se hacen la fiesta —dijo entregándole el papel—. Una tal señora Taplow. Ella le mostrará el lugar donde poner el equipo. Asegúrese que haya elegido una habitación con cortinados que puedan cerrar completamente. Pero lo más importante es que pague. Cuando hablamos por teléfono me prometió dinero en efectivo, pero es asombroso lo que la gente es capaz de olvidar a último momento. Así que sacúdale la memoria, ¿quiere?

—Okey —dijo Anna— dinero en efectivo.

—Así me gusta —dijo Slinger, mostrando una repentina sonrisa—. Facilita la contabilidad. Dinero contante y sonante para mí y lo mismo para usted cuando regrese, ¿correcto?

La casa de los Taplow era grande y cálida, poblada de mozos que iban y venían. Anna llegó temprano de manera que pudo instalar la pantalla, colocar la bobina en el proyector y controlar el foco antes que llegaran los

invitados al casamiento. Agradeció no tener a nadie encima de ella mientras luchaba con el equipo.

La señora Taplow se presentó a sí misma; era una mujer corpulenta y agradable, cubierta de plumas de avestruz.

—Me alegro tanto de que haya llegado —dijo jadeando—. Nunca se case en enero, mi querida. No tiene idea de todo lo que me ha pasado hoy. ¿Le importaría mucho si le pagara ahora? Sé que no es lo que se acostumbra, solo que cuando usted quiera retirarse me encontraré medio deshecha como para recordarla.

Le entregó un sobre a Anna. Era pesado y estaba sellado. No fue necesario preguntar si contenía efectivo. El resto de la mañana transcurrió de la misma manera, en paz. Animada por un par de copas de champaña y un plato de vol-au-vent, exhibió los dibujos animados sin inconveniente alguno. Los niños parecieron estar más borrachos y ser más desordenados que los adultos, pero como alguien fue lo suficientemente amable como para ofrecer más champaña a la operadora del proyector, Anna no se sintió molesta para nada. A decir verdad, varios adultos se filtraron a la habitación de los niños y parecieron sentirse tan a gusto como estos con el espectáculo. Fue esa clase de fiesta.

—Parece que está llena de burbujas —fue lo primero que le dijo Slinger advirtiéndole el tono rosado de sus mejillas y el brillo de sus ojos, cuando regresó de Harrow—. Bueno, le dije que este negocio tenía sus ventajas.

—Fueron tan amables como para ofrecerme una copa, o varias —dijo Anna con dignidad—. Espero que no le moleste.

—Eso es lo bueno —dijo Slinger riéndose—. Claro que no me molesta, siempre y cuando la señora Taplow se lo haya ofrecido antes de que usted bizqueara demasiado para dárselo a entender.

Anna le entregó el pesado sobre.

—Ningún inconveniente, entonces —dijo él sopesándolo expertamente—. Solo debe tratar de que la bebida no la deje en un estado que le impida enfocar correctamente. No queremos quejas.

—Conduzca con cuidado —le gritó cuando ella se marchaba silbando. Más tarde, se dio cuenta de que Slinger no le había pagado. Realmente era asombroso cómo la gente se olvidaba de cosas así a último momento.

CAPÍTULO 22

AL ABRIR LA puerta de su departamento Anna oyó el sonido del teléfono. Contestó manteniendo precariamente el equilibrio, mientras apoyaba sobre su cadera la caja de comestibles que acababa de comprar. Oyó una pesada respiración del otro extremo de la línea y luego una voz áspera que le dijo:

—¿Tienes puestos los zapatos con suela de goma?

—No jorobes, Johnny —respondió Anna—. O se lo contaré a tu mamá.

—Te vi entrar a lo de Slinger —dijo Johnny—. Dos, no, tres veces. ¿No fue eso un tanto arriesgado? Llegaste cinco minutos antes de lo esperado. Podrías haber echado todo a perder.

—Me tranquiliza saber que estabas tan atento. De todos modos, no pasó nada —dijo Anna.

—Bueno, espero que haya valido la pena. Te diré que hiciste latir mi viejo corazón al doble de su velocidad normal. Escúchame; Bernie me dijo que querías saber algo de una caja cuadrada atada con correas.

—Sí. ¿La has visto?

—Después de que te fuiste por segunda vez, él abrió la puerta del garaje, la que está a la derecha y salió en un auto *sport* amarillo.

—¿Tenía la caja?

—No la vi en ese momento. El garaje ha de comunicarse dentro con la casa. Pero después se dirigió a la oficina de exportación de cargas de Heathrow entonces pude ver que llevaba la caja. Como me mantuve lejos, no logré comprobar qué le metió adentro. Pero después de un rato salió nuevamente, llevando la caja al cobertizo donde se encuentran las cargas. Salió de allí con las manos vacías.

—¿No hubo forma de saber el destino de la caja?

—A menos que me hubiera asomado por detrás de su hombro o le tomara el dictado, no.

—Bueno, no importa. ¿Qué ocurrió después?

—Volvió a su casa, eso es todo. Pero es una abejita muy laboriosa. Toda la tarde estuvo entrando y saliendo gente de allí.

—¿Qué hacían?

—Lo mismo que tú. Cargar películas y cosas así, marchando luego rumbo al poniente.

—¿No hubo más señales de vida del vehículo de Correos?

—Bernie me dejó instrucciones precisas sobre ese tema, pero no lo vi para nada. ¿Todo en orden?

—Sí, Johnny, está bien. Muchas gracias por llamar.

Colgó y suspiró, llevó las vituallas a la cocina. Suspiró nuevamente y llamó a Simon.

—Hola, ¿cómo te ha ido? —le preguntó él. No tenía necesidad de preocuparse. Simon parecía estar tranquilo y alegre en aquel momento.

—A las mil maravillas. Muchas gracias —respondió ella—. No tuve problemas.

—Bueno, excelente. Escucha, Anna. Siento mucho lo que ocurrió anoche. No sé qué me ocurrió.

—No te preocupes. Quizá he descargado demasiado sobre ti de golpe. Es mejor mantener sencillas las cosas.

—Correcto. Eso es lo que pensé. Oye, hay una cancha libre en Westbourne Court a las 17:00 esta tarde. ¿Te gustaría jugar un partido?

Rápidamente, Anna balanceó los pro y los contra de verlo nuevamente y terminó aceptando con cautela.

Puso la tetera al fuego para hacer una taza de té. Luego llamó al número nocturno de la agencia Brierly. Una voz incorpórea le contestó: «Martin Brierly no se encuentra en este momento. Le ruego dejar su mensaje después de la señal».

—Aquí, Anna Lee —dijo mientras pensaba con rapidez y, tratando de olvidar que estaba hablando a una máquina—. Hemos determinado que existe un vínculo entre nuestro sujeto y Leonard Margolin. No ha habido

contacto aún entre el sujeto y el laboratorio. Pero creo saber lo que ocurre. Para esta noche tendré información disponible. Desearía hablar con usted cuanto antes.

Cortó la comunicación y bebió su té junto al fuego. Luego metió la raqueta de *squash* y sus zapatillas de tenis dentro de un bolso y salió nuevamente. En la Biblioteca Pública de Kensington encontró un libro titulado *Films en oferta - 1978*, que contenía un listado del material disponible en 16 mm *Gauntlet* era distribuido por la Columbia Warners y el precio de alquiler a asociaciones era de treinta libras. Anna comparó este con otros precios. Luego se sentó junto a una de las mesas para realizar unos cálculos basados en lo que había podido comprobar la noche anterior. Aunque *Siete Hermanas* hubiese tenido un lleno total en aquella oportunidad, no habría podido pagar el alquiler. Claro está, eso podría ser normal. Jamás había oído decir que esas asociaciones ganaran fortunas. Todo lo que pudo saber era que costaba mucho más alquilar las películas en colores que las viejas en blanco y negro. Era interesante, pero no mucho más que eso.

Cuando llegó a Westbourn Court, Simon estaba preparado, dando saltitos para entrar en calor.

—Tenemos la cancha tres —dijo— no es que importe mucho. No hay nadie más por aquí. Pelotearé mientras te cambias.

El vestuario para damas estaba desierto y helado. Una circular en el tablero ponía en conocimiento de los socios que las canchas no serían calefaccionadas en virtud de no haber sido entregado el combustible. Agregaba que había una limitada disponibilidad de agua caliente para las duchas y se pedía a los socios que no prolongaran sus abluciones. Los socios, a su vez, habían respondido dejando de concurrir.

Anna se cambió rápidamente y se dirigió a la cancha.

—Yo creo... —Simon tenía el saque— que lo mejor es mantener la pelota en movimiento. Hace demasiado frío como para estar buscándola en los rincones todo el tiempo.

—Me parece bien —dijo Anna, devolviendo un tiro largo desde el fondo de la cancha.

—De todos modos prefiero jugar con la gente que en contra de ella —agregó. Pelotearon durante diez minutos. Tardaron en entrar en calor y aumentaron el ritmo gradualmente. Finalmente ambos se adecuaron al juego.

—Eres bastante rápida —dijo Simon mientras recuperaba el aliento. Ganaba dos a uno.

—La velocidad —dijo Anna jadeando— no substituye a la precisión. —Su juego parecía un tanto oxidado.

—Al menos, es una variante con respecto al trabajo intelectual —dijo Simon.

—Tampoco me he desempeñado muy bien que digamos en ello últimamente —se secó la transpiración de su rostro—. Hablando de eso ¿es difícil copiar películas?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —preguntó él con tristeza.

—Bueno, pensaba acerca de lo que me dijiste hace algunos días sobre derechos de autor, y llegué a la conclusión de que sería muy fácil copiar cualquier película.

—Supongo que la dificultad menor consistiría en encontrar una persona capaz de correr el riesgo —replicó Simon.

—¿Y si uno dispone de un técnico laboratorista dócil? —Anna comenzó a temblar de frío nuevamente—. ¿El saque es tuyo?

—No, tuyo. Bueno, todo depende de la calidad que buscas. Si no eres muy exigente, puedes hacer un duplicado burdo sin mayores problemas. ¡Buen tiro! —la pelota chocó contra el frontón en un ángulo muy bajo, dejándolo descolocado en medio de la cancha.

—¿Qué se necesitaría? —Anna sacó nuevamente, perdiendo el punto.

—Todo lo que debes tener es el film que deseas duplicar, película virgen y acceso a las máquinas copiadoras y a los baños —respondió él.

Simon obtuvo los dos puntos siguientes.

—Dos a uno —dijo—. Se llama «copiado simple». Es un método que consta de una sola etapa. No se usa material negativo. La imagen obtenida no es muy clara, y el sonido un tanto ahogado, pero es la manera más rápida y barata de hacerlo que conozco.

Anna ganó el saque luego de un prolongado peloteo.

—¿Copiado simple? ¿Cuánto tiempo lleva hacerlo?

—Dos a dos. Depende de la extensión del film y de la máquina copiadora que se utilice.

—Tres a dos. ¿Pero, por lo general, cuánto? ¿Un día? ¿Una semana?

—Mala suerte —Simon ganó el saque nuevamente.

—No, nada de eso. Uno podría hacer una copia de una función de noventa minutos fácilmente, que equivale más o menos a mil metros de película, en un par de horas —dijo Simon.

—Tres a tres. ¿Eso es todo? Creí que llevaría siglos.

—Como dije, todo depende de la calidad. Puede llevar siglos lograr la imagen y el sonido ideal. ¿Cuatro a tres?

Fue un partido largo, que Simon ganó por estrecho margen.

—Siempre me sucede lo mismo —se quejó Anna—. Cuando le tomo el tiempo a la pelota me quedo sin aliento.

Anna se duchó rápidamente, y se lavó el cabello. El secador le aceptó su moneda pero luego se negó a echar aire caliente. Sacudió la cabeza como un perro mojado y salió al vestíbulo para encontrarse con Simon. El agua le había humedecido el cuello.

—A casa —dijo—. Este lugar es como la morgue, pero más frío.

Ella lo llevó hasta Maida Vale.

—¿Quieres subir a tomar un café? —preguntó Simon.

—Preferiría no hacerlo. Debo regresar porque espero una llamada.

—Solo que me he preguntado —dijo Simon con lentitud— si con toda esta excitación alrededor de Slinger, ¿no te has olvidado de Dee?

—No. —Anna se había preguntado lo mismo sobre Simon.

—¿Has encontrado más personas que la hubieran conocido?

—Sí.

—¿Personas a quienes yo conozco?

—Probablemente.

—¿Me dirás quiénes son?

—Probablemente.

—¿Ahora?

—No; cuando termine todo.

—¿Por qué? ¿Porque los Jackson pagan por la información y yo no?

—Ese podría ser el criterio de mi jefe. Y si te lo dijera supongo que me podrían despedir por lo que él denominaría violación de seguridad. Brierly garantiza a un cliente que todo será manejado en forma confidencial.

—¿Y qué piensas tú?

—Creo que si ellos tienen derecho a saber, también lo tienes tú o cualquiera que se haya interesado por ella.

—¿Entonces me lo dirás?

—Si me dejas hacerlo a mi manera. Todo lo que sé sobre Dee hasta ahora son chismes y rumores. No quiero contarte nada que no haya sido comprobado. Solo te daría una falsa impresión.

—Okey. Comprendo lo que quieres decir. —Se frotó la cara con el índice—. Lamento haber atacado tus conceptos éticos anoche.

—No te preocupes. A veces también a mí me avergüenzan un poco.

—Bueno, de todos modos no desearía que te despidieran por mi culpa.

—Al menos en eso estamos de acuerdo —dijo Anna secamente y partió.

Beryl llamó a las 19:30. Para ese entonces, Anna sabía positivamente que estaba por resfriarse. Tenía la garganta irritada, le dolía la cabeza y sentía temblores en todo el cuerpo.

—Te llamé a las 17:00, pero nadie respondía. —Era típico de Beryl empezar una conversación con una crítica.

—¿Recibió el señor Brierly mi mensaje?

—Por eso llamó. Estará todo el fin de semana en Berkshire. —Dado el tono intimista y respetuoso de Beryl, podía haberse tratado del castillo de Windsor.

—¿Puedo ponerme en contacto con él?

—¿Es muy importante? Tú sabes que no le gusta ser molestado cuando está en Berkshire.

—Creo que tengo pruebas suficientes para afirmar que se ha cometido un crimen.

—¿Concluyentes?

—Mmm. ¿Debo informarte a ti de eso? —Anna quería que la charla fuera lo más breve posible. Maldijo a Beryl por haberle contagiado el resfrío.

—Oh. —Aunque Beryl asumía la posición de mano derecha del jefe en la agencia, no tenía autorización ni tampoco preparación alguna para tomar decisiones de esa naturaleza. Anna la estaba obligando a mostrar sus cartas y Beryl lo sabía.

—Trataré de evaluar la situación para el «comandante» —dijo con frialdad—. Mientras tanto, a menos que se solicite un informe y que no sepas otra cosa de mí, ven el lunes a la oficina a primera hora.

—Okey.

—Y no hagas olas —Beryl le hizo sentir su autoridad en esa banalidad.

—Está bien —dijo Anna—. Lo haremos piano, piano.

—¿Qué cosa?

—Lentamente, en italiano.

—¿Estás tratando de ser graciosa? —dijo Beryl.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 23

ANNA DURMIO durante doce horas y pasó el resto de la mañana del sábado regando las plantas y lavando ropa. Nadie llamó. No hubo novedades ulteriores sobre cajas cuadradas o antiguos vehículos de correo. El sol no brillaba, pero tampoco había nieve, solo un frío duro y grisáceo que se filtraba a través de las ventanas, haciendo que ella se mantuviera junto al fuego. Parecía que iba a ser un domingo típicamente chato. Anna luchaba contra el dolor de la garganta irritada y contra una palpitante sensación de sinusitis bebiendo té con limón y un poco de miel. Como esto no la hacía sentir mejor, dejó el té y recurrió al *whisky* con aspirinas. El mareo resultante no le permitió captar las sutilezas del *Retrato de una Dama* que trataba de leer. Casi se había dado por vencida cuando entró Selwyn rebosante, las mejillas encendidas por el frío, o por su almuerzo sabatino en la taberna.

—Tienes un aspecto deprimente, joven Leo —dijo—. Deberías haber salido a tomarte una cervecita. No es propio de ti estar melancólica.

—No estoy melancólica —replicó Anna—. Mantengo los virus encerrados en casa para que no maten a ningún otro.

—Muy civilizada tu actitud, no me cabe duda. ¿Es *whisky* aquello?

—Sírvete lo que quieras.

—No debería —Selwyn se sirvió generosamente casi medio vaso—. Bea ya tiene el lechón asado, listo y jugoso. Oh, casi me olvido. Hay dos caballeros abajo que quieren verte. Les dije que te preguntaría. Los encontré al subir.

—Oh, ¿quiénes son? —Anna no esperaba a nadie.

—Olvidé preguntarles. Uno tiene pies planos y el otro es bastante cajetilla.

—No veo el momento de que entren —dijo Anna con una sonrisa—. Este parece ser mi día de suerte.

—Creí que la computadora enviaba solo uno por vez —dijo Selwyn al salir—. En realidad, ninguno de los dos es tu tipo. Si te dan trabajo golpea contra el piso. Le diré a Bea que suba.

Selwyn se mostraba muy perceptivo aquel día. El agente Colinwood efectivamente tenía los pies planos. El otro hombre era algo mayor, pero más delgado y se encontraba en mejores condiciones físicas, como si su ambiente natural fuera un gimnasio o una piscina. Su rostro longilíneo y bronceado parecía fuera de lugar en aquel invierno inglés. Permaneció en la puerta del departamento.

Colinwood entró sin esperar ser invitado.

—Lindo lugarcito —dijo mirando a su alrededor. Paseó por la habitación como si estuviera en la sala de insectos del zoológico de Londres, examinando los muebles y los libros con deliberado descuido. Entró al dormitorio—. ¿Vive sola aquí? —le preguntó.

—El baño está a la derecha, si es eso lo que busca —dijo Anna— y mi abuelita está adentro del ropero, en el estante de las toallas. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Quisquillosa —dijo él, como si hablara con un invisible amigo a sus espaldas.

—Por otra parte —siguió diciendo Anna como si no hubiera escuchado— podría presentar a su amigo, como una persona civilizada y normal. ¿O acaso los malos modales vienen con el casco policial?

—Oh, sí —Colinwood regresó junto al fuego—. Este señor aquí es Alan J. Luca. Deseaba conocerla —agregó, como si ello hiciera que Alan J. Luca fuera un ser único en el mundo.

—¿Cómo está usted? —dijo Anna cortésmente.

—Llámeme Alan. Le ruego que disculpe que la hayamos molestado de esta manera. En verdad, no fue idea mía.

—Es de Estados Unidos —dijo Colinwood como toda explicación. Se sentó sobre la silla que Anna recién había dejado, levantándose ligeramente

para rescatar el libro que había quedado aplastado debajo de su amplio trasero.

—¿Usted no es una de esas de la liberación femenina, no? —dijo observando intrigado la portada.

Alan cambió de tema con rapidez como si quisiera disculparse por la ingenuidad de Colinwood.

—Pertenezco a la OSACAP —Anna lo miró en silencio—. Es posible que no haya oído hablar de eso —dijo confundido.

—Mejor dígame de qué se trata. Yo le diré si sé algo de ello.

—Se trata de la Oficina de Seguridad de la Asociación Cinematográfica Americana de Películas. Lo lamento, se suponía que alguien debería haberle anunciado que vendría.

—Tiene razón —dijo ella resignada—. No he oído hablar de esa asociación. Pero estoy segura que usted me lo explicará. ¿Quiere tomar café mientras tanto, o prefiere té? —le preguntó a Colinwood.

—Bastará con café —dijo Alan. Colinwood dirigió su mirada a la botella de Black & White que estaba sobre la chimenea. Anna lo ignoró y fue a la cocina, prendió el gas, puso la cafetera sobre el fuego y regresó al *living*.

—¿Quién debería haberme puesto sobre aviso? —le preguntó con imparcialidad a los dos hombres.

Alan J. Luca respondió:

—Su oficina supongo.

—No sé —dijo Collinwood, al mismo tiempo.

Anna tomó el teléfono y marcó un número.

—Martin Brierly no se encuentra... —la grabación le repitió el conocido mensaje. Cuando sonó la señal, Anna dijo— Anna Lee. Tengo aquí dos visitantes, el agente de policía Colinwood y Alan J. Luca, quien me ha dicho que yo debería haber recibido instrucciones. Que alguien se ponga en contacto conmigo cuanto antes para aclarar la situación.

Colgó el auricular. Al ver que Colinwood parecía querer decir algo, ella se dirigió rápidamente a la cocina, arrojó café en granos dentro del molinillo y lo hizo funcionar. Anna esperó que hirviera el agua y luego, meticulosamente, filtró el café. Era el método más lento que se le podía

ocurrir. Luego preparó una bandeja con jarros, leche y azúcar y alzándola con cuidado, regresó a la habitación.

—Café de verdad —murmuró Alan J. Luca—. No lo he probado últimamente.

Sin ni siquiera pedir permiso, Colinwood adulteró su café con un chorro de Black and White.

Anna acercó una silla y se sentó.

—Okey, ¿a qué debo el placer de su visita? —dijo en su mejor tono de imitación de una anfitriona elegante.

—Vea, yo solo debo presentarlos a ustedes dos —dijo Colinwood— pero si me lo pregunta, creo que hay algo entre mi jefe y el suyo. Parece que usted ha puesto en evidencia más de lo que se esperaba encontrar en ese caso. Lo único que se me dijo fue que, ya que la conocía, le trajera a Luca hasta aquí. Una cuestión de tacto, ¿sabe?

—Su mejor atributo —dijo Anna.

—No se haga la distinguida. Las personas como usted y yo somos los pobres diablos que están en el medio. Hacemos el trabajo sucio. Los de arriba comparten los honores. Como dice la vieja canción: «Los ricos se quedan con la salsa...».

—«... y los pobres pagan los platos rotos» —Anna terminó la frase— eso es precisamente lo que temo que puede ocurrir.

—No veo cómo puede usted sufrir las consecuencias de esto —dijo Alan, desconcertado—. Será mejor que explique para qué estoy aquí.

—Más vale hacerlo —dijo Colinwood— no le sacaré nada hasta que no la llamen por ese teléfono.

—No entiendo qué le ocurre a usted, señor Colinwood —dijo Luca—. Ella ni siquiera sabe aún qué es lo que buscamos.

—Bueno, no contenga el aliento —Colinwood extendió sus piernas y cruzó los brazos—. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo libre.

Luca se volvió hacia Anna.

—Como le dije, soy un agente de la oficina de seguridad de la OSACAP. Es una organización con base en Los Angeles, destinada a combatir la piratería que se hace con películas de cine. Según nuestros cálculos, durante los últimos años los grandes estudios han perdido más de

cien millones de dólares debido a los manejos que se hacen por medio de la venta ilegal de sus películas. Trabajamos con el F.B.I. para aplicar con rigor las leyes sobre derechos de autor.

—¿También en Inglaterra? —preguntó Anna cortésmente.

—Debo agregar que solo estoy aquí para hacer un trabajo de investigación, y que tenemos oficinas en varias capitales del mundo. Pero contamos con la cooperación de Interpol y Scotland Yard. Londres y París son de particular importancia para nosotros, debido a las relaciones que se tienen desde estas ciudades, a través de antiguas redes coloniales, con África, la India y el Caribe.

—¿Quiere decir usted que los países que mencionó son un buen mercado para la venta de copias ilegales?

—Sí —dijo Luca.

—¿Por qué esos lugares en particular?

—Bueno, las leyes de derechos de autor son allí más flexibles y en la práctica las autoridades no las controlan. A veces sucede también que por algunas razones, a las compañías grandes no les conviene distribuir películas en esos lugares.

—Pero si lo hicieran seguramente no habría mercado para films ilegales, y sin ese mercado no habría piratas —dijo Anna.

—Es una cuestión de economía —le contestó Luca—. A un estudio podría costarle, digamos, diez mil dólares, distribuir un film en algún pequeño país africano, de lo cual solo recuperaría siete mil. No tendría sentido.

—Pero si alguien obtiene una copia legal del mismo film, por poco dinero se llevaría unos siete mil dólares... —Anna creía comprender.

—Así es, y procuramos detener a las personas que están en ese negocio.

—Bueno —dijo Anna— todavía no le encuentro sentido a la cuestión. Los estudios deben invertir millones solo para ahorrar miles y mientras tanto, los pequeños países africanos no pueden gozar de las películas que hacemos nosotros.

—¿Qué le dije yo? —terció Colinwood, manteniendo cerrados sus ojos—. En el fondo de su corazón probablemente sea comunista.

—Puede darse a la inversa también —dijo Luca—. Un distribuidor local, en lugar de adquirir los derechos de una película determinada, podría optar por una copia pirata, por ser esta más barata.

—Bueno, quizás los estudios grandes deberían tener expectativas más moderadas en cuanto a los beneficios que pueden obtener de los países del tercer mundo. Algunos de ellos son bastante pobres. No puede esperarse que la gente allí pague el equivalente a dos libras por una platea, solo para que las recaudaciones de las boleterías estén de acuerdo con el concepto que tiene Hollywood sobre las ganancias.

—Bueno, eso es asunto de Hollywood —dijo Luca, no sin razón—. Yo solo estoy aquí porque me dijeron que usted tenía indicios que existe una operación de esa naturaleza en esta área.

—Ahora me gusta más la cosa —dijo Colinwood lentamente—. Me preguntaba cuándo acabaría de responder a las preguntas de ella para comenzar con las suyas.

Sonó el teléfono y Anna atendió.

—Hola querida —le dijo Bernie—. Hemos tenido un lío. Estoy en Kensington en estos momentos.

—¿Qué sucede?

—Nada como para que te agites —respondió Bernie plácidamente—. Solo que Beryl se las arregló para que alguien chocara contra ella esta mañana cuando volvía de la iglesia, así que le están enderezando el pescuezo en el hospital.

—¿Tan grave fue el choque?

—No, estaba bromeando. Le están vendando una rodilla. No te preocupes. De todas maneras, parece que tienes compañía.

—Así es, y se supone que alguien debía haberme puesto sobre aviso.

—Beryl debería haberlo hecho a no ser por sus desventuras con los vehículos. Ella llamó a Brierly desde la sala de primeros auxilios, y él me avisó a mí. Por qué razón no te llamó ninguno de los dos directamente, no lo sé. Pero tengo una mente simple. Todo lo que desean saber es qué es lo que has averiguado antes de que se lo cuentes a otras personas.

—Entonces ¿por qué me enviaron a esta gente precisamente ahora? Podrían haberlo dejado hasta el lunes. Es un poco tarde ya.

—Eso fue lo que les dije. De cualquier modo, el señor B. dice que no los despidas. Sería malo para nuestras relaciones públicas. ¿Quieres que lo cite textualmente? Dijo que utilices tu propio juicio y que no perjudiques la imagen que se ha forjado la agencia.

—¿Qué diablos significa eso?

—Ten calma. Probablemente quiso decir que los despellejes y le reserves la carne a él. ¿No tienes acaso la clase de evidencia de la que ellos puedan aprovecharse?

—No.

—Mejor así; entonces mantén las cosas en la neblina por ahora.

—Okey, Bernie.

—Siento no poder ayudarte.

—No es culpa tuya, pero probablemente terminará siéndolo mía.

Anna colgó y volvió a su silla.

—¿Alguien quiere más café? —preguntó mientras se servía otra taza.

—¿Era su oficial de enlace quien llamó? —preguntó Luca, extendiendo su taza.

—No exactamente. El oficial de enlace, como dice usted, tuvo un accidente esta mañana. No los esperaba a ustedes, porque no pudo avisarme.

Colinwood resopló y dijo:

—Mire, le he contado a este John Wayne que tenemos aquí lo de Francis Neary, y también que mi jefe había dicho que usted nos mantendría al tanto de lo que averiguaba. Si descubrió algo concreto debe denunciarlo, de cualquier manera que sea.

—Esa es la cuestión. No tengo nada concreto.

—Aun así, me gustaría saber lo que usted ha investigado —dijo Luca.

—Bueno, en realidad estoy trabajando en algo completamente distinto —dijo Anna— y he tropezado con esto por casualidad. Un hombre llamado Frederick Slinger tiene un servicio de proyección de películas en Harrow. Aunque no puedo probarlo, creo que hace copias ilegales de films alquilados legítimamente por una asociación que está en New London y luego los envía el exterior.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Luca—. Quiero decir, ¿qué pasos ha dado usted en ese sentido?

—El viernes por la noche fui a ver un film que exhibía esa asociación: *Gauntlet*. Aproveché un momento para entrevistar al secretario de la asociación mientras él rebobinaba la película y la colocaba adentro de una caja, a eso de las 22:30. Media hora después, una caja similar fue entregada precisamente por el mismo secretario a Frederick Slinger en West End. Este a su vez se la pasó a un hombre desconocido en la estación de servicio de Heston en la Autopista M4. A la mañana siguiente, el desconocido de la noche anterior, o alguien que manejaba el mismo vehículo, le entregó una caja parecida a Slinger. Cuando estuve en su casa aquella mañana pude escuchar parte de una banda de sonido que luego reconocí; era la de *Gauntlet*. Más tarde, Slinger fue visto dejando una caja en la oficina de exportación de cargas del aeropuerto de Heatrow. Eso es todo.

—No es lo que uno llamaría una prueba fehaciente —dijo Colinwood.

—No, en realidad —reconoció Anna.

—Entonces, ¿por qué cree usted que se trata del mismo film?
—Colinwood no demostraba ser muy lúcido.

—No digo que sea el mismo pedazo de celuloide —replicó Anna pacientemente—. Creo que el paquete que Slinger entregó en Heston era el original y el sábado por la mañana recibió la copia. El original debe de haber sido devuelto a Columbia Warner.

—¿Está segura de que lo que escuchó era de *Gauntlet*? —preguntó Luca.

—Completamente —respondió Anna.

—Pudo haber sido una coincidencia —adujo Colinwood.

—Efectivamente —dijo Anna con determinación. Luca la miró intrigado. Si había esperado que ella defendiera su propio caso, se sentía defraudado.

—Este hombre, Slinger —preguntó cambiando de táctica—. ¿Es más bien descuidado, entonces?

—Todo lo contrario —dijo Anna, algo cansada.

—¿Entonces lo conoce bien?

—Para nada. Solo lo he visto dos veces —vio que Colinwood se sonreía.

—¿Y cómo es que Slinger permite que una persona totalmente desconocida escuche conversaciones sobre actividades ilegales? —le preguntó en tono de duda Luca. Colinwood rio. No era una risa agradable.

—La maldita ventana del baño —dijo el policía triunfalmente—, todos ustedes están cortados por la misma tijera.

Luca miró confundido a ambos.

Colinwood mantenía su sonrisa de lobo.

Anna sorbió su café decorosamente y en silencio.

Luego de una pausa Colindwood dijo:

—Si yo fuera usted cambiaría de tema. Cuando nuestra amiguita escuchó lo que escuchó, no fue porque hubiera sido invitada a tomar el té, como una ciudadana respetuosa de la ley, común y corriente. Lo que sucede es que no debe de tener muchas ganas de hablar en mi presencia.

—Lo siento —dijo Luca aún desconcertado, como si fuera culpable de los malos modales de Colinwood. Nadie le respondió y por unos segundos se mantuvo en silencio. Luego, aclarando la garganta, dijo—: Supongo que no tiene idea de cuál es el volumen de los negocios que Slinger pueda estar manejando...

—No —contestó Anna.

—¿Quién cree que hace el copiado para Slinger?

Anna miró a Colinwood, quien parecía dormitar.

—Creo que puede ser alguien de los laboratorios de Cine Color. Pero me ordenaron que abandonara este aspecto de la investigación después del suicidio de Francis Neary. Mi jefe dijo que la policía se haría cargo de eso.

—¿Qué hay de eso, señor Colinwood? —preguntó Luca.

Colinwood finalmente se movió.

Sin apuro encendió un cigarrillo de un paquete que extrajo del bolsillo. Anna puso un cenicero a su lado, pero no tan rápidamente como para impedir que arrojara el fósforo dentro de su taza de café.

—La orden del día parece ser que cooperemos —dijo por último—. Supongo que nuestros superiores saben lo que hacen, pero desearía que me dijeran algo más. No hemos finalizado nuestra investigación sobre Neary

aún, pero la clave hasta ahora es que llegó aquí en el 75. Era el mayor de una familia de cuatro. El padre murió cuando estalló una bomba en una taberna de Antrim en el 74 y el resto de la familia vive de la Seguridad Social desde entonces. Trabajó aproximadamente dos años en el laboratorio de Cine Color. No tuvo problemas. A veces le mandaba dinero a la madre, pero no puede decirse que la mantuviera, ni a ella ni a nadie, excepto quizás a algunos corredores de apuestas en Wembley. No podía alejarse de los hipódromos, parece. ¿Pero quién puede hacerlo? Nada serio, no estaba empeñado ni atrasado con el alquiler, pero entre la cerveza y los caballos apenas le quedaba para comer. Tampoco tenía líos con mujeres.

Colinwood hizo una pausa para aspirar una bocanada de humo.

—¿Cuánto tiempo trabajó en el turno de la noche? —preguntó Anna.

—Sí, eso significó un cambio para él. Pasó a trabajar de 01:00 a 09:00 hace unos ocho meses. Por ello le pagaban extra.

—¿Lo suficiente para comprar un traje de cien libras y un grabador a *cassette* de calidad?

—Debe cuidar dónde mete su nariz —dijo Colinwood agriamente—. Uno de estos días se le va a quedar atrancada en el ojo de la cerradura. Bueno, podría efectivamente haberlo hecho, si hubiese economizado. O de haber ganado a las carreras. Sabemos que no ahorra. Con respecto a si acertó con algún caballo, nadie puede asegurarlo.

—¿Quiénes son los otros empleados del turno nocturno? —preguntó Anna imperturbable.

—No se apure. Ya llegaré a eso.

Colinwood buscó su libreta en la chaqueta.

—Tenemos a Raymond Brough y a James Eady. Con direcciones y todo, si las quiere. Aún no hemos hablado con ellos. No hubo motivo para hacerlo, aparte de estas sospechas. Usted no es la única a quien se le ha dicho que no se entremeta demasiado. Por casualidad, ¿no tendría algo de cerveza? Me he perdido mi trago de los domingos por venir aquí.

—Tengo Stella Artois en el refrigerador —dijo Anna, levantándose.

—Eso bastará —Colinwood la siguió hasta la cocina.

Anna le dio un vaso. Luca no quiso tomar. Su abdomen era demasiado chato como para una cerveza.

Colinwood volvió con el trago a su silla y de un sorbo bebió la mitad.

—Bueno, como estaba diciendo, esos tres, Brough, Eady y Neary, cuando este aún se encontraba entre nosotros, eran algo así como la fuerza de trabajo del laboratorio. La brigada de los guardapolvos marrones. Casi incapaces. Lo que hacen es terminar el trabajo dejado por el turno anterior. Se ocupan del material que aún se encuentra dentro de las máquinas, cambian los elementos químicos y dejan todo en orden para el turno de la mañana. Nadie los controla. —Tomó otro trago de cerveza—. Eso es todo. Ninguno tiene antecedentes judiciales con excepción de Neary, usted ya sabe eso. Y que se sepa no hubo ningún hurto de película en el laboratorio. Según el encargado del depósito, el control es muy escrupuloso.

Colinwood terminó de beber.

—¿Alguno de esos nombres le dice algo?

—En absoluto —dijo Anna—. Por otra parte, tengo el número de una chapa que quizá signifique algo para usted. Quienquiera haya recibido la caja para entregarla otra vez al día siguiente, conducía un viejo vehículo de correos. Usted podría averiguar de quién se trata.

Le dio el número de patente que tenía anotado en la libreta y Colinwood solemnemente lo anotó en la propia. Volvió hacia atrás algunas páginas.

—No tengo nada aquí. Pero alguien podría echar una mirada en las playas de estacionamiento un día de estos. ¿No hay nada más entonces?

—Creo que no —dijo Anna. Ambos miraron a Luca.

—Bueno —dijo él—. Creo que quizá hayan encontrado la clase de asunto que, en potencia, nos interesa.

—Me alegro —dijo Colinwood.

—Supongo que nuestros jefes lo mantendrán informado —dijo Anna—. Se están pasando la pelota como eximios jugadores de *rugby*.

—Tiene razón en eso —dijo Colinwood, esta vez con amabilidad—. Solo que nosotros estamos dentro del serum y no sabemos qué pasa afuera. Bueno, si no hay nada más, pondré pies en polvorosa. Puedo llevarlo hasta el Hilton si quiere —Luca pareció querer decir algo, pero en lugar de hacerlo se puso de pie y le dio la mano a Anna.

—No deje el país —dijo Colinwood burlonamente, también pronto a marcharse—. Si tropieza con la clase de evidencia que buscamos, no se

olvide de lo que debe hacer.

Una vez que se fueron, Anna preparó arroz y puso una costilla de cerdo en la parrilla. Estaba lavando unos hongos frescos cuando sonó el timbre de la puerta de abajo. Apagó la parrilla y fue a abrir.

Luca tenía el cuello del impermeable alzado y, sobre sus hombros, el agua nieve brillaba al derretirse.

—Lamento importunarla tan pronto —dijo— pero aparentemente necesito saber algo más y pensé que sería más fácil tratar de hacerlo sin mi acompañante. ¿Puedo entrar?

—Estoy preparando mi almuerzo —dijo Anna al subir—. ¿Quiere comer algo o ya lo ha hecho?

—Me vendría muy bien.

Anna sacó otra costilla del refrigerador.

—¿Con mostaza?

—Sí. Sabe usted, estoy aquí hace un par de meses, pero esta es la primera vez que alguien me hace una invitación espontáneamente. He bebido litros de té, pero nadie me ha invitado a comer.

—Probablemente sea por una cuestión de timidez más que de falta de generosidad —explicó Anna, revolviendo el arroz—. Preferimos ser criticados por nuestra falta de hospitalidad que por la calidad de nuestra cocina. Sabe usted, en la antigua lucha entre los pecados de omisión y los pecados de acción en Inglaterra siempre se impuso la omisión.

—Pero usted pertenece al grupo de los especialistas en pecados de acción —musitó él apoyándose contra la piletta de lavar, con los brazos cruzados.

—En lo que a la cocina se refiere —replicó Anna, preguntándose si no se habría equivocado de metáfora.

—Por esa razón he vuelto. Me parece que con ustedes, los británicos, cuenta más lo que no se dice.

—Bueno —dijo Anna comenzando a rallar unas zanahorias—. Uno debe economizar por algún lado, pero por lo que a mí se refiere, si hubo algo que no dije, no fue por ser sutil. Se debió a la presencia del señor Colinwood.

Volcó el arroz en un tazón y lo puso a secar en el horno.

—Me pareció bastante hostil. ¿Con quién está enojado? —preguntó Luca.

—Creo que esta vez se mantuvo imparcial, la última vez que lo vi fue bastante amistoso conmigo. Quizá haya creído él también que le he ocultado algo.

Cortó unas rebanadas de pepino y las mezcló con la zanahoria rallada.

—Creí que su agencia se llevaba bien con la policía —dijo él—. Al menos eso fue lo que me dijo el señor Brierly.

—Así es —dijo Anna exprimiendo un limón— o, al menos, él se lleva bien. Pero eso no quiere decir que se les informe lo que sabemos, en el preciso instante en que tomamos conocimiento de ello. La ley es la ley, por supuesto, pero los policías tienen las pezuñas muy grandes y uno debe asegurarse de que no las metan en cualquier lado.

Mezcló unas gotas de aceite de oliva con jugo de limón.

—Además, se supone que somos investigadores privados, aunque el señor Brierly no le asigna mucha importancia al término. ¿Quiere que le ponga un poco en su ensalada?

—Seguro —Luca la contempló con curiosidad mientras ella derramaba la mezcla sobre los pepinos y las zanahorias—. Creí que los policías británicos eran maravillosos —dijo perezosamente.

—Los de tránsito son, como usted dice, maravillosos. No, me quedo corta, son fantásticos.

Atravesó la habitación y corrió la mesa, junto a la ventana. Volviendo a buscar la vajilla dijo—:

No lo sé, pero si se debe iniciar alguna acción en este caso, querría estar convencida de que se justifica. No creo que mi mayor obligación sea la de convertirme en una informante de la policía.

—Bueno —dijo Anna terminando de arreglar la mesa—. Ya está, ¿qué le gustaría beber?

Luca bebió leche. Comía con precisión y eficiencia, cortando la carne en trozos geométricos de igual tamaño. Se sentía exiliado en Inglaterra, le dijo. Dieciocho meses atrás estaba trabajando feliz en el departamento legal de la Metro Goldwyn Mayer. Su especialidad eran los contratos. Después, la OSACAP, al expandirse, había requerido el concurso de expertos legales

perspicaces y agudos. Por esa causa fue transferido a la oficina de seguridad. Poco después le enviaron a Inglaterra a colaborar con la sucursal de Londres. El clima resultó peor de lo que había imaginado y sus conocimientos no le sirvieron de nada en el tipo de trabajo que debía realizar. El hombre para quien trabajaba, la única persona que conocía en la ciudad, partió para Sudáfrica con un pretexto cualquiera.

—¿Cómo encaja usted en el caso Slinger? Quiero decir, ¿qué es lo que hará? —preguntó Anna. Comenzaba a tenerle simpatía.

—Me pone en un aprieto —dijo—. Se supone que debo cotejar los hechos, asesorar y luego informar. A decir verdad, en este país la OSACAP no tiene mucho poder. ¡Qué diablos!, soy un abogado especializado en contratos. Debería estar en los Estados Unidos, redactándolos.

Quedó en silencio. Habían charlado animadamente durante dos horas, en parte porque tenían mucho que decirse y también por la rara obligación que parecen sentir los extraños de no dejar brechas demasiado extensas durante una conversación. En medio de la calma que siguió, Anna sintió un ligero desasosiego. No era fácil ser generosa y Luca no daba señales de irse. A ese paso el almuerzo se convertiría en sobremesa y luego, ¿qué? Él parecía sentirse cómodo y bien alimentado. Lógicamente si la conversación continuaba entrarían en el terreno íntimo. Anna no sentía deseos de que sucediera tal cosa.

Miró su reloj. Jamás habría creído que aquel fuera un buen comienzo, pero por lo general funcionaba:

—¡Oh, Cristo!, qué tarde se ha hecho —dijo despreciándose a sí misma por urdir semejante patraña.

—Eres una maldita cobarde —le dijo Selwyn más tarde, al oscurecer. El pobre tipo probablemente pensó que había encontrado un hogar.

—Así fue —dijo Anna—. Solo que era el mío.

—Pues ya es hora de que lo compartas con alguien —insistió Selwyn—. A este paso terminarás convirtiéndote en una solterona vieja y gruñona.

—No seas tan grosero —intervino Bea.

—Si me lo preguntas, te diré que está mejor sola. Yo debería saberlo mejor que nadie.

—¿Qué te ocurre, Selwyn? —preguntó Anna—. Nunca te interesaste de este modo por mi vida íntima.

—Eso fue cuando la tenías. Mucho me temo que perderás tu fragancia a este paso.

—Bueno, no hay nada como un hombre para hacer que una mujer pierda su fragancia —dijo ácidamente Bea.

—No hay nada como un hombre, punto y aparte —dijo Selwyn, desperezándose con placer.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 24

ERAN LAS 08:15 de una mañana fría y silenciosa y Anna bebía un jugo de naranja en la cocina, mirando hacia la calle. La cafeína y las vitaminas C, con el agregado de un toque de nostalgia, se habían vuelto habituales a la hora del desayuno. Vio que un auto se estacionaba en frente de la casa. Era el Hillman color arena de Bernie. Sorprendida, corrió escaleras abajo y abrió la puerta antes de que Bernie tocara el timbre.

—Deberías desayunar en forma adecuada —le dijo Bernie una vez que subieron, buscando en vano señales de jamón con huevos. Bebió su café adoptando la típica postura del policía, con su peso distribuido entre sus piernas abiertas y bamboleándose imperceptiblemente.

—Pensé que podría llevarte hasta la oficina en mi auto —continuó— y ponerte sobre aviso.

—Es muy gentil de tu parte, Bernie. ¿Pero cuál es el problema?

—Bueno, no pierdas la chaveta pero, como sabes, Beryl está pasando un mal rato y el señor Brierly cree que tú puedes ocupar su puesto durante un par de días.

—¡Oh, no! —exclamó Anna con furia—. No, no, no. Debe ser una broma.

—Sus palabras exactas —continuó diciendo Bernie con calma— fueron: «Creo que la señorita Lee sabe escribir a máquina, de manera que no tendremos demasiados inconvenientes en reemplazar a Beryl».

—¡Hay que tener cara! —se encontraba realmente enojada—. Eso es lo que llamo el valor agregado de la estupidez. Pues, lo voy a joder. Daré parte

de enferma. Si quiere una maldita secretaria puede llamar a una agencia para que se la mande, porque no seré yo quien le haga ese trabajo.

—No te adelantes a los hechos. Estar prevenida significa estar preparada, así que usa tu cabecita. Phil Maitland y Tim Bacher también saben escribir a máquina. Los dos moldearon su vida en el ejército, en comunicaciones.

—No hablan mucho de eso —rezongó Anna.

—De modo que lo que debes hacer —siguió diciendo Bernie pacientemente— es fabricarte un par de citas impostergables para el día de mañana. Luego menciónalos a Tim y Phil. Apuesto que, para la hora del almuerzo, ya habrá conseguido una empleada temporaria para el puesto.

—Eres un príncipe, Bernie. Sírrete más café —Anna fue al teléfono y llamó primero a Arthur Craven del «Sótano de Celuloide» y luego a Dmitrios Bruce, arreglando citas con ellos para las 10:00 y para las 11:00, respectivamente.

Después de una entrevista de quince minutos de duración, en la cual Anna ya advertida, informó acerca de sus progresos en la investigación y, sin hacer pausa alguna, anunció sus planes para la mañana, el señor Brierly convocó a una conferencia *ad hoc*. Enfrentado con lo que parecía ser casi un motín, accedió a incorporar una secretaria temporaria hasta que Beryl reasumiera su lugar en el centro de la telaraña. Tim mantenía guardia en el conmutador en espera de la llegada de la empleada.

—Muy inoportuno —gruñó Brierly, pálido de enojo— quizás alguien pueda decirme en donde localizar una empleada temporaria discreta. Lo único que nos falta es poner un aviso en los periódicos.

—La jugaste bien allí dentro —le dijo Tim cuando Anna pasó a su lado al salir de la oficina—. Apuesto que el viejo te había marcado para este trabajo.

—Recibí asesoramiento legal —replicó Anna alegremente.

—Maldito Bernie —dijo Tim en tono vengativo.

Una lluvia helada caía sobre High Street. Anna cruzó el lado norte de la calle y tomó un ómnibus a Picadilly.

El muchacho granujiento que se encontraba en el mostrador del «Sótano de Celuloide» había sido reemplazado por una joven de largos y lacios

cabellos que leía una revista. De mala gana levantó la cabeza mostrando un rostro pálido que asomaba entre su triste cabellera.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó con un tono que revelaba su esperanza de que le contestara que no era necesario.

—El señor Craven me espera. Conozco el camino —Anna pasó por detrás del mostrador y golpeó la puerta de la oficina. Arthur Craven pareció muy contento de verla, como si, para él, todo rostro familiar correspondiera siempre a un amigo. Su oficina se mantenía en el mismo desorden, la única diferencia consistía en que se había depositado una nueva capa de polvo sobre los muebles.

—¿Cómo le ha ido? —le preguntó, cambiando de lugar una pila de papeles que se encontraba sobre la única silla disponible. A Anna le pareció la misma pila que había levantado de la misma silla el martes anterior—. ¿Fue a visitar a Reggie Lottman y a Dmitrios Bruce? Personas muy decentes, las dos.

—Vi al señor Lottman —respondió Anna—. Me ayudó mucho. El señor Bruce estaba en Nairobi, pero tengo una cita con él hoy.

—Muy bien, muy bien. Eso es fundamental. —Se frotó las manos, como si cualquier logro de Anna le alcanzara a él, por extensión.

—Espero que pueda haber echado alguna luz sobre el pasado de Deirdre. Sus padres deben sentirse confortados.

—Bueno, no estoy segura de que sea así —dijo Anna— pero hago lo que puedo.

—Claro que sí, y no debe ser fácil. Es un triste reflejo de lo que sucede en estos tiempos, que una muchacha semejante pueda morir dejando a sus padres en una ignorancia tal. Me alegro de no tener una hija. Sé que me sentiría enfermo de preocupación todo el tiempo. —El rostro de Arthur Craven adoptó una expresión adecuada a sus palabras—. De todas maneras, ¿qué es lo que hoy puedo hacer por usted?

—Pues —musitó Anna lentamente— quizá nada, pero cuando Deirdre lo dejó a usted fue a trabajar para alguien llamado Fredrick Slinger.

—¿Freddie Slinger? —exclamó Craven sorprendido—. ¿De Servicios de Proyección de Films? Qué extraño. Me pregunto por qué nadie me lo dijo hasta ahora.

—¿Lo conoce usted, entonces?

—¿Al viejo Freddie? Por supuesto que lo conozco. Pero me pregunto que iría a hacer Deirdre con él. Si ella quería progresar en este negocio, hubiera hecho mejor quedándose aquí, a trabajar para alguien como Reggie. Él podía haberle enseñado el oficio. Quiero decir, cualquiera puede aprender a manejar un proyector, cualquiera.

—Lo sé —dijo Anna tristemente—. A mí tampoco me parece que haya sido un gran paso adelante. De todos modos, deben de haberse conocido aquí.

—No lo sé —dijo él dubitativo—. A decir verdad, no puedo recordar que se hayan encontrado aquí.

—Pero si es un cliente regular suyo, ¿no tendría que haberlo atendido ella en el mostrador?

—No, no tendría por qué haberlo hecho. La verdad es que yo siempre trato personalmente con él. Viene directamente a esta oficina. Nunca permitiría que uno de esos holgazanes atendiera a un cliente como Freddie. Quiero decir, él y uno o dos más representan el ochenta por ciento de este negocio. Desearía que hubiera más clientes como él. De cualquier manera siempre viene tarde, a eso de las 18:00 cuando estoy a punto de cerrar. Cada dos semanas, los viernes, con la precisión de un reloj.

—¿Y sus empleados ya se han marchado para esa hora?

—Por lo general, sí. Disparan a eso de las 17:00. Tengo suerte si obtengo de ellos una jornada de trabajo de ocho horas, especialmente justo antes del fin de semana. Uno creería que el viernes termina antes de mediodía, Deirdre, claro está, tenía sentido de responsabilidad. Pero si se quedaba hasta más tarde, seguramente estaba en el cuarto oscuro. No, puede haberlo visto una o dos veces, pero estoy seguro de que no se conocían.

—Bueno, eso es extraño —dijo ella pensativamente.

—Lo es —Craven estuvo de acuerdo— pero Freddie es un hombre extraño. Es muy astuto, ya que lo pregunta. No me sorprendería que me hubiera robado mi mejor empleada y se callara al respecto.

—¿Por qué cree usted que es astuto?

—Bueno no quiero decir nada en contra de él —se apuró en responder Craven— porque es un buen cliente. El mejor, en realidad. Pero la mayoría

de las personas cree que administra solo un servicio de proyecciones, cuando en realidad tiene un jugoso filón, que consiste en exportar películas a los Estados Unidos. Esto es lo que quiero decir por astuto. Freddie podría venderles esfinges a los egipcios. No me extrañaría que en realidad lo hiciera, por otra parte. Oh, todo es perfectamente legal —agregó al ver que Anna lo observaba, con algo de incredulidad—. Todos los films están bajo dominio público. En los Estados Unidos, quiero decir.

—¿Qué significa bajo dominio público? —dijo Anna, preguntándose si no se estaría desvaneciendo todo su caso.

—Bueno, en los Estados Unidos las películas se registran en la Biblioteca del Congreso, que protege los derechos de autor por veintiocho años. Si no son registrados nuevamente, cualquiera puede utilizarlos para lo que sea, pero eso solo ocurre en los Estados Unidos. En la mayoría de los países uno debe esperar cincuenta años. De todos modos, Freddie tiene una bonita lista de films que no fueron registrados por segunda vez, incluyendo un par de Chaplin, por los que los coleccionistas pagarían cualquier cosa.

—¿Veintiocho años? —repitió Anna aliviada—. ¿Y qué le compra a usted?

—Oh, material de color para hacer las copias. Le hago un precio especial según la cantidad y, por supuesto, con la excepción impositiva para exportación. No podría resultarle más barato.

—Le debe de ir bien —dijo Anna.

—¡Así diría yo! —Craven sonrió con satisfacción—. Quiero decir, cincuenta mil metros cada catorce días significa que vende tres o cuatro películas por semana. Nuestro Freddie no tiene apremios.

Anna evidentemente no podía discutir aquel punto. En lugar de ello dijo:

—Pero seguramente las películas de Chaplin son blanco y negro. ¿Para qué quiere el material de color?

—Se puede copiar el blanco y negro sobre material de color —replicó Craven—. No tiene tanta definición, pero resulta más barato que comprar un poco de esto y un poco de lo otro. Probablemente vende sobre todo películas en colores. De todas maneras, algunos fabricantes como Fuji, me hacen un precio especial, solo para él.

—¿Por qué solo para él? —preguntó Anna—. ¿No es lo que normalmente vende usted?

—Por Dios, no —suspiró Craven—. Veo que no conoce mucho sobre este negocio. La mayor parte de lo que vendo es filme negativo. Perdón, eso es lo que usted por ejemplo utiliza en una cámara fotográfica. Los laboratorios que hacen las copias que ve en la pantalla, utilizan su propio material. Pero Freddie no trabaja con laboratorios. Es un comerciante que abastece sus propias necesidades. Pero no sé por qué la aburro con estos detalles técnicos. No creo que la ayude a resolver lo de Deirdre.

—¿Podría ser que Deirdre se interesó por Slinger, a causa de las facturas? —sugirió Anna—. Usted dijo que ella manejaba los trámites de su oficina.

—Lo dudo; como dije, trato personalmente con él. Los registros de ventas no se archivan junto con los recibos que se hacen en el mostrador, así que Deirdre no los pudo haber visto.

Craven dio unos golpecitos sobre el cajón del escritorio que tenía frente a él.

—Aquí tengo un registro que llevo especialmente para Fuji, pero eso no le hubiera interesado a ella.

En su fuero íntimo Anna no estuvo de acuerdo, pero dijo:

—De modo que entonces todo deberá continuar en el misterio.

—Ciertamente es muy peculiar —Craven se rascó la cabeza, perturbando una latente capa de polvillo capilar—. Pero si se me ocurre alguna idea se lo haré saber. ¿Cuándo verá a Dmitrios?

—A las 11:00 —dijo Anna, mirando su reloj. Eran las 10:40—. Debo irme, de todos modos ya lo he molestado demasiado.

—Para nada. Ha sido un placer —Craven se puso de pie y le extendió la mano—. Venga cuando quiera. ¡Ah!, y dé mis saludos a Dmitrios. Estoy seguro de que se llevará bien con él.

CAPÍTULO 25

ANNA TOMÓ un tren de la línea Bakerloo y descendió en Baker Street, solo un minuto antes de la hora de la entrevista.

Dmitrios tenía su estudio en el segundo piso de una casa en Chiltern Street. La oficina del frente estaba decorada con helechos colgantes y sillas Bauhaus de cuero y acero. La pintura de las paredes era de un color rosado terroso. Una recepcionista de fulgurantes ojos realzados con maquillaje y cabello pajizo le pidió que esperara. El señor Bruce estaba en reunión. Anna se sentó y encontró finalmente una posición en la que la frondosa vegetación de la sala no hiciera cosquillas en su nariz o le empujara la boina sobre los ojos.

Sentadas frente a ella se encontraban cuatro muchachas que parecían ser modelos. Cada una tenía su portafolio y estaban arregladas con un milimétrico descuido. Las cuatro tenían el ceño fruncido. Anna llegó a la conclusión que ya no estaba de moda sonreír. Viéndolas allí, inmóviles y en silencio, sus ojos parecían tan vacíos como abandonadas playas de estacionamiento.

Anna sintió un ataque de súbito aburrimiento. A través de los cristales de las puertas que se encontraban detrás del escritorio de la recepcionista, se notaba que aún había actividad en el estudio. Pero en la oficina exterior la atmósfera era como de suspensión inanimada. Bostezó y se recostó en la silla. La boina cayó automáticamente sobre sus ojos, así que los cerró, cruzó los brazos y las piernas como un vaquero dormitando, y se relajó.

Pudo oír el ir y venir de gente. Nada alteró la inmovilidad de la oficina por espacio de media hora. Luego sonó una chicharra en el conmutador de

la recepcionista.

—Puede entrar ahora, señorita Lee. Es la segunda puerta sobre la derecha.

Dmitrios Bruce era un hombre alto, de cabello revuelto que se agrisaba sobre las orejas. Tenía un rostro que podía haber publicitado tabaco de pipa, de no parecer reblandecido por una boca floja y por el tinte amarillento de sus ojos. Parecía haber sido un hombre muy atractivo. Pero su porte en lugar de madurar, se había marchitado con el tiempo. La oficina totalmente recubierta de madera, exhibía fotografías de su autoría en todas partes. El estilo indicaba que había sido un artista talentoso en la década del sesenta. Su trabajo revelaba buen gusto, pero mirando a su alrededor Anna llegó a la conclusión de que la creación no era su fuerte. Parecía ser sensible a cada uno de los detalles que conforman un estilo determinado, pero en definitiva no demostraba poseer verdadero talento.

—Bueno, ¿cómo está? —exclamó al tiempo que la saludaba con un apretón de manos cálido, fuerte, que duró tres segundos de más, y una mirada sostenida que no le pareció muy genuina.

Anna se sentó en un sillón de cuero verde, con Dmitrios enfrente, detrás de su macizo escritorio.

Dmitrios, oprimió un botón del intercomunicador y dijo:

—Christy, querida, ¿dónde está ese café de mierda?

—Estuve hablando con Arthur Craven y me sugirió que lo viniera a ver a usted —dijo Anna.

—¿Cómo está el pobre viejo Arty? Hace años que no lo veo.

—Está bien —dijo Anna— le envía sus saludos.

—Bien, dentro de lo mal que está, ¿eh? ¡Ja, ja!, no debería reírme, pero desde que su esposa falleció se ha convertido en una gallina clueca. Sabe usted, el negocio que tiene fue una excelente idea, una pequeña rueda de la fortuna, pero últimamente ha perdido todo su entusiasmo. Es deprimente, en verdad.

—Pues no lo conozco tan bien como para decir eso —musitó Anna sin darse por aludida—. Pero pensé que quizá usted pudiera contarme algo sobre Deirdre Jackson...

—Bueno, bueno, la pequeña Dee Jackson —dijo interrumpiéndola, antes de que ella pudiera continuar—. Realmente usted convoca figuras del pasado, ¿no es así?

—Sí, pero ocurre que Dee se mató en un accidente en diciembre,...

—¿Se mató en un accidente? ¡Santo cielo, qué tragedia! —Trató de mostrarse conmovido, pero solo logró parecer petulante.

—Sí, y sus padres me pidieron que tratara de localizar a quienes pudieran haberla conocido, para formarse una idea de cómo había sido su vida, en estos últimos cuatro años.

—Ya veo. Bueno, ¿qué puedo decir, excepto que era una de las asistentes más eficaces que tuve? Se integró muy bien aquí, hizo muchos amigos. Lamenté que se fuera.

Anna lo miró fijamente, en silencio.

—¿Sabe usted que tiene una mirada de tigresa? —dijo él—. Me hace sentir bastante nervioso cuando me mira de ese modo. —Parecía la clase de hombre al que le incomodaba que alguien no demostrara una instantánea simpatía por él—. Bueno, —dijo con vacilación—. Dee seguía un curso de fotografía en Paddington. Un colega que enseña allí pensó que sería una asistente ideal para mí. Me dio la impresión de ser inteligente y trabajadora, así que le di el empleo. Puede decir a sus padres que era una chica inteligente y capaz. Le habría ido muy bien aquí si no se hubiera marchado.

—Quizá debería haber agregado que estuve hablando con Vida Bratny —dijo Anna.

—¡Ah! —Dmitrios se pasó un dedo por el cuello del suéter—. Quizá fue una buena idea. —Bajó la palanca del intercomunicador nuevamente y dijo en tono agrio—. Querida, ¿serías tan amable de levantar tu trasero de la silla y traer café? Dos tazas. —Esperaron, Anna notó que Dmitrios pareció hallarse desasosegado en el silencio.

—¿Cómo se encuentra Vida últimamente? Debería hacerle una visita. Es una chica encantadora, pero arroja espuma por la boca.

Una muchacha rubia que parecía caminar sobre zancos, entró sin anunciarse, depositando dos tazas sobre el escritorio.

La mayoría del café se había volcado en los platillos, Dmitrios hizo lo que pudo para llenarlas de nuevo con lo que se había derramado en los

platillos, secando luego el líquido que había sobre el escritorio. Anna no tocó su taza. Dmitrios era torpe y nervioso, pensó Anna. Depositó dos edulcorantes en su café y colocó su mano debajo del mentón, tirando de la piel para disimular la papada. El silencio lo venció una vez más.

—Vea —dijo— aquello no fue nada serio, a pesar de lo que Vida haya dicho. Soy un hombre de familia y no ando haciendo promesas irresponsables. No pude evitar que Dee haya creído...

—¿Qué hay del anillo? —preguntó Anna, especulativamente y con gentileza.

—¡Oh, maldito sea! Casi lo había olvidado.

Ella no respondió.

—Vea, Deirdre era solo una lauchita de campo cuando llegó aquí. Apenas si la advertí al principio. Pero luego se me arrojó encima. ¿Qué podía hacer yo? Sentí algo así de lástima por ella. De modo que la invité a salir una o dos veces. ¿Qué tiene eso de malo?

Anna siguió sin responderle.

—Escúcheme, era como un perrito que lo adora a uno y solo espera recibir a cambio una palabra gentil o una caricia. Debo admitir que después de un tiempo le tomé afecto. Ser admirado hace sentir bien a un hombre. ¿Cómo iba yo a saber que el maldito anillo se transformaría en un vínculo? No pude creer que aún existían muchachas tan a la antigua. La culpo a Vida, sabe usted. Fue ella quien hizo que se despertara y la revistió con una capa de sofisticación. Resulta algo peligroso cuando por debajo se mantiene intacta la candidez.

Anna lo observó con desprecio, mientras él jugaba con la cucharita tratando de sonreír con encanto.

—Supongo que usted creerá que soy un bastardo al seducir a una pobre chica de esa forma. Pero no fue así, para nada. Nunca lo es. Después de todo si vuestro movimiento de liberación femenina nos ha enseñado algo es que las mujeres son tan capaces de iniciar una relación amorosa como los hombres.

—¡Oh! ¿El movimiento femenino trata sobre eso? —preguntó Anna con suavidad—. No lo sabía.

—Oh, vamos —dijo él—. Usted misma es hermosa y debe saber a qué me refiero. Seguramente conoce estas cosas.

Trató de hacer que ella le devolviera una sonrisa.

Cuando Anna lo hizo, agregó:

—Vea, ella misma se encargó de arreglar cuentas y lo hizo bien. Resultó ser bastante tramposa. Me robó la libreta de direcciones y algunas fotografías que yo había tomado y amenazó con mostrar a mi esposa todo tipo de evidencia espeluznante. ¿Cómo encaja esto en el papel de inocente traicionada? Tuve que darle dinero, maldita sea, y un pasaje de un crucero de primera clase para que me devolviera todo. ¿Eso es lo que va a contar a sus padres sobre su pobrecita hija engañada? Pues, si va a hacerlo, será mejor que conozca toda la historia.

—No creo que les cuente eso —dijo Anna levantándose de su asiento.

—¿Y entonces por qué me ha hecho perder el tiempo, haciéndome todas esas preguntas? —preguntó Dmitrios iracundo.

—Si lo piensa —dijo Anna dirigiéndose hacia la puerta—. Comprenderá que apenas le he hecho una o dos malditas preguntas. Usted se confesó solito.

—Pues, usted no tiene ningún derecho para juzgar a nadie, ninguno —tartamudeó molesto.

—No tengo nada que decir sobre usted —dijo Anna abriendo la puerta—. Que usted se haya desenmascarado solo es problema suyo.

Anna entró al Farm Bar, camino a la estación de Baker Street. Le latían las sienes, tenía la garganta ardiente y un escalofrío le recorría todo el cuerpo. La adrenalina era útil para mantener a raya los síntomas de un resfrío, pero su efecto no era duradero. Era aún temprano para que la gente llegara a almorzar, lo que significaba que podría comer en aquel momento sin tener que soportar codazos o apretujamiento.

Se decidió por un grueso sándwich de huevo y mayonesa, con un vaso de jugo de manzana y llevó todo a una mesa junto a la ventana.

Mientras comía, consideró cuáles debían ser sus próximos pasos. Parecía haber llegado al nudo del asunto. No había otras personas para entrevistar, o mejor dicho, aquellos que le interesaban, Brough y Eady,

estaban ahora fuera de su jurisdicción. No podía continuar con el disfraz utilizado con Slinger porque tarde o temprano él iría al «Sótano de Celuloide» y Arthur Craven, inocentemente, destruiría su historia. Tampoco podía enfrentarlo directamente porque alertaría a la gente del laboratorio. El único que quedaba por encarar era Len Margolin. Si ella decidía inquietarlo a Margolin lo suficiente como para que le fuera útil, le convenía comenzar lo antes posible. Por otra parte, si él le pasaba el dato a Slinger este simplemente cerraría su negocio para alejarse lo más posible de las evidencias que pudieran incriminarlo. Ello podía ocurrir de todas maneras cuando Slinger hablara con Craven, cosa que no sucedería hasta el próximo viernes. Margolin en cambio, cantaría de inmediato. Ella estaba segura que no lo había hecho el pasado viernes pues que de haber sido así, Slinger la hubiera rechazado en la mañana del sábado. Todo eso podía significar una de dos cosas. O Margolin no conocía la relación de Deirdre con Slinger, o no estaba enterado sobre lo que ocurría con las películas que alquilaba, una vez que se las entregaba. En ese caso, solo la consideraba a Anna como una posible fuente de problemas domésticos. Lo más probable era lo último: Slinger jamás se delataría a sí mismo más allá de lo que fuera estrictamente necesario.

De cierta manera, ahora que Slinger y su banda habían emergido como posibles culpables de un delito, ella tendría libertad para perseguir el fantasma de Deirdre hacia donde se dirigiera. Pero parecía ir directamente a Slinger, Brough y Eady. Anna maldijo la actitud de adulación que Brierly mantenía con la policía, quien estaría a la espera vigilando y finalmente aprehendería a la banda de Slinger por piratería. Mientras tanto, el fantasma de Deirdre se perdería entre los escombros del destruido caso.

Anna era consciente de que su actitud, un tanto deprimida, se debía a que se sentía enferma. También eso la preocupaba. Había llegado a una edad en la que ya no podía permanecer levantada toda la noche para iniciar briosamente el día siguiente. Estaba en un momento de su vida en el cual la fatiga y la enfermedad comenzaban a contar, quizá no demasiado aún, pero lo suficiente como para que las tuviera en cuenta. Ya no podía curarse un resfrío en un día, sino que le duraba tres o cuatro. Y en ese momento, debía preocuparse por mantenerse en buenas condiciones físicas, ya que no era un

don que pudiera dar por sentado. Como una atleta sensible a cualquier defecto en su *performance*, sabía que había pasado el tope de su máximo rendimiento y que, de allí en más, su estado general era mantenido a través de esfuerzos y cuidados.

Bernie tenía razón. Era ya tiempo de comer y, dormir regularmente. La deprimía pensar en ello. Se fue del restaurante y caminó hacia el norte por Marylebone. Mientras lo hacía, el sol invernal súbitamente se zafó de las nubes que lo encerraban y brilló calurosamente por unos minutos. La cúpula verde del planetario por un momento pareció ingrávida y etérea, la vista le levantó el ánimo. Después de todo, no era que los virus ni la edad, importaran tanto, lo que necesitaba era un poco de sol. En la estación encontró una cabina telefónica libre y marcó el número de la casa de Margolin. Cuando estaba a punto de colgar, alguien levantó el auricular. Escuchó una voz de niña diciendo:

—Hola, hola. No hay nadie aquí.

«¿Cómo se llamaba la niñita?».

—Hola, ¿es Mandy quién habla? —preguntó Anna, recordando por fin el nombre de la niña de Margolin.

—Sí —dijo con inseguridad la vocecita—. ¿Quién eres tú?

—Anna. ¿Está tu madre?

—Mi mamá no se siente bien. Está en la cama.

—Oh, qué pena —dijo Anna con secreto alivio.

—No es nada, y todo está bien —dijo Mandy con más confianza— se acuesta a menudo. Y yo no tengo nada que hacer.

—Entonces es bueno que yo haya telefoneado. Puedes conversar conmigo. ¿Está tu padre?

—No, mi papá sale todos los días después del desayuno.

—¿Adónde va?

—A su escuela. Yo también voy a mi escuela, pero vuelvo para almorzar.

—¿Sabes cómo se llama la escuela de tu papá?

—Se llama Saint Angus. ¿Quieres saber algo?

—Sí.

—Mi escuela se llama El Jardín de Infantes de las Siete Hermanas.

—Es un nombre largo.

—¡Sí! ¿Cómo se llama tu escuela?

—No voy más a la escuela.

—No importa —dijo Mandy, consolándola—. Debo irme ahora. Mi mamá me llama.

No encontró ninguna escuela llamada Saint Angus en la guía telefónica, pero sí una tal Saint Agnes. Anna llamó al número indicado. Una secretaria le respondió que el señor Margolin se encontraba a cargo del cuarto grado de la primaria y que no estaría libre hasta después de las 16:30. Anna dijo que llamaría más tarde.

Tomó el subterráneo para regresar a Kensington High Street, preguntándose por qué razón los chicos eran siempre tan posesivos. Mi mamá, su cama, su desayuno. Parecían obtener alguna oscura satisfacción con ello, y Anna no podía entender cuál.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 26

A LAS 16:30 Anna se encontraba en la playa de estacionamiento de Saint Agnes, esperando pacientemente junto al Maxi de Len Margolin.

La escuela estaba semioculta detrás de un alto muro desnudo, cuyo fondo daba a Lisson Grove. Era una típica construcción del período victoriano de ladrillos colorados, provista de una extraordinaria red de escaleras para incendios que la surcaba como si fuera un andamiaje. El campo de juegos tenía cinco canchas de tenis de cemento. No era precisamente un lugar alegre, pensó Anna, luchando contra la sensación de inferioridad y represión que solían desatar en ella esas escuelas.

Ya estaba oscuro cuando vio a Len bajar las escaleras del frente, con las manos en los bolsillos y los hombros hundidos en su opaco impermeable. Llevaba un gorro tejido en la cabeza, con un pompón, que lo hacía parecer más ineficiente que nunca.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó mirando rápidamente a su alrededor—. ¿Está loca? Si alguno de mis colegas nos llega a ver y se lo cuenta a Sarah lo pagaré muy caro.

—Quería hablar con usted.

—Bueno, suba al auto e iremos a algún lugar tranquilo. —Abrió la puerta con apuro y se metió adentro—. Si quería verme, ¿por qué no vino a la dirección que le di el fin de semana?

—Quizá me pareció demasiado tranquilo.

—No entiendo lo que quiere decir —Margolin estaba rojo de irritación—. Creí que habíamos llegado a un entendimiento.

Anna no contestó, de modo que él preguntó:

—Bueno, ¿adónde quiere ir?

—A la estación de Paddington.

—¿Para qué diablos...? Vea, no tengo tiempo para dar vueltas. Debo estar en casa a las 17:30. A pesar de lo que dijo dirigió el auto hacia Paddington y pocos minutos después estacionaban cerca de la estación.

—¿De qué se trata todo esto? —Parecía haber recuperado la compostura. Anna pensó que había llegado el momento de desenmascararlo y preguntó—: ¿Deirdre Jackson lo extorsionaba?

Su cabeza se sacudió como si alguien le hubiera golpeado:

—¿De qué me está hablando usted? ¿Extorsión? ¿Por qué habría de extorsionarme ella?

—Usted sabe por qué. Y cómo. Si tuvo una relación con ella, incluso si solo hubiera demostrado querer tenerla, habría sido suficiente para una esposa como la suya. Por si no lo sabe, le diré que es muy vulnerable.

—No sea ridícula —dijo pomposamente—. Nunca le daría a nadie una razón para extorsionarme.

—¿No? —exclamó Anna con tranquilidad—. ¿Y qué hay de las películas que le pasa a Freddie Slinger después de las funciones de la asociación?

—¡Dios mío!, ¿cómo sabe eso? —Volvió su rostro hacia ella. Estaba pálido, pero no parecía particularmente preocupado—. Vea, ¿quién es usted?, ¿y qué quiere de mí?

—Usted sabe quién soy. Y estoy haciendo lo que le dije la primera vez que nos vimos. Lo único que no le conté es que trabajo para una agencia privada de investigaciones.

—¿Fue mi esposa quien la contrató? —Ahora revelaba preocupación.

—Me parece que usted es el ridículo —dijo Anna a su vez—. Lo hicieron los padres de Deirdre.

—Entonces, ¿no le dirá nada a mi esposa? —Estaba lastimosamente agitado.

—¿Decirle qué? Yo soy la encargada de hacer preguntas.

—Bueno, entonces hágalas. —Pareció algo aliviado—. Pero, como usted dijo, recuerde que con una esposa como Sarah soy vulnerable en todo momento.

—No entiendo por qué está tan preocupado por Sarah. Yo lo estaría más por la policía.

—¿Qué quiere decir con la policía? Deirdre era mayor de edad, ¿no es así?

—¿Cómo? ¿Todavía no comprende? Son las películas las que pueden traerle problemas y no Deirdre.

—¿Las películas? ¿De qué manera? Freddie las devuelve a la mañana siguiente.

—Luego de copiarlas y vender las copias en el exterior. ¿Acaso creyó usted que Freddie era un aficionado más?

—¿Fred hace eso? ¡Debe de ser una broma! —se mordió el labio para no continuar hablando. Anna pensó que Margolin había estado a punto de acusar a Slinger. Algo del colegial sobrevivía en el maestro.

—En realidad —le dijo—, Fredie Slinger dirige una operación de contrabando y usted forma parte de ella.

—Vea, debe usted creermelo. Yo no sabía absolutamente nada sobre esto.

—De todos modos —ella ignoró adrede la expresión de ruego en el rostro de Margolin— usted le ha entregado el material y ha aceptado retribuciones de su parte.

—¡No! Esa es una manera equivocada de describirlo. Freddie era, es, un amigo.

—Bueno, ¿entonces cómo lo describiría usted?

—Teníamos un arreglo de mutuo beneficio. Eso es todo.

—¿Qué clase de arreglo?

—Me resulta difícil entrar en detalles en este momento. —Estaba muy agitado.

—No tiene por qué hacerlo ya —dijo Anna tratando de calmarlo.

—¿Quiere usted decir que tendré que hacerlo más adelante? —El pánico lo invadió nuevamente.

—Bueno, supongo que alguien se interesará en averiguar cómo un hombre de familia mantiene un departamento en la ciudad con un sueldo de maestro.

—Vea, el departamento es de Fred. Quiero decir, el contrato está a mi nombre, pero él lo paga. Esto me va a arruinar; ¡no es justo! —la última

expresión de protesta de un hombre débil, pensó Anna.

—¿Por qué no me lo cuenta todo? —le sugirió con suavidad—. Puede ser que las cosas no estén tan mal como parecen.

El intento dio en el blanco. Margolin siempre se había visto a sí mismo como uno de los escasos miembros responsables de la sociedad, y en ese momento se sentía sacudido y humillado al encontrarse en una situación en la cual esa misma sociedad lo consideraría un delincuente. Comenzó a relatarle su historia.

Había conocido a Slinger cinco años atrás. Los departamentos de Arte y de Inglés de la escuela habían organizado entonces la exhibición de una serie de películas artísticas para un curso básico. Slinger había proveído el material. En esa época Margolin quería organizar una asociación de cine con los alumnos de sexto grado, pero necesitaba dinero. Se sentía desesperado por no tener ninguna actividad que pudiera distraerlo de sus obligaciones en la escuela y de la rutina de su hogar. Mandy acababa de nacer y Sarah, seriamente afectada por una depresión postnatal, lo agobiaba. A raíz de la situación le había pedido consejo a Slinger.

Slinger le dijo que le encantaban las películas pero que raramente tenía tiempo para ir al cine. Lo ayudaría a Margolin a organizar su sociedad y a cambio solo pretendería elegir alguna vez lo que se exhibía, para tener la oportunidad de ver la película en su estudio. El gusto de Slinger, claro está, se inclinaba hacia lo alegre y moderno. Pero era natural, ¿no es cierto? Slinger no era un intelectual refinado como Margolin. Así se había creado la sociedad de películas Las Siete Hermanas. Jamás tuvo un gran éxito, pero Margolin se entretenía con aquella actividad. Le gustaba charlar y tomar café con las personas que asistían a las funciones. Le agradaba ser el presidente de la asociación. Había perdido contacto con el mundo debido a su casamiento; Sarah era celosa y posesiva. Incluso no había logrado recomponer las relaciones con sus amigos de soltero. De manera que gozaba siendo el centro de un pequeño núcleo social una vez más.

Sarah mientras tanto, se había ido convirtiendo en un problema cada vez mayor. El embarazo la había alterado. Se veía a sí misma gorda y fea. El nacimiento de Mandy terminó por desequilibrarla y al poco tiempo dejó de comer. Enfermó seriamente y Margolin no pudo lidiar con el problema.

Sarah fue internada en un sanatorio y una amiga se hizo cargo de Mandy. Al ser dada de alta, supuestamente curada, la asociación se encontraba en plena marcha. Al principio Sarah luchó con uñas y dientes en su contra, pues no toleraba ninguna actividad que él realizara que no estuviera directamente vinculada con ella. Luego, sin advertencia previa, cambió su táctica. Comenzó a asistir a las funciones y a ocuparse de la organización. Esto le asestó el golpe de gracia a Margolin. Sarah comenzó a minar el grupo desde adentro. Oscilaba alternativamente entre la frialdad y la histeria. Interrumpía sus conversaciones y lo ridiculizaba en público.

Él decidió abandonar todo, dejar a Sarah y buscar otro trabajo, simplemente desaparecer para comenzar de nuevo. Pero no era un hombre de acción. Los cortes en el presupuesto de educación habían diezmando las vacantes para maestros. Le había sido difícil conseguir otro empleo. Todo lo que tenía estaba hipotecado. Una vez más, recurrió el consejo de Slinger, y este le dijo que no abandonara a Sarah. «Terminarás siendo un mendigo si lo haces», recordó Margolin que le había dicho. «Una mujer así te quitará los zapatos y se quedará con tus calcetines además. No, mi amigo, aférrate a lo que tienes. Créeme, lo sé muy bien». Margolin le creyó. Sarah podía querer vengarse perversamente.

«He estado pensando en algunas cosas últimamente» le había dicho un día Slinger con ambigüedad. «Y creo que sé de algo que podrá traer algún dinero para ambos. El mismo tipo de arreglo. Tú rascas mi espalda y yo la tuya. Mantente en la cueva por un tiempo y ya te lo haré saber». Apareció finalmente con un departamento entre Praed Street y los jardines de Sussex. «Considérate una compañía tenedora de acciones», le dijo cuando Margolin protestó por el contrato. «Sucede que tengo que guardar algunas cosas privadas y no quiero que nadie se entere, ¿me entiendes? ¿Y qué mejor que una propiedad para moverlas en cualquier momento? Pero, por razones que puedes imaginar, no deseo que mi nombre se asocie con ese lugar».

Margolin pensó que nadie iba a enterarse. Él usaría el departamento principalmente los fines de semana. Slinger tenía una habitación que mantenía cerrada y las visitas de ambos nunca coincidían. Margolin sintió que era nuevamente un hombre libre.

—Esa habitación cerrada —lo interrumpió Anna—. ¿Nunca ha averiguado lo que hay dentro?

—Claro que no —replicó con aspereza Margolin—. ¿Qué clase de persona cree que soy? —Luego se sonrojó.

—Quizá debió haber mirado —continuó diciendo Anna— por su propia seguridad.

—¿Quiere usted decir que puede haber allí cosas robadas? —preguntó él, asustado una vez más—. ¡Oh, claro! El contrato está a mi nombre. ¡Por Dios, debemos ir allí inmediatamente!

—Tómelo con calma. —dijo Anna—. No hay necesidad de dejarse llevar por el pánico. Hábleme de Deirdre. ¿Fue ella alguna vez al departamento?

Margolin dijo que Simon la había llevado a una fiesta especialmente para que se conocieran. El mismo se la presentó a Slinger en aquella oportunidad.

—¿Era la primera vez que se veían? —preguntó Anna— ¿tuvo usted la impresión que se conocían de antes?

—No creo —dijo él—. No me di cuenta. Por supuesto que ella no pasó desapercibida. Es curioso, no era hermosa en realidad, como sabe. Pero impresionaba mucho. Habló de una gira que había realizado por Portugal haciendo trabajos de fotografía, prolongando su estada porque se enamoró del país. Y dijo que había conocido a un viejo, un operador viajante de cine y que anduvieron de aldea en aldea exhibiendo películas viejas y que cuando él enfermó, ella siguió trabajando para mantener el negocio hasta que se repuso. Todo eso, claro está, fascinaba a Fred. Se llevaban magníficamente. No hablé mucho con ella esa noche, porque estuvo a solas con él la mayor parte del tiempo.

Anna se sorprendió al ver la expresión de resentimiento en el rostro de Margolin. La boca se le aflojó como si hubiera probado algo desagradable. Se dio cuenta súbitamente de que Margolin le tenía envidia a Slinger y que probablemente se la había tenido desde el primer momento en que le pidió ayuda.

—Recuerdo la confianza que tenía en sí misma —dijo Margolin—. Quiero decir, a pesar de ser tan joven, haber tenido el coraje de viajar al

exterior y quedarse allí... Era como si tuviera el sol en sus ojos y el viento en sus cabellos, y yo pensaba en mi propia vida, que se reducía a las campanadas de las aulas y a los interrogatorios de Sarah, rindiendo cuentas de cada centavo gastado. ¡Qué contraste! —Hizo una pausa.

Anna pensaba en Deirdre, encerrada en un cuarto oscuro en el segundo piso de un estudio en Chiltern Street, esperando junto al teléfono en Fulham; poniendo en orden las facturas de su incompetente patrón en el Soho. Pensó que Deirdre seguramente se había desempeñado bien aquella noche. El tiempo invertido en sus clases de arte dramático no había sido enteramente malgastado. Después de un rato, Margolin dijo:

—Supongo que debería haber sabido que ella tenía sus problemas, por la manera en que lo hizo a un lado a Simon en aquella fiesta.

Se detuvo una vez más. El automóvil era una isla. Afuera, el tráfico circulaba perezosamente. Los taxis se detenían volcando apurados pasajeros en la estación.

—Creo que era por eso que le gustaba tenerlo a Simon a su lado. Era leal, paciente, y no la criticaba. Nunca compitió con ella, y se dejaba arrastrar como un trofeo. Era la prueba de la constante superioridad. Un poco estúpido en realidad, —se movió con incomodidad en su asiento—. Yo no debería ni siquiera haberme acercado a ella. Pero sabe usted, el departamento se me subió a la cabeza. Había llevado chicas allí con anterioridad, lo admito. Pero ninguna como ella. Era muy provocativa, bien educada y acostumbrada a las cosas buenas de la vida. A veces sentía que ella tenía interés en mí, en otras oportunidades se comportaba como si no lo hubiera conocido jamás a uno. Nunca sabía adonde me encontraba parado frente a ella. Cuando la conocí mejor, me di cuenta de que no tenía cultura alguna. Ciertamente no era tonta, por el contrario tenía inteligencia, lo que quiero decir es que no sabía nada de nada. Pensé que podría abrirle los ojos con algunas cosas, como poesía o literatura.

«Cualquier pretexto es válido», pensó Anna con tristeza. Luego dijo:

—¿Fue ella al departamento alguna vez?

—Dos veces, conmigo. Luego no quiso ir más. Pero me pidió la llave. Sospecho que quería ir con algún otro. Fue muy humillante para mí.

—¿Se la entregó?

—Tuve que hacerlo al final. Le dije que el lugar pertenecía a Fred, pero no pareció importarle. Vino a la escuela a buscarme un par de veces en pleno día. Yo temí que le contara todo a Sarah.

—¿Le contó usted a Fred algo de esto?

—Bueno, como comprenderá, existía siempre la posibilidad de que Dee tuviera una relación con Fred.

—¿De modo que no se lo dijo a él?

Volvió a moverse, incómodo, en el asiento.

—No, no lo hice. No quería que pensara que, después de todo lo que él había hecho por mí, yo tratara de arrebatarle una de sus chicas. Y Dios sabe que ya me sentí lo suficientemente tonto como para seguir con todo aquello. Cuando me enteré que había muerto, que el Cielo me perdone, todo lo que sentí fue alivio. Había escapado del anzuelo, ¿me comprende?

—¿Quién se lo dijo?

—Fred lo hizo. Ella trabajaba para él, como usted sabe.

—¿Y cómo se enteró Fred?

—Bueno, la policía se lo debe de haber dicho, claro está.

—Permanecieron en silencio durante algunos minutos. Margolin se quitó los anteojos y limpió los cristales, mirando ciegamente hacia adelante. Luego dijo—. ¿Qué voy a hacer?

Parecía desnudo y avergonzado sin sus anteojos. Anna miró hacia otro lado. Margolin estaba a su entera disposición.

—Venga conmigo —dijo Anna, abriendo la puerta del auto—. Voy a telefonar a mi jefe. Creo que usted debería ir a verlo. Si él escucha su historia y usted está dispuesto a cooperar, puede ser que lo ayude a llegar a un arreglo con la policía. Incluso, quizá le recomiende un buen abogado. Mientras tanto, llámela a Sarah y dígale que no regresará a su casa hasta tarde, si es que no quiere meterse en mayores aprietos.

—¡Oh, Dios mío, Sarah! —exclamó Margolin.

Ambos hicieron sus llamados desde cabinas telefónicas abiertas a pesar de la cacofonía de los ruidos de trenes y los anuncios que emitían los altoparlantes.

—Escuche —dijo Anna, mientras caminaban por la plataforma hacia la salida—. El señor Brierly se encuentra en este momento con un detective de

la policía vinculado precisamente al asunto Slinger. Ambos tienen muchos deseos de hablar con usted. No sé si está preparado para reunirse con la policía ya mismo.

—Creo que debería hacerlo —dijo Margolin ansioso por reasumir su respetabilidad nuevamente—. Después de todo, yo no tenía la menor idea de lo que Fred hacía hasta que usted me puso al tanto.

—Bueno, pero debo advertirle que la ignorancia no es defensa suficiente —dijo Anna.

—Pero si voy por mi propia voluntad y les digo todo lo que sé, seguramente ello contará a mi favor...

—De todos modos —dijo ella dudando— sería más conveniente hablar primero con un abogado.

—Pero eso parece una admisión de culpabilidad —protestó Margolin.

—No, no lo es —ella trató de persuadirlo— usted tiene derecho a buscar asesoramiento y protección. Lo necesita.

—No —dijo él obstinadamente—. No quedaría bien que consultara con un abogado primero. Después de todo, recién me he enterado de los hechos y todo lo que hago es presentarme como lo haría cualquier buen ciudadano.

—Okey —dijo Anna—. Decídalo usted mismo. Pero un abogado seguramente le ahorraría muchos inconvenientes.

—Sé lo que hago —Margolin abrió la puerta del auto—. ¿No le importaría conducir? No conozco el camino.

CAPÍTULO 27

ANNA CAMINÓ rápidamente hacia el norte por Abbotsbury, sin mirar las hileras de casas agradablemente iluminadas a la izquierda, y el parque frío y silencioso a la derecha. La nieve endurecida aún se amontonaba sobre las alcantarillas y junto a los muros, pero el pavimento estaba despejado.

Se sentía culpable por lo que podía ocurrirle a Len Margolin. Había llamado a la oficina de Brierly con tanta ansiedad, como la de un penitente recurriendo a un sacerdote, sin darse cuenta de que aquellos dos hombres que lo esperaban no se dedicaban al negocio de la absolución.

Anna presentó a Margolin a Brierly y este, a su vez, al detective Working. Nadie prestó atención a Anna, quien se hizo a un lado, como una simple madrina de bodas en una fotografía. Margolin estrechó la mano de los hombres con entusiasmo, patéticamente contento de mostrarse como un profesional entre profesionales, un hombre de cuya confianza se había abusado, pero que se mostraba ávido por ser comprendido.

Brierly y Working se dieron cuenta en seguida de que era un tonto, Anna permaneció el tiempo necesario como para ayudarlo con su historia escuchada por ellos con simpatía. Ahora que no le quedaba nada por esconder, Margolin exhibió los hechos con una franqueza conmovedora, casi como la de un niño. Además tenía la oportuna cualidad de remitirse constantemente al juicio de los otros dos, como si ellos fueran los hermanos mayores y él supiera que su lugar se encontraba algo más abajo en la escala de jerarquía cronológica. Era una actitud que incitaba al abuso de autoridad, pero Margolin sabía lo que hacía, pues cada vez que Brierly y Working

tenían una reacción de matones, inmediatamente después se sentían inclinados a protegerlo.

Mientras caminaba por la calle, Anna pensó que Margolin saldría del paso. Estornudó y siguió caminando vigorosamente, sonándose la nariz y sacudiendo la cabeza para descongestionarse.

Eran las 19:00 y sus pensamientos no iban más allá de un baño caliente y una taza de té.

Al entrar en su edificio encendió la luz del vestíbulo y comenzó a subir las escaleras. Los Price estarían frente al televisor, pues un alboroto de caballos y disparos llegaba desde su departamento. A Selwyn le encantaban las buenas películas de *cowboys*, pero también le encantaban las malas.

Trepó los escalones con cansancio. A mitad de camino se quedó a oscuras. El interruptor no funcionaba. Recordó que tenía una bombilla de repuesto en alguna parte de la cocina; algo más que dejaría para hacer el lunes.

Cuando llegó al rellano sintió una corriente excesiva de frío que provenía de la claraboya. Al estirar la mano para colocar la llave en la cerradura de la puerta de su departamento, percibió que la manija se movía levemente. Anna retrocedió apretando inconscientemente el llavero dentro de su mano izquierda, de modo que las llaves sobresalieron entre sus dedos. Quien estuviera detrás de la puerta había apagado la luz del vestíbulo. Cuando se decidió a encenderla, la puerta se abrió violentamente y un hombre se lanzó sobre ella. Tuvo el tiempo justo para apoyarse contra el pasamanos. Alzó su rodilla izquierda y detuvo el impacto con el pie. Sintió junto a su rostro un aliento rancio, impregnado en cerveza y lanzó una patada con tanta fuerza como pudo. El hombre gimió, Anna pudo ver su figura corpulenta agachada a no más de un metro de ella.

Anna había intervenido solo dos veces en peleas, y en ambas ocasiones sufrió más daños que los que pudo infligir. Lo razonable por lo tanto, era echarse a correr como el demonio, pero supo que no le había causado daño suficiente al asaltante como para poder escapar. Bajó solo dos escalones cuando sintió que la agarraban del brazo derecho y la arrastraban de nuevo al rellano. Al girar sobre sí misma, levantó su puño izquierdo y golpeó, con llaves y todo contra el lado derecho de la cara del hombre. Este aflojó

momentáneamente su presión pero no la soltó. Tratando de capitalizar su pequeña ventaja, Anna golpeó nuevamente, pisándole al mismo tiempo el pie con toda la fuerza que pudo. Esta vez él se cubrió la cabeza con el brazo y con el hombro. Al principio pensó que le había lastimado considerablemente el pie, pero sus zapatos no tenían la consistencia de los del otro, y además, ella era demasiado menuda. El hombre la alzó de los brazos arrojándola contra la pared. Era grande, pero no muy rápido. Anna intentó rodar por el suelo para evitar la patada que siguió, pero los escasos dos metros del rellano no le dieron espacio suficiente. Aunque se movió con la rapidez necesaria como para que la primera patada le diera en el muslo, la segunda golpeó contra sus costillas. Trató de protegerse la ingle y la cabeza, pero un hombre con pies grandes puede causar mucho daño en poco tiempo. El tipo solo repetía la misma frase una y otra vez. Algo que sonó como:

—¡Ocúpate de tus propias malditas cosas!

En aquel momento se prendió la luz y Anna sintió con alivio que se detenía el castigo. Bea gritó algo y Selwyn exclamó:

—¿Qué pasa allí arriba?

Anna escuchó al agresor correr escaleras abajo. La casa entera pareció temblar bajo sus pies. Selwyn corrió hacia arriba y los dos hombres se encontraron en el descanso. Selwyn actuó con inteligencia, agazapándose contra la pared para permitir que la carga continuara. Al mismo tiempo, estiró el pie, metido dentro de una vieja pantufla, y el intruso se precipitó cabeza abajo por el tramo de las escaleras que aún le quedaba por recorrer.

—¡Llama a la policía! —exclamó Selwyn.

—¡Hazlo tú mismo! —replicó Bea, corriendo hacia arriba— Anna está herida.

—No puedo —aulló Selwyn—. Estoy sentado sobre la cabeza de este bastardo.

—Oh, Dios —dijo Bea—, Anna, ¿te encuentras bien?

Ella trató de moverse con cuidado.

—Creo que estoy viva —murmuró. Pero se sentía mal, como si le hubieran arrancado partes de su cuerpo.

—Dios mío —volvió a decir Bea—. No te muevas, quédate aquí sentada un minuto —y se escabulló de prisa hacia su departamento.

—Maldita sea, mujer —rugió Selwyn—. Llama a los estúpidos policías de una vez, ¿quieres? No puedo estar sentado aquí toda la noche.

—Bueno, no lo hagas entonces —le retrucó Bea—. ¿No te das cuenta que está totalmente fuera de combate? Y lo que es más, creo que tiene una pierna quebrada, se la ve muy rara.

Selwyn subió las escaleras y se arrodilló junto a Anna, tratando de colocar su cuerpo en una posición que no le hiciera doler tanto.

—¿No puedes moverte viejita querida? —Ella hizo un esfuerzo y logró sentarse.

—Qué barbaridad, qué barbaridad —dijo Selwyn y luego exclamó—. ¡Bea pide también una ambulancia!

Anna trató de decir. —No seas tonto— pero solo pudo articular un murmullo.

—¡Oh, Anna! —gimió Bea subiendo nuevamente—. ¿Qué ha sucedido con tus dientes? —Anna no lo sabía pero parecía tener un boquete de un kilómetro de ancho en la dentadura. Aquello resultaba un problema menor, comparado con el dolor en las costillas y en los brazos.

—Ya viene la policía. Selwyn, creo que deberías limpiar su cara con una toalla húmeda. ¿Debo hacer un poco de té?

Selwyn trajo una toalla del baño de Anna, pero como ella se encontraba encogida en posición fetal, solo pudo aplicársela en la base del cuello.

—¡Selwyn! —Bea lo llamó desde abajo—. Las ambulancias están de huelga o algo así. —Se encontraba al borde de las lágrimas—. ¿Qué vamos a hacer?

—¡Espera a la policía y luego llama un taxi!

—Selwyn —dijo Anna, con voz apagada. Podría soportar apenas el dolor si se mantenía quieta, con la cabeza puesta entre sus piernas dobladas.

—¡Shh! —exclamó Selwyn—. No trates de hablar más.

—¿Policías? —dijo Anna en un susurro.

—Ya vienen, querida. No te preocupes.

—¿Quién es?

—Olvídate de eso, ahora. Quédate tranquila.

—Averigua quién es. Es importante.

—Por Dios... —Pero él bajó y Anna escuchó vagamente unas idas y venidas. Le zumbaban los oídos y todo le resultaba confuso.

—El hijo de puta recobró el sentido —dijo Selwyn jadeando, una vez arriba—. Pero no te preocupes. Lo até a la balaustrada con mis pantalones de gimnasia. Se llama Raymond Brough. Tengo su licencia de conductor.

—¡Ah! —exclamó Anna tratando de concentrarse—. Debo hablar con la policía.

—No seas tonta, Anna —Bea había aparecido de alguna parte— tengo un taxi, te llevaremos al hospital.

—No, diles que él mató a Dee.

—Por Dios, ¿lo hizo? —preguntó Selwyn anonadado.

—No sé —murmuró Anna— pero díselo de todos modos.

—Anna, este no es el momento —Bea trató de calmarla—. Todo estará bien, pero ahora debemos hacer que te vea un médico.

—No... Debo hablar... Brierly.

—No seas tonta, Anna —dijo Selwyn—. Vamos, trataremos de llevarte abajo. —Pero en aquel momento llegó la policía y Bea fue hacia la puerta. Hablaron en voz baja y Selwyn no pudo resistir la tentación de unirse al grupo.

—Lo demandaré —escuchó decir a Brough por primera vez—. Me rompió la maldita pierna.

El sargento subió escaleras arriba y miró a su alrededor, tomando nota de la claraboya rota y de la cerradura violada del departamento de Anna.

—¿Puede usted hablar ahora, señorita? —le preguntó, arrodillándose en el suelo, junto a ella.

—No, no puede —dijo Selwyn a sus espaldas—. ¿No ve que no está en condiciones de hacerlo?

—¿Qué ocurrió señorita? —preguntó el sargento como si Selwyn no existiera—. Forzó la entrada y usted lo sorprendió, ¿eh?

—Sí —Anna trató de hablar con claridad— pero además mató a Deirdre Jackson.

—¿Qué dijo? —le preguntó el sargento a Selwyn.

—Dijo que el grandote aquel que está allí abajo mató a una muchacha llamada Deirdre Jackson. Esta muchacha es una investigadora privada.

—¿Lo es? —El sargento miró fijamente a Anna—. ¿Y sabe usted para quién trabaja?

—Para la agencia de seguridad Brierly. ¿Quiere que alguien los llame?

—He oído hablar de esa agencia. Bueno, quizá llame más tarde.

—Ahora —murmuró Anna— mientras se encuentra allí el detective Working.

—¿Quién es Working? —preguntó el sargento intrigado.

—Selwyn, —dijo Anna con desesperación.

—¿Qué pasa, viejita? —dijo él sentándose a su lado.

—El detective Working se encuentra con Brierly en la agencia en estos momentos. Todo está relacionado. Trabajan en el mismo caso.

—Ah, ¿tiene un teléfono en su departamento?

—Va a telefonar —dijo Selwyn a Anna.

—¿Podemos llevarla al hospital ahora? —preguntó el sargento cuando regresó de hacer la llamada.

—Un minuto, si no le importa, señor. Su jefe quiere hablar con ella. ¿Puede hablar usted con su jefe? —El sargento pudo ver por primera vez el rostro de Anna.

—Oh, carajo... no importa... ¿Puede usted limpiarle un poco la sangre? —pidió a Selwyn y volvió al departamento de Anna. Selwyn hizo algunas tentativas con la toalla húmeda.

El sargento regresó otra vez.

—Bueno, bueno, las cosas se están poniendo interesantes —dijo—. ¿Ha estado alguien en su departamento? Con excepción del huésped no invitado, me refiero. Porque está todo dado vuelta.

—¡Oh, no! —gimió Bea—. Eso es cruel.

—Estas mujeres —masculló Selwyn—. ¿Qué pasa ahora? —se inclinó sobre Anna, que trataba de decir algo.

—¿Qué dice ahora? —preguntó el sargento, reconociendo a Selwyn como intérprete oficial.

—Algo así como: «deténgalo por tentativa de homicidio, quizás averigüemos qué pasó con Deirdre».

—¿No me diga? —replicó el sargento—. Bueno, creo que pueden llevarla al hospital ahora. ¿Por qué no la sostiene usted del otro lado, señor

Price?, y trataremos de bajarla.

Anna, sin ayudar para nada, se desmayó.

Se despertó en medio de la noche. «Estoy en una camilla», pensó, «qué estupidez. La hacen sentir peor a una cuando no la dejan caminar». Pero ya no se encontraba en la camilla. Estaba en una cama. Trató de incorporarse y no pudo. Los calmantes le habían adormecido el cuerpo, además de la mente. Súbitamente sintió miedo y pidió ayuda.

—¿Qué ocurre querida? —Tras un susurro de tela almidonada surgió junto a ella un rostro negro y redondo.

—Tengo un agujero en la boca. —No había querido decir eso.

—¿Quieres un poco de agua, querida? Toma, traga dos de estas. —Un vaso de agua tocó sus labios.

—Me han atado, ¿no es cierto?

—Duérmete ahora querida. Te sentirás mejor por la mañana.

Alguien le acarició el hombro, Anna sintió que se dormía.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 28

ANNA DURMIÓ durante toda la mañana y la mayor parte de la tarde. Selwyn llegó a las 18:00 con un minúsculo puñado de fresas escondidas, casi con vergüenza, dentro de su abrigo de gamuza.

—Bea está enojadísima —dijo—. No la han dejado arreglar tu departamento aún. Te envía esto. —También escondía bajo el abrigo un tazón de plástico. Lo sacó, mirando a su alrededor subrepticamente, como si fuera un traficante de drogas. Cuando sacó la tapa, Anna pudo ver que contenía *yogurt* casero y miel. Selwyn hurgó en sus bolsillos y descubrió una cuchara plástica.

—Bea dijo que esto quizá te guste más que la comida del hospital, pero me lo puedo tragar yo si no lo quieres.

—No, es riquísimo —dijo Anna, comiendo cautelosamente—. Es un encanto, tu mujer. Dile que no se preocupe por el departamento.

Anna descubrió que podía hablar con los labios rígidos sin que las puntadas la molestaran demasiado, pero lo hacía como si estuviera comiendo algo desagradable. Los dientes que le faltaban la hacían tartamudear de dolor.

—No puedo detenerla, ¿sabes? —rezongó Selwyn—. Yo tengo solo lechón frío para la cena, Bea se tomó el día libre. En realidad ha sido una jornada muy emocionante —agregó con más entusiasmo.

—Policías de civil han estado yendo y viniendo todo el tiempo. Arriba, abajo y en tus aposentos. Vino Chaterfee también. Prometió arreglar la claraboya por fin. Ya era tiempo. Por allí entró el hijo de puta, ¿sabes?

Entró por el fondo, a través del terreno baldío, subió por la escalera de escape del número 26 y listo.

—¿Qué pasa con Brough?

—No nos dijeron absolutamente nada —respondió Selwyn ofendido—. Como si Bea no pagara sus impuestos. Después de todo, fui yo quien lo agarró. Creo que deberían mostrarse más agradecidos. ¿Comiste suficiente? —volvió a tapar el tazón—. Espero que den comida blanda.

—No sé, no he tenido muchos deseos de comer hasta ahora.

—Supongo que no —Selwyn se levantó súbitamente para irse, sintiéndose tan fuera de lugar en aquella habitación de hospital como un cesto de papeles en un salón de fiestas.

—Eres una maldita tonta, sin embargo —dijo rondando por la cabecera de la cama—. ¿Por qué diablos no gritaste o hiciste algo así? Yo hubiera subido como un tiro.

—No hubo tiempo —Anna cerró los ojos. No había querido gritar precisamente para evitar que Bea o Selwyn acudieran en su ayuda, pues podrían haber resultado heridos también. Selwyn tuvo suerte esta vez. Su inclinación a realizar actos heroicos propios de un colegial no le había causado daño. Anna pensó que habría sido mejor para él abrir la puerta de entrada y dejar escapar a Raymond Brough, antes que arriesgarse a una lucha en la que alguno hubiera resultado malherido.

Lo observó cuando se marchó con paso ágil, flexible, en lugar del tímido arrastrar de pies con el que había entrado. Selwyn odiaba visitar enfermos. No le resultaba fácil condescender o sentir compasión. Necesitaba adversarios, personas a quienes oponerse, pero por quienes sentía respeto. Nadie podía oponerse a un lisiado o a un impedido.

Anna no tuvo noticias de su oficina hasta que llegó Bernie, a las 17:00.

—Tengo muchas noticias —dijo, sentándose a horcajadas en una inadecuada silla de hospital, cruzando los brazos sobre el respaldo.

»Siempre que tengas deseos de escucharme. Hubiera venido ayer, pero cuando llamamos nos dijeron que aún no estabas en condiciones de atender a nadie. En realidad nos costó un trabajo de la gran flauta convencer al viejo para que no viniera hasta aquí con una corona de flores bajo el brazo. Quería rendir una especie de homenaje a sus tropas heridas.

—Santo Dios —dijo Anna sorprendida—. Qué idea tan horripilante.

—Nada personal —dijo Bernie con una sonrisa—. Sencillamente trata de representar el papel de gran líder.

—¿Bernie?

—¿Sí?

—¿Puedes sacarme de aquí? Me están volviendo loca y dicen que no me darán de alta hasta quitarme los puntos.

Bernie la miró seriamente.

—¿Cuántas costillas fueron?

—Solo tres.

—¿No tienes lesiones internas?

—Que yo sepa, no. Bernie, por favor, a mí no me quieren escuchar.

Él continuó observándola fijamente por unos minutos, y luego dijo:

—Mantén la calma por un rato. Voy a buscar a alguien con quien hablar.

Desapareció por unos veinte minutos. Cuando regresó parecía contento.

—No hay problemas. Estás en libertad. Mañana vendré a buscarte, después que el médico haya hecho su ronda. ¿Cómo te sientes en realidad?

—Como la mierda. Pero creo que se debe a este lugar. Se supone que uno debe sentirse como la mierda aquí.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas?

—Buscar un dentista barato.

—¿Sabes que te lo pagará todo un seguro? —dijo Bemie.

—¿Los dientes también?

—Alguno de nosotros se tomó el trabajo de leer las pólizas. Tienes un seguro por todo aquello que pueda ser considerado accidente de servicio. A decir verdad, conozco un dentista muy bueno. Podría hacer un excelente trabajo de puente y corona. No notarás la diferencia.

—¿Rápidamente?

—Temporariamente, el primer día que te atienda. Permanente, unas semanas más tarde. Puedo llamarlo mañana por la mañana, si lo deseas y pedirle turno.

—¿Lo harás, Bernie? Ya me siento mejor.

—Te traje algo de sopa —dijo Bea mirándola con desaprobación cuando apareció a las 19:00.

—El señor Schiller me llamó diciendo que la necesitarías. Le dije que debía mantenerte en cama y cuidar de ti, pero no quiso escucharme. Él piensa que debes levantarte y defenderte por tu cuenta.

—Tiene razón, Bea —dijo Anna—. Estoy empantanada aquí dentro. ¡Me deprime tanto este lugar!

—Bueno, haz como te parezca —dijo Bea con un suspiro—. Es una pena sin embargo lo que hicieron con tu tapado tan lindo. Le cortaron la manga para que pudieras sacar el brazo. Hubiera sido mejor abrir la costura que cortar el tejido. Ya no lo podrás arreglar de nuevo. Te he traído la camisa de lana más grande que tengo y mi vieja capa, para que puedas ponértela con ese yeso.

—Eres muy gentil, Bea —Anna no se le ocurrió otra cosa que decir.

Bea hurgó dentro de su canasta y sacó un tazón de plástico.

—Te traje pastel de banana. ¿Puedes arreglártelas con la cuchara, si yo sostengo el tazón?

—Ve a lavarte —le dijo Selwyn— estás gris y sudorosa.

—Yo pondré la tetera al fuego —agregó Bernie.

Anna entró al baño y salpicó agua por todas partes. Al verse reflejada en el espejo sobre el lavatorio, pensó que gris no era la descripción que correspondía. Su rostro hinchado alrededor de la frente, de los pómulos y del mentón, tenía una tonalidad violácea. Parecía una puesta de sol de Turner pensó, alejando con repulsión su mirada del espejo.

El departamento nunca había estado tan prolijamente arreglado. La mano fuerte y sentimental de Bea había ordenado las cosas con precisión geométrica. Además, pudo ver sobre la mesa que estaba próxima a la ventana un precioso ramo de flores; y también junto a su cama, una maceta desbordante de rozagantes violetas.

—La frazada eléctrica está enchufada desde la hora del desayuno —le dijo Selwyn— y en alguna parte hay un camisón limpio.

—Recién me he levantado —dijo Anna sentándose con cuidado—. No me llenen la cabeza de esas cosas.

—No hay problema —dijo Selwyn alegremente, satisfecho de que se le abriera la posibilidad de resucitar sus ansias de desquite.

Bernie distribuyó las tazas de té. Tenía la rara capacidad de transformar el mejor de los brebajes en algo que tenía el sabor y el efecto de haber salido de la peor cantina.

—Así está mejor —dijo Anna, bebiendo unos sorbos a medida que se iba sintiendo más cómoda en aquel ambiente tan familiar.

—Bueno, supongo que les gustaría que comenzara con Brough, ¿no es así? —dijo Bernie, echando su pesado cuerpo hacia atrás, sobre el respaldo del sillón—. Ya que es el que se encuentra más cerca de sus corazones —agregó.

—Un caso difícil: Brough aprehendido por nuestro poeta vengador —dijo con modestia Selwyn.

—Sí, resultó un buen trabajo el suyo. De haber escapado, probablemente hubiéramos tenido que hacer las valijas y marcharnos. Sin embargo, yo no intentaría hacer algo así de nuevo. A menos que tenga un buen seguro. Los delincuentes no son siempre tan cretinos y flojos como nuestro Raymond.

—El problema que tienen ustedes, los profesionales —dijo Selwyn con maciza dignidad— es que no pueden aceptar que el hombre de la calle les haga el trabajo —Bernie pasó su mirada de Selwyn a Anna, tratando de decidir algo.

Luego respondió:

—Oh, no quiero decir eso, señor Price, pero Brough era un estúpido o un borracho, o no hubiera venido aquí en primer lugar. Vea, voy a ser breve, tendría que estar en Church Street en este momento. Digamos que Brough, Eady y Slinger están contestando un interrogatorio ahora. Una vez que comenzaron a hablar, pareció una reacción en cadena. Slinger era la última ficha dominó y se derrumbó el martes por la mañana. De manera que no hay nada que podamos hacer ya. Hemos terminado, estamos fuera del caso.

—Espere un minuto —exclamó Selwyn—. Anna dijo que Brough mató a Deirdre. Creí que habíamos pescado a un asesino.

—Sí, no fue una mala idea en aquel momento, considerando el estado en el que se encontraba. Parece que Deirdre efectivamente murió en el

laboratorio. Pero, si no les importa, se lo contaré más tarde. Nadie ha sido formalmente acusado todavía, aunque están hablando hasta por los codos. Pero como no sé qué es lo que se ha decidido, lo dejaré allí. ¿Qué les parece si nos vamos, señor Price? —dijo, cortándole la posibilidad a Selwyn de seguir haciendo preguntas—. Así dejamos que Anna cierre los ojos un rato. Tiene que reponerse bastante.

Selwyn siguió a Bernie a la puerta de mala gana. Siendo un hombre que pasaba sus días ocupado en un trabajo solitario y creativo, se sentía feliz de tener algunas escaramuzas reales con la vida y sobrestimaba su participación en lo sucedido. Nunca había sido herido seriamente, de modo que no podía comprender ni la debilidad física ni la reducción de la capacidad mental que sobrevenía en estos casos.

Observó a Bemie sin protestar cuando este descolgó el auricular del teléfono mientras abría una lata de caldo en la cocina.

Las pequeñas acciones de Bernie eran dictadas por la experiencia y Selwyn respetaba la experiencia.

—No dejes que nadie entre ni te moleste, por un buen rato —dijo Bernie. Anna escuchó que bajaban las escaleras.

Se desvistió y se puso el enorme camisón que Bea le había dejado debajo de la almohada. Le llevó varios minutos hacerlo. Luego tomó dos calmantes y se metió en la cama. La euforia de estar de regreso en el hogar se había evaporado rápidamente, dejándola exhausta y dolorida.

CAPÍTULO 29

EL DOCTOR VERNON era un hombre apuesto. Anna hubiera preferido que fuera más doméstico y vulgar. Se había sentido avergonzada de mostrarse con los labios partidos y sin dientes ante un hombre tan atrayente. Estaban en la mitad de un tratamiento odontológico de tres horas de duración, de manera que las cosas podían empeorar más aún. Reflexionó, sin embargo, que como única relación que podía mantener con un dentista era, en el mejor de los casos, la de someterse humildemente a él, su raro aspecto no haría mucha diferencia.

—¿De modo que usted es detective? —le había preguntado el señor Vernon—. Debe de ser una ocupación extremadamente interesante. Lo suficientemente interesante como para compensar un accidente de este tipo, quiero decir.

Anna había sido enseñada a no hablar con la boca llena, de modo que se calló la agria respuesta que hubiera querido darle sobre la naturaleza accidental de sus heridas.

—Tiene usted suerte realmente —dijo él mientras operaba el torno—. Por lo que puedo ver, sus dientes nunca fueron particularmente derechos, desde un principio. Así que aprovecharemos la oportunidad para enderezar algunas arrugas mientras trabajamos.

Anna pensó que, antes del ataque, sus dientes no eran ni perfectos ni torcidos, pero hubiera dado cualquier cosa por tenerlos de vuelta nuevamente en lugar de los equivalentes cosméticos que el doctor Vernon le estaba por colocar.

En aquel momento del doctor pulía los costados de los dientes rotos, para después unirlos con un puente de porcelana y oro. A pesar de la anestesia local, Anna tenía zonas sensibles, lo que le recordaba a Raymond Brough. Según Bernie, Brough había dado razones muy confusas de su ataque. Primero dijo que buscaba evidencias que Anna podía tener en su contra, pero terminó culpándola por el suicidio de Francis Neary, diciendo que había querido vengarse de ella. Como fuera, Brough probablemente estaría lamentando tanto como ella, por haber actuado bajo el impulso de una borrachera. Aún se encontraba internado en el hospital, con la pierna derecha enyesada, acusado de escalamiento, violación de domicilio, daños criminales y lesiones graves.

»¿Qué le gustaría escuchar ahora? —preguntó el doctor Veroon. Pasaba grabaciones con el pretexto de que la música tranquilizaba a sus pacientes, pero, seguramente, también para su propio goce. La ópera parecía ser su música preferida. Durante la última media hora había cantado junto a Joan Sutherland y Anna, que prefería diez veces un barítono a una soprano, no supo decir quién era el mejor de los dos.

—Bach —respondió rápidamente, en parte debido a que solo podía dar respuestas monosilábicas y en parte porque por lo que recordaba Bach no había compuesto óperas.

—No creo que tengamos nada de Bach. Abra bien la boca. —Le colocó algo adentro y dejó que mordiera—. ¿Qué tal le parece un poco de Wagner?

Los primeros compases de *Tannhäuser*, en lugar de tranquilizarla, intensificaron la suma de dolencias que tenía. En otro momento la idiosincrasia del doctor Vernon le hubiera resultado atrayente. Después de todo, era inusual que un dentista cantara y tarareara con tanta alegría mientras efectuaba hondas excavaciones en las pulpas dentales. Pero en aquellos instantes prácticamente todo la irritaba. Hacía una semana que oscilaba entre la depresión y el malestar. Era como si además de tener un brazo y tres costillas quebradas, también le hubieran fisurado la personalidad. No encontraba nada para leer ni para escuchar cuando revisaba sus libros y sus discos. No lograba recordar siquiera para qué había comprado aquellos que tenía. Todo parecía haber sido elegido por otra persona, por alguien a quien ya no conocía. Solo el manual de

funcionamiento del Triumph ejercía su irresistible atractivo, pero tampoco podía concentrarse largo tiempo en aquellos diagramas.

—Supongo que cuando el brazo esté bien y hayamos concluido el tratamiento deseará irse a algún lado. Le deseo unas felices vacaciones —dijo el doctor Vernon. Luego, mientras accionaba con el torno, le contó sobre un lugar llamado Sarm el Sheikh, que era muy hermoso en invierno. Agregó que allí había descubierto su pasión por la botánica submarina.

—Es maravilloso —dijo— tan descansado y verde, el sol filtrándose a través del agua. Es como estar en el medio de un bosque en un día de viento, pero más calmo y misterioso. El sol le hará un gran bien.

Debía de estar refiriéndose a algún viaje reciente. Sus antebrazos, que emergían de las mangas cortas del guardapolvo blanco, estaban bronceados y cubiertos por un tostado vello dorado.

Anna no estaba segura de desear unas vacaciones por el momento, aunque la perspectiva del sol y el agua de mar la seducía. Tenía una actitud ambivalente con respecto a casi todo. Era cierto que tenía ganas de ir a algún lugar desconocido, para estar entre extraños. En Londres podía ser localizada de inmediato y no tenía libertad. Raymond Brough no había tenido problema alguno para hacerlo. Bernie le contó que cuando la policía lo había revisado, encontraron en su bolsillo una carta de Francis Neary. Una carta patética, le dijo, llena de sentimientos de culpa y recriminaciones contra sí mismo, acerca del modo en que sería castigado por sus pecados. Neary parecía haber preferido el castigo divino a la justicia terrestre, pero no había revelado las razones por las cuales sería merecedor del infierno que parecía esperar. Había mencionado el nombre de Anna, advirtiéndole a Brough que la olla se había destapado. El barman del Royal Oak le dio a Brough el número de teléfono de Anna. Anna no se acordaba de haber dejado la tarjeta en el Royal Oak pero quizás era cosa de Colinwood. No importaba mucho en realidad. Lo que la preocupaba era que la hubiera localizado tan fácilmente.

—Creo —dijo el doctor Vernon— que estamos listos para probar los provisorios.

El ruido del torno cesó, como también el olor a esmalte dental quemado, de manera que el *Tannhäuser* pudo escucharse a pleno, sin estorbos de

ningún tipo.

—Abra grande la boca —dijo el doctor. Muerda. Ya está bien.

Aquella parte no resultó ser tan desagradable y cuando utilizó el torno nuevamente fue para moldear el plástico y no agravó el estado de sus torturados nervios. Era rápido y diestro, pero aún no había nacido ningún dentista lo suficientemente rápido y diestro para Anna. Tomó otro molde y los dientes postizos quedaron adheridos a la cera, dejando su boca fría y expuesta nuevamente. Anna tuvo una súbita y horrible visión de que al doctor podría sucederle algo que le impidiera ponérselos de vuelta. Los dientes parecían cositas tontas de plástico, pero significaban mucho para Anna. Él volvió a colocarlos, esta vez con más pegamento.

—Ya está —dijo, después de ajustarlos un poco más—. Le servirán hasta que tengamos listas las joyas de la corona. —Se rio complacido con su propio chiste, dándole a Anna su espejo.

Ella se observó con desconfianza al principio y luego rio. Podían ser cositas tontas de plástico, pero había una gran diferencia entre una sonrisa normal y un agujero negro en la boca.

—Por favor, no se enloquezca con los caramelos de leche —le sugirió el doctor Vernon mientras salían de cirugía. Anna por fin sintió que comenzaba el camino de regreso hacia la raza humana.

Tomó un taxi en Sloan Square. Debería ir a la oficina tarde o temprano, y consideró que sería mejor hacerlo en ese momento, mientras le durara el efecto de confianza en sí misma.

—Qué barbaridad —le dijo el chófer del taxi al subir—. Debe de haber tropezado con una puerta enorme. No he visto un par de ojos en ese estado desde la última pelea de box que fui a ver. ¿Qué anduvo haciendo? ¿Jorobándolo a su marido otra vez?

—Pues, probablemente el marido de alguna otra —dijo Anna sintiendo que por fin pronunciaba con claridad las palabras.

—Es repugnante ver lo que hacen algunos villanos por unas monedas hoy en día —dijo con simpatía el chófer—. Antes, los ladrones tenían otro estilo. Ahora comienzan a las patadas apenas lo ven a uno. Ya no hay más clase.

—No creo que los ladrones hayan tenido clase nunca —dijo Anna, maravillándose de poder hablar sin sentir que sus labios echaran viento.

—Lo que digo es que Londres era más habitable cuando incluso los villanos se ajustaban a un código —comentó el chofer mirando con desprecio el desorden y la suciedad de Knightsbridge—. Mire lo que es ahora. Todos andan con sandalias y quieren las cosas fáciles. No me extraña que ya no existan reglas de ningún tipo.

—No se puede culpar a los extranjeros por eso —dijo Anna.

—No me interprete mal —respondió el chófer—. No digo que no sean pintorescos. No me importa quien venga con tal que después se vaya. Pero no lo hacen ¿me comprende? Uno termina por sentirse un turista en su propia casa. Algunos gastan dinero como si no existiera el mañana, compran propiedades y lo que venga. Otros viven a costillas del Estado. Quiero decir, ¿cómo puede sentirse un tipo joven, que recién se casa y no consigue que el gobierno le facilite una vivienda?

Parecía ser la protesta preferida de los chóferes de taxi, que lanzaban ante la primera oportunidad de iniciar una conversación con algún pasajero.

—Me preocupa que nuestra gente joven no reciba lo que le corresponde porque se lo dan a otros, que no levantan ni un dedo para merecerlo —siguió diciendo—. Eso me irrita. Es un mal ejemplo. Les hace pensar a esos tipos que pueden sacar lo mejor de la vida sin trabajar. Solo buscan obtener ventajas. Por eso hay tanto crimen hoy en día.

Anna no quiso discutir, aunque casi todo lo que decía el chófer iba en contra de sus convicciones. Obviamente el argumento había sido enunciado varias veces antes. Para ella, los chóferes de taxi eran demasiado dogmáticos. Había algo en la naturaleza de su trabajo que los llevaba a formular teorías basadas en verdades a medias.

Veían demasiado a través de los parabrisas y muy poco de los pasajeros que llevaban atrás. Se preguntó cómo habría podido explicar a Deirdre lo que él sostenía, y se sintió casi tentada de preguntárselo. Después de todo, Deirdre había sido, en muchos sentidos, una privilegiada; había tenido inteligencia, agallas, educación y dinero en que apoyarse. ¿Qué la impulsó a aprovecharse de las debilidades de otras personas, en lugar de hacer uso de sus propias fuerzas? Era un misterio. Podían existir pretextos, desde luego:

se sentía rechazada por su propia familia, había sido maltratada en su primera relación amorosa seria, pero Anna no veía razones sólidas para el giro que la llevaran a la extorsión. Parecía ser parte de un giro de su personalidad del que no habían quedado evidencias explicativas de ninguna clase luego de su muerte. Anna pensó que no adelantaría mucho tratando de comprender a alguien que ya había desaparecido de este mundo. Hacía tres semanas que se le había pedido que averiguara cómo murió Deirdre; aquello ya resultaba más o menos claro. Pero parte del mal que sufría Anna era que parecía no importarle ya de Dee. Había sido un caso poco satisfactorio en que, a medida que surgieron los hechos, se fue desvaneciendo. El señor Jackson exigió evidencias y estas le fueron dadas. Era irrelevante que ella se sintiera frustrada. Quizá debía probar otra clase de trabajo, uno en el cual pudiera hacer sus propias preguntas y satisfacer su propia curiosidad. Estaba cansada de las limitaciones que le imponían las otras personas. En este aspecto tenía algo en común con aquel chófer de taxi: solo podía ir en la dirección indicada por quien pagaba la tarifa.

Se sintió cansada al bajar del taxi en la esquina de Allen Street. Hasta su ánimo sufría por la debilidad física resultante de su trabajo. Quizá debía renunciar. ¿Y después qué? ¿Sharm el Sheikh? ¿Y después?

—¿Has traído contigo el certificado médico? —fue lo primero que le dijo Beryl cuando entró—. No podré justificar tu ausencia por enfermedad hasta que no me lo entregues.

—Hola, Beryl —dijo Anna sacando el certificado de su bolsillo—. ¿Cómo te sientes? ¿Qué tal tu rodilla?

—No puedo quejarme —Beryl colocó el certificado junto a un montón de papeles—. Debo decir que no te ves muy bien. Mejor que firmes esto o no podrás reclamar por los gastos del dentista.

Anna garabateó su firma en una planilla. Tenía la mano izquierda aún hinchada y rígida. Debería acordarse de no pegarle a nadie otra vez empuñando un llavero. Podría haberle arrancado la oreja a Brough pero, dadas las circunstancias, no hubiera valido la pena.

—¿Esos son tus dientes nuevos, entonces? —preguntó Beryl con curiosidad— ah sí, puedo verlos ahora. Son algo más blancos que los originales.

—¿Está libre el señor Brierly? —preguntó Anna iracunda— ¿o vuelvo otro día?

—No, tiene unos minutos disponibles antes del té, y está esperándote. De todos modos seguramente desearás quedarte en tu casa por un tiempo; quiero decir que no te hará sentir muy feliz que digamos hacerte ver con este aspecto.

—No mucho —dijo Anna, golpeando la puerta de Brierly. «La gente seguirá diciendo pavadas toda su vida».

El señor Brierly se puso de pie para saludar a Anna, e incluso le acercó una silla.

—Tome asiento por favor, señorita Lee. Ha sido muy amable en venir en estas circunstancias —dijo con desacostumbrada cortesía—. Es notable la propensión a accidentes demostrada repentinamente por nuestras empleadas. Debo decir que es un gran alivio tener de vuelta a la señorita Doyle. Estábamos perdidos sin ella.

Volvió a su lado del escritorio y se sentó.

—Bueno, ha sido este un episodio muy poco afortunado. Pero, como dicen, «al mal tiempo, buena cara». Al menos estamos en situación de presionar a ese idiota que la atacó. Sin ese incidente nunca hubiéramos averiguado lo que le ocurrió a la muchacha de Jackson.

—¿Se ha acusado a alguien de eso? —preguntó Anna—. No he sabido nada.

—Hasta el momento, no —dijo Brierly— y dudo de que lo hagan más adelante. Tanto Eady como Brough acusarían al pobre tonto que se suicidó, claro está. Y aunque ese no sea el caso, existen demasiados factores atenuantes.

—Según lo cuentan ellos... —acortó Anna.

—Bueno, así es. Pero la señorita Jackson no tenía por qué haber ido al laboratorio, y se podría convencer fácilmente a un jurado de que ellos estaban tratando de asustar a un ladrón. De cualquier manera, la policía no tiene pruebas. Está mucho más interesada en el asunto de la piratería de los films. Parece ser algo nuevo para ellos, al menos dentro de su distrito. —Dijo lo último con una sonrisa de superioridad, como si le estuviera enseñando tretas nuevas a un perro novato—. Asociación ilícita para

defraudar a los distribuidores en las tasas por alquiler de películas. —Acuñó la frase, saboreándola, como para certificar su gusto.

»Slinger, por supuesto, tenía una pizca de ingenio. Si hubiera tenido mejor sentido para elegir a su personal... Pues, como dije, un incidente lamentable.

Hizo una pausa momentáneamente mirándola a Anna de reojo.

»Claro está, esa es una de las razones por las que algunos vacilan antes de emplear mujeres en esta clase de trabajo. No parecen saber defenderse tan bien cuando se presentan estas situaciones estúpidas. —No la miraba ahora, parecía estar contemplando una lámina de una garza, detrás de la cabeza de Anna.

—No creo estar de acuerdo con eso —dijo Anna lentamente. Recordaba un incidente en el cual, poco tiempo atrás, Phil había sido puesto fuera de acción, mediante una patada en la ingle, al presentar una citación por quiebra.

—Sin embargo —continuó Brierly— uno encuentra difícil obligar a un empleado vulnerable a correr riesgos.

En ese momento Anna se dio cuenta de lo que ocurría. Brierly quería despedirla, pero no se animaba a decírselo con franqueza.

—Por lo general —replicó Anna con firmeza— el riesgo es muy pequeño.

—Pero uno siempre debe prever lo inesperado. Y como director de esta compañía, me siento responsable por su seguridad.

—Y yo también —respondió ella rápidamente—. Los riesgos y las responsabilidades son asunto mío también.

—Me alegro de que piense así —contestó Brierly, con un dejo de desilusión en la voz.

Lejos de querer renunciar, Anna recordó súbitamente lo difícil que había sido obtener trabajo con Brierly. Recordó los meses anteriores cuando recorría la tienda en la cual trabajaba, sus reuniones con los miembros de las asociaciones de seguridad, las pequeñas habitaciones dentro de las cuales vigilaba los monitores de televisión durante todo el día; y sintió que todo aquello amenazaba con volver. Una pequeña firma como la de Brierly le ofrecía al menos algo de libertad y variedad.

Brierly siguió diciendo:

—De todos modos, a uno no le agrada tener que pensar dos veces antes de enviar a un agente al terreno de operaciones.

—Estoy segura de que todo buen director piensa lo mismo, ya sea el agente hombre o mujer —dijo Anna, tratando de inyectar en su voz un tono de adulación. Se sentía muy cansada.

—Bueno, así es, así es. Ahora quizá podamos entrar en otro tema. —Su voz cambió, al encontrarse en terreno más firme. La amenaza había retrocedido.

—Naturalmente, ya he hablado con el señor Jackson y le informé sobre el resultado de nuestras averiguaciones. Le agradó saber que sus sospechas de juego sucio estaban justificadas. Lamentablemente, la señora Jackson parece ser ahora el problema. Quería venir a Londres para escuchar toda la historia. Yo pude disuadirla, por el momento.

—Sí —dijo Anna— la historia completa puede resultarle muy dolorosa.

—Así es. Algunas de las cosas que usted ha revelado son algo desagradables. Pero estando a cargo del caso, será en realidad obligación suya hacer un informe si él lo requiere.

—Supongo que sí —replicó Anna con resignación.

—Claro está que confío en su tacto y discreción. Le sugerí a la señora Jackson que usted pondría todo en claro cuando se repusiera de sus heridas. Fue muy comprensiva. Sin embargo, señaló literalmente que cuanto antes pudiera lograr el descanso para el fantasma de su hija, mejor se sentiría. Creo que usted puede comprender eso.

—Es muy claro —asintió Anna.

—Sí, así lo creo —siguió diciendo Brierly—. Y teniendo eso en cuenta, cuando la señora Jackson sugirió que usted la visitara en Wiltshire para darle el informe personalmente, pensé que podía ser una buena idea. Creo que después de una semana con parte de enferma le vendría bien pasar un día en el campo.

—Bueno, ciertamente la llamaré por teléfono —dijo Anna con cansancio. Admitió que Brierly le había ganado de mano al evitar que la señora Jackson irrumpiera en las oficinas de la agencia, inundándolo todo con su pena.

—Bien. Entonces dejaré todo bajo su responsabilidad. —Brierly se levantó, la entrevista había terminado—. Hágle saber a la señora Doyle cuándo regresará al trabajo, por favor y —agregó tardíamente— si hay algo que podamos hacer por usted...

Anna prometió que lo haría.

Bernie la esperaba en el pasillo, apoyado contra el mostrador de Beryl, charlando animadamente.

—Me enteré de que habías venido —dijo— de modo que decidí esperarte, por si querías que te llevara a tu casa.

—Parece que eres una chica de suerte —dijo Beryl en tono ofendido.

Bernie le apuntó con el dedo.

—Tú me dijiste que el señor Brierly te llevaría a la estación. No puedes pretender que todos los hombres se encuentren a tu disposición.

Beryl acarició su cabello, mostrando sus uñas de color frambuesa y les dio amablemente las buenas noches.

—¿Sabes —dijo Anna cuando entraron al automóvil— que el viejo bastardo estuvo por despedirme?

—¿Hablas en serio? ¡Por Dios! Eso hubiera sido mezquino. Echar a alguien que fue herido en servicio.

—Creo que eso lo detuvo. Pero me hizo saber que la responsabilidad de emplear mujeres para estos trabajos era tremenda —dijo Anna, imitando la voz de Brierly— y mi renuncia no hubiera sido inaceptable, por cierto.

—Siempre fue un viejo bastardo —dijo Bernie, inesperadamente acalorado—. No le des importancia.

—No lo hice —dijo Anna y cayó en un abrupto silencio. Bernie era, por lo general, muy leal con aquellos para quienes trabajaba y ahorraba sus críticas aunque fueran justificadas. A ella no le agradó ser la causa de aquella desacostumbrada explosión.

Después de un rato él dijo:

—A todo esto, él obtuvo una felicitación de la policía a raíz del caso. Puede haber sido un lío bajo tu punto de vista, pero Brierly se ha llevado las palmas en lo que se refiere a sus relaciones con las autoridades.

—No quiero quejarme —dijo ella cautelosamente—. A decir verdad, creo que todo fue bastante cómico.

—Pues no lo es —dijo Bernie categóricamente, conduciendo el resto del camino sin volver a hablar.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 30

ANNA ENTRO a su casa y subió las escaleras silenciosamente. Había sido su primer día de salida, después de ser dada de alta en el hospital, y se encontraba exhausta. Era recién las 18:30, pero fue directamente al baño y se lavó, preparándose para meterse en la cama. Le dolía todo el cuerpo y tenía irritadas las encías, de modo que tomó un par de calmantes y se miró al espejo preguntándose si tendría el valor suficiente para lavarse los dientes. El doctor Vernon le había asegurado que no habría peligro en hacerlo, pero ella no tenía mucha confianza en la solidez de los postizos. Por fin se los cepilló con suavidad y se enjuagó la boca con agua salada. Todo parecía estar bien. Sonrió ante el espejo y no advirtió nada irregular en su dentadura. Verdaderamente parecían más blancos que los propios, pero el doctor Vernon le había asegurado que los dientes permanentes serían idénticos a los originales.

Estaba por meterse en cama cuando alguien golpeó a la puerta. La abrió y se encontró con Bea, que traía un jarro de chocolate caliente.

—No quería molestar —dijo Bea, mirando el camisón que tenía puesto Anna—. Te oí entrar y pensé que te gustaría tomar algo caliente.

—Eres muy buena —dijo Anna con gentileza, dejándola pasar. Pensó que tendría que desprenderse del chocolate o de lo contrario se vería obligada a tomarlo para luego tener que cepillarse nuevamente los dientes. Algunas cosas pequeñas comenzaban a causar problemas.

—Prepararé salchichas con puré, pensé que podrías bajar a comer con nosotros —dijo Bea con aire solícito.

—Eres muy buena —dijo Anna nuevamente—. Pero estoy rendida y solo quiero irme a dormir.

—Es que hay un joven abajo que lleva más de una hora esperándote. Creí que no te molestaría atenderlo, ya que hoy has ido al dentista —dijo Bea con vacilación.

—¡Oh, Bea! —dijo Anna suspirando—. ¿Quién es?

—Simon. Vino dos o tres veces, y no pude decirle nuevamente que se marchara. Es tan agradable y bien educado. Estoy segura de que no se quedará más de un minuto.

—Está bien —dijo Anna débilmente—. Déjalo pasar.

Encendió la chimenea y se envolvió en un chal, pues no podía acomodar el yeso bajo su bata de dormir. Después arrojó el chocolate caliente a la piletta de la cocina y enjuagó el jarro.

Simon, apareció en el umbral, con una bandeja.

—Salchichas con puré —dijo torpemente—. La señora Price me pidió que te las trajera.

—Oh, Cristo —dijo Anna—. No podría comer nada ahora. ¿Quieres hacerlo tú?

—Ya he comido. Es muy generosa esta señora Price.

—Es cierto —dijo Anna algo irritada.

—Bueno, ¿por qué no lo pones en el refrigerador entonces? —preguntó.

Ella se sentó, dejando que Simon se arreglara con la comida. No era un buen comienzo.

—Me preocupé mucho al saber lo que te ocurrió —dijo con formalidad, Simon sentándose a su lado.

—Bueno has sido muy gentil en venir —Anna se sintió culpable. Él vestía su traje de pana negra y una camisa blanca para la visita.

—No me quedará mucho tiempo. Solo quería saber cómo te encontrabas. Sé que debes estar terriblemente cansada. —Después de una pausa algo embarazosa, agregó—. El señor y la señora Price me dieron la noticia. Pero supongo que no deseas hablar sobre ello en este momento.

—Está bien —dijo Anna sintiéndose conmovida por el tacto que él demostraba.

—Quiero decir, me he enterado de que Dee fue muerta por uno de los técnicos del laboratorio —dijo con dolor— pero no puedo comprender el motivo. Copiaban películas ilegalmente, lo sé. Pero aun así no es la clase de delito que uno trataría de tapar con un crimen, ¿no es cierto?

—Creo que hablar de crimen puede ser algo exagerado. No sé qué ocurrió en realidad, pero creo que trataban de asustarla. Tanto Brough como Eady dicen que Neary fue el responsable. Afirman que su intención fue sorprender a un intruso que resultó ser Dee y que en el forcejeo resultante ella se quebró el cuello. Nadie es capaz de creerse lo que han dicho aquellos dos, pero no hay pruebas de que haya sucedido de otra manera, y ese tipo de desatino parecería ser típico de ambos. No creo que alguien haya querido matarla deliberadamente.

—Eso no lo hace más fácil de aceptar —dijo Simon.

—No, no lo hace.

—Quiero decir, parece que hubiera sido intencional —continuó él con tristeza—. Parece tan poco digno que haya muerto por un descuido estúpido.

Anna no supo qué contestarle.

—¿No crees, sin embargo, que es probable que quien la haya matado pueda haber sido el mismo que te atacó?

—Bueno, quizá estoy predispuesta a creerlo así.

—¿Pero no sería lógico?

—Es posible —dijo Anna con cuidado.

—¿Y no puedes hacer nada al respecto? —dijo Simon con súbita violencia.

—¿Cómo qué? —respondió ella enojada—. La única manera de saberlo sería que admitiera haberlo hecho, o que Eady soplara. ¿Qué pretendes que haga? ¿Que vaya a la cárcel con un par de electrodos y le arranque una confesión?

—¡Tú eres la que siempre ha buscado la verdad!

—¡Y tú eres quien ha insistido en que se debe cumplir con la ética! —dijo Anna injustamente irritada. Quedaron mirándose uno al otro.

—Lo siento —dijo él después de un rato—. No quise decir todo eso. Pero es porque te veo así, enferma y lastimada. Y el culpable de ello puede

haber sido el asesino de Dee, y lo más que puede decirse es que fue un estúpido. Me indigna.

—Lo sé —dijo Anna—. También yo lo siento así.

—¿No crees que Freddie Slinger pudo haberlo inducido a cometer el crimen? —preguntó Simon con alguna esperanza.

—Absolutamente no —respondió ella con firmeza—. No estaría de acuerdo con su manera de ser.

—Otra cosa que no comprendo —dijo Simon después de un breve silencio— es ¿qué hacía Dee en el laboratorio de todos modos? ¿Por qué se comprometió con ese asunto? Si pensó que ocurría algo raro, ¿por qué no lo denunció a la policía?

Anna había temido que se le hiciera esa pregunta. Los Jackson la harían también, y ella tendría que encontrar la manera de decir la verdad sin lastimar demasiado a nadie. Pensó en darle a Simon algunas respuestas, a modo de ensayo, pero se sentía demasiado cansada. Finalmente dijo:

—Oye, ¿podríamos analizar esto en algún otro momento? Estoy hecha pedazos ahora y no puedo concentrarme como debería.

Simon se puso de pie de un salto, sobresaltado.

—Lo siento enormemente —dijo—. No quise exigirte tanto.

Anna se sintió nuevamente culpable por herirlo. Simon le había prestado una ayuda considerable en el pasado y parecía vil hacerlo callar con una excusa pobre.

—Mañana es sábado —siguió diciendo él—. Debe de haber algo que pueda hacer por ti durante el fin de semana...

—No, está bien. Gracias —repuso Anna— pero pronto debería comenzar a hacer mis compras.

—Debe de haber algo que pueda hacer —repitió él con ansiedad— las cosas deben resultarte bastante difíciles en estos días. Realmente me gustaría poder ayudarte.

—Bueno, quizá haya algo que puedas hacer —dijo ella a su pesar—. Debería desconectar la batería del auto y subirla hasta aquí. No puedo hacerlo con una mano.

—Nada más fácil —dijo él con alegría— te veré mañana, entonces.

Cuando Simon se retiró, Anna apagó el fuego y se acostó, preocupada por él. Era demasiado educado, siempre estaba ansioso por agradar. Le parecía que estaba atrapada entre su intención de utilizarlo y rechazarlo a la vez, sin desear ninguna de las dos cosas. Resultaba difícil vincularse con él en pie de igualdad. Pensó que poco a poco se había endeudado con Simon y que la única manera de pagarle era utilizándolo más aún. Quería que alguien le subiera la batería, pero no era algo crucial. En realidad, inventó la tarea de la mañana siguiente como excusa para sacárselo de encima aquella noche, y él lo había aceptado agradecido, para tener un pretexto para regresar. No era aquella la forma de llevar adelante una relación amistosa. Por mucho que él pudiera gustarle, pensó Anna, tendría que eliminarlo totalmente de su vida o limitarse a jugar al *squash* con él.

A la mañana siguiente trató de explicarle parte del problema a Selwyn, quien se encontraba sentado al pie de su cama, bebiendo la taza de café que se suponía que Bea le había mandado a ella.

—Eres caprichosa —dijo dando golpecitos sobre el cubrecamas—. Si quiere ayudar deja que lo haga. No veo por qué ser tan melindrosa, así de repente. Además, parece que le gustas bastante, por lo que dijo anoche.

—Allí tienes, entonces —exclamó Anna—. Eso es lo que lo hace doblemente imposible.

—¿Qué tiene de malo, que le gustes? —preguntó Selwyn—. A mí me pareció un buen tipo; inteligente también.

—¿Desde cuándo bueno es sinónimo de admirable?

—Mira, le leí algunos de mis poemas mientras esperaba y los elogió mucho, especialmente la *Oda a un Microscopio Electrónico*. Oh, bueno, supongo que si lo analizas ese poema es algo flojo.

—*El Microscopio Electrónico* es muy interesante, no me parece nada flojo.

—¡Por Dios, niña! —exclamó Selwyn—. ¿De qué hablas? ¿Me quieres dorar la píldora acaso?

—Sí —respondió Anna.

—Bueno, eso está mejor, entonces —dijo él—. Por un momento creí que lo decías en serio. ¿Quieres que te traiga otra taza de café o con una te ha bastado?

Mientras Anna se vestía sonó el teléfono.

—Me alegro de que conteste el teléfono nuevamente —dijo Colinwood—. Debe de estar mejorando. Lástima que la golpearan así. ¿Cómo andan las cosas?

—Okey, gracias.

—Pero no tenemos su declaración aún. ¿Se encuentra en condiciones de hacerla?

—Sí —dijo Anna—. Cuando usted lo desee.

—Bien. Pensé en enviarle a Bisgood a principios de semana, ¿le viene bien?

—Perfecto.

—No queríamos interferir con sus planes —le dijo él con calculada cortesía.

—No tengo ningún plan —respondió Anna—. Estoy con parte de enferma, de manera que puede venir cuando quiera.

—Es la mejor época para hacer un viajecito al exterior, ¿no es cierto? Un poco de sol en este maldito enero, ¿eh? No desearíamos que algún detalle aburrido como una declaración se interpusiera con un crucero al Caribe.

—¡Qué suerte tendría! —dijo ella, preguntándose de dónde sacaría Colinwood esa insensata idea sobre el sueldo de ella.

—¿No hay crucero? Bueno, eso es lo que haría yo si estuviera en sus zapatos. No importa, dos mil quinientas libras es una bonita suma, quizá tenga mejores cosas que hacer que tirarlas en un viaje a Barbados.

—No sé de qué está parloteando —dijo Anna exasperada.

—Cuénteme otra —contestó Colinwood—. Oh, y dele a su compinche Alan J. mis peores saludos.

Colgó, dejándola a Anna mirando furiosa el auricular.

Media hora después, como si hubiera sido citada, Bea subió con un gran ramo de claveles blancos y rosados, envueltos en celofán.

—Los acaban de entregar —dijo, desprendiendo los alfileres. Al sacar el ramo pareció que hubiera explotado una suave bomba de penetrante perfume—. ¿No son preciosos?

El aroma le recordó a Anna el perfume favorito de Bea. Abrió el sobre, que algún florista excesivamente entusiasmado había cosido fuertemente a los tallos. Eran de Alan Luca.

—¿Te acuerdas Bea, del americano que tanto extrañaba a su país, y que quiso quedarse a cenar aquí?

—Oh, sí —dijo Bea, leyendo la tarjeta desvergonzadamente por encima de su hombro—. Mira lo que dice, quiere invitarte a salir cuando estés mejor. ¿No te parece romántico?

—Cuidado, Bea, te estás volviendo igual que Selwyn.

—Oh, no quise hacer eso —dijo Bea sorprendida—. Pero con toda la gente que pregunta por ti y estas flores, parece que vale la pena que a uno le den una paliza, ¿no?

—¿Por qué no te llevas las flores? —dijo Anna sintiendo náuseas súbitamente—. El olor es muy fuerte, y además, no tengo un jarrón grande en donde ponerlas.

—Oh, no podría —dijo Bea, mirándolas con admiración—. Son para ti y el pobre señor Luca se ofendería.

—Si no se lo cuentas no se ofenderá. Llévatelas; tú las aprecias más que yo.

—Bueno, si realmente no las quieres —dijo Bea tomándolas con ternura—. Eres bastante extraña, Anna.

CAPÍTULO 31

DESPROVISTA DE LAS estructuras recientemente agregadas hubiera sido simplemente una casa grande y sin pretensiones. Pero los dos garajes en uno de los costados, y el departamento para huéspedes en el otro, enmarcados en sus arcos de piedra le daban un aspecto asimétrico. La arquitectura era imitación Tudor, con un tejado de tejas sobre el segundo piso, probablemente agregado en los años treinta. Hubiera podido ser una casa cómoda para una familia grande, pero las alteraciones resultaban excesivas. El jardín del frente, sin la añosa arboleda y las rosas que parecía haber tenido en el pasado, era una franja aislada de césped, rodeada por un amarillo camino para automóviles.

El Range Rover del señor Jackson, del que se levantaba un leve vaho de vapor en medio del aire frío, se encontraba estacionado enfrente de la puerta de entrada. Anna suspiró profundamente y tiró de un llamador de hierro forjado, que provocó un sonoro clamor de campanas, seguido a su vez por los ladridos estridentes de varios perros.

El señor Jackson abrió la puerta, por la que salieron los tres perros más feos que Anna jamás había visto.

—¡Santo cielo! ¿Son Bastón Terriers, no es así? —preguntó Anna, asombrada que alguien tuviera dentro de la casa un animal de aquellos, para no hablar de tres.

—Efectivamente —dijo el señor Jackson, tratando infructuosamente de lograr que se quedaran quietos—. Son de raza, no me creería lo que cuestan si se lo dijera. No sé —agregó con tristeza, tomando el tapado de Anna—

prefiero un buen Labrador. Pero con todo, son una excelente inversión, eso me consta.

Entraron al *living* y los perros se lanzaron de inmediato sobre el sofá, sobre el cual parecieron salchichas de varios colores, con los hocicos chatos entre las patas, girando sus protuberantes ojos de sapo.

La señora Jackson tenía puesto un vestido negro y denotaba una expresión dolorida. Se adelantó a darle la mano dándose cuenta tarde de que Anna llevaba el brazo enyesado.

—Qué tonta soy —dijo con voz temblorosa—. Lamento mucho..., lamentamos mucho lo que le ocurrió. En alguna forma nos sentimos culpables.

—Eso es cosa tuya —le interrumpió el señor Jackson—. Estoy seguro de que la señorita Lee sabía en lo que se metía cuando aceptó este trabajo.

—Bueno, en realidad no lo sé, querido —dijo la señora Jackson—. Al principio no parecía como si alguien fuera a resultar herido.

—¡El cielo nos ayude! —exclamó él con impaciencia—. Por eso fuimos a Londres en primer lugar. ¡Yo sabía que a mi hija le habían jugado sucio! Eso fue lo que quisimos probar y lo logramos.

—De todas maneras, querido, no la hubiéramos puesto a la señorita Lee en peligro a sabiendas.

—Para eso le pagan —dijo Jackson con firmeza.

Se hizo un ominoso silencio; Jackson enrojeció y agregó precipitadamente:

—¿Y qué va a hacer la policía, después de haber gastado nosotros buen dinero haciéndoles el trabajo? Se seguirán rascando los haraganes. Hace falta que una frágil muchacha les enseñe cómo gira el mundo, y aun así no pueden molestarse en terminar el caso.

Jackson estaba dándose cuerda. Anna dijo para calmarlo:

—En realidad no debemos culparlos. Después de todo no la conocían a Deirdre tanto como usted, ni tuvieron su instinto.

—Bueno, entonces deberían haber creído en lo que yo les dije no sé cuántas veces. Mi hija sabía cómo sacar un auto de una patinada y jamás la hubiese encontrado muerta sin su cinturón de seguridad colocado. —Se hizo otro silencio.

—De todos modos señor Jackson, todo lo demás se adecúa al veredicto sobre el accidente. Si algo les hubiera parecido raro, la historia sería diferente. Quiero decir, pareció un accidente porque efectivamente así sucedió. Fue el golpe de suerte más asombroso que estos tres sujetos del laboratorio pudieron tener jamás, aunque supongo que no lo creyeron así en aquel momento. No podrían haber simulado un trompo semejante ni en mil años. Son demasiado torpes. Si el auto hubiera chocado de frente en lugar de hacerlo de atrás, las cosas habrían sido mucho más obvias.

—Todo parece tan insensato —dijo la señora Jackson, anticipándose a su marido, quien parecía pronto a saltar sobre sus pies nuevamente.

—¿Qué pretendían hacer?

—En realidad no lo sé —dijo Anna—. No he hablado con ellos. Pero por lo que dice la policía, entiendo que cuando se dieron cuenta de que Deirdre había muerto, solo pensaron en sacarse de encima a ella desde luego, y a su auto, llevándola lo más lejos posible del laboratorio. Dicen que no tuvieron intención de ocultar el cadáver. Pero no lo sé. Hay cualquier cantidad de terrenos baldíos alrededor de Granford Lane. Ambos dicen que tuvieron la intención de informar a la policía sobre la muerte de Deirdre, pero que a Neary le vino el pánico y los persuadió de no hacerlo.

—Usted no cree eso, ¿no? —dijo Jackson con desdén.

—En realidad, no. Pero tampoco creo que supieran lo que querían hacer. Es ridículo ¿no es cierto? No habrían encontrado una coartada mejor ni pensando una semana en ello. Supongo que no pudieron creer en su buena suerte cuando nadie sospechó nada.

—Con excepción de mí.

—Con excepción de usted.

—Y de usted también. —El señor Jackson compartía generosamente los honores—. Quiero decir, usted es el tipo de persona que se fija en pequeñas cosas. Como en el olor que había en el auto, por ejemplo.

—No me sobrestime —dijo Anna—. No sabía nada con certeza hasta que Brough tosió. Eso me hizo pensar que muy probablemente ella habría estado en el laboratorio. El olor a compuestos químicos es, por cierto, muy particular y perdura. La ubicación del laboratorio era interesante también.

Pero de cualquier modo, aunque Deirdre hubiera estado en el laboratorio, eso no significaba necesariamente que la mataran allí.

—Usted lo supo —dijo el señor Jackson asintiendo firmemente con la cabeza—. La noche en que fue atacada, usted le dijo a la policía que Brough había matado a mi hija. Me lo dijo el señor Brierly.

—Fue una prueba. Era mi última oportunidad.

—Lo mismo da —dijo Jackson tercamente—. Usted es una muchacha lista. Siento no haber pensado así cuando la conocí. Pero se lo digo ahora. Creo que hizo un excelente trabajo. —Aquello sonó terminante y Anna esperaba poder marcharse sin decir nada más, cuando la señora Jackson le preguntó:

—¿Se quedará a almorzar no? Tengo un *coq-au-vin* en el horno. Ha venido desde lejos y sé que debe tener más cosas para contar.

Obviamente, ese punto había sido discutido entre marido y mujer. Evitaron mirarse el uno al otro. El señor Jackson dijo:

—Deberá disculparme pero tengo que hacer. Ya he recibido la información por la que pagué y no estoy muy interesado en lo demás. No hubiera metido mi nariz en la vida privada de mi hija de estar viva, y ciertamente no lo haré ahora que ha muerto.

Se marchó abruptamente, dándole una torpe palmada en el hombro a Anna al pasar a su lado.

El *coq-au-vin* resultó ser un simple guiso de pollo. Mientras comían Anna le dio a la señora una descripción doméstica de la carrera de su hija y de su vida íntima. Cuando terminó, la señora se mantuvo en silencio por unos instantes, y luego dijo:

—Usted no cree en realidad que Deirdre habría informado a la policía acerca de las actividades del señor Slinger ¿no es cierto?

Anna quedó mirándola, con su cuchara a medio recorrido.

—Oh, no debe preocuparse. No le diré una sola palabra a Tom. Eso solo serviría para trastornarlo. Pero él nunca la vio a Deirdre como yo. Podía ser bastante perversa. Seguramente pensaba usar la información que poseía en su propio beneficio, ¿no? —La señora Jackson terminó de comer su postre con calma. Anna jugueteó con su cuchara. La imagen de Deirdre que ella

por compasión había querido presentar parecía transformarse ahora en un vulgar engaño.

La señora Jackson agregó:

—Deirdre era mi hija y siempre deseé lo mejor para ella. Pero nunca aceptó las cosas como eran. Siempre pensó que el mundo estaba hecho para su propio beneficio, que todos le debían algo por el solo hecho de haber nacido. Jamás comprendió los esfuerzos que exige la vida. Solo pensaba en llegar directamente a la cima, eso es lo que realmente pretendía.

El tono de su voz había variado al hablar con naturalidad. La garganta se distendió, de manera que su acento original se manifestaba con claridad:

—Siempre creí que el hombre apropiado la habría comprendido. Tuve la esperanza de que aquel agradable joven del cual usted me habló podría haberlo hecho. Pero no fue así. Me parece que ella lo manipulaba, ¿no es cierto?

Anna solo pudo hacer un gesto de impotencia, con sus manos. Había prejuzgado a la señora Jackson, y ahora se sentía estúpida.

—Usted ha sido muy generosa con ella —siguió diciendo—. No crea que no aprecio lo que ha querido hacer. Era mi hija, y yo la amaba, pero creo que no me gustaba como persona.

—Lo lamento —dijo Anna débilmente—. Lo peor es que no tuvo tiempo para cambiar. La única lección que pudo haber aprendido la mató.

—No se preocupe más por eso. —La señora Jackson se reclinó y rozó la mano de Anna como si fuera ella quien necesitara consuelo—. Nunca hay tiempo suficiente para una buena charla. Cuando termine su budín la llevaré a la estación.

CAPÍTULO 32

EL SOL DE la hora de la siesta iluminó momentáneamente la campiña claroscuro mientras pasaba el tren, haciendo brillar de oro y plata el canal helado y proyectando azules sombras al alejarse.

Después de todo el juicio de una madre era el más correcto, pensó Anna. Pero el sol había llegado a su ánimo y desechó aquella idea. De todos modos la maternidad tampoco excluía necesariamente una visión imparcial de las cosas, y no le gustó darse cuenta de que ella también podía haberlo creído así. Pensó que había juzgado a la señora Jackson con estrechez y falta de respeto, basando sus conclusiones en banalidades.

Era la clase de error que le ponía los pelos de punta. Pero tuviera visión o no, Anna se preguntó qué clase de madre había sido realmente la señora Jackson. Los dos hijos menores estaban en el colegio, pero ella había visto sus fotografías en el *living*, en poses formales y sonriendo impersonalmente. Aun así, no parecía ser la clase de casa en la cual jugaban los chicos. Quizá les fuera permitido a los perros, como tributo al valor monetario que tenían, revolcarse en el sofá, pero Anna estaba segura de que ningún niño saltaría en él.

Desde la ventana del comedor había podido ver una piscina en forma de riñón, pero no había rastros de hamacas, ni de bicicletas en el jardín. Parecía haber muchas carencias en aquella casa. A decir verdad, se asemejaba más a un hotel que a un hogar, tan carente era de toques personales. Anna pensó que ocurría algo similar con Deirdre. ¿Qué había sucedido con las tarjetas postales, las cartas y recuerdos? Deirdre era fotógrafa, una coleccionista de imágenes. ¿Dónde estaban aquellas

fotografías? Cualquier cosa que distinguiera a Deirdre de los demás, no había quedado marca alguna de ella en sus posesiones ni amistades. Y la casa de los Jackson no indicaba nada acerca del carácter de quienes la habitaban. Anna se preguntó si ello quizá no se debía a que temían que alguien, al juzgarlos por sus virtudes personales, encontrara demasiadas falencias.

Con respecto a Deirdre, todo parecía más claro. Ella se había dedicado con tanta energía a buscar debilidades en los demás que pudieran ser explotadas en su propio beneficio, que aquella falta de toques personales podía deberse a su deseo de evitar que le ocurriera algo similar. Pero después de haber visto la casa de los Jackson, ese sitio que solo mostraba el nivel adquisitivo de sus propietarios, se preguntó si la reticencia de Deirdre no había sido acaso parte de una inseguridad mayor.

En cuanto a las pertenencias de Deirdre, Anna estaba intrigada sobre lo que había ocurrido con su libreta de direcciones y con su dinero. Con seguridad, todo el mundo tenía una libreta de direcciones, aun alguien tan preocupada por permanecer en el anonimato como Deirdre. Era posible que Neary o alguno de los otros dos, temiendo que se encontrara en la libreta alguna referencia a ellos, la hubiera destruido. Pero esa era una de las preguntas para la cual no tenía respuesta satisfactoria. La otra era el motivo por el que había querido ser actriz, si buscaba el anonimato. Quizá trataba de combatir alguna de sus inhibiciones a través de eso o, tal vez, solo buscaba perfeccionar su habilidad para pasar desapercibida.

Deirdre seguía siendo un enigma, pero Anna sintió súbitamente que debía poner punto final al tema y pasar a las otras cosas.

CAPÍTULO 33

—POR TU CONVALECENCIA —dijo Luca, alzando su copa. Anna obedientemente agradeció el brindis—. ¿Qué harás ahora? —le preguntó él, atacando su bife con precisión pitagórica. Anna se había decidido por un lomo Stroganoff, para ahorrarse la embarazosa situación de que él tuviera que cortarle la carne.

—No sé —respondió—. La licencia por enfermedad se malgasta por lo general en los enfermos. ¿Qué harías tú?

—Tengo tres pasiones, pero todas requieren dos brazos y dos piernas.

—¿Cuáles son? —preguntó Anna, aunque creía poder adivinarlo.

—Natación, ski y tenis —replico él, sin desilusionarla—. ¿Cuáles son las tuyas?

—Bueno, no son exactamente pasiones —dijo ella— pero me gustan las carreras de automóviles, la natación y el *squash*.

—Pues, todo eso te resultará algo difícil. De todos modos, deberías viajar a algún lado. Honestamente no veo cómo ustedes los británicos pueden curarse ni un simple resfrío en este clima. ¿Por qué no te vas en algún crucero o algo así?

—No gracias —dijo Anna—. No me atrae para nada. Creo que reservaré las vacaciones para cuando pueda gozarlas activamente. Si me fuera ahora, no podría viajar este verano.

—Pero seguramente puedes hacer las dos cosas... —preguntó él. Luego la miró seriamente unos instantes y dijo: oye, discúlpame por preguntar, pero ¿qué pasa con los cinco mil dólares?

El tema le resultó un tanto familiar a Anna una vez que hubo convertido los dólares en las acostumbradas libras.

—Eso fue lo que Collinwood me dijo también. ¿No te importaría decirme de dónde sacaría yo cinco mil dólares para gastar en un crucero? Porque te aseguro que no los tengo —respondió.

—¿No lo sabes? —Luca se enderezó la corbata, que ya estaba perfectamente anudada, y volvió a llenar su copa. Anna no quiso beber más.

—¡Oh, que barbaridad! —dijo Luca reclinándose en la silla y perdiendo súbitamente interés en su comida—. Pensaba que tu jefe era un asqueroso bastardo, pero nunca pensé que podría ser un monstruito así.

Anna esperó mientras él bebía un largo trago de vino. Luego dijo:

—La OSACAP ofrece una recompensa de cinco mil dólares a quien brinde información que lleve a arrestos y sentencia por piratería de películas. ¿No lo sabías?

—No.

—Bueno, tu Martin Brierly lo sabía con seguridad. Se lo dije cuando lo vi por primera vez, antes de conocerte a ti.

—¿Colinwood lo sabía también?

—Por supuesto. Traté el asunto con la policía. Pero ellos no pueden reclamar recompensas.

—Ah —dijo Anna sonriendo—, pues eso explica su cambio de actitud.

—No parece muy alterada.

—Bueno, tú dijiste arresto y sentencia —dijo ella recapturada su atención por el Stroganoff que aún no se había enfriado—. Nadie ha sido sentenciado aún.

—No —dijo él— pero el dinero ya llegó. Cuando me enteré de que te encontrabas en el hospital mandé un télex explicando la situación. Me enviaron el dinero y yo mismo llevé el cheque a tu oficina.

—¿Estaba a mi nombre?

—No, en aquel momento no estaba seguro de lo que debía hacer. Pero tu jefe me dijo que se encargaría que lo recibieras.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas? Apuesto que no dijo eso.

Luca pensó durante unos instantes. Dijo:

—Permítame asegurarle que haré lo que sea correcto.

—Allí tienes entonces. El cheque se hundió en las oscuras aguas de la agencia Brierly sin dejar rastros.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Luca violentamente—. ¡Él sabía perfectamente que el cheque era para ti! ¡Y no dijo nada!

—Sí, pero míralo bajo su punto de vista. Yo cumplo con mi día de trabajo, por el cual recibo mi jornal. Él asume todas las responsabilidades y gastos extras. Además, en algún momento, casi todos en la oficina participaron en la vigilancia de Slinger. Brierly no lo ve como un esfuerzo individual.

—Pero el caso fue tuyo. Tú pensaste en todo, hiciste la mayor parte del trabajo y desde luego, sufriste las consecuencias.

—Bueno, no te enojés tanto. Muchas gracias por tu apoyo. —Luca verdaderamente parecía estar furioso—. Te estoy muy agradecida, pero honestamente, creo que prefiero que haya sido así.

—¿De qué estás hablando? ¿No hubieras roto un cheque por cinco mil?, ¿no?

—Probablemente no —dijo Anna pensativamente—. Pero me hubiera hecho sentir como una cazadora de cabezas. No estoy muy convencida aún de que lo que hacía Slinger era tan terrible. Después de todo, las películas eran enviadas a pequeños cines de África, y nadie puede decir que los grandes estudios son las viudas pobres de América.

—Eso es puro sentimentalismo. Es el síndrome de Robin Hood del que ustedes los británicos jamás se recobrarán.

—Okey —dijo Anna tomando su copa—. ¿Por quién brindamos ahora, por los tramposos ingleses o por Robin Hood?

—¿Estás loca? —dijo Luca, recobrando algo de su aplomo—. Escucha ¿por qué no vienes a trabajar para nosotros? Quizá no robemos a los pobres para darlo a los ricos, pero al menos no te vamos a engañar con el dinero de tu asistencia médica.

—¿Tú tienes autoridad para ofrecer empleo? —preguntó Anna con curiosidad.

—Puedo recomendarte. A decir verdad, mi jefe me envió un cable desde Johannesburgo ayer. Regresará la semana entrante. Ocurre que estamos buscando una persona eficiente para ayudarnos.

—¿No es eso lo que todos buscamos? —sonrió Anna.

OceanofPDF.com



LIZA CODY (Londres, Inglaterra, 1944). Es una escritora inglesa de novela negra.

Es autora de 13 novelas y muchos cuentos. Su serie *Anna Lee* presentó a la detective privada profesional a la ficción de misterio británica. Toda la serie de Anna Lee fue adaptada para la televisión y transmitida tanto en el Reino Unido como en los EE. UU.

Cody también es el autor de la innovadora trilogía *Bucket Nut* con la luchadora profesional Eva Wylie, así como de las novelas independientes *Rift*, *Gimme More*, *Ballad of a Dead Nobody* y *Miss Terry*. *Gimme More* y *Ballad of a Dead Nobody* reflejan el interés y la experiencia de la autora en el mundo de la música y los músicos. *Miss Terry* es un *thriller* que trata sobre temas relacionados con los hijos de familias inmigrantes en la Gran Bretaña moderna. Las novelas de Cody han sido ampliamente traducidas.

Los cuentos de Cody han aparecido en numerosas antologías y revistas y se publicó una colección muy elogiada de sus primeros diecisiete como *Lucky Dip* y otros cuentos.

La mayor parte del trabajo de Cody se desarrolla en Londres. Su carrera antes de comenzar a escribir se centró principalmente en las artes visuales e incluyó una temporada como artista de inserción de cabello y coloración en el museo de cera de Madame Tussaud. Actualmente, vive en Bath, Inglaterra.

OceanofPDF.com